

1999

63

800 Ptas.

LETRA

INTERNACIONAL

NACION Y ESCRITURA

Salman Rushdie

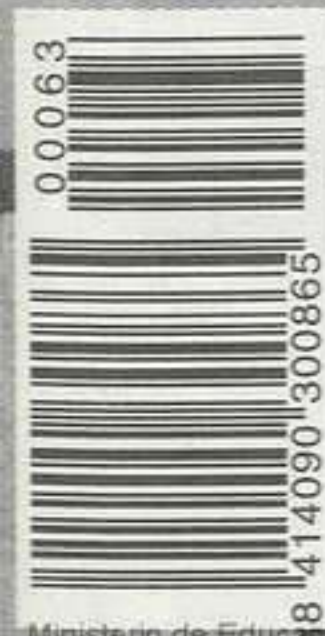
LA RELIGION Y LO PROFANO

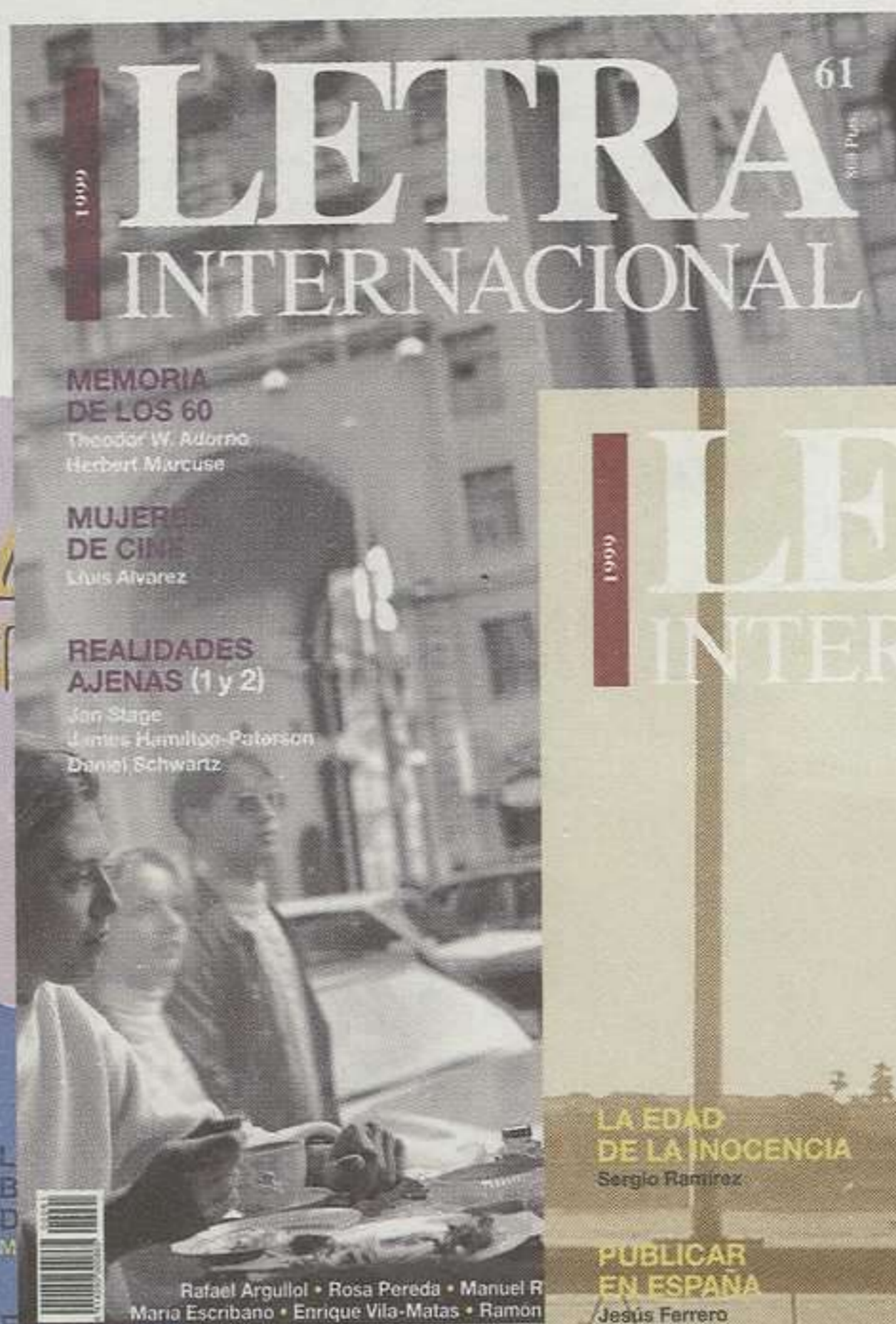
Ernest Gellner

LAS HUELLAS DE LI TAI PO

Laszlo Krasznahorkai

Esther Tusquets • Pedro A. Vives • Constantino Bértolo • Juan Villoro
José Kozer • Soledad Puértolas • Adolfo García Ortega • Clara Sánchez
José Martínez Hernández • Paula Izquierdo • Rosa Martínez • M.R. Barnatán





Jürgen Habermas, J. Martín-Barbero,
Manuel Rivas, Soledad Puértolas,
Miguel Rubio, Juan Manuel González,
Carmen Rico Godoy, Sergio Benvenuto, ...

George Steiner, Edward Said,
Arthur Koestler, José Luis Pardo,
Sergio Ramírez, Victoria Camps,
Jorge Volpi, Javier Alfaya, ...

Jorge Luis Borges, María Kodama,
Marcos Ricardo Barnatán, Martin Walser,
José Saramago, Edgar Morin,
Menchu Gutiérrez, Carlos Casares, ...

Theodor W. Adorno, Herbert Marcuse,
Rafael Argullol, Sami Nair,
Enrique Vila-Matas, Jan Stage,
James Hamilton-Paterson, Lluís Alvarez, ...

LETRA INTERNACIONAL

Redacción, Suscripción y Administración

Monte Esquinza, 30 2.º dcha. Tel.: 91 310 43 13 - Fax: 91 319 45 85 - 28010 Madrid

e-mail: fpi@ctasa.es

LETRA⁶³

INTERNACIONAL

DIRECTORES

Salvador Clotas y Antonin J. Liehm

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCION

Victoria Camps

Josep M. Carandell

Luis Goytisolo

Jon Juaristi

Ludolfo Paramio

Carlos Piera

Josep Ramoneda



LETRA INTERNACIONAL
ES MIEMBRO DE ARCE
ASOCIACION DE
REVISTAS CULTURALES
DE ESPAÑA

DISEÑO Y MAQUETACION

Torre de Babel, S.L.

PUBLICIDAD

Arrando 4 Gestión

Teléf.: (91) 531 06 58

Fax: (91) 532 65 51

REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.

28010 Madrid.

Teléf.: (91) 310 46 96 - (91) 310 47 98

Fax: (91) 319 45 85

E-mail: fpi@ctasa.es

En Internet:

<http://www.arce.es/Letra.html>

CIF n.º G-28667061

Depósito Legal: M-4655-1986

ISSN 0213-4721

JULIO-AGOSTO 1999

INDICE

• Página editorial	2
• Ernest Gellner La religión y lo profano	4
• Salman Rushdie Escritura y nación	11
• Pedro A. Vives El bosque y los colonos	13
• Alberto Manguel Las bibliotecas y sus cenizas	18
• Constantino Bértolo La cena de los notables	21
REALIDADES AJENAS (4)	
• Laszlo Krasznahorkai Sólo la bóveda estrellada. Tras las huellas de Li Tai Po	26
• Ramón Zabalza La subida al Monte Hua. (Fotografías.)	26
• Juan Villoro Iguanas y dinosaurios	58
• José Kozér Dos por uno: vida bilingüe	63
LOS LIBROS	
• Soledad Puértolas (Enrique Vila-Matas); Adolfo García Ortega (Francisco J. Satué); Clara Sánchez (Soledad Puértolas); José Martínez Hernández (Félix Grande); Paula Izquierdo (Osvaldo Sabino)	66
CORRESPONDENCIA	
• Rosa Martínez, Marcos-Ricardo Barnatán, Rosa Pereda	75

Salvador Clotas

LAS NOVELAS SON PARA EL VERANO

Los libros han seguido ocupando un lugar central —al menos así lo parece— en la vida cultural española. El 23 de abril empieza la carrerilla. Luego las ferias. Libros viejos en Recoletos, kilómetros de letra impresa —hay de todo— en el Retiro madrileño y en el paseo de Gracia de Barcelona. Dos editoriales con gran prestigio celebran sus aniversarios: Tusquets y Anagrama. Esta última lleva sus fastos a Londres con K. Ishiguro, M. Amis, J. Barnes, V. Seth y otros autores de la casa. Política cultural europea de la que hay tan poca.

Todavía somos muchos los que con los primeros calores empezamos a pensar en las lecturas del verano. Reina la novela. Las ideas de Ortega sobre el género son inteligentes y parecían irrefutables. Sin embargo, se equivocaba respecto al futuro. La novela constituye hoy una auténtica moda cultural. Se publican más novelas que nunca. ¿Se leen o se consumen? Depende. Quizá Ortega no cayera en la cuenta de que habrá novelas mientras haya lectores y lectores que, en su inmensa mayoría, no han leído a Ortega. La novela se ha burlado de su destino. No son como teórica y razonablemente debían ser, según los críticos y los filósofos y los profesores de literatura. Son como son. Muchas veces no acusan recibo de que por aquí pasaron Joyce, Proust y Kafka. Como bien dice Rafael Argullol en la entrevista que, sobre El destino de la literatura, le hace M. Pfeiffer: literatura sin cultura, literatura inculta o libros incultos.

La política es un tema goloso y difícil para la novela. Dos nuevos narradores se atreven con él con éxito en sus primeras novelas. Una mirada sobre el terrorismo de los años 70 en *La sombra del gudari* de R. Pereda. *El cel de l'infern* (El cielo del infierno), de D. Castillo, refleja la vida de militantes libertarios en la zozobra de los ideales y las utopías también de los años 70. A mí me parece un

escritor —es crítico literario y poeta— interesante. No sé que piensa de él X. Bru de Sala, que con su obra *El descrèdit de la literatura* ha levantado una fuerte polémica en el ámbito de la literatura catalana. Muy buenas y serias opiniones sobre la novela de Nuria Amat que sólo he tenido tiempo de empezar. Sí he leído *La señora Berg*, de S. Puértolas. Aunque no me atrevo a poner en orden o jerarquizar las obras de la autora de *El bandido doblemente armado*, a mí, como a muchos, la de Amat me parece su mejor novela. Salvadas las inmensas diferencias, de Puértolas me gusta, como de Colette, esa forma de narrar con tanta naturalidad, sin pompa alguna, suave como una conversación suave. En este caso lleva su estilo a la perfección, las páginas en las que cuenta los últimos días de la madre del protagonista son de una sinceridad y una profundidad admirables literariamente.

Admirable también, en la medida que una traducción te permita decirlo no por calidad sino por dificultad, es la primera entrega de lo que será la monumental novela autobiográfica de Henry Roth que lleva el shakespeariano título de *A merced de una corriente salvaje*. Su primera entrega, *Una estrella brilla sobre Mount Morris Park*, título poco afortunado que no puso el autor, es una poderosa narración en dos planos temporales en los que el mismo personaje en primera y en tercera persona describe su infancia de niño judío en el Nueva York del primer tercio de siglo. Roth escribió este libro pasados los 80 años. Autobiografía dentro de la novela y novela dentro de la novela, como *Los monederos falsos* de Gide. Por la obra de Roth sí ha pasado Joyce.

También acusa recibo de muchas lecturas el *Amuleto*, de R. Bolaños. Magnífico. En su artículo dominical, V. Puig evoca los veranos en las grandes novelas. Quizás al género narrativo le quedan todavía los veranos. □

Esther Tusquets

ELOGIO DEL DESORDEN

Hace un par de años convocaron desde la Generalitat a un grupo de profesionales de diversos campos para pedirles sugerencias sobre posibles mejoras a introducir en los ferrocarriles catalanes. Entre ellos estaba mi hermano, el arquitecto, y me contó que había surgido de inmediato el tema de dónde y cómo se debía permitir fumar. Y, a continuación, mi hermano propuso que debía autorizarse viajar con animales domésticos, y alguien protestó airado que él no iba a viajar con un perro en el departamento y que, si en otros países se hacía, era una razón para no visitarlos. Se siguió debatiendo acerca de lo que se debería o no autorizar en los trenes, y mi hermano hizo finalmente una propuesta (me temo que no va a llevarse a la práctica...): en todo tren, además de los vagones de las gentes de orden, debería existir un vagón, claramente diferenciado, para la gente que quisiera fumar, viajar con perros, con gatos y hasta con periquitos, tocar la guitarra, cantar e incluso entonar a coro *Asturias patria querida*, un vagón para los libertinos.

Vivimos una época —y me refiero al mundo desarrollado— en que las restricciones parecen haber tocado techo. Vivimos en grupo y, lejos de ejercitar una mínima tolerancia con el talante y los vicios y las necesidades de los otros, esperamos anhelantes que dilincan para poner con satisfacción el grito en el cielo. En la comunidad de propietarios donde vivo, hay un hermoso y amplio jardín, donde no se puede patinar, ni ir en bicicleta, ni jugar con la pelota, ni hacer correr a los perros: un jardín impecable y desierto. Pero hay cuestiones más graves: se ha establecido como objetivo ineludible y universal vivir hasta edades avanzadísimas y mantenerse en forma.

Es un buen objetivo y respeto a quienes lo practican e incluso a los que desarrollan un fastidioso y reiterativo proselitismo. Pero ellos deberían admitir la posibilidad de que a otras personas no les interese, de que no todos deseemos por encima de todas las cosas vivir cien años y mantenernos atléticos y sanísimos. Entre otros motivos, porque la muerte, por mucho que siempre la olvidemos, es inevitable, y no tengo certeza de que a los cien años se esté más preparado para recibirla que a los setenta, y porque, pese a todas las dietas y a los gimnasios y al no fumar, en la mayor parte de casos la vejez nos sume en la decrepitud.

Leí hace años en un artículo, creo recordar que de Baltasar Porcel, que «no aprobaba el suicidio», y quedé perpleja, porque el suicidio, como la eutanasia o el aborto, obedece a decisiones individuales, nos permite el supremo bien del hombre: la libre elección, y no creo que los otros tengan nada que aprobar ni que desaprobarnos.

A mí me gustaría mucho que el trecho que me queda de vida lo pueda recorrer en el vagón de libertinos, donde se me permita fumar, ignorar el colesterol, jugar con mis perros, tocar la guitarra, cantar, asomarme peligrosamente al exterior e incluso, si así se tercia, finalizar antes el viaje, lanzándome del tren en marcha antes de alcanzar el término del recorrido. □



La religión y lo profano

Ernest Gellner

Voy a intentar explicar alguno de los acontecimientos más notables de nuestro siglo, algunos muy sorprendentes, otros algo menos. Muy sorprendente es el tremendo éxito del Islam al mantenerse y reforzarse. La mayoría de los científicos sociales han sostenido la tesis de la secularización, que afirma que en las sociedades modernas o industrializadas la impronta de la religión sobre la sociedad y sobre los corazones y mentes se desvanece. Esta tesis parece ser verdadera en mayor o menor medida, con la excepción de un caso notable: en el mundo islámico la impronta de la religión sobre la sociedad y sobre los hombres, lejos de disminuir, ha aumentado.

El otro acontecimiento del siglo igualmente sorprendente ha sido el inesperado y total colapso del marxismo. A menudo, y correctamente, se compara al marxismo con la religión, incluso se lo ha descrito alguna vez como una religión secular, dado que comparte muchas de sus características, por ejemplo una cosmovisión total, la promesa de la instauración de la justicia en la tierra, etcétera. Sin embargo, carece de una característica fundamental de las religiones: cuando las religiones se establecen, retienen un fuerte dominio sobre los corazones y las mentes de los seres humanos y no colapsan fácilmente. Cuando colapsan hay resistencia y lucha, y gente que permanece leal a su fe hasta el fin. El marxismo ha tenido éxito reteniendo la lealtad de un número notablemente pequeño de personas (quizá de nadie). En el mundo postcomunista aparece frecuentemente la noticia del retorno de los ex-comunistas. Pero éstos solamente defienden el mantenimiento de sus propias posiciones, abogan por un cambio menos radical, el mantenimiento de las redes de la seguridad social, etcétera: son básicamente conservadores. Lo realmente interesante es que ninguno ha vuelto bajo el «estandarte del marxismo». En las sociedades que han vivido bajo el dominio marxista durante cuarenta o setenta años, los bolcheviques fracasaron completamente a la hora de emular a los jesuitas y otros grupos representativos de la Contrarreforma

que consiguieron dejar huellas profundas en las almas y en las sociedades de sus seguidores. Este es un hecho interesante e importante que merece la pena intentar comprender.

Existen además otros hechos que son un poco menos sorprendentes, aunque no fueran correctamente previstos: el vigor del nacionalismo en este siglo (algo que ya no sorprende a nadie). Ciertamente es que, durante mucho tiempo, se confió en la predicción que anunciaba el declive del nacionalismo. El silogismo que suponía la desaparición del nacionalismo tenía dos características fundamentales. En primer lugar, era compartido por marxistas y liberales y, en segundo lugar, era totalmente convincente. Las premisas

eran correctas y la conclusión se derivaba coherentemente. El único problema era que la conclusión no se ajustaba al mundo real. El argumento inicial era muy simple: el nacionalismo depende de diferencias étnicas, culturales y nacionales que se transforman en principios de pertenencia y lealtad política. Esto es una verdad incuestionable. Por otro lado, las condiciones del mundo industrial, con sus tendencias favorables a la movilidad, a la disolución de las comunidades locales, a la inestabilidad, a la homogeneización de la comunicación, etcétera, erosionan las diferencias culturales, lingüísticas y étnicas. Se



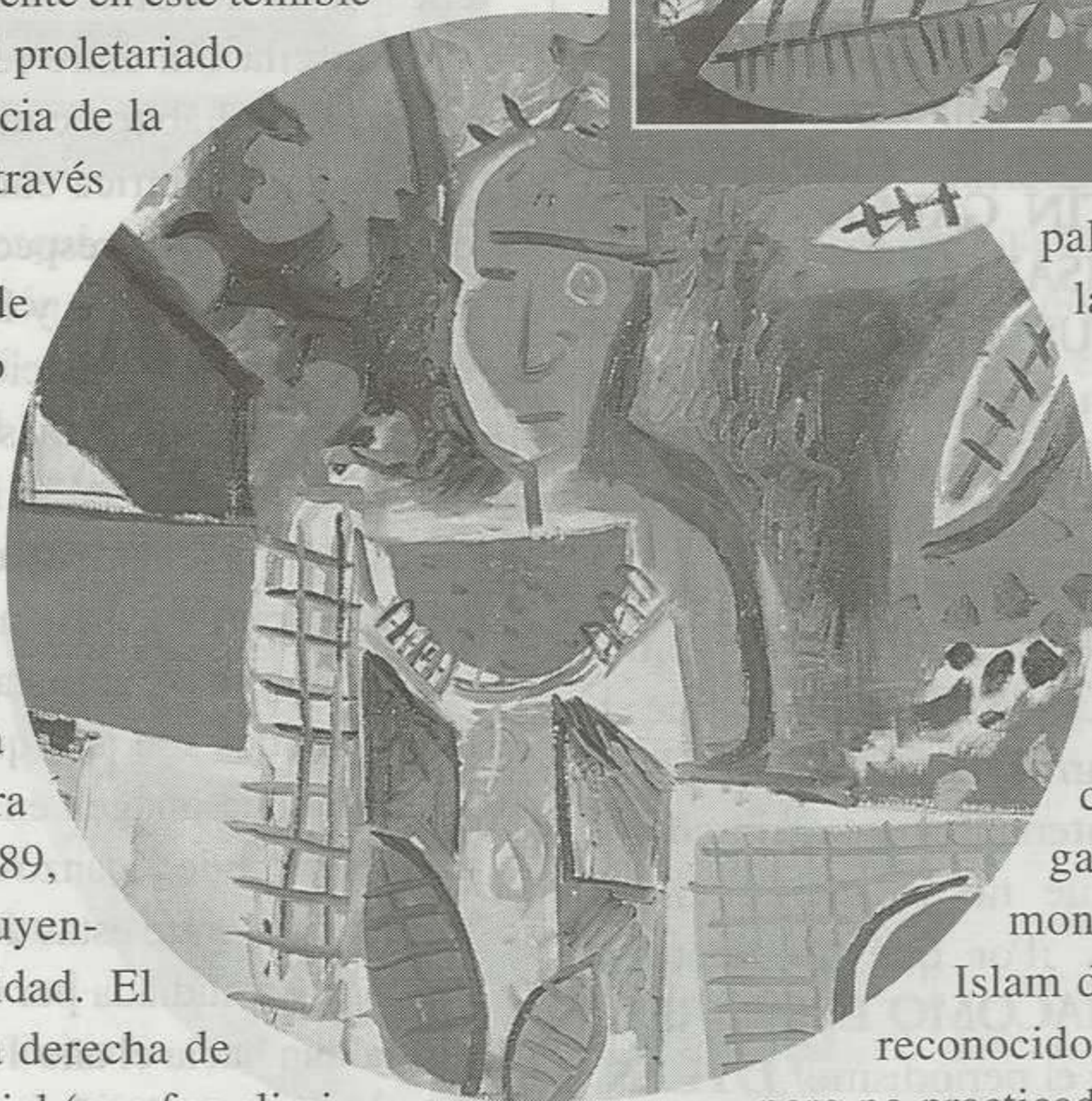
puede concluir por tanto que el nacionalismo finalmente desaparecerá en el mundo moderno puesto que las bases sobre las que se asienta están siendo gradualmente minadas.

Desgraciadamente, como ya he dicho, la conclusión no se corresponde con los hechos. Por tanto deben estar operando factores adicionales: intentaré ponerlos de relieve más adelante. La proposición de que el nacionalismo finalmente desaparecería era sostenida por marxistas y por liberales. Solamente discrepaban en cuanto a las causas precisas de su desaparición. Para los liberales, se produciría gracias a la división internacional del trabajo y las ventajas derivadas de ella, mientras que, para los marxistas, tendría que ver con el temible crisol del proletariado internacional empobrecido que, a través de su depauperación y de su alienación derivada, se desprendería de sus antiguas raíces étnicas y depositaría su lealtad únicamente en este temible crisol. En su desnudez cultural, el proletariado sería algo así como la quinta esencia de la humanidad, que se reafirmaría a través del proletariado.

El cuarto acontecimiento de nuestro siglo es el relativo éxito de las «democracias» liberales, pluralistas y semisecularizadas, vencedoras en las guerras en las que se han visto envueltas. Ganaron la guerra militar que terminó en 1945 (con una victoria muy reñida) y ganaron la guerra económica que terminó en 1989, uno de los conflictos más concluyentes de la historia de la humanidad. El quinto, la visión alternativa de la derecha de cómo dirigir una sociedad industrial (que fue eliminada en 1945) quizá también merezca algún comentario.

ISLAM

Pasemos ahora al Islam. ¿Por qué el Islam es tan increíblemente exitoso? ¿Por qué es tan resistente a la secularización? Quisiera empezar ofreciendo una interpretación sobre qué es el Islam tradicional sin profundizar demasiado en su historia más temprana. Por decirlo de manera sencilla, el Islam, al menos en la zona árida que está entre el Indostán y el Atlántico y alcanza hasta el río Níger, se encontraba dividido entre una cultura alta y una cultura baja —un Islam alto y un Islam bajo— que coexistían inestable pero pacíficamente la mayor parte del tiempo, aunque nunca faltaron conflictos entre ellos en intervalos regulares. La principal diferencia entre ambos reside en que el Islam alto condena a los mediadores (tiene una



palabra para designar el pecado de la mediación: *shirk*) mientras que el mundo del Islam bajo está plagado de ellos. El alto Islam aprecia sobremanera la relación directa entre una deidad excluyente y el creyente individual; no es adicta al ritual, contiene escasas creencias mágicas, y es concienzudamente moralista, apegado a las Escrituras, puritano, monoteísta e individualista. Es el Islam de los sabios, el Islam alto que es reconocido como válido por los creyentes, pero no practicado por ellos. Y no lo es porque no cubre las necesidades de las clases bajas y sobre todo de los campesinos musulmanes, quienes por razones obvias necesitan una religión mucho más «durkheimiana», una religión en la cual lo sagrado tiene sus mediadores, su encarnación y que refleje la estructura social. Muchos de los campesinos musulmanes están *encadrés*, incorporados en cofradías rurales autónomas o semiautónomas, linajes rurales, tribus, clanes y agrupaciones similares. En su vida y organización interna practican una religión durkheimiana en la que lo sagrado se encarna en rituales periódicos, objetos sagrados, prácticas sagradas, personas sagradas. Se puede decir que un Islam «protestante», de clase alta, urbano, individualista y puritano (que está extrañamente unificado por teólogos y juristas que realizan sus carreras pese a la ausencia de organización central y de cualquier tipo de secretariados y jerarquías centralizadas), coexistía con un Islam «católico» fragmentado, que tiene las características «católicas» de jerarquía, ritualización, empleo de

Archipiélago

CUADERNOS DE CRÍTICA DE LA CULTURA

¡Novedad! N.º 37

¿POESÍA ERES TÚ?

ALFONSO BERARDINELLI. «La casa de la poesía estaba llena de huéspedes...»/ **FÉLIX DUQUE.** El nido de antaño. El adiós de Hölderlin a Grecia/ **EDUARDO GIL BERA.** Poesía, el lenguaje a ti debido/ **HANS-GEORG GADAMER.** ¿Acceso fenomenológico y semántico a Celan?/ **AGUSTÍN GARCÍA CALVO.** Notas acerca de «poesía»/ **ISABEL ESCUDERO.** Principia poetica/ **ROSA RIUS GATELL.** Poesía y filosofía, una alianza en María Zambrano/ **ENTREVISTA A JOSÉ ÁNGEL VALENTE.** El jeroglífico y la libertad/ **JOSÉ M. CUESTA ABAD.** De una piedra ilegible/ **JESÚS MUNÁRRIZ.** Esta vez, en prosa/ **ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN.** Cómo pensar la propia poesía/ **RAMÓN ANDRÉS.** Lo que el pensamiento no puede pensar/ **DIEGO ROMERO DE SOLÍS.** Una poética materialista y sentimental/ **JENARO TALENS.** Algo que no es una poética/ **UMBERTO GALIMBERTI.** ¿Por qué los poetas?/ **JUAN BARJA.** Lo abierto/ **GIACOMO LEOPARDI.** La poesía en la era de la bolsa y el periodismo/ **DYLAN THOMAS.** Escribir a un amigo.

Miseria de las instituciones totales

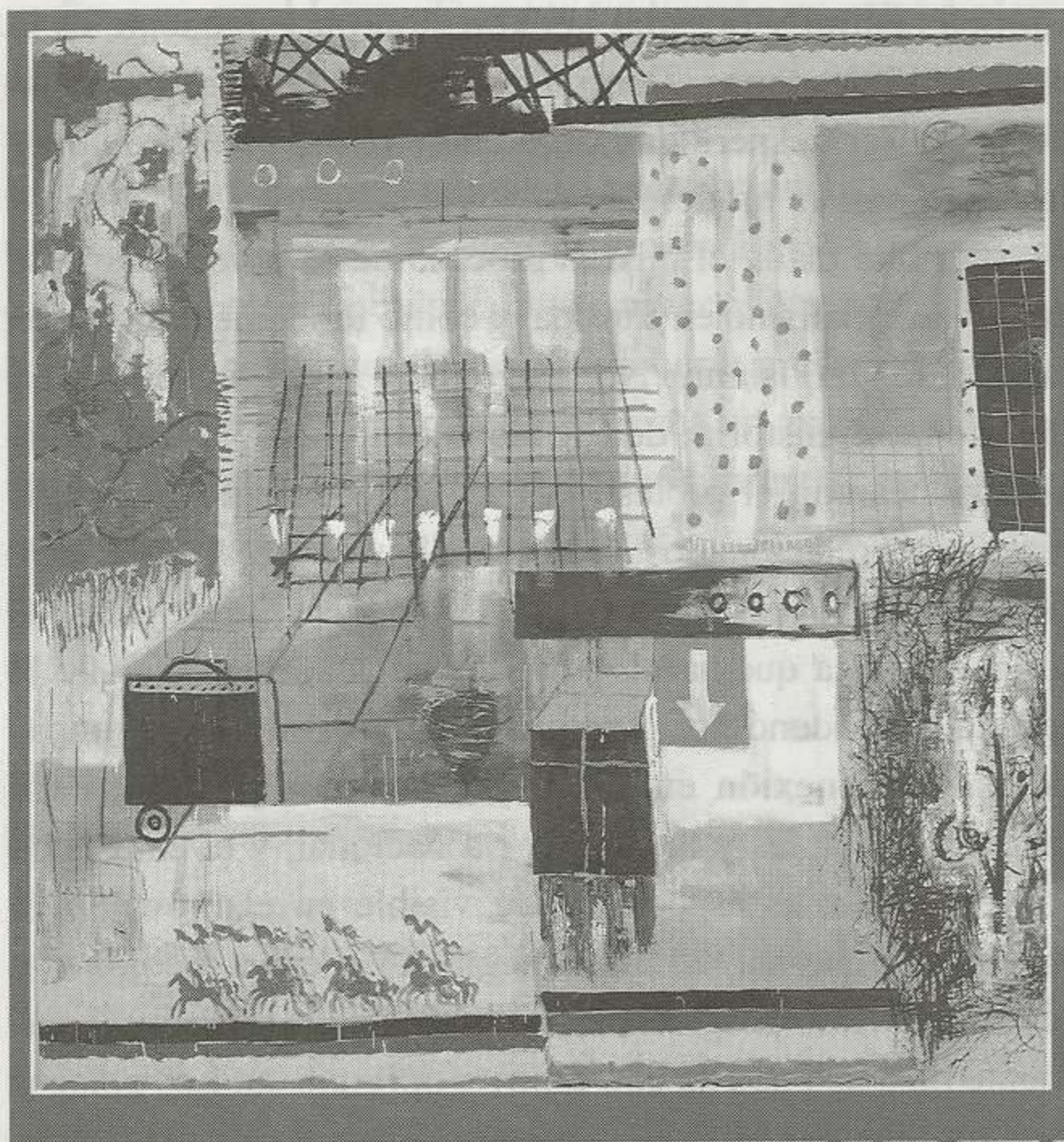
RAMÓN GARCÍA. Contra «la ética». Por la crítica institucional y en defensa de los derechos de los enfermos/ **GUILLERMO RENDUELES.** El desencanto psiquiátrico/ **FRANCISCO ÁLVAREZ.** El valle de los leprosos/ **GONZALO MARTÍNEZ FRESNEDA.** Aquellos presos comunes/ **COLECTIVO DE PRESOS.** La impotencia ante la injusticia/ **ERVING GOFFMAN.** Microsociología e historia/ **FERNANDO ÁLVAREZ-URÍA.** Tatuajes.

PUBLICIDAD, PEDIDOS E INFORMACIÓN: EDITORIAL ARCHIPIÉLAGO
C/ CARDONER, N.º 23, BAJOS-IZDA. 08024 BARCELONA
TFNO. y FAX: 93/ 210 85 03

formas sensuales de religión, de ejercicios místicos, etcétera. Se puede comprobar cómo este último tipo encaja bien con las teorías de Durkheim sobre la religión, con su función de subrayar, hacer visible y legitimar la organización comunal en la que los musulmanes vivían. Estos dos modelos entraban en conflicto durante los intentos periódicos de auto-reforma, pero convivían armoniosamente el resto del tiempo. Sobre este tema coincido con la teoría mejor formulada por David Hume sobre la oscilación en la vida religiosa de la humanidad entre religiones de tipo protestante y religiones de tipo católico. Durante los periódicos estallidos de entusiasmo y de auto-reforma, los puritanos pueden triunfar por algún tiempo, pero la exigencia y las demandas de la vida social conducirán de nuevo a una religión personalizada, jerárquica, no escrituralista, basada más en una ética de la lealtad que en una ética de la doctrina. Así, en el Islam existía una permanente oscilación entre reformismos fracasados y regresos a los viejos hábitos culturales. Existe, por supuesto, una diferencia específica entre el Islam y la Europa cristiana-occidental a este respecto: en la Europa Occidental las prácticas ritualizadas y la ética de la lealtad se encuentran en el centro de la relación de fuerzas y están gestionadas por una institución más que por una doctrina abstracta, mientras que la versión individualista, literalista y puritana está fragmentada y es relativamente marginal. En el Islam ocurre justo lo contrario: la tradición central es individualista y escrituralista, mientras que los desviacionistas fragmentados son jerarquizantes, ritualistas, etcétera, algo así como una imagen en el espejo.

Hasta donde alcanzo a ver, nada hay que impida que el Islam oscile entre estas dos formas de religiosidad. La oscilación fue estudiada por el magnífico sociólogo musulmán Ibn Jaldún hacia el año 1400 y de ella se hizo eco Friedrich Engels en un párrafo en el que obviamente sigue a Ibn Jaldún sin citarlo. Engels afirmó —en contradicción con la tesis principal del marxismo— que todas las clases y todas las sociedades de clases son inherentemente inestables y se encaminan a su propia destrucción a través de sus propias contradicciones internas. En ese párrafo el espantoso etnocentrismo de los dos padres fundadores del marxismo aflora, y se especifica que la inestabilidad de las clases y de las sociedades de clases debe aplicarse a «nosotros», los europeos, mientras que «ellos», los orientales, especialmente los árabes y musulmanes, están inmersos en una especie de mundo cíclico del que jamás se podrá salir. Y admitiendo que nuestros conflictos sociales están distorsionados por el prisma del lenguaje religioso, cuando el conflicto religioso cesa, al menos emerge algo nuevo y alcanzamos un nivel más alto. Mientras que todo lo que hacen los orientales es hacer girar la rueda una vuelta completa.

Mi teoría de por qué el fundamentalismo musulmán tiene la increíble pujanza que demuestra es la siguiente:



las condiciones modernas han *desquiciado* el péndulo de su oscilación inestable y han trasladado definitivamente el centro de gravedad desde el estilo durkheimiano, pluralista, jerarquizado, orgánico, hacia el Islam alto. Esto ha sucedido porque la centralización política y económica impulsada por los Estados coloniales y postcoloniales destruyó aquellas comunidades que habían servido de base para el Islam de cultura baja o de religión durkheimiana. Cuando los miembros de clanes, tribus y pueblos se convirtieron en trabajadores emigrantes y habitantes de barrios de chabolas en las ciudades, la población se atomizó y se la incitó a encontrar su identidad en una religión alta, en una cultura alta que proporcionaba señas de identidad para todos los musulmanes, uniéndolos contra los extraños. Anteriormente no existía una identidad nacional en los países musulmanes. La mayoría de la gente era de principio a fin miembro de una comunidad local bajo una autoridad local. Las naciones modernas musulmanas, especialmente las surgidas del proceso de descolonización, son simplemente la suma de musulmanes dentro de un territorio dado. Y esto significa que el Islam proporcionó la identidad frente a los otros.

Proporcionó tanto la confirmación de su transición desde el mundo rural al urbano, como un idioma para expresar el cambio de estatus desde la calidad de rústicos ignorantes a la de gente que aspira a gozar de sofisticación urbana. También les dota —y esto es muy evidente en el

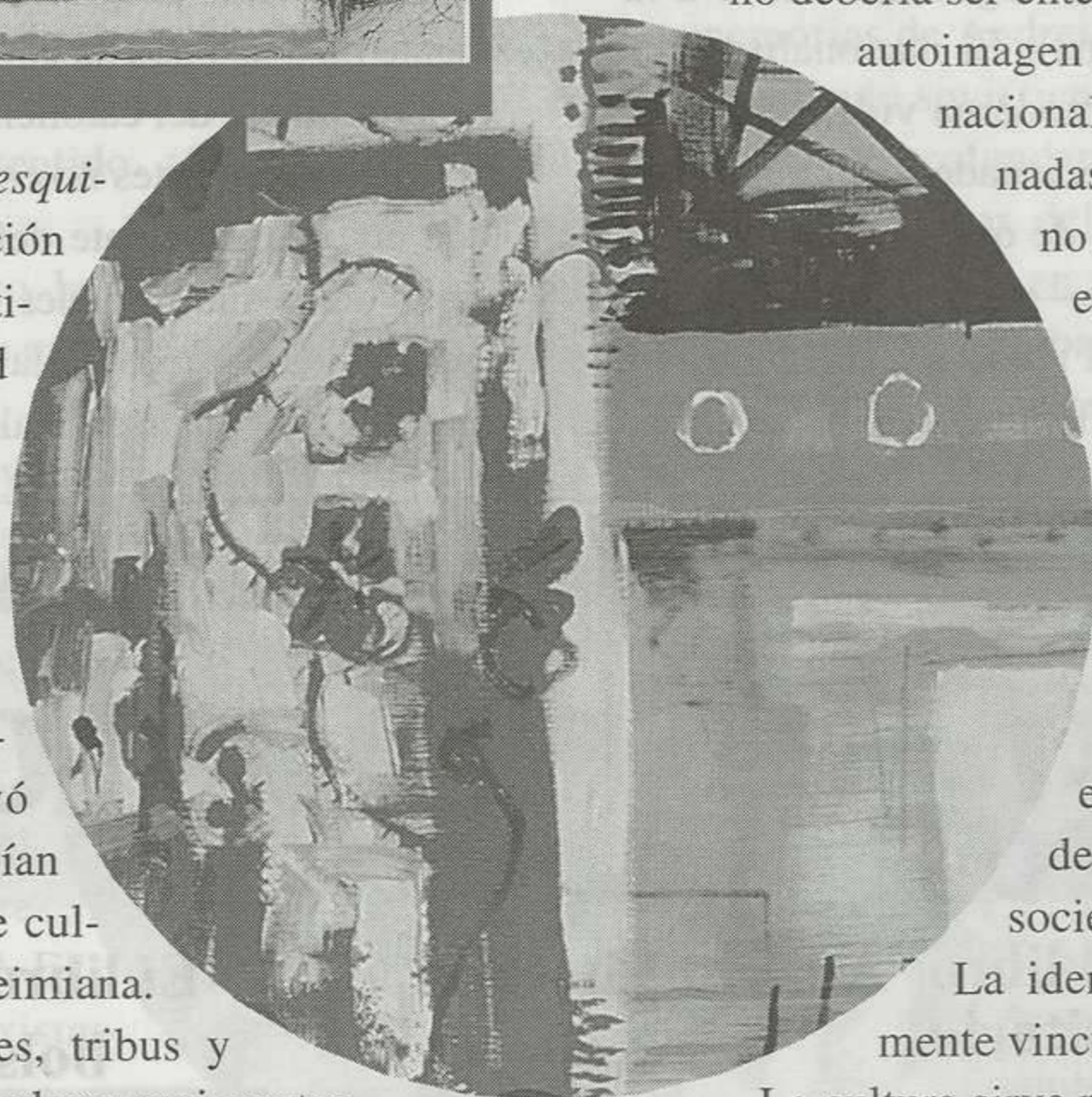
amargo y trágico conflicto de Argelia— de los medios para criticar y enfrentarse a sus gobernantes. Gracias a ello, las gentes no occidentalizadas que se toman seriamente su vivencia del Islam disponen de un lenguaje contra los mamelucos tecnocráticos que los gobiernan en virtud de su acceso a la tecnología occidental. Pienso que es en esos términos —la reacción de los musulmanes desorientados, recientemente urbanizados, que han sido separados del culto a los santos y de las estructuras locales y que necesitan definirse contra las clases dominantes semioccidentalizadas y explotadoras— en los que debe comprenderse la oleada de fundamentalismo musulmán.

NACIONALISMO

En mi opinión, la emergencia del nacionalismo en Europa no debería ser entendida en sus propios términos. La autoimagen del nacionalismo y la realidad del nacionalismo están inversamente relacionadas. El nacionalismo es un fenómeno de una *Gesellschaft*, aunque hable en el idioma de una *Gemeinschaft*. Es el subproducto de una nueva situación, parecida a la que he referido sobre el Islam. El principal rol de la cultura en una sociedad agraria consiste en subrayar, expresar e internalizar el estatus de la gente en una estructura del mundo estable, es decir, la que corresponde a una sociedad extremadamente jerárquica. La identidad de la gente está estrechamente vinculada a su posición en la sociedad.

La cultura sirve para reforzarla y para proveerla de una expresión externa, haciéndola visible y por tanto menos propensa a la fricción. También ayuda a los miembros de la sociedad a internalizarla y aceptarla como rasgo absoluto de la condición humana. La sociedad jerárquica y estable ha sido reemplazada por los agentes del industrialismo y sus compañeras la ciencia y la tecnología, por una sociedad móvil y anónima, que carece de una jerarquía aceptada, y en la cual, ante todo, el trabajo ha dejado de ser físico y ha devenido semántico (es decir, el trabajo es comunicación) y por tanto culturalmente homogéneo. En las sociedades avanzadas ya no hay una división entre una cultura alta y una cultura baja. Más bien, la cultura alta es la cultura de toda la sociedad.

No utilizo el término «cultura alta» en un sentido valorativo, sino para denominar una cultura vinculada a la escritura y transmitida mediante educación formal y no en las rodillas de la madre. Ha de ser homogeneizada sobre



grandes áreas para que la gente pueda así comunicarse de una manera libre de contexto, ya que su situación laboral consiste en comunicarse con gente a la cual no conocen y a la que generalmente incluso ni ven. Por tanto, el mensaje ha de transmitir su propio significado independiente del contexto. Por primera vez en la historia la educación formal permea toda la sociedad y deja de ser el privilegio de un pequeño estrato de académicos, talmudes, burócratas o juristas. Esta situación es única. Pero la consecuencia es que la participación social y la ciudadanía cultural, política y económica efectiva es una condición del dominio de una cultura alta concreta. La perpetuación de esta cultura alta es una empresa costosísima, que ha de ser acometida por el Estado o al menos protegida por él. Todo esto nos lleva a la relación entre el Estado y la cultura, que es donde reside la esencia del nacionalismo. (Niego vehementemente la teoría convencional del nacionalismo, que afirma que es la expresión de rasgos inherentes a la sociedad y a la psicología humana). El nacionalismo es inherente a las condiciones de la moderna vida industrial, pero no es inherente a todas las sociedades. Por supuesto, los nacionalistas aceptan el hecho de que el nacionalismo —aunque universal y sempiterno— por alguna extraña razón se encontrara dormido en el pasado y que necesitase ser despertado para ser políticamente efectivo (en

Europa central y oriental la expresión más frecuente es la noción de despertar, *Deutschland erwache!*). En realidad no podía ser despertada porque no existía. Fue creada por las condiciones modernas.

¿Por qué razón el mismo proceso de cambio se expresa como nacionalismo en Europa, y como fundamentalismo en el mundo del Islam? No tengo una respuesta clara. La embrionaria historia del nacionalismo en Europa tiene conexiones con el protestantismo. Parece como si los dos estuvieran relacionados. Bernard Shaw expresó muy bien esta idea en el prefacio a su *Juana de Arco*, donde dice que los ingleses la quemaron por nacionalista, mientras que la iglesia la condenó por protestante, y en realidad era ambas cosas. La conexión entre los movimientos protestantes o proto-protestantes y la conciencia nacional, y el énfasis en lo vernacular, es especialmente visible en el movimiento husita en Bohemia durante el siglo XV. Pero a medida que el nacionalismo progresaba se divorció de la religión o solamente hizo uso de ella con espíritu oportunista. Los polacos echaron mano del catolicismo porque sus enemigos y vecinos de ambas partes no eran católicos y, por tanto, ser católico era una excelente definición de ser polaco. Y proporcionó unos inestimables contra-Estado y contraorganización en los tiempos de la lucha contra el comunismo. A la larga, la doctrina nacionalista y la religiosa se separaron.

N o v e d a d e s

El libro universitario

Noam Chomsky
El programa minimalista

Miguel Artola
La monarquía de España

Henri Mendras
Sociología de Europa occidental

John L. Tone
La guerrilla y la derrota de Napoleón

Ángel Gabilondo
Menos que palabras

Enrique Laraña
La construcción de los movimientos sociales

Alianza Literaria

Peter Handke
El año que pasó en la bahía de nadie

Ismaíl Kadaré
Tres cantos fúnebres por Kosovo

José Ángel Valente
Obra poética
1. Punto cero (1953-1976)
2. Material memoria (1977-1992)

Kirsty Gunn
El recuerdo

Sven Birkerts
Elegía a Gutenberg
El futuro de la lectura en la era electrónica

José Eduardo Agualusa
Nación criolla

El libro de bolsillo

Aleksandr Pushkin
La hija del capitán

Jean d'Arras
Melusina

Francisco R. Adrados
Del teatro griego al teatro de hoy

J. Domínguez Caparrós
Diccionario de métrica española

David Hume
Diálogos sobre la religión natural

Renato Dulbecco
Los genes y nuestro futuro

Ulrich Rühle
Locos por la música
La juventud de los grandes compositores

Alberto Elena y Marina Díaz López
Tierra en trance
El cine latinoamericano en 100 películas

Miguel Salas Parrilla
Técnicas de estudio para Secundaria y Universidad



Alianza Editorial

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid

Pero no en el Islam. Durante un tiempo no estuvo claro si era dominante el fundamentalismo o el nacionalismo árabe y quién estaba al servicio de quién. Pero ahora está bastante claro que el fundamentalismo es mucho más fuerte que el nacionalismo. Para mí no está claro por qué la conexión entre una cultura alta universalista e individualista y la doctrina que la inspiró debería preservarse en el Islam y separarse en Europa. Quizás sea un accidente histórico. Mi diagnóstico de los dos movimientos es similar, pero carezco de una buena explicación para explicar por qué adoptaron formas tan diferentes en sus respectivas sociedades.

MARXISMO

La fuerza del Islam es una de las sorpresas de este siglo, y el asombroso derrumbamiento del comunismo —prácticamente todo el cuerpo de soviólogos y académicos soviéticos fracasaron a la hora de pronosticarlo— fue otra sorpresa, aunque en otro sentido. ¿Cuál es la explicación?

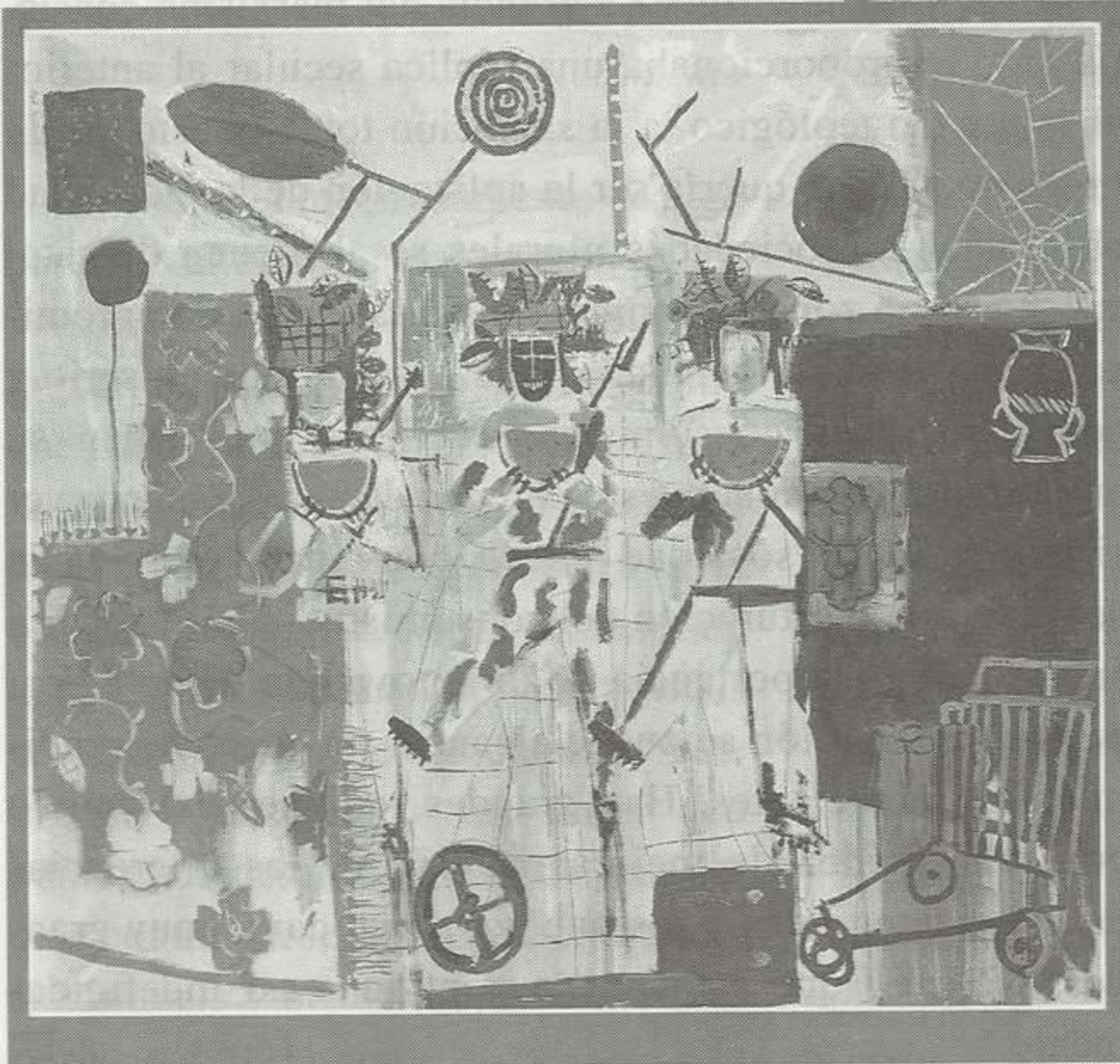
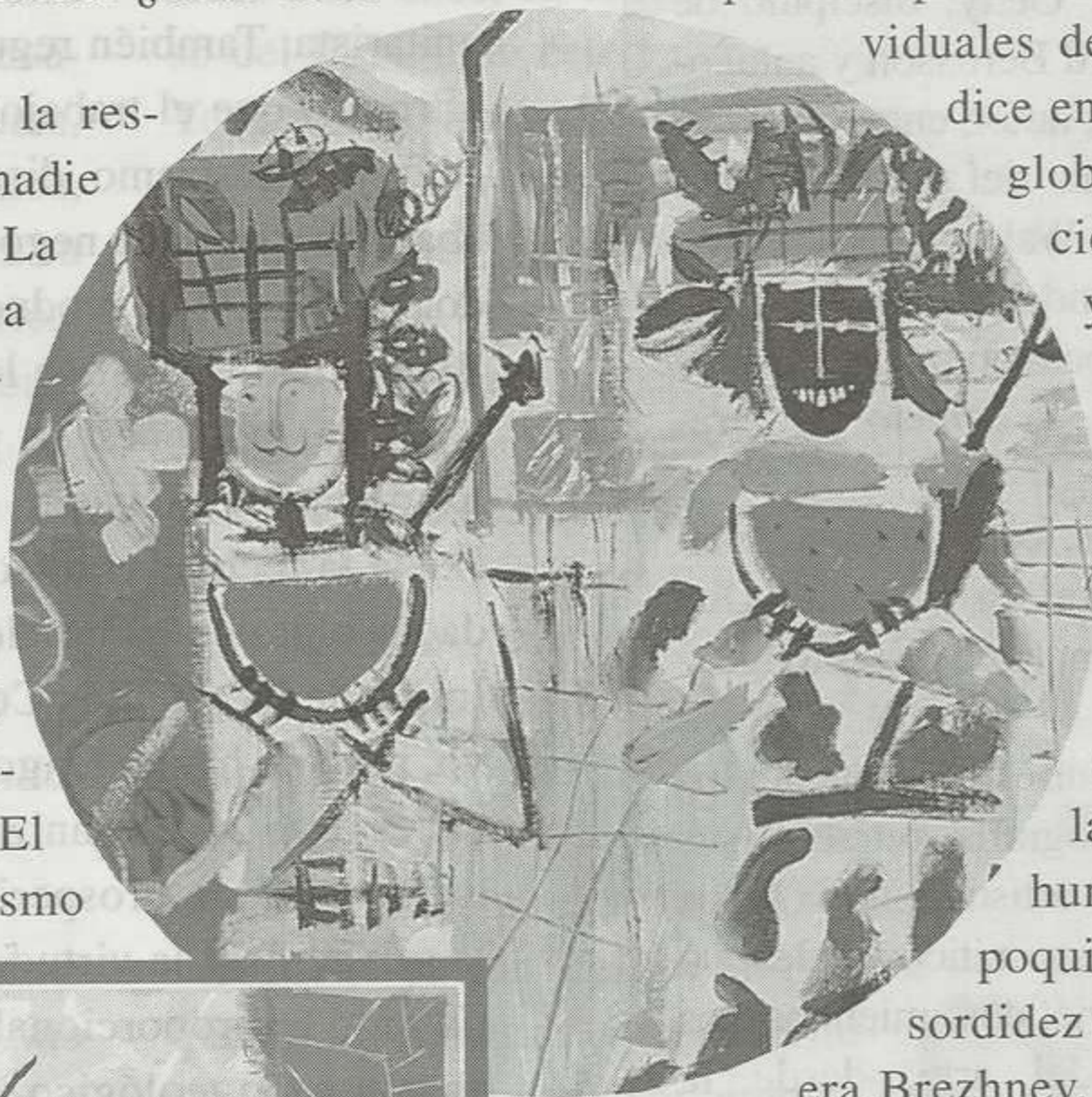
Por supuesto, yo no conozco la respuesta. Hay ex-comunistas, pero nadie permanece fiel a la ideología. La gente se aferra a la continuidad y a sus privilegios, pero nadie se aferra a la doctrina. ¿Por qué? Tengo una teoría sobre este asunto y me gustaría exponérsela. Lo que hizo caer al marxismo no fue su secularismo, sino por el contrario, su panteísmo, que heredó de Spinoza a través de Hegel. El ideal mesiánico básico del marxismo

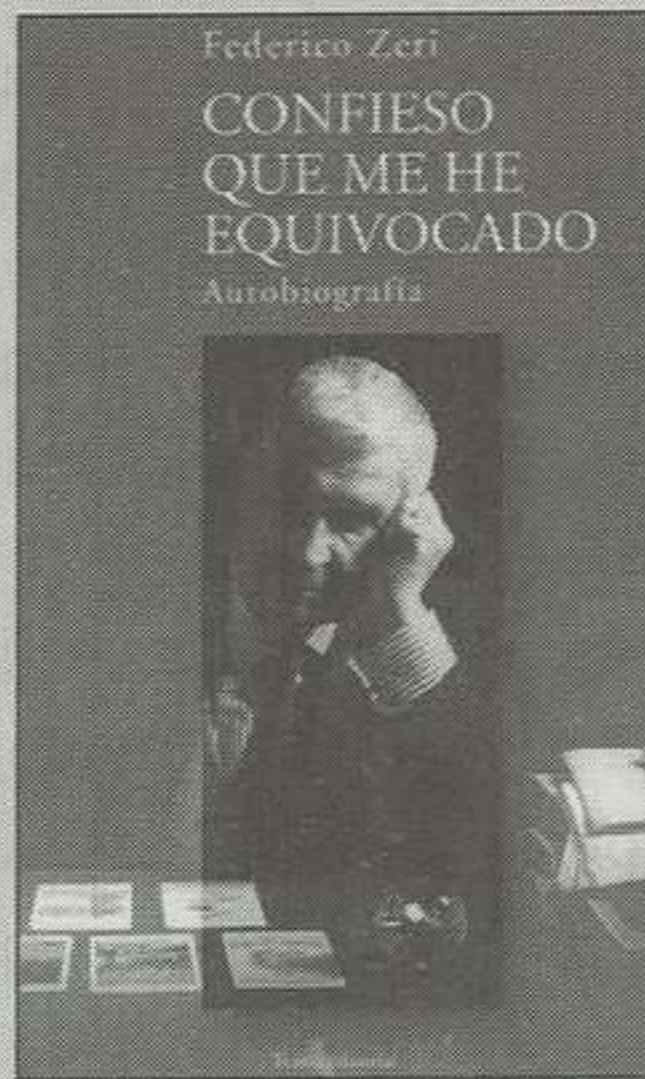
—que tenía un atractivo especial para el alma rusa— consistía en abolir la separación entre lo sagrado y lo profano en la vida humana. La idea de que el mundo está condenado a ser triste y miserable, mientras la satisfacción ha de hallarse en otro reino, era simplemente el reflejo de una sociedad dividida. El futuro reside en un mundo unitario de consumación total. La imagen de Spinoza, historizada por Hegel, fue recogida por Marx. Una teoría convencional dice que el hombre no puede vivir sin religión. Propongo la teoría de que el hombre no puede vivir sin lo profano. El fracaso del marxismo a la hora de mantenerse en las mentes y corazones de la gente que estaba sistemáticamente sometida al monopolio de su propaganda tuvo que ver con la abolición de lo profano. El hecho sorprendente es que la fe marxista no fue destruida por el terror masivo e indiscriminado del periodo estalinista, sino por el periodo de estancamiento, relativamente suave y aceptable en conjunto. Basta con leer las memorias de Andrei Sajarov, uno de las mejores relatos del mundo soviético. Sajarov fue un hombre que despreciaba profundamente la mayoría de las tesis indi-

viduales del marxismo. Sin embargo, como dice en sus memorias, aceptaba la visión global. Se trataba de una transformación radical de la condición humana, y si ello exigía pagar el precio que exigía —asesinatos en masa, supresión de la libertad, utilización de trabajo esclavo (algo que Sajarov conocía de sobra, ya que él mismo utilizaba trabajo esclavo)— era lamentable pero necesario. Uno no puede pretender que la transformación radical de la vida humana no vaya acompañada de un poquito de sangre. En el desaliño y la sordidez del periodo de estancamiento de la era Brezhnev, cuando los camaradas pasaron de

dispararse a sobornarse unos a otros, la fe se evaporó, así que cuando Gorbachov levantó la tapa, de pronto se dieron cuenta de que su ideología era en verdad un buen ejemplo de las *Nuevas ropas del Emperador*.

Hasta donde alcanzo a ver, la diferencia entre el éxito del Islam y el fracaso del marxismo reside en que el marxismo era meticulosamente unitario, panteísta y deseaba una consumación total en este mundo. Sacralizaba el mundo real y despreciaba el viejo hábito de encontrar consuelo en el cielo. Todo esto nos lleva al corazón de la personalidad de Marx, el no va más de los burgueses. Su visión del mundo era una generalización de la visión burguesa de que la esencia del hombre es el trabajo, no la agresividad, ni la virilidad, ni el estatus. La realización auténtica llega a través del trabajo y el trabajo es su pro-





Confieso que me he equivocado

Federico Zeri

Premio Nobel de las Artes; amigo de Greta Garbo; consejero del conde Cini y de J. P. Getty; discípulo de Frederick Antal; sucesor de Bernard Berenson y antagonista declarado de Roberto Longhi; autor, entre otros, de los catálogos de pintura italiana del Metropolitan Museum de Nueva York y de la Walters Art Gallery, Federico Zeri es uno de los más grandes historiadores del arte vivos y, también, el más excepcional por lo rotundo e independiente de sus opiniones y lo agitado y contradictorio de sus vivencias.

Su relación con el arte, con su país, con el coleccionismo, con la vida toda es de naturaleza pasional. Una pasión alimentada por una de las más lúcidas inteligencias contemporáneas.

En conversaciones con Patrick Mauriès, Zeri cuenta los episodios más relevantes de su biografía, retrata a sus contemporáneos, ya sea del mundo artístico, de la fauna de Hollywood, de los ambientes aristocráticos ingleses o del aparato y la nomenclatura soviéticos, mientras nos revela cierta historia secreta del arte, desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Federico Zeri, nacido en Roma en 1921, vive en su villa-museo-biblioteca de Mentana. Autor de numerosos estudios y atribuciones de obras célebres, forma parte del Consejo Científico del Museo del Prado.

Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605

Tfno/Fax: 915 738 781

<http://www.infor.net.es/trama/>
28080 Madrid

pia recompensa. Los burgueses son gente que trabaja no sólo porque se les pague. Lo que les diferencia de aristócratas y obreros es que el aristócrata no trabaja y el obrero trabaja sólo por su salario. La burguesía siempre ha deseado un mundo en el cual el gobierno de matones y farisantes, del rojo y el negro, fuera reemplazado por el gobierno de la gente que realmente trabaja.

Así que Marx simplemente afirmó aquello que la burguesía siempre había deseado. El verdadero secreto de la historia está en la transformación de las relaciones de trabajo. Las relaciones de los hombres con sus herramientas y con la producción son las que determinan los acontecimientos. La violencia no es más que una simple criada del cambio radical. Les dice a los matones: podéis blandir vuestras espadas, pero vosotros no habéis producido los cambios, no sois importantes. El marxismo es la fantasía burguesa de que el trabajo es la esencia del hombre, de que las relaciones laborales determinan la historia y de que la realización se encuentra en el trabajo.

El Islam tiene sus méritos. Es aceptable para el mundo moderno debido a su negación de la magia, puritana y unitarista. También regula la vida. Sin embargo, nunca ha afirmado que el trabajo sea sagrado. Durante periodos de celo y entusiasmo disminuido los musulmanes pueden abandonarse a los negocios sin pensar que eso sea sagrado. Y si la vida productiva no lo es todo, ¿qué pensar? Bueno, nadie dijo que lo fuera.

¿Qué lecciones se pueden extraer del siglo cuando examinamos el Islam, el nacionalismo y el marxismo? Hasta la fecha, las historias de éxito son las de las sociedades plurales y liberales —a las que yo llamo la Alianza Impía de Descreídos Consumistas. Puede sonar peyorativo, pero de hecho tengo un buen concepto de estas sociedades que se organizan en nombre del consumo, la expectativa de prosperidad general y la privatización de la salvación y la virtud. La esencia del marxismo consistía en que proporcionaba una réplica secular al anterior absolutismo teológico, a la salvación total—, esto es, un orden social que quería ser la aplicación de la moralidad absoluta. Las sociedades plurales se abstienen de esto: viven en una zona de sombra ambigua, en un compromiso entre creencias heredadas que no se toman en serio y consideraciones consumistas prácticas, que tienen su autoridad pero por supuesto carecen de aura. Está por ver si este tipo de sociedad puede continuar, y si puede sobrevivir a la saturación del consumismo. No se debería subestimar la importancia de la innovación tecnológica, pero en mi opinión se puede alcanzar un punto de rendimientos decrecientes. Hay grandes regiones del mundo con gran avidez de mejora material, y las diferencias entre los que tienen y los que no, son todavía muy grandes. No creo que esto pueda continuar así indefinidamente. □

Escritura y nación

Salman Rusdhie

Pedro A. Vives

1. *El pájaro que canta en los bosques de*
[Cilgwri,
incansable como el arroyo entre mus-
[gosas piedras,
no es tan viejo como el sapo de Cors
[Fochno
que siente su fría piel hundirse sobre
[sus huesos.

Hay pocos escritores tan profundamente comprometidos con su tierra natal como R.S. Thomas, un nacionalista galés cuyos poemas se proponen, mediante la observación, la polémica, la exaltación y la mitología, dotar a su país de una orgullosa identidad lírica. Pero el mismo R.S. Thomas también escribe lo siguiente:

Tarda el odio largo tiempo
en crecer, y el mío
está creciendo desde que llegué al
[mundo;
No hacia la tierra bruta
...Creo
Que este odio se dirige hacia mí
[mismo

Asombra el reconocimiento de algo parecido al odio de uno mismo en los versos de un bardo nacionalista. Pero quizá sea éste el único nacionalismo que puede profesar un escritor. Cuando la imaginación recibe de la pasión la facultad de ver, lo que percibe es tanto oscuridad como luz. Sentir de un modo tan intenso es sentir desprecio además de orgullo, odio además de amor. Este orgulloso desprecio, este amor que odia, suele desatar las iras de una nación contra el escritor. La nación necesita himnos y banderas. El poeta ofrece discordia. Harapos.

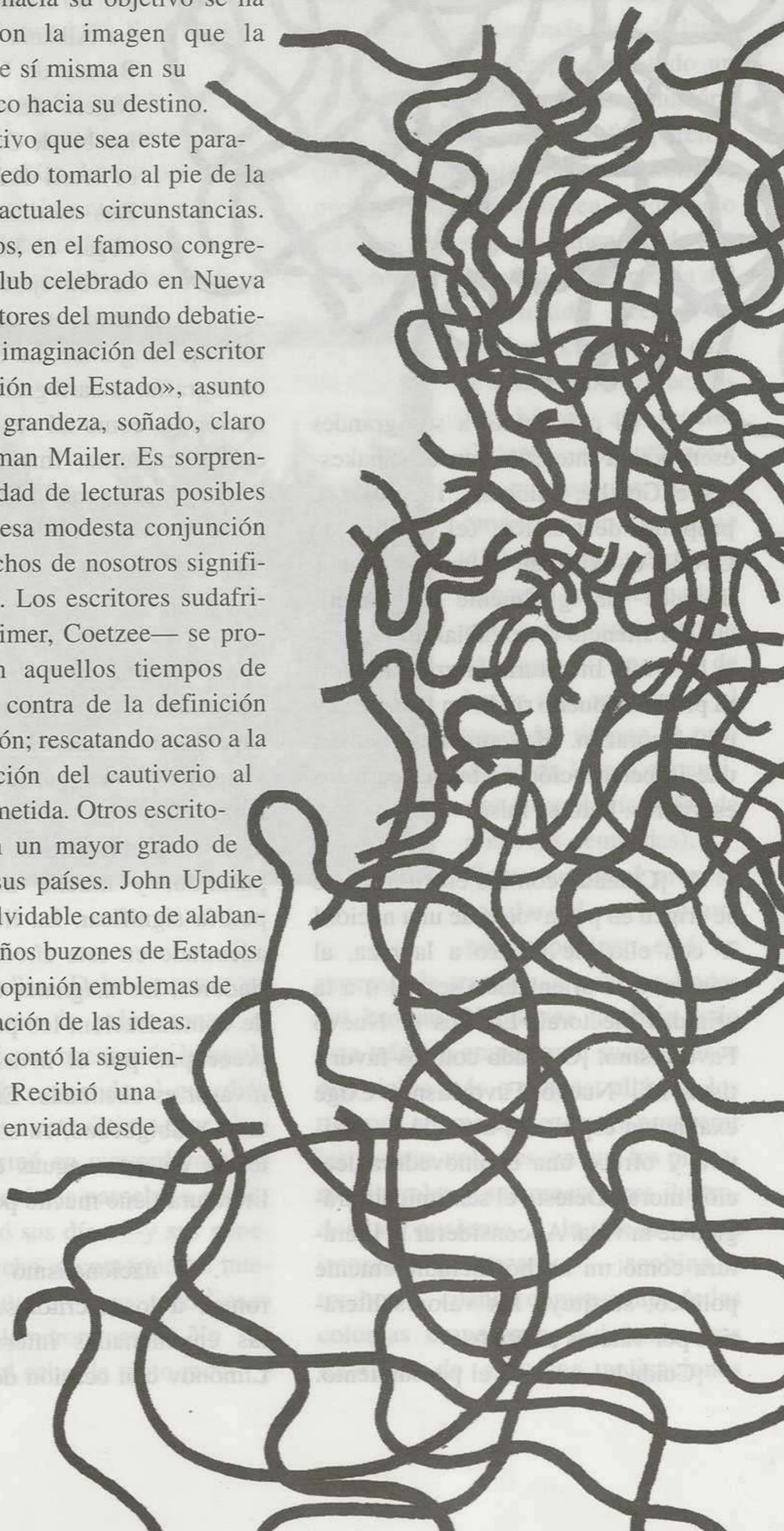
2. Se han establecido ciertos paralelismos entre el desarrollo histórico de las «tramas» gemelas de la novela y el Estado-nación. El modo en que un relato avanza hacia su objetivo se ha comparado con la imagen que la nación tiene de sí misma en su avance histórico hacia su destino.

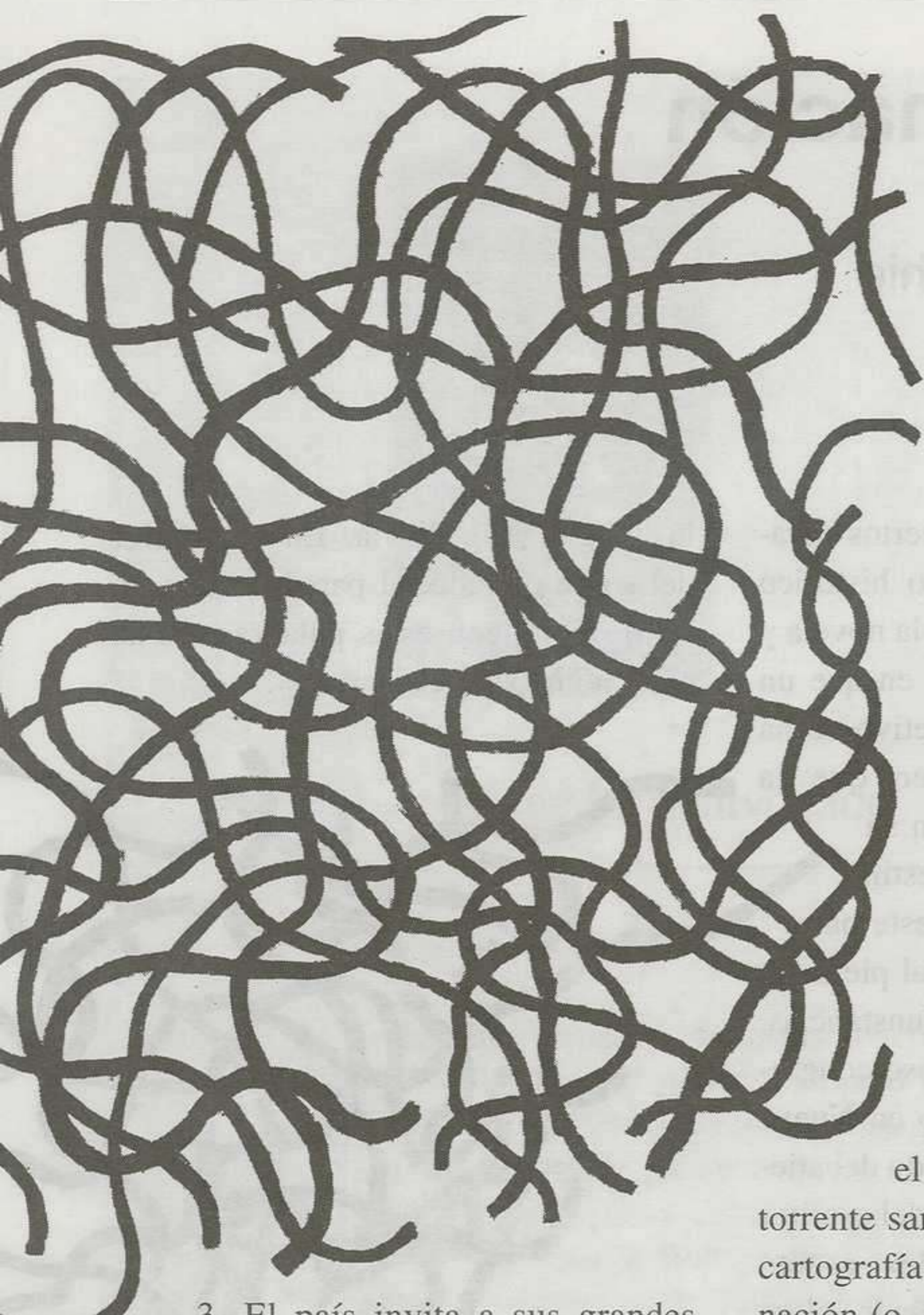
Por más atractivo que sea este paralelismo, no puedo tomarlo al pie de la letra en las actuales circunstancias. Hace once años, en el famoso congreso del PEN Club celebrado en Nueva York, los escritores del mundo debatieron sobre «La imaginación del escritor y la imaginación del Estado», asunto de maileriana grandeza, soñado, claro está, por Norman Mailer. Es sorprendente la cantidad de lecturas posibles que encierra esa modesta conjunción «y». Para muchos de nosotros significaba «contra». Los escritores sudafricanos —Gordimer, Coetzee— se pronunciaron, en aquellos tiempos de *apartheid*, en contra de la definición oficial de nación; rescatando acaso a la verdadera nación del cautiverio al que estaba sometida. Otros escritores mostraban un mayor grado de sintonía con sus países. John Updike ofreció un inolvidable canto de alabanza a los pequeños buzones de Estados Unidos, en su opinión emblemas de la libre circulación de las ideas.

Danilo Kis contó la siguiente anécdota: Recibió una carta en París, enviada desde

la antigua Yugoslavia. En el interior del sobre cerrado, el papel llevaba un sello oficial con estas palabras: «Esta carta no ha sido censurada».

Miguel Angel
Campano:
Sabari Malai.
(1997.)





Miguel Angel
Campano:
Sabari Malai. (1997.)

3. El país invita a sus grandes escritores a integrarse en él (Shakespeare, Goethe, Camoens, Tagore) o se propone destruirlos (el exilio de Ovidio, el exilio de Soyinka). Ambos destinos son igualmente problemáticos. El silencio reverencial no le sienta bien a la literatura; la gran literatura produce mucho ruido en la cabeza y en el corazón. Hay quienes piensan que la persecución es buena para los escritores. Esto es falso.

4. ¡Cuidado con los escritores que se erigen en portavoces de una nación! Y con ello me refiero a la raza, al género, a la orientación sexual o a la afinidad electoral. Este es el Nuevo Favoritismo. ¡Cuidado con los favoritistas! El Nuevo Favoritismo exige exaltación espiritual, acentúa lo positivo y ofrece una conmovedora lección moral. Detesta el sentimiento trágico de la vida. Al considerar la literatura como un hecho ineludiblemente político, sustituye los valores literarios por valores políticos.

¡Cuidado! Asesina el pensamiento.

5. Que conste que tengo un pasaporte verde. Arrimo el hombro a Estados Unidos. Para forjar en la fragua de mi alma la conciencia aún no creada de mi raza. La Albania de Kadaré, la Bosnia de Ivo Andric, La Nigeria de Achebe, la Colombia de García Márquez, el Brasil de José Amado. Los escritores no pueden negar el hechizo que la nación ejerce sobre ellos, el modo en que impulsa su torrente sanguíneo. La escritura como cartografía: la cartografía de la imaginación (o, como tal vez diría la teoría crítica moderna, *Imagi/Nación*). Sin embargo, en la mejor literatura el mapa de la nación resulta ser además un mapa del mundo.

6. La historia se ha convertido en una disciplina discutible. En las postimerías del Imperio, en la edad de las superpotencias, bajo la «huella» de las simplificaciones partidistas que nos lanzan desde los satélites, ya no podemos dilucidar fácilmente qué está pasando, y mucho menos lo que podría significar. La literatura se ha adentrado en este círculo. Los historiadores, los magnates de los medios de comunicación, los políticos, no se preocupan por el invasor; pero este invasor es obstinado. En un clima de tanta ambigüedad, en esta tierra pisoteada, en estas aguas estancadas, la literatura tiene mucho por hacer.

7. El nacionalismo también corrompe a los escritores. Recordemos las envenenadas intervenciones de Limónov con ocasión de la guerra en

la ex Yugoslavia. En una época de nacionalismos cada vez más estrechamente definidos, de tribalismo feroz, los escritores lanzarán el grito de guerra de sus tribus.

Los sistemas cerrados siempre han atraído a los escritores. Esa es la razón por la que tanto se ha escrito sobre prisiones, policías, hospitales y escuelas. ¿Es la nación un sistema cerrado? ¿Puede un sistema permanecer cerrado en estos tiempos de internacionalización?

El nacionalismo es esa «revolución contra la historia» que se propone cerrar lo que ya no puede permanecer cerrado; levantar fronteras donde no debería haberlas. La buena literatura parte de la existencia de una nación sin fronteras. Los escritores al servicio de las fronteras se han convertido en guardias fronterizos.

8. La literatura se vuelve repetidamente hacia la nación tanto como se aleja de ella. El intelectual deliberadamente desarraigado (Naipaul) percibe el mundo como sólo puede percibirlo una inteligencia libre: hay que estar presente allí donde ocurra algo y contarlo al mundo. El intelectual desarraigado en contra de su voluntad (categoría que en estos tiempos incluye a una gran parte de los mejores escritores árabes) rechaza además los angostos recintos de los que ha sido expulsado. Hay en este desarraigo una gran pérdida y mucho anhelo. Pero también hay beneficios. La nación sin fronteras no es una fantasía.

9. Buena parte de la gran literatura no tiene necesidad de dimensión pública. Su agonía surge de dentro. La esfera pública no significa nada para Elizabeth Bishop. Su prisión —su libertad—. Sus intereses están en otra parte.

Canción de cuna.
Dejad que las naciones se enfurezcan,
Dejad que las naciones caigan.
La sombra de la cuna dibuja
en la pared una enorme prisión. □

El bosque y los colonos

(Sobre cultura y desarrollo)

Pedro A. Vives

La cultura a fines del siglo XX es parangonable con aquellos bosques europeos de los siglos X al XII cuya historia menuda, apenas reconstruida, sirve para reflexionar sobre la evolución de lo privado y lo público, sobre la pugna de la necesidad como asunto colectivo con el privilegio como cosa de unos pocos. Como el bosque alto-medieval, la cultura tiene todavía mucho de tierra acotada, de espacio silvestre cargado de riqueza pero reservado, disponible sólo para el señor y sus cacerías bajo la atenta mirada de fornicados —y también serviciales, egoístas, autoritarios, cuentan que hasta crueles— guardabosques sabedores (poseedores) de sus vericuetos y senderos.

La cultura, bosque hoy de la creación con sello nacional —cuando no localista— y abierto sólo a las correrías del consagrado, a salvo de rigores merced a la guarda cuidadosa de aguerridos eruditos, expertos en el postulado mágico que conduce a la cueva donde duerme la idea, doncella siempre, despierta y lozana sólo a cada tanto.

Las lindes del bosque están o estuvieron, ya se sabe, donde acaba la fronda y el misterio, donde empiezan la tarea cotidiana, el trasiego y los barbechos, donde la roza amenaza al vedado, desafiante, clandestina y furtiva: esto es, donde asomaba y asoma la sombra rigurosa del hambre. La linde está, por el aquel de la parábola,

en el ámbito de lo *popular*, de la fiesta en la calle y la casa, en el espacio de la lectura en préstamo —hermoso crédito impagable—, del artesano en declive, del museo en lucha contra el polvo y la humedad, del archivo desarchivado.

Y sin embargo fue aquella presión de los de abajo, aquel lento desbroce de las lindes tupidas, lo que permitió a la postre avivar los mercados y alimentar a la gleba industrial; lo que levantó nuevos palacios y catedrales y

desprecio hacia el antaño labrador hambriento.

El desmonte del bosque, su rotación productiva —que hoy puede sonar a anatema— no fue asunto de una coyuntura, sino más bien de larga tendencia en el tiempo. Fue todo un proceso de cambio estructural, histórico, que probablemente no fue percibido en su dimensión por sus múltiples protagonistas. Eso sí, en el dilatado trayecto generó precisamente toda una literatura y una estética legendaria del

desasistido frente al poderoso, en cuyo cuadro salieron favorecidos los héroes comarcales (líderes espontáneos), los monasterios (microempresas en despegue diversificador, diríamos ahora) y hasta los hallazgos ingeniosos —como el *cognac*— capaces de hacer más resistentes al paso del tiempo el producto de logros expansivos (tecnología aplicada a nuevas demandas).

Como en aquel proceso secular, tal vez la cultura contemporánea esté en proceso de transgresión de las lindes del bosque. Y tal vez también todo este tránsito empezara a suceder hace dos siglos más o menos, allá por los tiempos en que empezaron a prosperar las gacetas volantes, en que los primeros liberales y sus precursores ilustrados se pusieron a la faena de la imprenta provocativa —jacobina a trechos—, cuando comerciantes de las colonias empezaron a defender sus intereses de giro con aplicaciones



Gonzalo Puch: *Sin título*. (1996.)

traspasó murallas. Debe notarse, en redundancia, que la pelea contra el hambre acabó por hacer más linajudo al señor y más aguerrido al guardián del bosque; que este último, por cierto, se transformó en mayordomo con frecuencia, juntó sus parcelas a menudo y prosiguió sus días —y sus generaciones— hecho al comercio, al interés y al mayoreo que envidiosas conciencias llamaron usura. No fue mal destino, al cabo de tanto recelo y

efectivas de lo que hasta entonces había sido poco más que filosofía política pura.

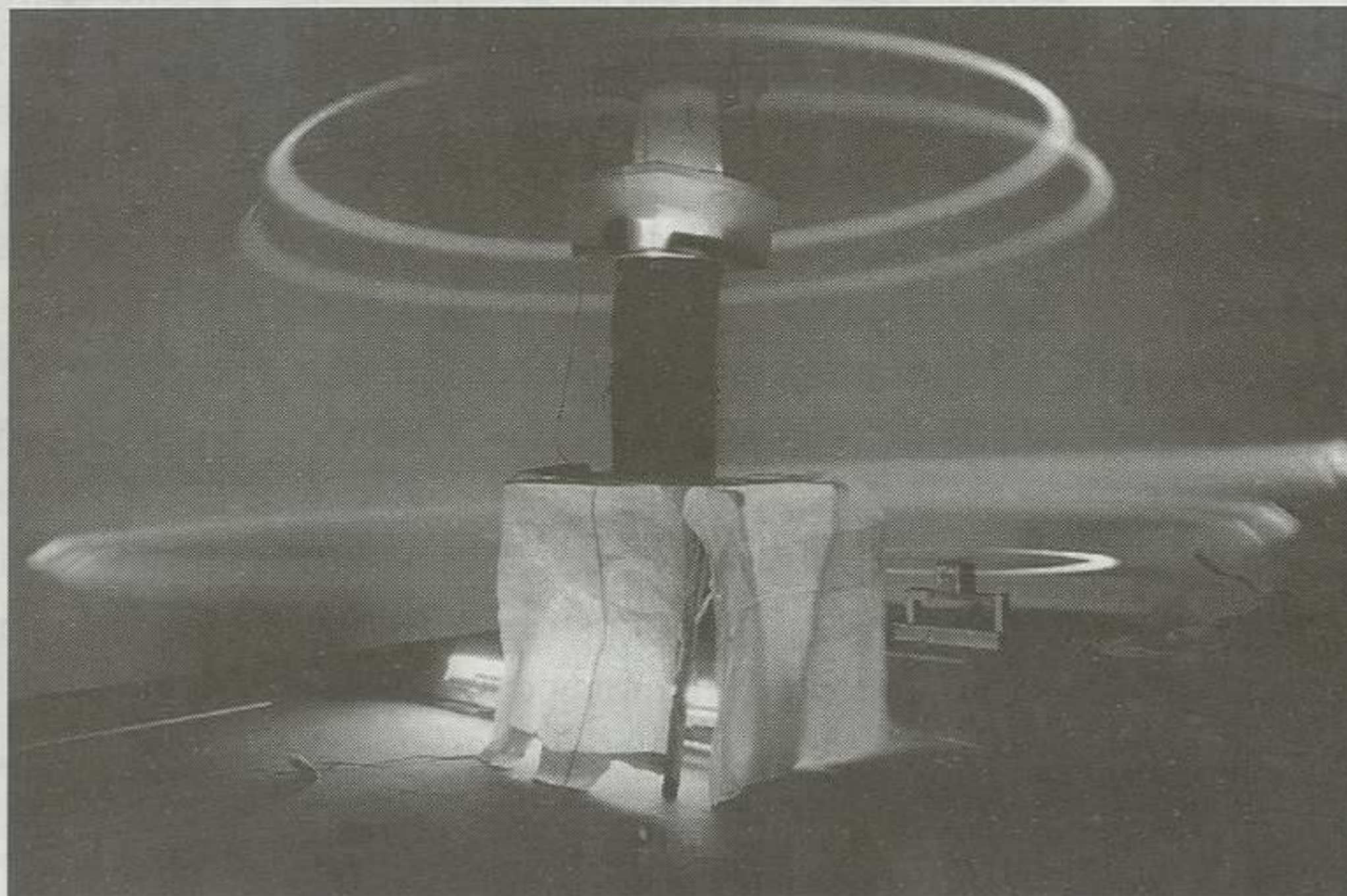
¿Será que, como en los siglos XII al XIV, el horizonte de la vieja expansión frente al bosque ha superado sus métodos y soportes? ¿Será que la frialdad del descuento y la letra de cambio ha dejado al mercado monacal, al aldeano y al señorial sin capacidad de respuesta, en retroceso, aunque sigan existiendo los desiertos, la miseria y el hambre en su entorno y en su universo? ¿Será que las utopías educativas, la mística de la ciencia y el progreso, ya no son suficientes para la cultura socializada que ellas mismas impulsaron?

La cultura, tal vez desde los tiempos de la Ilustración, ha adquirido dos características que dificultan todavía hoy su papel en los procesos de socialización. La primera de ellas es su inveterada indefinición conceptual o, si se prefiere, su falta de una convención eidética que permita a las personas, los grupos, los pueblos, las instituciones, hablar de lo mismo cualquiera que sea su base formativa, su lengua y su ideología. La segunda circunstancia es que la cultura ha quedado fuera de los núcleos de los sistemas económicos.

Primero, la indefinición conceptual de la cultura ciertamente se ha convertido casi en una divisa de la contemporaneidad. En una proyección paradójica, realmente atractiva, todas las articulaciones —parciales— de la cultura han ido adquiriendo no sólo claridad conceptual a lo largo de los siglos XIX y XX, sino también han contado con su correspondiente convención capaz de dotarlas de carta de naturaleza en los sucesivos sistemas políticos, coyunturas económicas y tendencias seculares. La educación, la ciencia, la comunicación, recientemente la ecología,

están instaladas, pueden ser objeto de enfoque diverso, de metodología distinta, de encaje ideológico alternativo, pero todos sabemos a qué cosa importantísima nos referimos en cada caso.

No así la cultura. Según qué especialista de qué especialidad y con qué especial universo eidético nos hable de la cultura, uno tiene la sensación de



Gonzalo Puch: *Sin título*. (1993.)

estar ante el último reportaje de *National Geographic*[®]. Hay crónicas generosas pero amigas del fárrago —de la que son virtuosas las diferentes escuelas de la antropología—, otros cuadernos de viaje engolfados en los vericuetos del tiempo (pasado) capaces de encargarse millones de vitrinas para sendos hallazgos en la última excursión —muy cara a los historiadores totales—, otras aventuras más, francamente hoscas, fluyendo desde la sociología y unos relatos discursivos más recientes —para los que parece que sólo se desplaza el fotógrafo— engarzados desde la atalaya de los comunicólogos. Quienes parece que nunca viajan a esto de la cultura son los economistas. En fin, que no tenemos no ya un concepto, sino una convención, como antes decía.

Es posible que en estos dos últimos siglos la cultura venga experimentando su lento proceso de socialización, mediante la ardua pelea de los necesitados para arrebatar parcelas de

conocimiento en manos de las élites y sus eruditos guardianes. En la segunda mitad de este siglo la presión alcanzada en este sentido ha hecho que el Estado —cual versión, al efecto, del espíritu del císter en la depredación del bosque— se atreva a poner por escrito las lindes conquistadas por medio de las políticas culturales: otorga carta de salvaguardia al derecho de autor, bendice bibliotecas públicas, declara bien necesario el cultivo de tradicionales géneros en realidad poco aptos para los suelos nuevos, subvenciona su simiente, consagra la alta cultura como si de nuevos templos para el burgués nuevo, en tierras también nuevas, se tratara y, sobre todo, contempla con impotencia —y con recelo nuevo, como entonces— el crecimiento de cose-

chas para el autoconsumo: colonias prósperas pero lejanas ya de su mercado, santos locales, nuevas lenguas, o senderos de distribución de los que llega apenas la noticia. Atada a su catedral y su mercado, la política cultural no alcanza a financiar la cultura de los confines, donde más llanamente el conocimiento tiene que ver con el desarrollo antes que con la excelencia, donde se pone de manifiesto la segunda de las circunstancias líneas atrás aludida: la marginalidad de la cultura en el contexto económico, en cada contexto económico. ¿Será que la ausencia de convención ha imposibilitado que la cultura forme parte de los procesos de socialización contemporáneos?

La cultura apenas ha variado su lugar en los sistemas económicos desde el tiempo de Lorenzo el Magnífico, cuando alcanzó a ocupar un espacio entonces nuevo en una economía nueva también entonces. El valor político y mercantil de la cultura

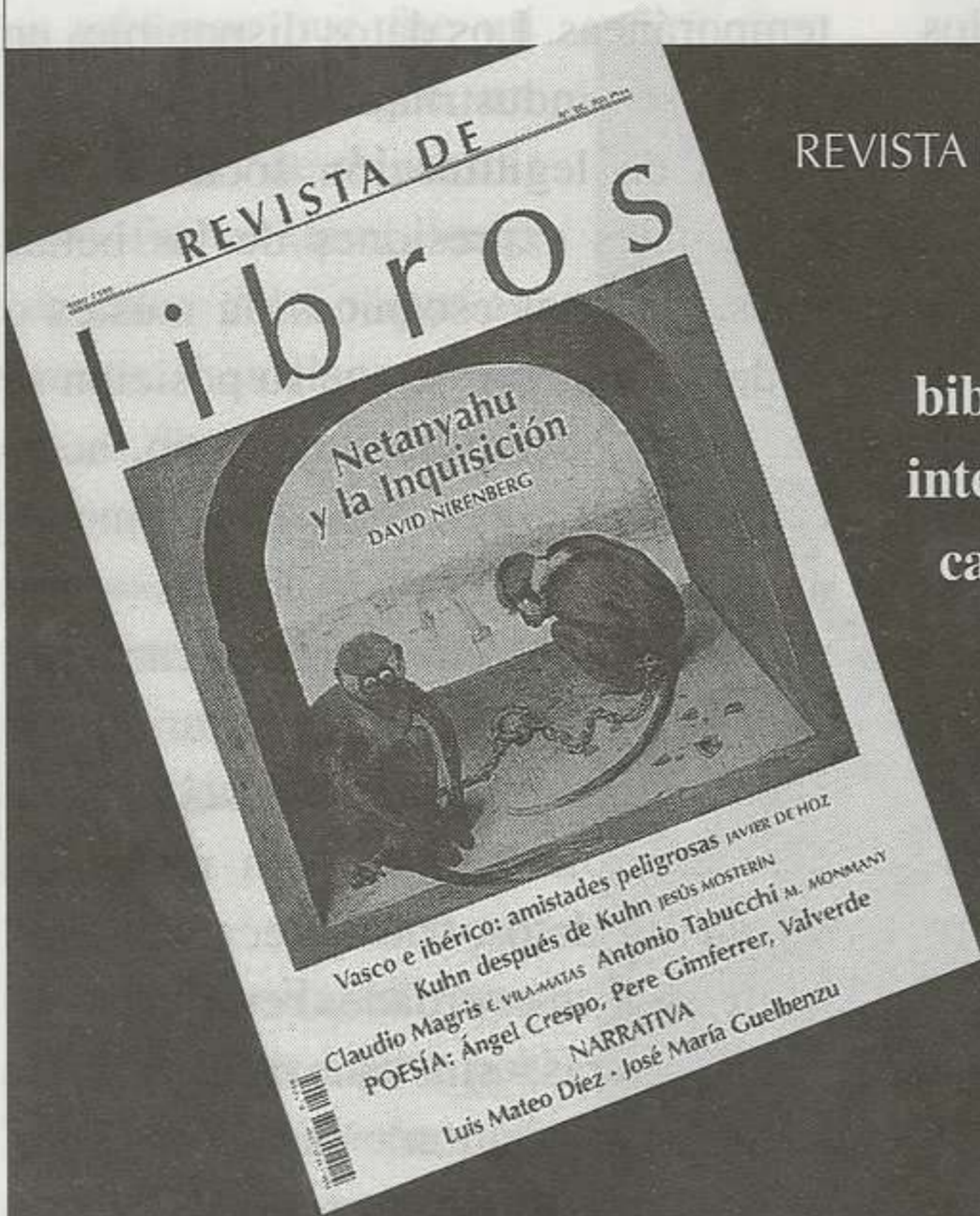
como expresión de poder, prestigio, capacidad innovadora y conocimiento universal —resultantes de una sólida implantación en los intercambios económicos— se articuló hace siglos en el sistema de mecenazgo: una forma de transferencia de recursos materiales en pago por servicios intelectuales, artísticos y/o de comunicación. De entonces al 2000 la posición estructural de la cultura en la economía no ha variado; ha sucedido que algunos de sus resultados, de sus productos, beneficiados por innovaciones técnicas en

los soportes —nunca nacidos, inventados, para ellos— se han desgajado de esa posición estructural, y adoptados por la economía industrial y el crecimiento del consumo, han constituido islotes a la deriva, *icebergs* de la cultura verdaderamente, que reconocemos como industrias culturales que cada vez más entendemos posibles sólo en sociedades de masas *amenazadas* por el ocio.

Pero la cultura sigue estructuralmente anclada en una dependencia de los márgenes financieros de cada eco-

nomía concreta: a mayor crecimiento de los márgenes financieros, mayor opción de transferencias hacia la cultura vía mecenazgo o, en la sociedad de la comunicación, vía patrocinio, que es una adaptación secular del mecenazgo. Una dependencia estructural que redundo en la distinción entre valor y sector, viciada y enfermi-za con la anuencia de academia y vanguardia, que lógicamente se vuelve más aguda cuando el crecimiento económico entra en recesión, o cuando falta o, caso mayoritario, cuando él mismo es a su vez dependiente. Una posición estructural, en fin, que la globalización no sólo no parece que vaya a resolver sino que, por su esencia histórica, ignora.


La cultura no está en la economía como están sus articulaciones mimadas por el capitalismo (educación, comunicación, etcétera) y los síntomas de ello derivados son mucho más desoladores cuando además el desarrollo, en propios términos capitalistas, es o ha sido insatisfactorio. Más frustrante es incluso el enfoque hecho durante décadas de este asunto desde los regímenes autodenominados socialistas en este siglo que termina, pues sobre su desprecio a la libertad articularon un crecimiento de la cultura dirigido a las masas que no sólo desnaturalizó (negó en realidad) la opción del individuo ante el conocimiento, sino que simplemente se tradujo en más academia, más vanguardia, más dependencia del margen financiero —estatal—, más cultura de élite sencillamente consagrada. Ha sido más frustrante, porque en el recorrido generó la fantasía de *cultura para el pueblo* encubriendo la incapacidad de los pueblos para optar ante la cultura, y alimentando la rotunda desconexión entre hechos culturales y realidades sociales. Así, desde uno u otro emplazamiento bipolar del siglo XX, la cultura ha mantenido su posición de resultante respecto a los procesos de socialización en menoscabo del carácter de componente, e incluso



REVISTA DE libros es una publicación periódica española dedicada exclusivamente a la reflexión bibliográfica. Con una ambición interdisciplinar recorre todos los campos de la cultura impresa y quiere llegar al lector culto desde el máximo rigor

Director: Álvaro Delgado-Gal

EDITADA POR



INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES:
 REVISTA DE libros. Calle Zurbano, 10 -2º. 28010 Madrid. España.
 Tel. 913 19 48 33 / 913 19 51 76. Fax 913 19 52 64. E. Mail rdl@seker.es
 12 números: España, 3.300 ptas.; Europa, 5.940 ptas.; América, 8.100 ptas.

.....
 Nombre y apellidos

Calle/Plaza C. Postal

Población Teléfono

Deseo suscribirme a partir del número por períodos automáticamente renovables de 12 números. Con la forma de pago siguiente:

Giro postal Cheque a nombre de REVISTA DE LIBROS TL

Transferencia a Caja de Madrid, C/ 2038 1053 99 6000662351

Tarjeta de crédito: Caducidad: ___/___

nº
 Fecha: Firma:

Domiciliación bancaria en Banco o Caja de Ahorros:

.....
 Domicilio agencia:

.....
 Titular de la cuenta:

.....
 Nº de cuenta:

.....
 Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que en mi nombre le sean presentados para su cobro por REVISTA DE LIBROS TL.

Fecha:
 Firma:

PROMOCIÓN PARA NUEVOS SUSCRIPTORES
Regalo de un CD-rom con el contenido de los primeros 24 números
-diciembre 1996-diciembre 1998-

motor, que sobre el papel se le ha asignado tantas veces.

Y esa perspectiva es otra de las bases que alimentan (o debieran alimentar) el debate sobre la relación entre cultura y desarrollo. Cuando en los días que corren se reclama el hermanamiento de cultura y desarrollo, pareciera que el relativo desconcierto que ello todavía causa tuviera que ver con nuestra historia de la conquista del bosque. En realidad un reclamo así significa que hace tiempo que se traspasaron las viejas prohibiciones del señor: las sociedades de fines del siglo XX hace tiempo que se alimentan de una cultura producida en parcelas antaño silvestres y sólo explotadas por el señor y su escudero. La conquista de la educación, del conocimiento científico, de la técnica y sus aplicaciones cotidianas, ha satisfecho las utopías de los *Robin Hood* de la Ilustración y del primer liberalismo, pero obviamente también las ha desbordado y alterado.

Las sociedades contemporáneas han desbordado los límites de colonización del conocimiento imaginados hacia 1800. Y además han alterado —innovando, creando— la idea de consumo de conocimiento por aquel entonces posible. No ha variado lo sustancial: colonizar —universalizar— el conocimiento mejora al hombre (como colonizar el bosque también lo mejoró). Pero en el recorrido lógicamente han aparecido tantas nuevas ofertas como tierras han quedado en barbecho o sin roturar: ahora se trata de una cultura para el ocio o una cultura para el desarrollo. Lo primero preocupa a los burgueses herederos de las primeras rupturas colonizadoras —países industrializados— y lo segundo a la gleba de los confines —países y gentes, claro, en vías de desarrollo—.

Pero quienes no acaban de asimilar la tesitura son los descendientes de los héroes primeros, los viejos colonos, y los abates del monasterio a veces ya casi en ruinas: protagonistas de la alta cultura afincados en los primeros ara-

ñazos al bosque, hechos a costes de pionero, en la primera diversificación del trueque. Los mismos que satanizan la gestión cultural, la evaluación de proyectos, el control del mecenazgo, como si de usura veneciana les hablasen. Su desazón no estriba, a estas alturas, en la duda sobre si la cultura es un valor o un sector para el desarrollo armónico de las sociedades. La zozobra procede de la ausencia de organicidad de la cultura en el contexto social, político y económico contemporáneo. Cabe resumir en que, frente a la retórica paralizante encerrada en *qué cultura*, hoy los obstáculos se vislumbran a partir de la pregunta *cuánta cultura*. De ahí en adelante la minoría de edad técnica de la cultura en nuestros días se pone descarnadamente de manifiesto.

Las industrias culturales, las entidades de gestión de derechos y las empresas de comunicación son las únicas parcelas que vienen construyendo con suficiente solvencia una idea concreta del tamaño económico de la cultura, de sus parcelas delimitadas y cultivadas a satisfacción. Pero la masa principal, del valor o del sector, carece de material estadístico capaz de facilitar su análisis. UNESCO ha obviado la cuestión; los gobiernos, aun los más interesados, tropiezan demasiado pronto con el paradigma del ocio, o con los objetivos del turismo, o con la pesada carga del patrimonio, o con la urgencia de las tendencias en la demanda, y abordan estudios con sesgos comprensibles; el PNUD activó el paradigma *desarrollo humano* y su correspondiente índice de innegable utilidad sin poder contar con los datos de la cultura, hecho que constantemente señala como vacío relevante. Y el mundo académico, las universidades especialmente, no tiene opinión al respecto o, cuando la tiene, alcanza apenas a horizontes domésticos, a proyectos alimenticios sin colocar el asunto en términos generales. Iglesia, nuevas marcas y condados, órdenes de prédi-

ca y mendicidad, monasterios, también tardaron —como sabemos— en dejar de confundir sus rentas con el valor de las cosas; tardaron en sentir la necesidad de saber cuánta economía les hacía efectivamente ricos y poderosos, o no.

Las cifras de la cultura son, a todas luces, insuficientes hoy para insertar a la cultura en la economía. Y gran parte de su insuficiencia procede del miedo atávico de academia y vanguardia a que se ponga en claro el peso específico de sus quehaceres, opiniones y organizaciones en las sociedades contemporáneas. Los datos disponibles en los países industrializados acerca del marco de legitimación social de las principales expresiones de las bellas artes, las artes escénicas, la música o la danza, apuntan a que su posición se ha alejado del núcleo del ocio, acercándose cada vez más al patrimonio arqueológico. Pero sus actores —con un lógico peso en la comunicación— no sólo defienden lo contrario sino que aseveran que en ellos está la clave del desarrollo cultural sin necesidad de que los datos, fríos y tecnocráticos, contrasten sus verdades reveladas.

Sin cifras, sin embargo, no hay lugar para la cultura en ningún horizonte de desarrollo, porque el desarrollo implica un elemental manejo científico del concepto de cambio concreto. Al sector de la cultura, frecuentemente, pareciera que hay que explicarle que para encarar el desarrollo agrario se necesita conocer sobre qué punto de partida ha de trabajarse en materia de cultivo tradicional, calidad de la tierra, manejo de herramientas, demanda alimentaria, posibles mercados, para establecer qué inversión en dinero, formación, capitalización, etcétera se requiere; mejor dicho —que parece que también hay que recordárselo al sector de la cultura—: requieren las personas.

Y es que un nudo persistente de la relación entre cultura y desarrollo es la evidencia de que para lograr objetivos en dicha relación será forzoso aplicar

recursos en grupos, actuaciones e infraestructuras que no son prioritarios para la academia ni la vanguardia, y que difícilmente podrá evitarse el detraerlos —inicialmente al menos— de aplicaciones actuales. Un nudo que sólo puede desatarse con voluntad política asentada en el diálogo entre agentes, pero que requiere previamente un análisis suficiente, con cifras en la mano, en el que perfilar los horizontes a plazo medio y largo.

Que los papas de Roma no son los únicos señores del cristianismo, ni los árbitros supremos de las monarquías, ya sabemos que fue un modo de pensar que, en un alarde de síntesis, puso fin a aquel lento retroceso del bosque en Europa. Las llanuras de cereal, las vegas abastecedoras, las rutas trashumantes y los microcosmos artesanos, quedaron desde entonces como sustento de un mapa que todavía persiste. Reforma —y contrarreforma— sellaron una antigüedad de lucha por la tierra y abrieron una modernidad de mercados en la que, sencillamente, los estándares del hambre habían retornado a una marginalidad que tardaría otros tres siglos en volver al centro de las cotidianidades.

¿Ha puesto los cimientos de una reforma para la cultura el Estado en nuestro tiempo? La verdad es que las inversiones en infraestructuras, las transferencias hacia los agentes del sector, la implantación extensiva de un derecho cultural en sus distintas proyecciones, permite pensar que los estándares de ignorancia están en los márgenes. Entonces, siguiendo con la parábola, cabría convenir en que el paisaje cultural está completado para un largo trecho. Quizá sea así. Pero quizá no, porque a ratos parece que los

papas siguieran en su trifulca de Avignon.

La clave, como en el cuento mágico, reside en la persistencia del bosque. Sí, ciertamente se han achicado sus lindes, varios de los escuderos ya habitan en su entorno y se ocupan del parcelario al tiempo que inventan orgullosos la esencia del jardín. También es cierto que son más los colonos y más estables sus cosechas. Pero el tamaño del bosque sigue pareciendo excesivo con relación a las expectativas del hambre y, sobre todo, con relación al crecimiento de las

las tres hojas, siguieron custodiados en el castillo, la catedral, el monasterio... cada vez con más aires de palacio? ¿Será eso, eh?

Cuantificar la cultura es democratizarla, como fijar la arroba, la yarda, el celemín, la pinta, la libra o la huevra significó reconocer la prosperidad lograda por los colonos. Hemos perdido la conciencia de aquel cambio lentísimo porque nacimos y vivimos en la seguridad métrica. Pero en términos de cultura interpretamos aún una vida de *razzia* periódica en pos de tierras detentadas por señores a veces inclementes.

Sus guardabosques y mayordomos, en esa guerra de escaramuzas, tienen el encargo de sembrar la confusión, desde decir lo dicho, indefinir la cultura, acrecentar el sector negándole el valor: que no pueda medirse, que la linde sea errática.

La cultura esgrime la ballesta certera, el arnés dorado, la fronda del bosque poblada por aves fantásticas, alimañas veloces y una bruma impenitente. El desarrollo carga con la azada, el agua esquiva, la lluvia incierta y, eso sí, un pacto tácito y oscuro con el leñador huraño pero igualmente pobre. Pero cultura y desarrollo —señores y colonos— comparten un miedo inconfesable al frío y al hambre y comulgan en un futuro indefinido, caliente y saciado: ensoñación o utopía, según el enfoque. Comulgan con las bondades del trigo y el valor incalculable de la pimienta que encubre sinsabores de invierno: cultura y desarrollo coinciden en la bondad de unos recursos saneados. En invierno entonces, para engañar su crudeza, festejan la pimienta y el clavo y el jengibre llegados desde lejos, muy lejos, merced a caravanas, urcas y factorías que tejen la gran red. □



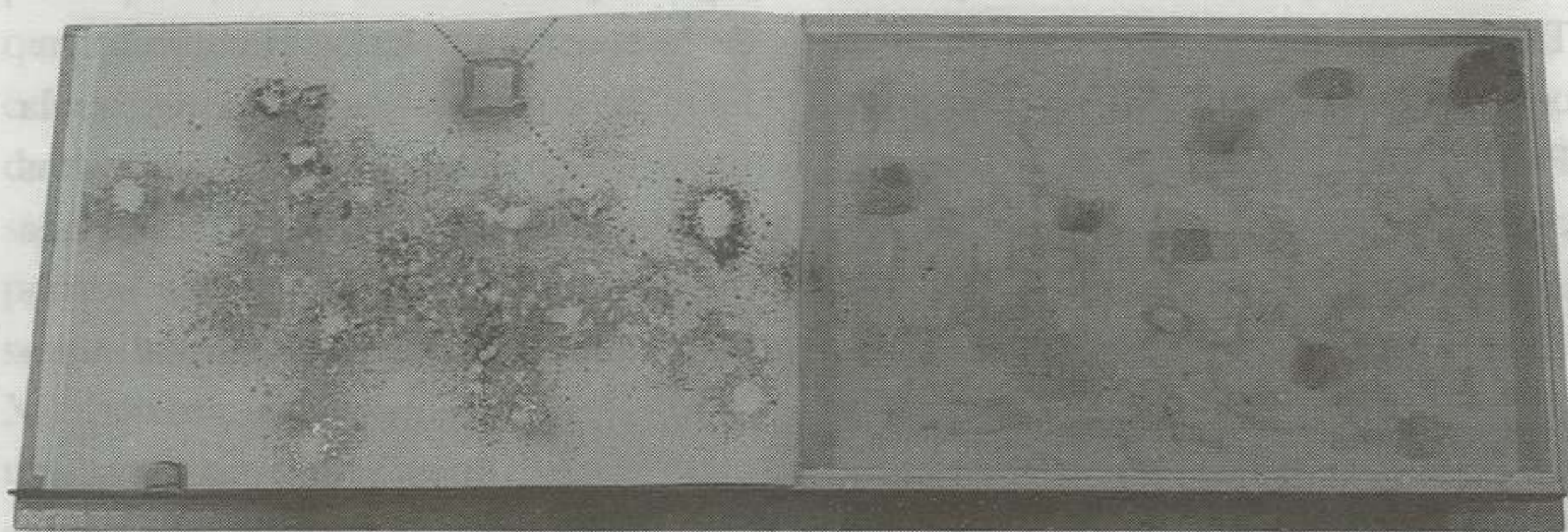
Gonzalo Puch: *Sin título.* (1996.)

demandas lejanas, del nuevo comercio. La cultura sigue siendo demasiado misteriosa, en relación con las expectativas del ocio y, sobre todo, con relación a las carencias del desarrollo.

¿Será entonces que, como el señorío, las marcas y condados del siglo XIII, sólo podemos comparar las políticas culturales con una fase de cesión de simientes, parcelas, aperos y manumisiones (léanse formación, centros culturales, redes y subvenciones —por ejemplo—), que hicieron al siervo colono (agente cultural) en tanto las medidas, la feria y el mercado, pero ante todo el tamaño del *bocage*, del bosque interpuesto y condicionante de

Las bibliotecas y sus cenizas

Alberto Manguel



Miguel Angel Blanco: *Cosmos primitivo*. (1993.)

Recuerdo, con tanto cariño como aprehensión, las bibliotecas de mis días de escolar. Recuerdo especialmente la biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires, mi *alma mater*: las imponentes puertas, la acogedora penumbra, las lámparas con sus pantallas verdes que me hacían pensar vagamente en las lámparas de los compartimentos de coche-cama, los aparentemente interminables anaqueles que subían hasta el oscuro techo, llenos de libros cuyas páginas no habían sido perturbadas en décadas. Recuerdo el silencio continuamente interrumpido por retazos de conversaciones murmuradas y risas nerviosas, al desconfiado bibliotecario, siempre intentando inventar excusas para no entregarnos el título solicitado, las páginas prohibidas por las que ciertos libros de repente se abrían: los poemas de Lorca por «La novia infiel», *La Celestina* por la escena del burdel, *Los premios*, de Cortázar, por el capítulo donde el chico es seducido por el marinero. Nunca supimos cómo estos encendidos textos habían encontrado el camino hasta nuestra escrupulosa biblioteca, y nos preguntábamos cuánto tiempo tardaría el bibliotecario en descubrir que, en sus mismas narices, generación tras generación de maleables estudiantes se

pasaban unos a otros los títulos de libros secretamente escandalosos.

Como aquella biblioteca de antaño, todas las bibliotecas contienen textos que escapan a la vigilancia del bibliotecario y son secretamente subversivos porque la subversión, como la proverbial belleza, está en los ojos del que la contempla. A los siete años, santa Teresa de Avila leía novelas de caballería en la biblioteca de su padre, novelas que la incitaron a desafiar a su familia, escapar de casa y (aunque la encontraron y la devolvieron a casa después de haber recorrido apenas unos kilómetros) «buscar el martirio en tierra de los moros». Prisionero en un campo de trabajos forzados en Siberia, Joseph Brodsky leía los poemas de Auden y éstos fortalecieron su decisión de desafiar a sus carceleros y sobrevivir por amor a una libertad tan sólo atisbada. De la misma manera, aquellos cuya tarea de guardar el acceso a los anaqueles de la biblioteca verán peligros donde otros no ven ninguno. Es sabido que Pinochet expulsó al *Quijote* de las bibliotecas de Chile porque había descubierto en esta novela un argumento a favor de la desobediencia civil, y el ministro japonés de Cultura, hace algunos años, puso objeciones a Pinocho porque mostraba un cuadro poco halagüeño de personas discapacitadas: el

gato que se hace el ciego y el zorro que se hace el cojo. Razones igualmente íntimas se han dado para prohibir de todo, desde *El mago de Oz* (un semillero de creencias paganas) al *Guardián entre el centeno* (un peligroso modelo para los adolescentes). Como escribió William Blake:

*Ambos la Biblia noche y día leen,
Mas donde uno lee negro, el otro
[blanco lee.*

Dice la leyenda que cuando el conquistador Amr ibn al As entró en Alejandría en el 642, ordenó al califa Omar prender fuego a los libros de la biblioteca. La anécdota ha sido puesta en duda, pero la respuesta apócrifa de Omar merece ser citada porque se hace eco de la curiosa lógica de todo aquel que quema libros, hoy como ayer. Omar dio su consentimiento diciendo: «Si el contenido de los libros concuerda con el del Libro Sagrado, entonces son redundantes. Si no concuerda, son indeseables. En ambos casos, merecen ser entregados a las llamas». Omar se estaba refiriendo, es cierto que de forma un tanto estridente, a la fluidez esencial de la literatura. Gracias a ella, ninguna biblioteca es lo que en un principio quiso ser. Incluso dentro de la más estricta restricción, cualquier selección de libros será más vasta que su etiqueta y un lector curioso encontrará peligros (saludables o censurables) en los lugares más seguros.

Quizá nuestro error sea ver en una biblioteca un lugar neutral que todo lo abarca. Una biblioteca es, por definición, el resultado de una selección necesariamente limitada en su alcance. Las bibliotecas mesopotámicas de las que tenemos noticia, que se remontan al ter-

cer milenio antes de Cristo, nacieron bajo estas condiciones. Al contrario de los archivos oficiales, creados para conservar las transacciones cotidianas y los efímeros asuntos de un grupo en concreto, estas bibliotecas primitivas recogían las obras de interés más general, como por ejemplo las llamadas «inscripciones reales», tablillas de piedra o de metal que conmemoraban y relataban acontecimientos políticos importantes. Estas bibliotecas, seguramente, eran de propiedad privada, montadas por amantes de la palabra escrita que muchas veces ordenaban a los escribientes inscribir el nombre del propietario en las tablillas, identificando así la colección como la propiedad de un determinado individuo. Incluso cuando estas bibliotecas pertenecían a un templo, generalmente portaban el nombre del sumo sacerdote o de otro personaje importante responsable de la colección. Ya aquellos primeros bibliotecarios eran conscientes de cómo determinada catalogación o ubicación en los anaqueles confiere a un libro un determinado sentido, y algunos libros de la biblioteca llevaban un colofón como advertencia para disuadir a cualquiera que deseara entrometerse alterando la categoría adjudicada al libro por su dueño. Un diccionario del siglo VII antes de Cristo concluye con la oración siguiente: «Que Ishtar bendiga al lector que no altere esta tablilla ni la ponga en otro lugar de esta biblioteca, y que Ella denuncie con ira a aquel que ose sustraerla de este edificio».

También los reyes creaban bibliotecas en sus palacios. La más famosa de ellas es la biblioteca de Asurbanipal, en Ninivé, fundada en el 640 a.C. Este rey erudito, que copió y revisó algunos de los libros personalmente, ordenó a sus representantes buscar en todo el reino aquellos volúmenes que consideraba aún faltaban en su biblioteca. Existe una carta en la que Asurbanipal, tras detallar los libros que andaba buscando, insiste en que se proceda a la tarea sin demora: «Buscadlos y enviádmelos. Nada debe deteneros. Y, en el futuro, cuando descubráis otras tablillas que las

mencionadas aquí, inspeccionadlas, y si las consideráis de interés para la biblioteca, recogedlas y hacédmelas llegar». El azar, tanto como la selección, conforma el catálogo de una biblioteca.

Cuando se trata de una colección particular, cabe esperar particularidades debidas al gusto o a la idiosincrasia; sin embargo, éstas también condicionan las bibliotecas dirigidas a un público más amplio. Una biblioteca pública es una paradoja: es un edificio reservado a una actividad en esencia privada (la lectura) que ahora debe ejercerse en un espacio común. Encerrado en el mundo de un cierto libro, cada lector es además parte de una comunidad de lectores definida por la biblioteca. Bajo el cobijo de la biblioteca, estos lectores comparten una ilusión de libertad, convencidos de que todo el mundo de la lectura está a su disposición. En realidad, sus posibilidades de elección están sometidas a varias censuras: la de los anaqueles —de acceso libre o no— en los que el libro está almacenado; la de la sección de la biblioteca en la que ha sido catalogado; la del conocimiento privilegiado de salas de acceso restringido o de colecciones especiales; la de las directivas oficiales basadas en lo que la sociedad considera «decente», o la de reglamentos burocráticos cuya razón de ser se perdió en la sima del tiempo; la de las cuestiones de presupuesto, tamaño y disponibilidad.

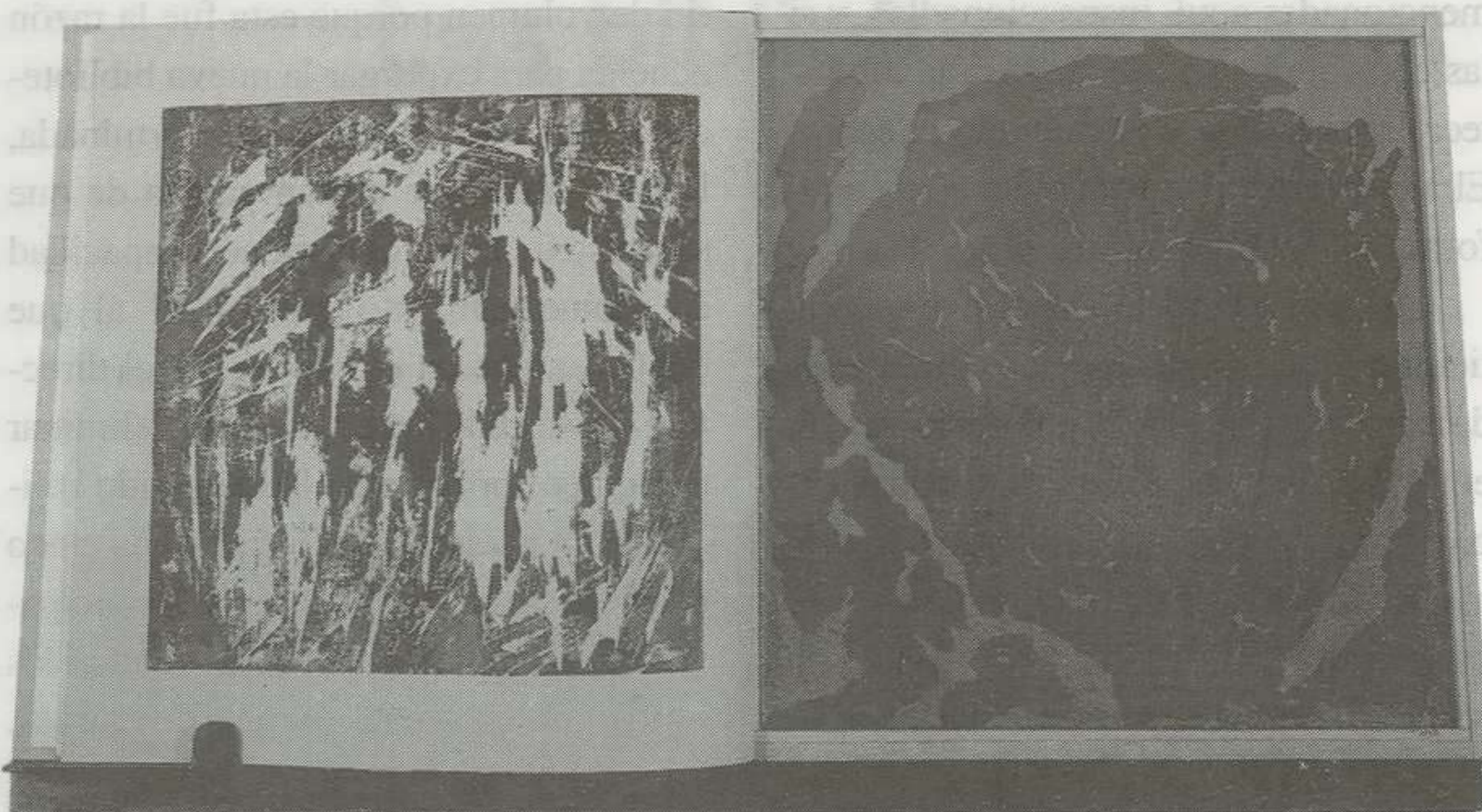
En estas condiciones, es obvio que el deber del lector es minar estas restricciones: despojar al libro de sus etiquetas, reconocer las categorías a las que ha sido condenado, poner en duda las definiciones de un libro en particular leyendo (como suele decirse) «entre líneas».

Incluso sin leer entre líneas los libros de una biblioteca, cualquier biblioteca, por su misma existencia, conjura una sombra prohibida u olvidada: la de una biblioteca concurrente y desde luego más grande compuesta por los libros que no se han incluido, aquellos que por razones convencionales de calidad, materia o incluso volumen no fueron considerados dignos de sobrevivir bajo determinado techo. (Menciono el crite-

rio de volumen porque esta fue la razón aducida para expurgar la nueva biblioteca de San Francisco. Una vez terminada, los arquitectos se dieron cuenta de que su edificio tenía aún menos capacidad de almacenamiento que aquel al que debía remplazar; de modo que el director de la biblioteca decidió eliminar cualquier libro que no hubiera sido solicitado en préstamo en los últimos cinco o seis años; y como las leyes municipales no permitían regalar ni vender los libros, ordenó que fueran destruidos. Para salvar los libros, heroicos empleados se colaban de noche en la biblioteca y sellaban los libros con fechas recientes para librarlos de la destrucción. Desgraciadamente, muchos de ellos no escaparon a la purga: reducidos a pulpa, forman hoy otra de esas fantasmagóricas bibliotecas de sombras, monumento a la locura burocrática de un individuo.)

Estas bibliotecas invisibles y sin embargo presentes son formidables. Los autores paganos expulsados de las primeras bibliotecas cristianas, las obras árabes y judías excluidas de las bibliotecas españolas tras la expulsión, los libros «degenerados» condenados a la pira por los nazis, los escritores «burgueses» proscritos por Stalin, los «escritorzuelos comunistas» exiliados por el senador McCarthy, todos ellos, en su día, constituyeron bibliotecas colosales a la espera de ser reclamadas por lectores futuros. Después de que el famoso tirano Mansur ibn Abi Amir, muerto en 1002, condenara a las llamas una importante colección de obras científicas y filosóficas, el historiador Said el español se sintió impulsado a escribir: «Estas ciencias eran despreciadas por los viejos y criticadas por los poderosos, y los hombres que las estudiaban, acusados de herejía y heterodoxia. A partir de entonces, aquellos que poseían el conocimiento callaron, se ocultaron y mantuvieron su saber en secreto, guardándolo para una época más ilustrada».

A veces, claro, la exclusión no basta. Las bibliotecas que existen, por su mera existencia, parecen poner en duda la autoridad de los que ostentan el poder. Como



Miguel Angel Blanco: *Luz roja*. (1994.)

depositarios de la historia o fuentes para el futuro, como guías o manuales para tiempos difíciles, como símbolos de la autoridad pasada o presente, los libros de una biblioteca representan más que el total de su contenido y, desde los inicios de la palabra escrita, han estado amenazadas de destrucción. Apenas importa por qué es destruida una biblioteca: cualquier censura, secuestro, destrucción, robo o saqueo hace que inmediatamente surja una biblioteca más contundente, más valiente, más perdurable compuesta por los libros censurados, robados, saqueados, destruidos o secuestrados. Puede que ya no puedan ser consultados, puede que sólo existan en el vago recuerdo de un lector o en aquella aún más vaga memoria de una tradición o una leyenda, pero habrán adquirido una suerte de inmortalidad gracias a la censura, fuera ésta intencionada o no, *sub specie aeternitatis*.

Quizá resulte instructivo mencionar algunos ejemplos.

Secuestro: Suetonio relata cómo el emperador Domiciano, enfurecido por ciertos pasajes de la *Historia* de Hermógenes de Tarso, no sólo mandó ejecutar al autor sino también crucificar a los libreros que distribuían el volumen. Todas las bibliotecas romanas fueron expurgadas del libro de Hermógenes.

Destrucción: Como tantos otros invasores, los turcos intentaron aniquilar la cultura de los pueblos que conquistaban. En 1526, los soldados del ejército turco prendieron fuego a la

gran Biblioteca Corvina, fundada por Mateo Corvino y reputedamente una de las joyas de la corona húngara. Casi tres siglos más tarde, en 1806, los descendientes de aquél los emularon quemando la extraordinaria biblioteca Fatimita de El Cairo, que contenía más de 100.000 volúmenes cuyo origen se remontaba hasta la alta Edad Media.

Robo: En 1702, el erudito Arni Magnusson descubrió que los empobrecidos habitantes de Islandia, que morían de hambre y frío bajo el reinado danés, habían asaltado las antiguas bibliotecas de su país, donde se habían guardado durante más de 600 años copias únicas de las *Eddas*, para convertir en prendas de invierno los poéticos pergaminos. Alertado sobre este acto de vandalismo, el rey Federico IV de Dinamarca ordenó a Magnusson partir hacia Islandia para rescatar los preciosos manuscritos. A Magnusson le costó diez años despojar a los ladrones y recomponer la colección que, aunque sucia y remendada, fue llevada de vuelta a Copenhague, donde permaneció cuidadosamente guardada hasta 1728, cuando un fuego la redujo a iletradas cenizas.

Saqueo: Poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, un oficial ruso descubrió en una estación de tren alemana abandonada una serie de cajas abiertas y rebosantes de libros y papeles rusos que los nazis habían tomado como botín. Estos eran, según Iliá Ehrenburg, los restos de la célebre

biblioteca Turgeniev que el autor había fundado en París en 1875 en beneficio de los estudiantes emigrados y que Nina Berberova llamó «la más grande biblioteca rusa en el exilio».

Censura: En marzo de 1996, el ministro francés de cultura, Philippe Dousre-Blazy, ordenó una inspección de la biblioteca municipal de Orange, ciudad gobernada desde junio de 1995 por el partido de extrema derecha de Jean-Marie Le Pen. El informe, publicado tres meses más tarde, concluía que los bibliotecarios de Orange, por orden del alcalde, debían retirar ciertos libros y revistas de los anaqueles: cualquier publicación que no gozara de la aprobación del partido de Le Pen, cualquier libro cuyos autores criticaran al Frente Nacional, determinada literatura extranjera (p.ej., los cuentos populares del Norte de África) que no se consideraba parte del auténtico patrimonio cultural francés.

¿Estarán las bibliotecas siempre a merced de estas incertidumbres? Quizá no. Pudiera ser que las bibliotecas virtuales sean capaces de sortear algunas de estas amenazas: el espacio ya no serviría de justificación para la poda, ya que el ciberespacio es prácticamente infinito, y la censura ya no afectaría a todos y cada uno de los usuarios, ya que un censor, circunscrito a una administración y a un lugar concretos, no puede impedir a un lector «bajar» un texto prohibido a una pantalla lejana, en una ciudad más allá de la jurisdicción del censor. Sin embargo, los medios electrónicos no podrán esquivar todas las amenazas porque, a pesar de las apariencias, el papel y la tinta siguen siendo más duraderos que las evanescentes letras que parpadean tras la pantalla: sirva como testigo la vida finita de un disco electrónico frente al papiro rescatado en Pompeya, cuyas quebradizas cenizas no obstante desafían a la muerte, legible aún 19 siglos después tras los paneles de cristal del museo arqueológico de Nápoles.

Confío en que estas humildes pruebas de la supervivencia de los libros atormenten los sueños de aquellos que los queman. □

La cena de los notables

Constantino Bértolo

Una contribución a las preguntas de Manuel Rico sobre la narrativa crítica.

Si no he leído mal, creo que el artículo de Manuel Rico en el número 61 de LETRA INTERNACIONAL, acerca de la posibilidad de una narrativa crítica, terminaba con una cierta invitación, casi personal, a participar en el debate sobre la cuestión que daba lugar a su texto. Sin ánimo de construir un diálogo de réplicas y contraréplicas sino de contribuir a responder a la interesante pregunta que le da origen, quisiera exponer algunas consideraciones sobre el problema.

Como suele suceder, la pregunta de Manuel Rico exige el previo planteamiento de otra —¿es posible la crítica?— que a mi entender es anterior a la formulada. Confío en que a lo largo de la respuesta que propongo a esta segunda pregunta se aclaren algunas de las disquisiciones y conjeturas que Rico se hacía a partir de algunos textos míos publicados anteriormente en las revistas *Ajoblanco* y *El Urogallo*. Vayamos a ello.

En la novela de Thomas Hardy, *El alcalde de Casterbridge*, hay una escena que bien pudiera servirnos de punto de partida o territorio de encuentro. Como muchos recordarán, la novela de Hardy cuenta, entre otras múltiples cosas, la historia de Henchard, un humilde aparcerero que llega, a través de los negocios, a poderoso comerciante de granos siguiendo una trayectoria social ascendente que le llevará a ser nombrado máxima autoridad municipal. La escena transcurre durante la noche en que se celebra la cena de los notables de aquel

pueblo, presidida por el alcalde. Una gran cena pública a la que no está invitado al pueblo llano pero en la que es costumbre dejar los postigos abiertos para que todo el mundo pueda ver y escuchar lo que allí sucede. Leamos la escena:

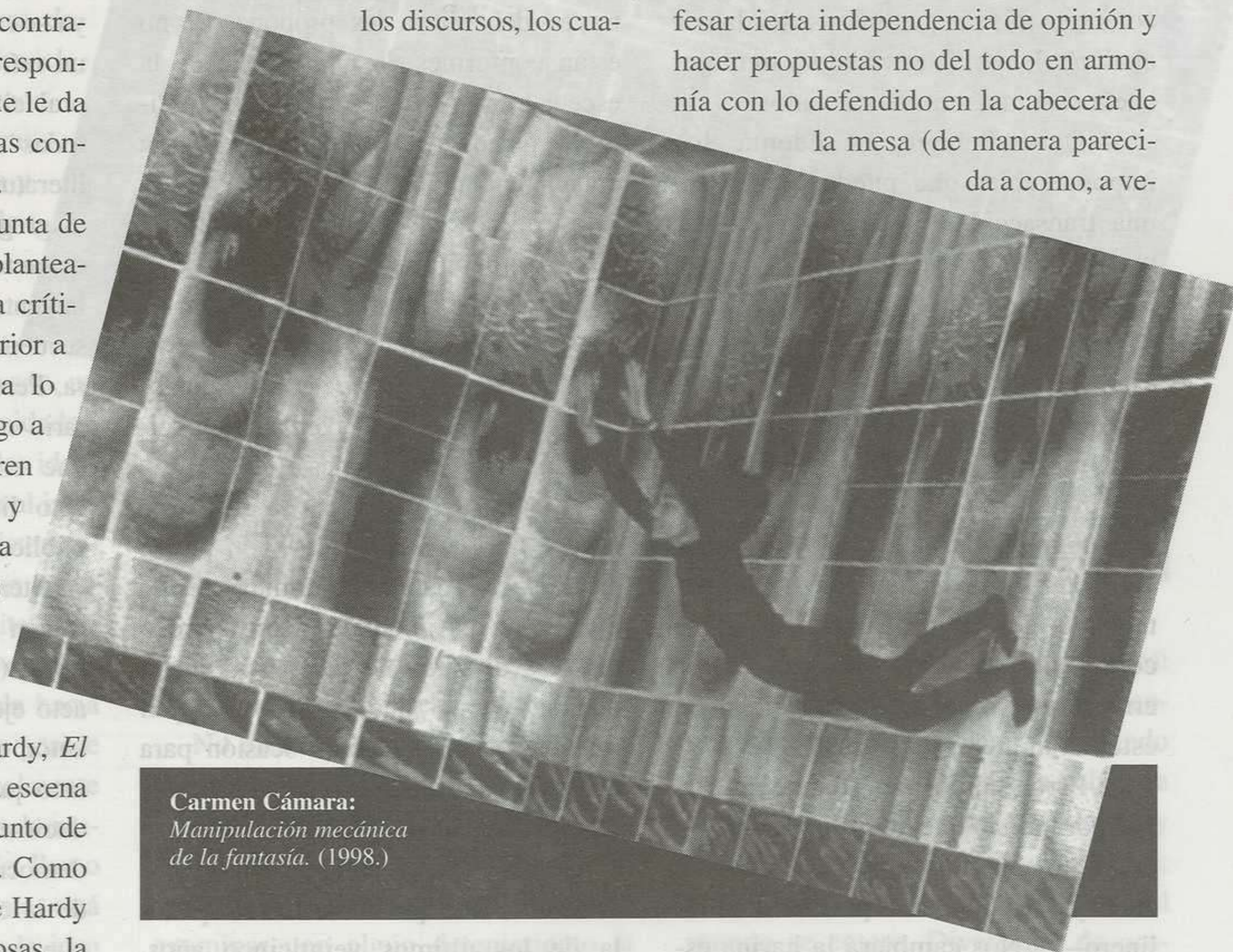
«La banda atacó ahora otra melodía; cuando terminó, había concluido también la cena, y empezó la ronda de los discursos, los cua-

—¡Ja, ja, ja!— respondió su auditorio al finalizar la historia; pero la hilaridad general se interrumpió bruscamente al protestar alguien:

—¡Todo eso está muy bien! Pero, ¿qué pasa con el pan malo?

»La voz provenía de la otra punta de la mesa, donde se sentaba un grupo de pequeños comerciantes, los cuales, aunque también invitados a la fiesta, parecían ser de un nivel social más bajo que los demás. También parecían profesar cierta independencia de opinión y hacer propuestas no del todo en armonía con lo defendido en la cabecera de

la mesa (de manera parecida a como, a ve-



Carmen Cámara:
Manipulación mecánica de la fantasía. (1998.)

les se podían oír clara y distintamente comoquiera que la noche era serena y las ventanas seguían abiertas. La voz de Henchard se elevaba por encima del resto; estaba contando una anécdota relacionada con el negocio del heno: cómo había escarmentado a un tunante que se había querido burlar de él.

ces, en el ala Oeste de una iglesia se canta de forma persistente a destiempo y fuera de tono respecto a las voces que cantan en el presbiterio).

»Este inciso sobre el pan malo procuró una satisfacción infinita a los curiosos congregados en el exterior; algunos de ellos eran de esas personas

que se complacen viendo en apuros a los demás. De ahí que dijeran a coro con bastante desenvoltura:

—¡Eso! ¿Qué pasa con el pan malo, señor alcalde? —Y, al no tener que guardar la compostura de los que estaban dentro, se permitieron agregar—: ¡Lo que tendría que hacer es hablar de esto, señor alcalde!

»El alcalde no pudo menos de darse cuenta de aquella interrupción.

—Bueno, reconozco que el trigo ha resultado ser malo —dijo—. Pero yo me llevé el mismo chasco cuando lo compré que los panaderos que me lo compraron a mí.

—Y que la gente pobre que ha tenido que comerlo, le guste o no —dijo una voz destemplada frente a la ventana.

»El rostro de Henchard se oscureció. Bajo su fina piel se escondía la cólera, la misma que, intensificada por el alcohol, había desterrado a su mujer hacía casi una veintena de años.

—Debéis tener en cuenta los imponderables que pueden surgir en una transacción tan grande —exclamó—. Debéis tener presente que el tiempo que hemos tenido en la cosecha de ese trigo ha sido el peor de estos últimos años. Sin embargo, ya he tomado algunas medidas urgentes. Como mi negocio es demasiado grande para una sola persona, he publicado una anuncio buscando a un hombre competente que se encargue del departamento del trigo. Cuando lo haya contratado, descubriréis que estos errores no volverán a producirse. Se estudiarán mejor las cosas.

—Pero ¿cómo piensa indemnizarnos por todo lo que hemos perdido? —preguntó el hombre que había hablado antes y que parecía ser panadero o molinero—. ¿Nos cambiará la harina estropeada por grano bueno?».

En mi opinión, esta escena resume de modo ejemplar el espacio de la literatura: discursos que se hacen públicos en el ámbito de lo público: la comunidad. El acto literario es precisamente

eso: alguien toma la palabra y pide ser escuchado, leído. En principio, la legitimidad para tomar la palabra proviene no de su discurso sino de la institución literaria que por convenio (históricamente forjado) contiene ese privilegio (de igual modo que Henchard está legitimado para hablar por el cargo institucional —la alcaldía— que desempeña). En nuestra práctica real quien instituye, en principio, al escritor, es el editor, al otorgar al discurso privado del autor la categoría de publicable y en consecuencia «de hacerse público». Quien homologará finalmente esa legitimidad será el público, y entiendo por público todo aquel conjunto de ciudadanos interesados objetivamente en los discursos que por ser públicos les afectan y que, en cuanto afectados, mostrarán su conformidad con el discurso que el autor, a través del editor, les propone. Si no están conformes, lo que sucede en la escena transcrita, cuestionarán la legitimidad de aquel acto literario —tomar la palabra en público— y la manifestación de ese desacuerdo dará lugar a un nuevo discurso público: el discurso crítico. Crítica que además, en la escena propuesta, recoge implícitamente la posibilidad de una narración crítica: la historia del pan malo. Hago ver, aunque volveré sobre ello, que en este caso el discurso crítico no es establece en contra del «texto» concreto enunciado por el alcalde— «¡Todo eso está muy bien!», dice la voz que interpela— sino sobre lo que ese discurso no dice y por tanto oculta: «Pero, ¿qué pasa con el pan malo?». Y aprovecho la ocasión para aclarar, por más que creo que estaba claro, lo que quería decir en el texto de *El Urogallo* que cita Manuel Rico cuando denunciaba que la narrativa española de los últimos veinticinco años, mayoritariamente, se distingue por su afán de contarnos «historias» en el sentido con que en el lenguaje coloquial decimos «no me cuentes historias». Sentido que Rico no parece querer entender, lo que le permite meterse en una apasionada defensa de la «historia» como elemento constructivo dentro de

la novela que, al menos por mi parte, nunca ha sido puesta en tela de juicio. Pero lo que Rico no entiende sí lo entiende perfectamente esa voz que se alza y exclama: «Señor Alcalde, no nos venga con historias».

La escena de la novela de Hardy propone y ejemplifica el espacio propio de la narración crítica: la puesta en entredicho de la legitimación de las narraciones alienantes, al paso que, narrativamente, aclara el lugar de la crítica: cuestionar en público, desde el público y desde lo público, el discurso del poder.

Pero, evidentemente, la escena de la novela es difícilmente trasladable a nuestros tiempos. En el relato de Hardy está presente el público, el alcalde es oído por toda la comunidad y no existen instancias intermedias entre la voz del autor y la reacción activa de ese público, ya sea esta acción un callar, un aceptar, un reír o un protestar. En la literatura oral el acto literario es simultáneo en todas sus facetas, mientras que en la literatura escrita esa simultaneidad se ha disgregado en actos parciales: el escribir del autor, la publicación, la distribución, la venta, la compra, la lectura y las consecuencias, ecos y retornos de esa lectura. Pero esta disgregación del acto literario no comporta la disolución de lo que esencialmente constituye a todo acto literario: un hablar —escribir— público y un escuchar —leer— público. La literatura, el escribir público, tiene su origen en un acto de desigualdad: yo hablo (escribo), tu callas (lees). No un acto ejecutado por alguien no igual (el autor como alguien especial) sino un acto que conlleva desigualdad en su producirse. Esta desigualdad se legitima democráticamente a través del refrendo de la comunidad (que no el mercado) que es quien confiere, deniega o cuestiona el discurso del autor. En la raíz de la literatura está el pacto entre el autor y la comunidad a la que remite su discurso (comunidad que sí es la propietaria de las palabras) y ese pacto, que crea responsabilidad tanto en el autor como en la comunidad, es parte intrínseca, esencial, del ser de la literatura. Desde

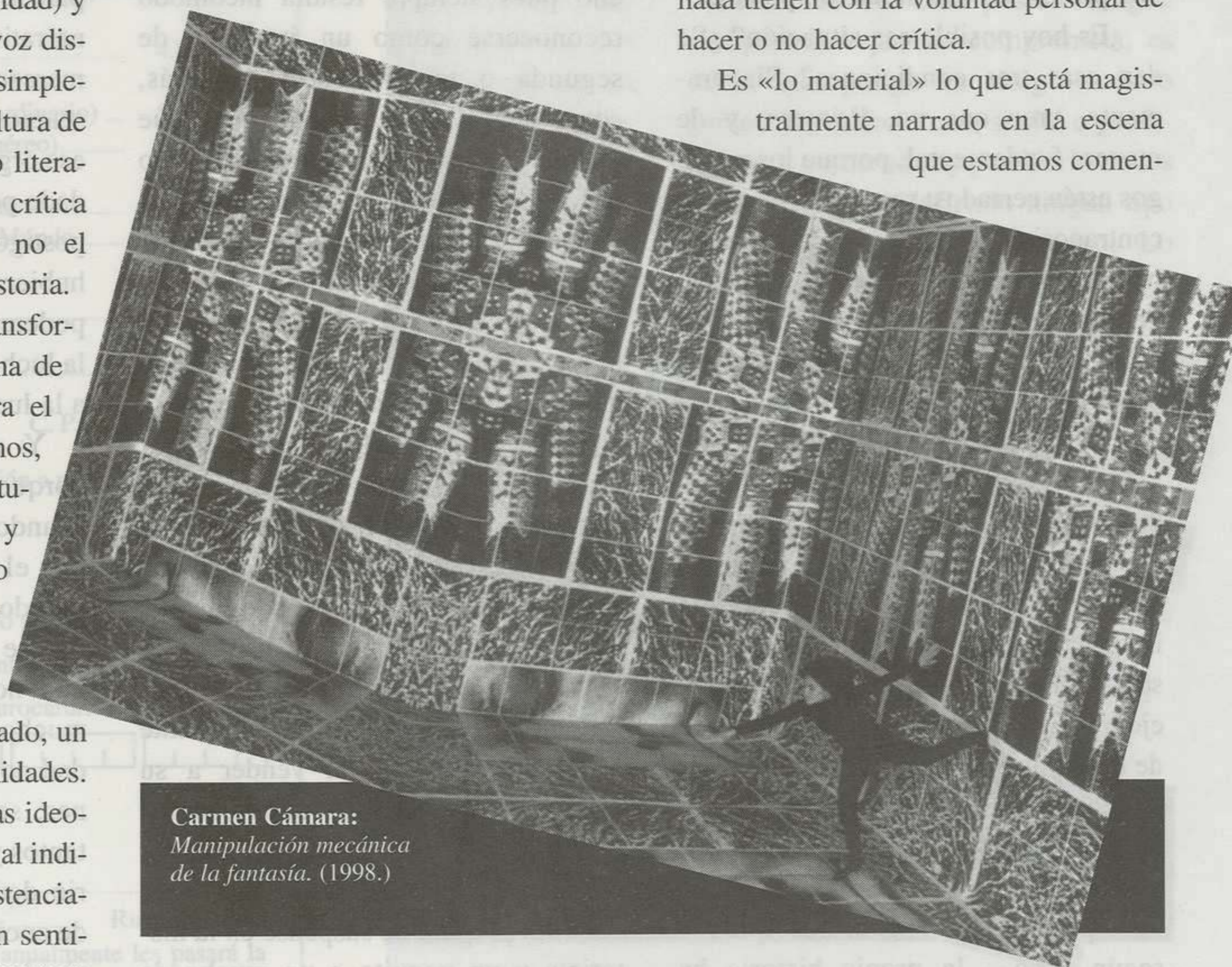
mi punto de vista si ese pacto no existe, no hay literatura. Podrá haber producción de mercancías de apariencia literaria pero será siempre una mercancía en el sentido de sucedáneo, de igual modo que una moneda de oro se diferencia de una moneda de estaño que haya recibido un baño dorado. La voz discrepante en la escena de Hardy denuncia precisamente el fraude que se está produciendo respecto a hablar en público es porque la comunidad se lo ha otorgado en función de sus intereses (los de la comunidad) y no en función de los suyos. La voz discrepante, crítica, lo deslegitima simplemente porque no ha estado a la altura de la responsabilidad que ese pacto literario conlleva. Lo que esa voz crítica juzga es la responsabilidad y no el «arte» del alcalde al contar su historia.

Sin detenerme ahora en las transformaciones históricas que cada una de esas disgregaciones supone para el acto literario, sí quisiera, al menos, hacer notar que el paso de la lectura pública a la lectura silenciosa y solitaria ha favorecido el olvido de ese pacto de responsabilidades públicas que el escribir conlleva y ha fomentado la *illusio* de que la lectura es un acto privado, un diálogo —se dice— de intimidades. Esta ilusión, incrementada por las ideologías culturales que acompañan al individualismo, romanticismo y existencialismo, ha provocado a su vez un sentimiento generalizado de que la literatura pertenece al ámbito de lo que yo denominaría religioso —la reverencia hacia Steiner de nuestros intelectuales parece confirmármelo—, pero que usualmente se disfraza de trascendentalismo, humanismo o antimaterialismo. Y lo llamo religioso porque ese sentimiento está profundamente relacionado con la idea de una salvación del yo —leo, luego existo— a través del contacto transfigurador con lo superior, lo eterno, lo inefable, lo inexplicable. Sentimiento místico que acaso haya llevado a Rico a proponer un entendimiento de la novela como «una síntesis dialéctica, en permanente conflicto, de la “historia” y lo no histo-

rificable: la poesía», volviendo así, supongo que sin darse mucha cuenta, a la famosa y escolástica dualidad —que no dialéctica— entre el alma y el cuerpo. Sentimiento místico éste que también, y muy curiosamente, parece haber anidado en alguna visión «social» de la literatura que confunde o ha confundido la responsabilidad social que caracteriza a la literatura en cuanto discurso público con el paternalismo redentor hacia los que no tienen voz (que se oiga, es decir,

de pequeños comerciantes que «parecieran ser de un nivel social más bajo» y el pueblo llano que asiste como testigo a través de unos postigos que permanecen abiertos. Escenario que bien podríamos resumir del siguiente modo: intereses contrapuestos, información transparente y diversidad de proyectos. En mi opinión esas serían las tres condiciones indispensables para que la crítica, narrativa o no, pueda tener lugar. Y son tres situaciones objetivas, materiales, que nada tienen con la voluntad personal de hacer o no hacer crítica.

Es «lo material» lo que está magistralmente narrado en la escena que estamos comen-



Carmen Cámara:
*Manipulación mecánica
de la fantasía. (1998.)*

legitimada) y por tanto nunca podrían exigir responsabilidades.

No obstante, creo que a pesar de a dificultad de trasladar el escenario de la novela de Hardy a nuestros tiempos se dan, en el episodio propuesto, actitudes y situaciones que vale la pena examinar con algún detenimiento si queremos responder a la pregunta acerca de si es posible la crítica y, por derivación, la narrativa crítica.

Recordemos la situación en que la crítica al discurso del alcalde tiene lugar; una comunidad fragmentada en tres grupos sociales: grandes comerciantes con el alcalde a la cabeza, un grupo

tando. La contraposición de intereses: grandes comerciantes, pequeños comerciantes, pueblo llano, ocupando tres geografías narrativas: la cabecera de la mesa, la otra punta de la mesa y el exterior. Información transparente: los postigos abiertos para que todo el mundo se entere. Diversidad de proyectos: para el alcalde, negociar con el grano; para el pequeño comerciante, vender el pan o el moler grano; para el pueblo llano, tener que comerlo, le guste o no. Magistral el tratamiento que Hardy da a esta diversidad de proyectos a través de la voz de ese pequeño comerciante que al tiempo que dis-

crepa del alcalde coincide con él en última instancia: «Pero, ¿cómo piensa indemnizarnos por todo lo que hemos perdido?». Un diálogo a tres bandas que es todo un ejemplo de rigor narrativo. No le hace falta a Hardy ser marxista para revelar el juego de tensiones sociales que confluyen en la escena. Le llega con ese rigor narrativo desde el que construye la mirada. No es ningún héroe el que se levanta para manifestar su discrepancia, es simplemente una voz posible en una situación posible.

¿Es hoy posible esa situación? ¿Se dan esas tres condiciones? Sinceramente, creo que no. Primero, y de manera fundamental, porque los postigos están cerrados; segundo, porque la contraposición de intereses es muy relativa, y tercero, porque no hay proyectos divergentes. Los notables sentados a la cabecera de la mesa son los dueños efectivos de los medios de información y comunicación. Y son los medios los que producen la llamada crítica mal que le pese aceptarlo a los individuos que escriben esa crítica. Y son esos medios los que producen la información y la desinformación, y son esos medios los que, por poner un ejemplo, nos informan una y otra vez de que la lucha de clases ya no existe, es decir, de que ya no hay nadie al otro lado de los postigos cerrados. Lucha de clases que no sé si se cuenta entre los «presupuestos históricos que —según Rico— la propia historia ha derrumbado».

La contraposición de intereses es muy relativa. Si no hay nadie al otro lado de los postigos cerrados la escena, y sigo con la novela de Hardy, se reduce a una cena de notables. Ciertamente unos sentados en la cabecera y otros en «la otra punta de la mesa», pero comiendo todos de la misma tarta y de los mismos manjares aun cuando, qué se le va a hacer, en el extremo sean algo más escasos y lleguen más fríos y peor presentados. El mismo narrador del episodio que comentamos nos hace ver que la mera discrepancia interna no pasaría de ser una desarmonía poco

grave que, sólo al ser asumida más allá de los postigos —ese lugar donde ya no es necesario guardar la compostura—, cobra significado y fuerza.

Vivimos tiempos posmodernos. Ahora el sistema parece haberse modernizado y las mesas se han hecho redondas para que ya no esté tan claro cuáles son los extremos y cuál la cabecera. Hay que poner atención y rigor en la mirada para descubrirlo, pero nadie parece tener mucho interés en ello pues siempre resulta incómodo reconocerse como un invitado de segunda o tercera clase. Además, como bien dice el narrador, hay que guardar la compostura, portarse «como uno de los suyos», no levantar mucho la voz y procurar ser ameno por ver de ganar puestos más cercanos a esa cabecera, que no parece existir pero todo el mundo reconoce y acata. Y si para ello hay que contar «historietas», pues se cuentan; y si para ello hay que contar historias del pasado que en ningún momento cuestionen el presente o el futuro (la memoria como nostalgia autocomplaciente), pues se cuentan (del mismo modo que Henchard cuenta una historia de su pasado pero nada dice sobre la indignidad que veinte años atrás cometió al vender a su mujer y a su hija por unos cuantos peniques); y si uno quiere garantizarse el ser escuchado, nada mejor que introducir un poquito de suspense en la historieta y un poquito o un mucho de morbo y un poquito de metaliteratura o de psicoanálisis para que se vea que dominamos la asignatura, sin faltar algún comentario ideológico más o menos disfrazado de ironía para reírse complicitemente del «cuando creíamos, qué ingenuos, que había alguien al otro lado de los postigos». Y si a alguien le llegan los manjares demasiado fríos y le amargan un tanto la cena, no hay que preocuparse: siempre hay un libro de reclamaciones donde poder desahogarse (sin perder la compostura). Incluso puede convertirse en un gesto positivo: «Hay que ver ese tipo qué carácter tiene. Presentád-

melo». No hay salida: o uno se va de la cena de notables y ¿a dónde, si nada hay más allá de los postigos?, o todo se queda en mercancía. No vale reclamar, el destino de las reclamaciones es ser leídas por los mismos que organizan la cena. Pero no seamos del todo pesimistas: más eficaz que el reclamar es el sabotaje y más eficaz que el sabotaje es organizar el posible descontento. Y narrar con rigor esa cena —lo que se habla y lo que se oculta y calla— me parece hoy la única posibilidad de una narrativa que al menos mínimamente merezca ser calificada de crítica. Pero seamos realistas: el único sentido de esa organización del descontento viene dado por lo que haya al otro lado de los postigos cerrados. Si al otro lado nada hubiera todo sería mercado, es decir, poderes económicos en competencia: la lucha de rentabilidades sustituyendo a la lucha de clases.

Y no hay proyectos divergentes porque difícilmente puede haberlos cuando los intereses no lo son y cuando el mundo, la percepción del mundo, se ha reducido a la percepción de ese comedor de notables. A algunos nos quedaría tan sólo —o tan mucho— un convencimiento: la realidad no termina en nuestras percepciones: sentado en la mesa, rodeado de tantos y de tantos manjares, es necesario deducir que alguien trabaja a pie de cocina y alguien nos sirve y alguien sin duda ha cosechado el pan, escrito el menú y cazado los faisanes. Existe una realidad que se mueve y acaso ese moverse vuelva a obligar algún día a que los postigos se abran de nuevo.

Espero que, aun sin haber entrado en el juego de las refutaciones, haya aclarado un poco algunos malentendidos que acerca de mis opiniones sobre la novela contemporánea se dejaban caer en el artículo de Manuel Rico, con el que comparto muchos juicios por más que parezca haberse empeñado en encontrar, en lo que él tan generosamente llama mi *corpus*, afirmaciones que nunca he hecho, lo que personalmente hace que su texto me

BOLETIN DE SUSCRIPCION

TARIFA (6 números)

LETRA
INTERNACIONAL

C/. Monte Esquinza, 30-2.ª Dcha.
28010 MADRID

España	4.800 ptas.
Europa	
(correo ordinario)	5.500 ptas.
(correo aéreo).....	7.100 ptas.
América	
(correo aéreo)	7.500 ptas.
Resto del Mundo	11.000 ptas.

Nombre y Apellidos

Dirección

Ciudad C. P.

Teléfono Suscripción a partir del N.º

FORMA DE PAGO

Adjunto talón bancario Giro postal N.º

Tarjeta de crédito: Contra reembolso

Visa Mastercard/Eurocard/Access

Núm.:

Caduca:

Domiciliación bancaria:

Sr. Director de

Sucursal n.º Ruego atienda

hasta nuevo aviso los recibos que anualmente les pasará la

revista LETRA INTERNACIONAL en concepto de suscrip-

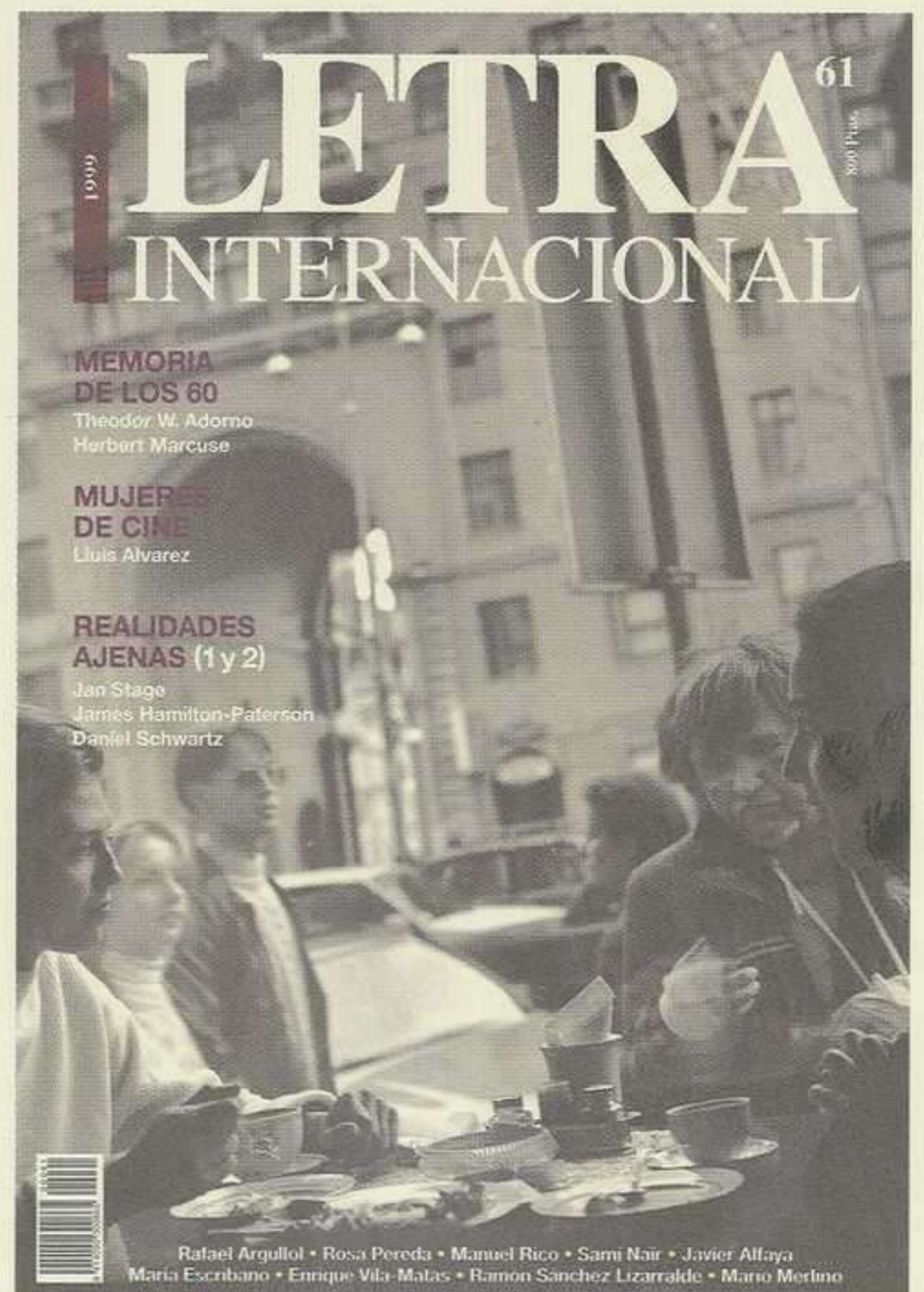
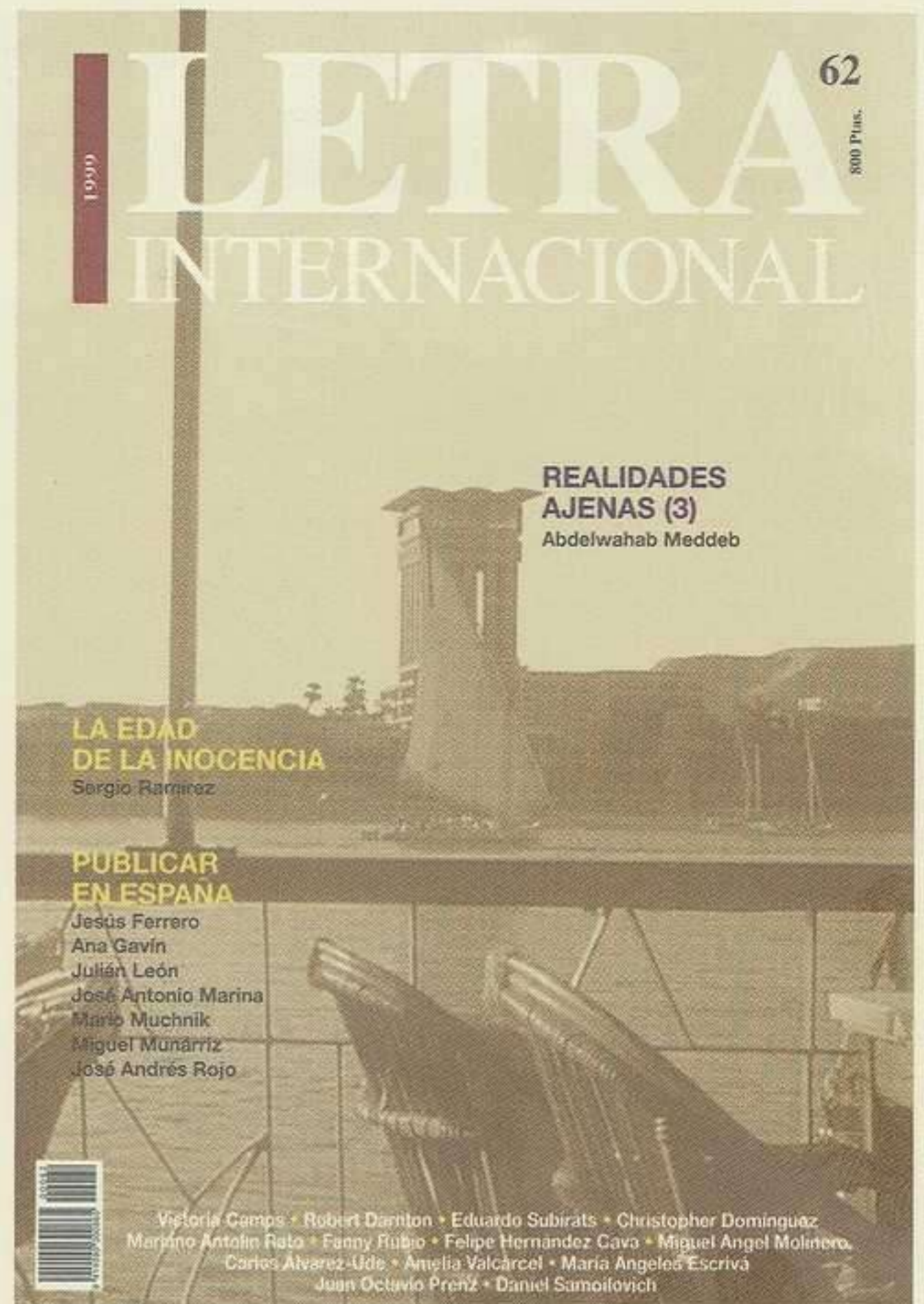
ción contra mi c/c.

Entidad	Oficina	D. C.	N.º de Cuenta
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Firma:

Si desea recibir algún ejemplar al precio de 800 ptas. contra reembolso, marque a continuación el número o mes

Puede también suscribirse por teléfono 913 104 313 o fax 913 194 585 e-mail: fpi@ctasa.es

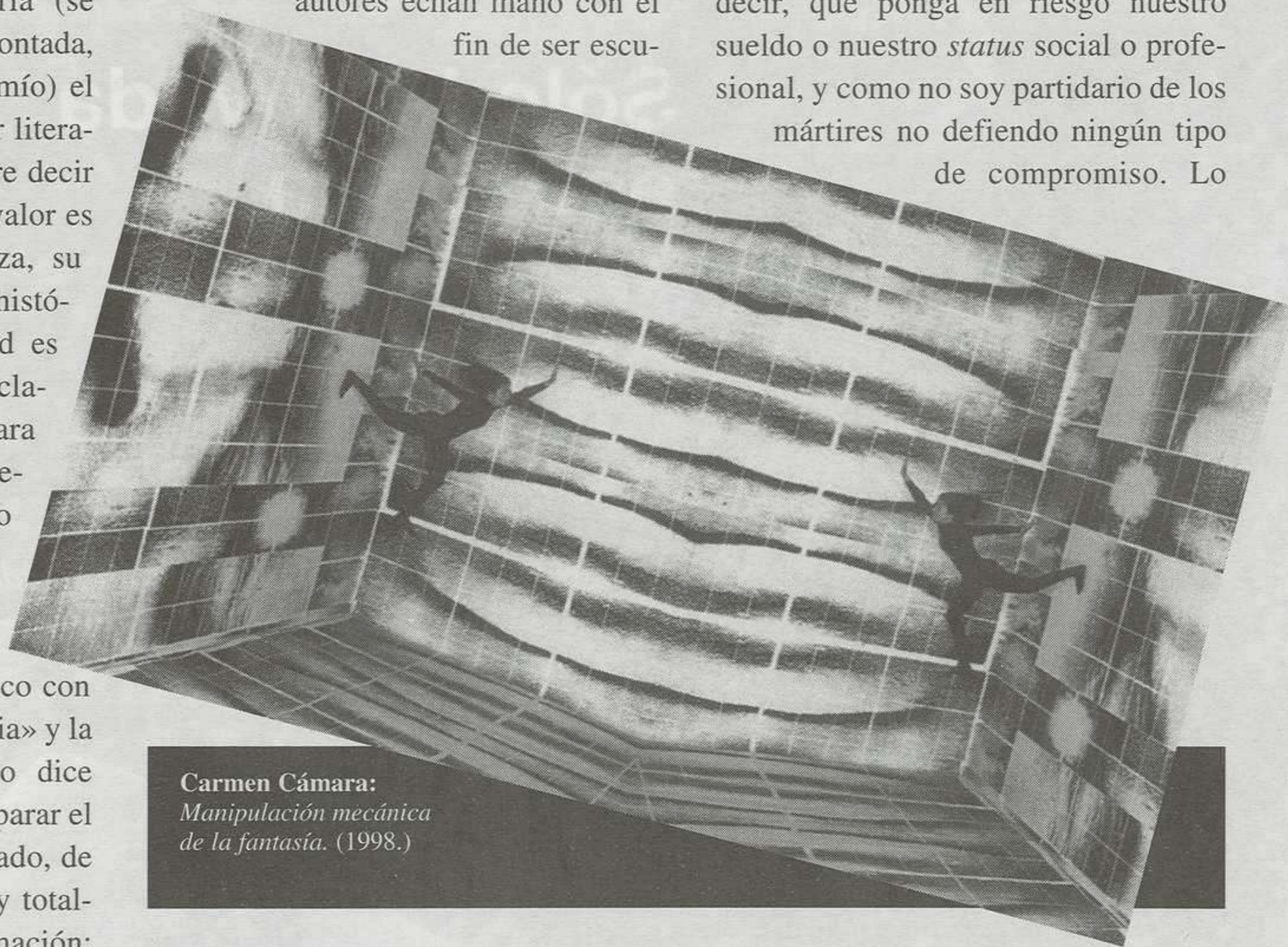


parezca la defensa de una doncella a la que, al menos por mi parte, nunca he ofendido. Seguramente porque no estamos hablando de la misma doncella, entre otras cosas porque no creo que la novela o la literatura sean ninguna doncella.

Estimo que de las palabras de Rico se desprende un entendimiento de lo literario que poco tiene que ver con mis consideraciones de la literatura como pacto público. Evidentemente existen discrepancias de fondo. Personalmente no entiendo la frase «tener como base una historia (se refiere a la novela) que, al ser contada, trasciende (este subrayado es mío) el momento histórico: ser arte, ser literatura». No entiendo qué se quiere decir con ese «trascender»: ¿que su valor es eterno? ¿Que, como la cerveza, su valor es reconocido en épocas históricas muy distintas? La verdad es que la palabra arte a mí no me aclara nada, como tampoco me aclara nada la palabra estética. Son categorías que en mi opinión sólo dicen algo de quien las dice, al igual, por supuesto, que de quien las niega. Tampoco entiendo los líos que se trae Rico con el lenguaje, la novela, «la historia» y la semántica. En algún momento dice que «es imposible, por tanto, separar el lenguaje literario de su significado, de su carga semántica», y yo estoy totalmente de acuerdo con su afirmación; pero antes, y luego, habla de formalización y distingue entre el cómo y el qué. Sinceramente, por mucho que lo intento no acabo de entender que el qué se pueda escribir de distintos cómo. No se puede contar lo mismo de formas diferentes. Para entendernos: no es que estén estrechamente unidos sino que esa separación no existe. Se podrá abordar un mismo argumento de maneras diferentes, pero lo que un texto dice no se podría decir de ningún otro modo. No es que esté negando la existencia de «formas literarias» como la narración, la tragedia, el poema o el soneto, ni niego la exis-

tencia de argumentos, temas o motivos, pero de ahí a pretender hacer distinciones, hablando de un texto en concreto, entre una supuesta forma o un supuesto contenido con vidas propias más allá del texto, hay un abismo. La literatura es un medio de comunicación de masas muy complejo y refinado, un discurso público que en su hacerse acto literario tiene a su disposición todas esas formas, temas y recursos técnicos que constituyen un patrimonio colectivo y dinámico del que en cada momento histórico los autores echan mano con el fin de ser escu-

tengo contra el sentido de literatura comprometida que Sartre, en unas circunstancias históricas concretas —la guerra fría—, defendió. Pero hoy las circunstancias han cambiado. Un compromiso, de ahí que frases como «compromiso con uno mismo» o «compromiso con la literatura» o «compromiso con el lenguaje», que todavía he escuchado en un reciente Encuentro de Narradores Hispanoamericanos, me parezcan vacías y lamentables. No creo posible ningún compromiso que no comprometa, es decir, que ponga en riesgo nuestro sueldo o nuestro *status* social o profesional, y como no soy partidario de los mártires no defiendo ningún tipo de compromiso. Lo



Carmen Cámara:
*Manipulación mecánica
de la fantasía.* (1998.)

chados: la Historia de la Literatura. Ayer los sermones se consideraban parte de esa literatura, hoy parece que no (porque una cosa son los discursos públicos y otra las definiciones de literatura que en cada momento se impongan), pero la realidad de la que forman parte esos sermones está ahí, más allá de las percepciones dominantes. Como todo lo que es, es histórico, y ni el llamado arte ni la literatura trascienden la historia.

Y dejo para el final el famoso tema del «compromiso», término al que según Rico conducirían mis interrogantes. Siento decepcionarle. Nada

que sí definiendo es la responsabilidad del que escribe, del que toma la palabra pública, y la responsabilidad del que escucha, y lo definiendo porque el pan sigue estando malo y los que están al otro lado de los postigos tienen que seguir tragándose (y además la cena me la están sirviendo fría). Frente a ellos somos responsables, aunque por ahora sean invitados invisibles en esta cena en la que todos más o menos disfrutamos. La posibilidad de la crítica pasa hoy por el objetivo estratégico de acabar con el rapto de lo público llevado a cabo por los comensales de esa cena de notables. □

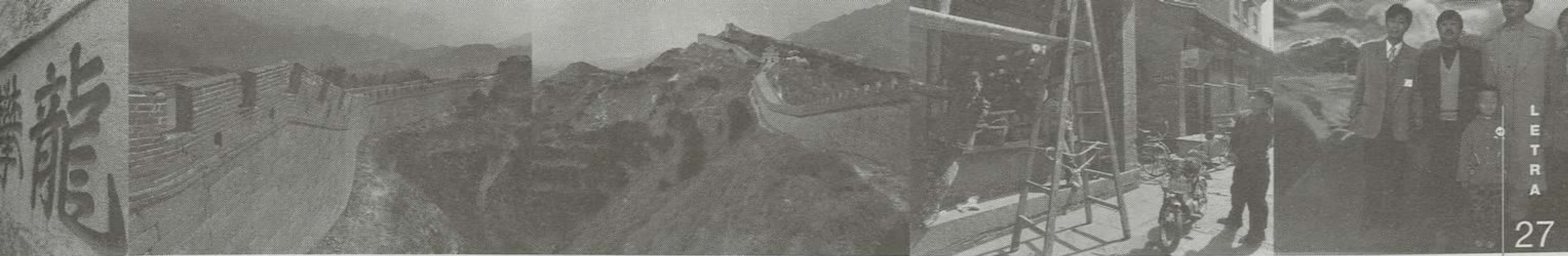
Laszlo Krasznahorkai

Sólo la bóveda
estrellada
Tras las huellas
de Li Tai Po

Fotografías de Ramón Zabalza: *La subida al Monte Hua.*



Pez de piedra. (1998.)



Una nube: su vestido. Una flor: su rostro
Primavera. El viento se desliza. Brillan los cristales
[del rocío.
Si no estuviera en la cima del Monte de las Joyas
se encontraría en la Terraza de Jade, bajo la luna.

Un ramo de flores rojas, brillantes de rocío. Denso
[aroma.
Las «nubes y la lluvia en la montaña Wu» (1) rompen
[en vano el corazón.
¿En el palacio Han quién hubiera podido compararse
[a ella?
Quizás la adorable Fei Yan (2), una vez maquillada y
[vestida.

Una mujer, una famosa flor que, mutuamente compla-
[cidas, destruyen un imperio.
Cuando el emperador la contempla, ella le arranca
[siempre una sonrisa.
Del viento de primavera deshace la infinita tristeza
mientras se apoya en la barandilla del Pabellón de
[Aloes.

Li Tai Po, Poemas nº 1-3 en *Cadencia Pura y Apacible*
(Melodías Qingping)*

* Traducción del chino: Pilar González España.
(1) Expresión que hace alusión al acto sexual.
(2) Famosa concubina de época Han, de gran belleza pero también de costumbres libertinas. La comparación con ella es por tanto un insulto para Yang Güifei, a quien la poesía va dirigida. De hecho este poema parece haber causado la expulsión de Li Tai Po de la corte de Chang'an.

La llegada

El 30 de abril de 1998 me venció súbitamente el sueño a bordo de un avión que, siguiendo los caprichos del azar, volaba hacia Beijing. No obstante, pronto me desperté y contemplé consternado a través del óvalo de la ventana el exterior de nubes espumosas, ligeras y mullidas, de una blancura cegadora. Mi sueño no me había acercado a mi proyectado viaje, a mi plan de explorar montado en trenes nocturnos el imperio clásico de Li Tai Po, sino que me había llevado de vuelta al entierro de mi padre, para mayor exactitud: de vuelta a su rostro en el féretro instalado en la capilla ardiente. Había estado dormido sólo un momento y también mi sueño fue breve; en realidad sólo duró un minuto, un minuto extraordinariamente lúcido que me enfrentaba con una violencia cruel nunca experimentada al hecho de que durante dieciocho años había estado tremendamente equivocado respecto a la muerte de mi padre en 1980 y en lo que concernía a la causa inmediata y al proceso de su agonía: porque mi padre —me comunicaba el sueño— mi padre no había muerto en absoluto como habíamos creído nosotros, la familia, según los informes médicos (había «caído dormido, saben ustedes») no, este sueño me hacía saber que mi padre había muerto de manera completamente distinta de lo que nosotros, la familia, nos habíamos hecho creer durante dieciocho años. El 30 de abril de 1980, dos horas antes del comienzo de las ceremonias religiosas cristianas, yo, un muchacho alto y larguirucho, estaba de pie junto al féretro con mi madre y mi hermano mayor, solemnemente vestido y muy azorado. Pero todos nosotros estábamos solemnemente vestidos y muy azorados y probablemente lo estábamos de una manera que llamaba la atención, porque uno de los empleados del cementerio, que entró a la sala del velatorio para encender los cirios, nos preguntó con la dulzura funcional de quien da el pésame y como para ayudarnos a vencer nuestro azoramiento, si no queríamos ver al difunto durante esa última hora, es decir, si no debía quitar la tapa al féretro para dejar que nos despidiéramos. Mi hermano y yo nos miramos, después bien él o yo pronunciamos un decidido «sí», en la creencia de satisfacer así los llamados ritos eclesiásticos, de los que por lo demás no teníamos ni la más remota idea.

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



El empleado del cementerio levantó entonces, solícito, la tapa del féretro, la puso a un lado y se retiró.

A causa de la indescriptible negligencia de la funeraria, mi padre seguía envuelto de pies a cabeza en el mismo gran saco de plástico en el que le habían trasladado allí desde la habitación del sanatorio donde murió. Pero esto no era siquiera lo más perturbador, sino su cara y la manera en que el plástico se tensaba sobre ella: los ojos abiertos y saltones de mi padre miraban fijos al cielo y su boca estaba desencajada, abierta, lo que significaba (comprendimos todos de súbito) que no había habido nadie que le hubiera cerrado los ojos y atado la mandíbula antes de la aparición del *rigor mortis*. Estábamos horrorizados. A mamá le dio un ataque de llanto e indicamos al empleado que volviera a cerrar la tapa del féretro inmediatamente. En estas condiciones enterramos a papá, nos atormentaba la idea de tener que permitir que lo enterraran así y estábamos extrañamente paralizados por los remordimientos de conciencia porque no nos planteamos ni de lejos la pregunta de por qué estarían abiertos aquellos ojos y aquella boca y por qué precisamente de aquella manera. «Gracias a Dios el pobre se durmió», solíamos decir a parientes y amigos, y también ellos asentían y repetían «se durmió», y «la muerte le sorprendió durante el sueño». La palabra de los médicos no podía cuestionarse, de manera que sólo me quedaba el horror de aquellos ojos abiertos y aquella boca desencajada; pero de lo que todo eso significaba, de eso no quedaba nada.

Y justo ahora, siguiendo otro capricho del destino en pos de las huellas de Li Tai Po en dirección a China, veía de nuevo el horrible rostro de mi padre cubierto de tenso plástico, pero esta vez, pasados dieciocho años calculados

con precisión diabólica, me doy cuenta de que no murió en absoluto durante el sueño, sino que —veo ante mí aquel rostro horrorizado y sin aliento a causa del dolor— había despertado de su sueño en aquella cama del sanatorio, mientras dormía le había faltado el aire y se había despertado, en el horrendo momento de la falta de aliento había comprendido que se asfixiaría y entonces gritó de manera terrible... ¡Esto es lo que ha permanecido en aquellos ojos abiertos y en aquella boca desencajada, para siempre!

Nos encontrábamos en algún lugar sobre Siberia meridional, yo estaba sentado en mi asiento, bañado en sudor. ¿Qué era aquello?, me preguntaba, profundamente asustado. ¿Por qué había tenido que tener ese sueño, precisamente ahora, de camino a China? ¿Y cómo era posible que durante dieciocho años hubiera estado preso de un error tan desalmado? Y a la sazón: ¿por qué precisamente dieciocho años? Y además: ¿qué diablos era todo aquello?

Faltaban cuatro horas de vuelo pero no guardo recuerdo alguno de ellas. Después, el aparato aterrizó en Beijing y mientras el río de pasajeros me arrastraba consigo por los usuales corredores, sentía que mi sueño con su extraña coordinación me había sepultado de tal manera, que seguramente durante bastante tiempo no encontraría una salida de ese paroxismo que me había vuelto casi ciego y sordo. Paradójicamente ocurrió justo lo contrario. Cuando abandonamos los corredores del aeropuerto y entramos en el *hall*, una extraordinaria tensión sustituyó mi anterior aturdimiento, el espacio ante mí se despejó y cuando, después de pasar por las estaciones del control de pasaportes y la entrega de equipajes, llegué ante un joven aduanero muy delgado y de mirada severa, se produjo inesperadamente un

COMO YO HOY,
LI TAI PO BEBIÓ
AGUA DEL RÍO
WANGMU
ASCENDIENDO AL
MONTE SAGRADO
TAISHAN, HACE
1.300 AÑOS.

gran silencio a nuestro alrededor en el que tanto su voz como la mía resonaban con bastante claridad y nitidez:

Aduanero: ¿Dónde está su equipaje?

—Es este.

Aduanero: ¿Y dónde está lo demás?

—¿Qué demás? Este es mi único equipaje.

Aduanero: ¿Ha entrado usted en la república Popular China con tan poco equipaje?

—Sí, con esto.

Aduanero: ¿Conoce las normas?

—Sí.

Aduanero: ¿Y ha pasado algo por la frontera?

—No, nada.

Aduanero: ¿Así que lo que quiere es llevarse algo?

—¿Cómo?

Aduanero: Está bien. Pase. Disfrute de su estancia entre nosotros.

Yo intuía que cada pregunta tenía un significado especial, pero no conseguía comprender en qué consistía.

Pisé el suelo de la República Popular China.

En el tren nocturno Beijing-Qufu

Un hombre alto de mediana edad está sentado en la cama inferior enfrente de mí. Intenta leer después de haber desatado ya los cordones de sus zapatos. Viste un traje marrón, una camisa marrón, una corbata marrón y más abajo, calcetines de nailon marrón claro. Mi amigo, el médico y calígrafo Yu Zimín, mi compañero e intérprete en este viaje, que apenas ha pasado los treinta, con rostro de muchacha, voz aterciopelada, comportamiento siempre modesto y recatado, le habla en mi nombre, me presenta brevemente, explica el propósito de mi viaje y traduce mi pregunta de si Li Bai (Li Tai Po) ha visitado Qufu.

Viajero: No lo sé. Pero hay una tablilla en algún sitio del templo de Confucio en la que están apuntados todos lo que estuvieron allí. Poetas famosos, gente famosa, están todos en esa tablilla.

—¿El señor estuvo ya en el Taishan? ¿Lo ha escalado alguna vez?

Viajero: Sí, claro. Hace ya años.

—He oído que en la antigua China era el deseo común de toda persona subir una vez al Taishan. ¿Es eso verdad?

Viajero: En la antigüedad se pensaba que el Taishan era la más alta de las montañas. Y en verdad existía una tradición según la cual se subía a su cima para contemplar la salida del sol.

—Y cuando se llega arriba ¿qué se siente? He oído que hay algo allí arriba que embruja a la gente.

Viajero: ¿Que qué se siente arriba? Un cansancio terrible. Yo también estaba realmente cansado cuando llegué. Tendría que haberlo hecho como los antiguos: subir despacio, cómodamente, desde la mañana hasta el atardecer, tomar alojamiento en la cumbre y ver la salida del sol al alba. Pero tenga cuidado: allí arriba hace frío. Tiene que llevarse uno de esos gruesos abrigos de invierno, si no, pasará un frío horrible.

—¿Sí? ¿Un abrigo de invierno?

Viajero: Sí, sí. Si no, se congelará con este frío. Un frío de perros, como decimos nosotros.

—¿Y sabe usted en qué se basa la creencia de que se vivirá mucho tiempo si se sube al Taishan?

Viajero: Bueno, eso no era más que una creencia popular, una superstición entre los antiguos. Creían que era una montaña sagrada y que si se subía a ella se recibiría una recompensa.

Una larga vida. Naturalmente es sólo una superstición. Hoy en día ya no creemos en eso. Pero nos sigue gustando subir a esa montaña porque el aire allí arriba es muy claro, el cielo es de un azul maravilloso y el mundo es precioso desde allí arriba. El aire es mucho mejor. Limpio. No como en las ciudades, quiero decir.

—¿En qué creían los antiguos que subían a la montaña?

Viajero: Bueno, aún hay algunos, no muchos, más bien las personas mayores, que piensan que quien sube enfermo baja curado. O si una quiere un niño y sube, viene el niño. O que uno que quiere hacerse rico, lo consigue. Que la montaña también trae suerte.

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



—Sabe, nosotros dos hemos salido para visitar aquellos lugares donde estuvo el poeta Li Tai Po, a quien yo admiro. Naturalmente Li Tai Po estuvo también aquí, en la más importante de las cinco montañas sagradas y como en otras ocasiones sintió en la cima del Taishan la elevación divina, vio la naturaleza como un todo y eso le hizo sentirse libre. En la cima de las montañas se siente como un dios. Ve toda la tierra creada. ¿Siente el ser humano contemporáneo algo parecido?

Viajero: Bueno, sabe usted, en los tiempos antiguos la gente no tenía tanta educación como ahora, creían que si subían a una montaña tan alta, estaban muy cerca del cielo. Pero hoy en día esto ya no es así.

—¿Es que la visión de la naturaleza no tiene este efecto sobre el ser humano?

Viajero: Mire, yo no tuve la sensación en el Taishan de caminar en la cercanía de los espíritus... Pero no obstante tuve una sensación maravillosa, una sensación como si paseara por el aire... Como sobre las nubes... Cuando llegué arriba, me sentí como si flotara sobre el techo del mundo...

—¿Cómo un espíritu?

Viajero, *se ríe ruidosamente*: Bueno, la verdad... Un poquito como un espíritu...

Por sendas fatigosas

Muy de mañana partí con Min a mi lado hacia la cumbre del Taishan. Habíamos oído que se alcanzaba la cumbre en cinco o seis horas, si se avanzaba a buen paso. A la izquierda del camino, abajo, el río Wangmu corría en

dirección a Taian. De este río había bebido Li Tai Po cuando emprendió su camino hace unos 1.300 años.

—Min, la preparación de este viaje nos ha llevado meses, es decir, que ya hace meses que hablamos de Li Tai Po pero curiosamente nunca te he preguntado lo que significan para ti su figura y su poesía...

Min: ¿Para mí? Bueno, importante para mí... él también gusta a mí. Pero gusta más *ci* que... y por eso...

—No entiendo

Min: Gusta a mí más *ci* que *shi*. Otra clase de poesía que *shi*..

—Así que te gusta *ci* y *shi* te gusta menos.

Min: Sí, gusta más. Por eso Li Tai Po no era poeta preferido, porque... en el mundo *ci* Li Tai Po no es un muy bueno, eso.

—¿Podrías decirme por favor, cuál es la diferencia?

Min: Bueno, *shi* es un género, es muy, muy regular. Casi siempre cuatro versos, hay también de ocho versos. Casi siempre estos dos, eran así. Y luego en cada línea cinco palabras u ocho palabras...

—En el idioma chino, «palabra» significa siempre sílaba.

Min: Sí, sílaba. Y esto era, esto era género original. Y entonación tiene que ser muy regular y pronunciación y en qué línea. Y entonces qué pronunciación tiene que ser. Y luego en cuántas líneas y qué número de línea... es decir, muy regular, no tan libre como... No es género tan libre. Pero una literatura, un género tan importante. Y *ci* es un poco más libre. Pero también entonces, como se dice, porque *ci* es más bien... originalmente no una poesía, no una poesía sino...

—¿Prosa?

UN JOVEN MONJE
ME DEVOLVIÓ
LA SONRISA
Y CUANDO QUISE
MARCHARME,
ME HIZO SEÑAS
DE QUE ME
ACERCARA.

Min: Texto. Para una canción, texto. Y hay música de canción para toda clase de *ci*. Y entonces se puede cantar eso.

—¿Y eso te gusta más?

Min: Gustar, bueno, hay un ritmo mejor, se puede escuchar mejor. Y este género es tan bonito, no sé como se dice, entonación bonita... Bueno, cuando alguien no canta, parece música.

—Así que es más melodioso, uno se puede identificar mejor con ello desde el punto de vista emocional.

Min: Eso es. Pero eso también es difícil. Porque esto es igual, sólo que esta línea sólo puede tener tres sílabas, la siguiente sólo una sílaba o la siguiente sólo ocho o sólo seis. O trece. Y entonces también es muy regular. Y eso también es difícil. Si nos ponemos, es todavía más difícil que *shi*. Porque *shi* sólo tiene cuatro líneas, están las cuatro – ya está bien. Pero allí todas las líneas ligadas aparte y entonces qué línea necesita la palabra número tal. Qué pronunciación, entonación. Por tanto más difícil. Pero los dos tienen, como se dice, su propia...

—Fuerza...

Min: Fuerza. Y además *ci* suena más bien bonito, bonito ritmo, bonita música. Y entonces la otra es un poco más libre que *ci*. Y por eso...

—¿La estructura?

Min: La estructura no es tan complicada. No tan complicada como *ci*. Y entonces *shi* estaba en la cúspide, en la época Tang, y *ci* después en la época de la dinastía Song. Pero eso entonces seguramente es muy difícil de explicar.

—No, es realmente interesante y perfectamente comprensible.

Min: Sólo no puedo encontrar las palabras. Pues entonces Li Tai Po no es tan bueno como *ci*, y entonces estaba el comienzo de *ci*...

—¿El comienzo?

Min: Sí, el comienzo, se comenzó...

—¿Pero no fue inventado por Li Tai Po?

Min: Claro que no, sólo que él también conocía, escribía a veces también. Muy poco y otras cosas no tan bien. Bueno, todo el mundo conoce *shi* Li Tai Po. Y no conoce *ci*.

—Así que era bueno en el *shi*.

Min: En el *shi*. Y por eso era Li Tai Po bueno en el *shi*, porque no mucho, no siempre respeta regular. Y luego a veces sólo cinco líneas. Y no tan regular. Y entonces está el poema, que tiene entonces primera línea, es decir, diez palabras, diez sílabas. Así que es como un poema libre. Por supuesto buenos, muy buenos poemas. Y por eso era, bueno, un independiente, es decir un genio, porque no respeta mucho las reglas.

—¿Y que hace Li Tai Po en el *ci*? ¿No respeta allí las reglas tampoco?

Min: No, él no. No sabe *ci* mucho. A mí naturalmente gusta mucho. Y en el mundo del *shi*, en el mundo clásico, era el mejor. Eso no hay que decirlo. Pero a mí gusta más *ci*, porque yo en mi juventud, en mi infancia y después, como diría, he aprendido mucha caligrafía. Gusta más *ci*, porque más fácil de recordar, escribir, más fácil escribir sentimientos y cuando se escribe hay también ritmo, se puede empezar más fácil, por lo menos yo puedo más fácil. Pero si decimos mi psique, entonces *shi* es mucho más profundo que *ci*.

—Explícame eso, por favor.

Min: Sí, por eso, en época Tang había un Du Fu, un Bo Juyi, un Li Tai Po. Estos tres, fue la cúspide. Y después en época Song también hubo algunos, pero, como diría, su personalidad no llegó a nivel como Li Tai Po y Du Fu, por eso. No porque *ci* no es bueno, sino porque el poeta, el poeta no ha llegado a nivel como en época Tang. No *ci*. Por ejemplo Su Dongpo, casi toda su vida fue un funcionario, un funcionario muy bueno, pero entonces también no tan libre en el alma. Así pues.

—Pero antes querría saber por qué has dicho que una de las dos formas métricas te llega más hondo.

Min: Sí, porque en época Song no había un poeta como en época Tang. No había un hombre así, una per-

Ramón Zabalza:
El primer peligro.
(1998.)



sonalidad así como la de Li Tai Po y Du Fu. Ese ha escrito poemas increíblemente buenos. O también estaba Su Dongpo. Como dicen otros, mejor todavía que Li Tai Po. Porque Su Dongpo es un ser humano vivo. No un espíritu como Li Tai Po. Por eso quizá le quieren más aún.

Pero no era tan libre como Li Tai Po. Y en sus poemas no hay nada de una insinuación espiritual tan libre, tan espiritual.

—¿Como un maestro menor?

Min: Bueno, por este lado no tiene el nivel tan alto de Li Tai Po. Tan alto nivel por cierto no tiene nadie como Li Tai Po. Quizá Du Fu. Pero él era realista.

—¿Y Li Tai Po?

Min: Li Tai Po era un romántico. Pero no en el sentido actual. Muy alto nivel, un romántico así, pues. No el mundo sentimental de una persona, con amor y así, así no. Quiero decir que Li Tai Po está por encima del ser humano corriente. Es un romántico así. Para mí, Li Tai Po es un crítico de la sociedad. Es como una persona que vive dentro de su alma. Quiero decir, que no le gusta la sociedad pero tampoco interviene mucho. Y no revuelve mucho tampoco. Una persona independiente, esto no significa que se enfrente a la sociedad. Y es verdad que a veces se enfrenta a autoridades, pero no conscientemente, porque no se ocupa de estas cosas, porque se ama mucho a sí mismo. Y entonces ha escrito de eso cuando vivía al lado del emperador y vivió muy cómodamente.

—Un momento. Toda la época en Chang'an duró en total año y medio. Es decir, que en total pasó año y medio junto al emperador.

Min: Pero también entonces, él disfrutó mucho esa época. Una persona así, pues. Si abandona entonces una vida así, no es porque, creo yo, se ponga contra la sociedad, no significa eso. Y cuando ya le da asco esa vida, se va. Pero no lucha. Y quiero decir que sólo está así, él solo. Y por eso mucha gente ha dicho que no creen que Li Tai Po sea un ser humano. No un ser humano de entonces, pues.

—Hubo un censor o vicescensor que cuando vio por primera vez a Li Tai Po le dijo que era un «inmortal desterrado».

Min: Así fue. Yo también creo que fue así. A veces participó bastante en la política, pero eso no era su voluntad. Y cuando se retiró, eso no fue político, sino personal, le daba asco por culpa de alguien. Y eso no quiere, quiere ser libre y entonces sigue su camino. Pero cuando estaba dentro, disfrutó mucho. Una persona así. Por eso he dicho, un romántico. Du Fu, ese de verdad que es distinto, ese realmente se opuso. Y penetró más profundamente en, como se llama, la parte oscura de la sociedad. Y lo sintió mucho, dice...

—¿Tuvo compasión?

Min: Sí, compasión con los pobres. Les ayudó.

—¿Dónde estaremos? ¿A medio camino del Templo de Cielo? ¿No lo sabes?

Min: No tengo ni idea. Pero creo que aún está lejos.

A la mesa con los espíritus

Llegamos indescriptiblemente cansados al Templo de las Nubes Celestes. Es el único monasterio taoísta

habitado de los tres conjuntos templares en la cima de la Monte Taishan. Eran alrededor de las doce y media del mediodía, el sol lucía brillante, el aire estaba limpio. Nos tambaleábamos de cansancio ante el edificio principal del templo. Min se fue para contemplar una vez más las estatuas de los dioses en el interior del templo, yo rodeé el edificio por la derecha y miré a través del portón de un patio. Dentro almorzaban monjes taoístas, estaban sentados alrededor de una mesa de piedra. Les sonreí y ya estaba a punto de retirarme para no molestarles. Pero un joven monje me devolvió la sonrisa y luego me hizo señas de que me acercara. Le dije a Min, que entretanto estaba de nuevo detrás de mí, que me siguiera y atravesamos el portón.

Monje: ¡Venid! ¡Acercáos! Podéis sentaros aquí. Sentaos aquí.

Nos sentamos con ellos en la mesa de piedra.

—Gracias...

Monje: Servíos té, bebed. ¡A vuestra salud!

—Gracias... A su salud...

Monje, *se dirige a Min señalándome a mí: ¿Tu amigo es un investigador del taoísmo?*

Min: No. Se ocupa de literatura. Vino a China para recorrer el camino que en su día recorrió también Li Tai Po.

Monje: ¿Li Tai Po?

Min: Sí. Hemos venido primero aquí y seguiremos hacia Qufu, a Xi'an, Sichuán y también subiremos al San Xia. Hemos venido aquí porque Li Tai Po estuvo también en este lugar, como bien sabe mi amigo.

Un monje abandona la mesa y desaparece en un edificio ruinoso.

Monje, *señalándome y dirigiéndose a Min: ¿De dónde viene? ¿Dónde está su patria?*

Min: Es húngaro.

Nos sonreímos. Ellos asienten con la cabeza, yo sólo callo azorado. Cuando por fin consigo hacer acopio de todo mi valor, hago un torpe intento de expresar mi alegría de poder estar aquí sentado, con ellos, en la cima del Taishan, al sol.

—Hace un tiempo extraordinariamente bueno.

Los monjes sonríen como si también ellos estuvieran un poco azorados. Rostros realmente amables que nos miran. Hago un nuevo intento.

EN EL CEMENTERIO
REPOSA CONFUCIO.
NO HABÍA
UN ALMA
Y CAMINAMOS
LENTAMENTE
EN COMPLETO
SILENCIO.

—Viven ustedes muy alto...

Monje: Sí, eso es verdad. Vivimos en la meta de nuestra vida, bajo nuestros pies las nubes, sobre nuestras cabezas sólo el cielo azul. Vivimos como los espíritus.

—¿Y cuántos son?

Monje: Si sólo contamos a los monjes, no más de treinta.

—Por favor, sigan comiendo. No quería interrumpir su almuerzo.

Monje: Entonces está bien, seguiremos comiendo.

Hilaridad generalizada, los monjes se inclinan de nuevo sobre sus cuencos pero nos observan sonrientes.

—En algún momento de la época Tang, no sé exactamente cuando, quizá entre el 735 y el 740, estuvo aquí Li Tai Po. Por eso he venido. Según mi opinión el taoísmo y Li Tai Po están estrechamente relacionados.

Monje: Nosotros llamamos a Li Tai Po el espíritu-poeta. Hay entre nosotros algunos que le adoran, porque Li Tai Po tiene también otro nombre, Xi Xian (*xian* = ser inmortal, deidad), dios-poeta. Y esto significa que ya no es sólo un poeta, sino un dios. Y por eso nosotros le seguimos.

El monje regresa a la mesa de piedra, coloca delante de cada uno de nosotros un cuenco con comida. Arroz blanco, guarnecido abundantemente con exquisita coliflor frita.

—Es demasiado. No puedo comer tanto.

Monje: Come. Come lo que puedas. No importa si sobra. Venga, sírvete.

Otro monje: ¿Sabes comer con palillos?

—Sí, sí, sé.

Después de unos bocados vuelvo a dirigirme a ellos, que siguen comiendo en silencio.

¿SERÍA CIERTO QUE
PARA CONSEGUIR EL
PODER HAY QUE
OPONERSE A
CONFUCIO PERO
CONVIENE VOLVER
A ÉL PARA
MANTENERLO?

—Quisiera preguntar algo. ¿Alcanzó Li Tai Po la inmortalidad? Estuvo buscándola toda su vida.

Monje: No la alcanzó. Inmortal es aquel que «remonta el vuelo bajo el Blanco Sol». Li Tai Po lo esperó, pero no lo alcanzó. «Remontar el vuelo bajo el Blanco Sol» significa que también la carne sale volando. Lo que ocurrió en el caso de Li Tai Po se llama *yang ling chi chao*. Que el alma *yang* encuentra un lugar en el cielo. Pero el cuerpo se queda aquí.

Otro monje: ¡Comed! No habléis solamente.

Monje: Bebed también té.

—Gracias, gracias, pero ya es suficiente...

Monje: Es un té chino muy famoso y muy bueno.

De nuevo hilaridad. Después cada uno vuelve a inclinarse sobre su cuenco.

Monje: Almorzar aquí con nosotros, te traerá suerte.

—Les doy las gracias por eso.

Otro monje: ¡Comed! ¡No habléis; mejor comed!

—Está muy bueno. De verdad.

Min *se dirige al joven monje sentado junto al nuestro. Está vestido de blanco, en contraste con el monje que parece ser su maestro y está vestido de azul: ¿Qué edad tienes?*

Joven monje: Veinte

Min: ¿Y qué edad tenías cuando te hiciste monje?

Joven monje: Dieciséis.

Min: ¿Eres de Shandong?

Joven monje: No, de Hebei.

Otro monje: ¡Comed! No habléis solamente.

Min: ¿Cuál es la diferencia entre tu atuendo, el blanco y los de los otros, los trajes azules?

Joven Monje, *se ríe: Yi Qing Er Bai/Qing Qing Bai Bai/ yi=uno, primero; qing=azul, verde, negro; er=dos, segundo/bai=blanco/ qinbai=puro, limpieza.*

—¿Cómo viven ustedes aquí de la mañana a la noche?

Joven monje: La conversación después de comer, más tarde.

Monje: Echadme té inmediatamente cuando haya vaciado mi taza. Té chino. *Tei Kuan Yin.*

Otro monje: No te hagas de rogar, come.

—Gracias, gracias.

Desde el fondo un monje viejo y andrajoso se acerca a la mesa.

Viejo: Sois extranjeros los dos.

Min: No, yo soy chino. Sólo que hace siete años que vivo fuera.

Viejo: ¿Eres su guía turístico? *Y me señala.*

Min: No. Yo también vivo fuera. Ahora sólo estoy ayudando a mi amigo, que busca las huellas de Li Tai Po. Vamos también a Luoyang, a Xi'an...

Viejo: ¿De dónde viene?

Y me señala otra vez.

Min: De Hungría.

El viejo pone cara de confusión.

Min: Europa.

Viejo: Parece un asiático. Se parece un poco a los asiáticos.

Min: Quizá sus antepasados lo eran

Monjes, *riendo al unísono:* Se parece a los asiáticos.

Min: Los húngaros estaban emparentados con los mongoles.

—No, con los mongoles no.

Nadie me hace caso.

Monje: ¿De qué religión es tu amigo?

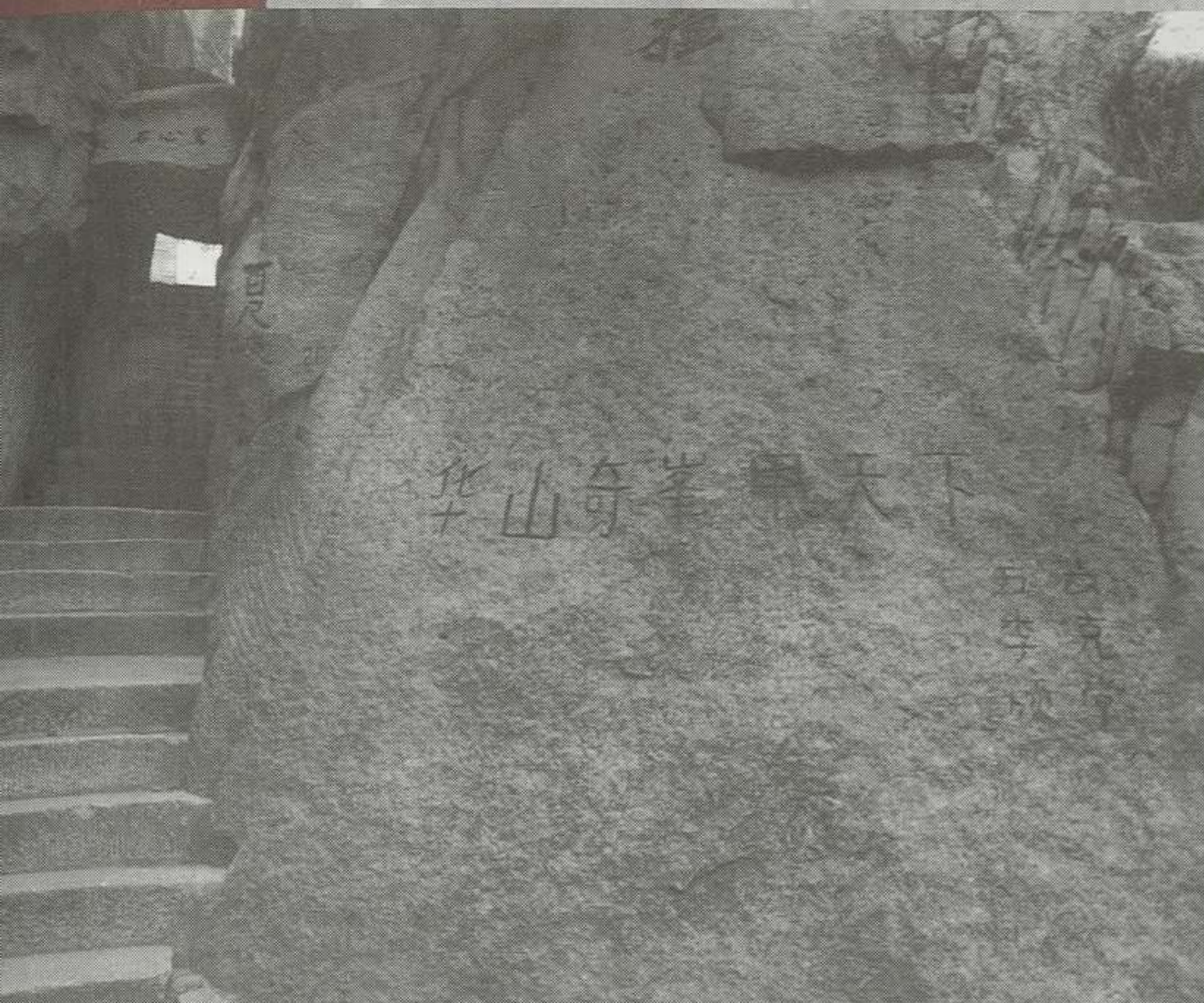
Y me señala de nuevo.

Min: Su antigua religión era el chamanismo.

Comemos en silencio. Ellos sonríen, nosotros revoltemos azorados nuestra comida con los palillos.

—¿Entonces cómo viven ustedes? ¿Han cambiado muchas cosas desde que estuvo aquí Li Tai Po?

Monje: Durante el día participamos en ceremonias religiosas. Por la mañana leemos a los clásicos. También por la tarde. Además cumplimos con los asuntos internos del convento. Después recaudamos donativos, porque el taoísmo es también una institución en la que juegan un papel los donativos, ya que con ellos ayudamos a los pobres. Recaudar donativos significa enterarnos de a quién tenemos que ayudar, a quién tenemos que reconocer como necesitado de



ayuda y apoyo y cómo tenemos que ayudarles. Porque queremos que la gente se acerque a nuestra religión.

—Seguimos comiendo en silencio.

—Monje, me sonrío porque ve que no puedo comer: Si tienes alguna pregunta, dilo tranquilamente.

—Otro monje: Es mejor que coma, que sólo coma...

—Monje, vuelve a rellenar la taza de té: Y que beba... ¡Bebe!

—Gracias, prefiero beber.

—Monje, señalando los alimentos: No llevan cebolla, ni ajo ni *Hui-xian*. Hemos evitado casi todos los condimentos fuertes. Seguro que tampoco lleva nada picante.

—De verdad que está extraordinariamente sabroso, sólo que sencillamente no puedo comer más.

—Sonríen en silencio.

—Estoy tan feliz de poder estar sentado aquí entre vosotros.

—Risitas.

—Me cuesta ahora tanto decir cualquier cosa...

—Monje: Tus cabellos y tu atuendo me hicieron suponer que eras un monje occidental. Nos alegra mucho cuando alguien simpatiza con nuestra religión, sea de Oriente o de Occidente. Te hemos recibido con gran alegría y te hemos atendido en nuestro patio.

—En el país de donde vengo el *Daodejing* (*Tao-te-king*, El libro del Sentido de la Vida) significa mucho para la gente culta. Imagináos: hay por lo menos seis traducciones.

—Monje: El *Daodejing* es nuestro mundo más elevado. Seguimos al mundo más elevado en el *Daodejing*. Además son muy importantes para nosotros Zi

Huangzi y el libro *Yijing* (El libro de las transformaciones). Pero lo esencial de nuestra religión lo encontramos en el *Daodejing*.

—Quisiera volver al principio y preguntaros cómo se alcanza la inmortalidad.

—Monje: Lo esencial del taoísmo *Quanzhen* (*Quanzhen* = conservación de la naturaleza humana perfecta) es la *nei gan* / (*nei* = interior, *gan* = sentimiento, mundo) / *nei gan* significa que el ser humano suprime el cuerpo mediante la meditación y deja libre el alma *yang*. La segunda manera de conseguir la inmortalidad consiste en «remontar el vuelo bajo el Blanco Sol» / *Bar ri fei sheng*. Esto significa que también el cuerpo remonta el vuelo. El alma junto con el cuerpo. Antes de la época Tang existía también la *wai gan* / (*wai* = exterior, fuera). En este caso estamos hablando de una inmortalidad que se alcanza mediante ciertas aleaciones químicas, los llamados elixires de la vida. Un elixir de esta clase es por ejemplo el *tan* o el mercurio o bien hay que tomar hierro u oro en el *yunmu*. Pero había muchas más de estas aleaciones. Se puede elevar el alma mediante elixires, pero nosotros lo hacemos por medio de la meditación.

—La mayoría de los monjes acaban su almuerzo y nos abandonan. El monje y el otro monje se quedan conmigo en la mesa.

—En un monasterio taoísta, ¿hay diferencia entre unos monjes y otros?

—Monje: Hay dos clases de monjes. Unos están ligados a un monasterio, los otros pueden viajar. Yo soy un monje itinerante, es decir, no se me puede ligar a ningún monasterio, pero puedo visitar todos nuestros templos en

ES DIFÍCIL
COMPRENDER
POR QUÉ SÓLO EL
CONFUCIANISMO
ES CAPAZ DE
MANTENER LA
SOCIEDAD CHINA
SIN CONFLICTOS.

cualquier momento y quedarme allí el tiempo que quiera. Y puedo marcharme cuando quiera. No hace mucho que estoy aquí, en el Templo de las Nubes Celestes, antes vivía en el monte Emei. El Emei es una montaña especialmente hermosa, también Li Tai Po estuvo allí y escribió sobre ella. Sé exactamente dónde está el lugar acerca del cual Li Tai Po escribió esa poesía. Se titula «Cascada en el Monte Lu». Pero la cascada a la que se refiere no es aquella que la gente piensa. La cascada de Li Tai Po está más en el interior de las montañas.

—¿Cuándo se hizo usted monje?

Monje: Después de acabar la escuela secundaria. Hace ya siete años que pertenezco a la religión taoísta.

—¿Existe una jerarquía dentro de la comunidad taoísta?

Monje: No, aquí no. Sólo que el más joven venera al más viejo. No tenemos jerarquía porque pensamos que el respeto sólo puede alimentarse de las fuentes interiores. Esto no es así en todas partes. El sumo sacerdote de la Nube Celeste vive en Beijing y en Beijing hay una jerarquía extraordinariamente rígida.

—¿Existe en el Taishan una estela dedicada a Li Tai Po?

Monje: No lo sé. Pero Du Fu tiene una con toda seguridad. Está detrás del Templo del Emperador de Jade. Pero siento no saber dónde podríais buscar la estela dedicada a Li Tai Po. Aquí en el Taishan hay un instituto donde es difícil entrar, pero allí seguro que lo sabrían, tienen un libro detallado sobre el Taishan. Se titula *Apuntes sobre el Taishan*.

Hace mucho tiempo que se empezó a escribir ese libro pero aún hoy se continúa su redacción.

—¿No perturba el turismo su vida?

Monje: En el Templo de las Nubes Celestes sólo se pueden practicar rituales religiosos en el patio interior. Fuera, donde están los templos principales, no pode-

mos hacer nada. En el patio interior hacemos lo que queremos pero fuera no podemos hacer nada. La religión oficial habla de la libertad religiosa pero ¿qué clase de libertad religiosa es esa, si tenemos que retirarnos ante los turistas? El gobierno ha renovado nuestros templos pero no por respeto a la tradición, sino porque quiere ganar mucho dinero con el turismo.

—¿Cómo es la relación del taoísmo con el confucianismo y el budismo?

Monje: El budismo no es una religión auténticamente china. Las religiones auténticamente chinas son el taoísmo y el confucianismo.

—Al subir he visto un buda *guanyin* en un templo taoísta.

Monje: El buda *guanyin* era originariamente un santo taoísta. Su nombre era Ci Liang. El budismo se limitó a tomar prestado este santo cuando se hubo extendido en China.

El monje y su novicio se ofrecen a enseñarnos todo el recinto templar. Salimos para ver los templos principales. El más mayor de los monjes tiene a menudo que hacer, toca el gong a cambio de los donativos de los fieles que llegan al santuario, de manera que ahora puedo conversar con el monje más joven.

—¿A quién podríamos adorar como santo supremo del templo principal? Según mis informaciones, tiene un nombre bastante extraño, Abuela del Taishan...

Joven monje: Originariamente no se llamaba Abuela del Taishan y tampoco era el santo principal. Pero siempre fue el que se encontraba más cerca de la gente sencilla. Por ello finalmente le llamaron Abuela del Taishan, porque se cree que protege a los fieles como una abuela a sus nietos. Desde luego que la abuela era una divinidad taoísta, se llamaba Bixia Yüan Jün (Princesa de la Nube Coloreada), hoy es la santa principal del Templo de las Nubes Celestes.

El joven monje sigue acompañándonos, nos enseña orgulloso las pagodas renovadas pero mientras lo hace no desaparece ni un segundo su extraña sonrisa. Esta sonrisa hace que me sienta muy lejos de él, aunque camine a su lado.

Joven monje: El tejado es de hierro... La decoración interior es dorada... En el Pabellón Fragante guardamos una estela dedicada al emperador...



El monje mayor vuelve a unirse a nosotros y señala la masa de fieles que se vierte en el patio del templo.

Monje: Vienen muchos y esta cantidad de fieles nos muestra que el taoísmo florece. El fiel viene primero para pedir algo, después, cuando su petición se ha cumplido, vuelve y dona dinero al templo en agradecimiento. De allí sacamos los dorados. Si no existieran los dioses taoístas, los deseos no se cumplirían. Pero se cumplen y los fieles vuelven.

—¿Estas gentes todavía son fieles o ya son turistas?

El monje suelta una sonora carcajada.

Monje: El camino al saber verdadero es dolorosamente largo.

Uno de los monjes propone que nos sentemos en un banco en un costado de la sala principal. El sol calienta, alrededor del banco crecen arbustos de hibisco, en las franjas de luz que los atraviesan buscan calor cientos de escarabajos.

Monje: Ahora cuéntanos tú cómo viven nuestros hermanos taoístas en Occidente...

—¿Vuestros hermanos taoístas?

Monje: Sí, en qué comunidades viven en tu tierra, cuál es el orden del día de los monasterios y por ejemplo, cómo utilizan nuestros hermanos taoístas en Europa el *Yijing*.

Joven monje: ¿Cómo utilizan las órdenes taoístas europeas la división del tiempo del *Yijing*?

—¿Las órdenes taoístas europeas?

Monje: Sí, estaría muy bien que supiéramos cómo se interpreta el *Yijing* en tu tierra. Cómo se utiliza. Cómo es la división del tiempo. A nosotros nos vienen muchos del extranjero y no puedo ayudarles porque los

extranjeros tienen otra división del tiempo según el *Yijing*.

—Voy a investigarlo sin falta. ¿Qué más necesita?

Monje: Lo más importante es que nos ayudes a entrar en contacto con nuestros hermanos europeos. Mándanos libros de los que se desprenda cómo vivís en Occidente.

—Me esforzaré por recoger todo lo correspondiente.

Nuestra visita tocaba a su fin, nos levantamos del banco. Los dos monjes nos acompañaron a la Puerta de las Nubes Celestes pero era evidente que aún no querían dejarnos marchar. El mayor desapareció un momento, después regresó con dos amuletos que nos puso al cuello. Ya queríamos ponernos en marcha pero seguían queriendo inducirnos a que nos quedáramos. Sin embargo ya no decían nada, así que acudí en su ayuda.

—En mi país la palabra Tao se traduce de muchas formas. Unas veces se dice camino, otras orden o ley. ¿Qué traducción es la correcta?

Monje: *Dao ben wu ming, qiang ming wei dao*, que significa «en origen Tao no es nombre, con violencia llamar Tao a algo», con esto tenemos que entender que el Tao no es la regla del comportamiento humano, tampoco el orden de la naturaleza, camino es peor aún, porque pensamos que *zhongyong zi dao* (la *aurea mediocritas*), significa el Tao es el centro. Todo está dentro de él, pero él mismo no es idéntico a nada.

—¡Oh, la dirección a donde debo enviar las cosas!

Y cojo un pedazo de papel.

Monje: Bien, escribe: Mi nombre es Hou Qiuyu. El nombre de él es Gong Jie Fei. Y la dirección: provincia de Shandong, ciudad de Taian, Monte Taishan, Bixia si daoguan.

LOS POBRES DE
LUOYANG
RESPLANDECEN
DE FEALDAD,
DEPRAVACIÓN,
AGRESIVIDAD
Y FALTA DE
ESCRÚPULOS.

Joven monje: Sí, y el distrito postal. 217.000.

Con esto nos despedimos cordialmente. Permanecieron aún mucho tiempo en el portón siguiéndonos con la mirada, entre la marea de turistas que entraban y salían y saludándonos en silencio con la mano.

Reverencia en Qufu

Habíamos acordado con un viejo conductor de *riksha* y con otro joven que nos llevarían al cementerio de Confucio. Era sobre las seis de la tarde, el sol calentaba, el camino desde el centro de Qufu suponía unos tres kilómetros. Vimos la tumba, después entramos en un corredor abierto extremadamente largo; las bellísimas paredes de cinco metros de alto, pintadas de rojo, estaban a diez metros de distancia entre sí. El sol caía oblicuo desde arriba. Este largo corredor une el portón con el cementerio propiamente dicho. No había allí ni un alma, el joven conductor de *riksha*, mi amigo Min y yo caminábamos lentamente. Nos rodeaba el más completo silencio.

—Sabe, estamos al principio de un largo viaje. Estoy buscando las huellas de Li Tai Po, por eso he venido a Qufu. Pero por mucho que miro a mi alrededor, no puedo ver ninguna señal de que Qufu haya tomado nota de que Li Tai Po estuvo aquí.

Conductor de *riksha*: No puedo decirle con seguridad si Li Tai Po estuvo aquí.

—El bosque que rodea el cementerio ¿existía ya en época de Li Tai Po?

Conductor de *riksha*: ¿Se refiere a la época Tang? Sí, entonces ya estaba aquí el bosque.

—¿Y podía entrar cualquiera? ¿O sólo el emperador y sus familiares?

Conductor de *riksha*: Oficialmente sólo podían entrar el emperador, su familia y sus huéspedes. Si Li Tai Po estuvo alguna vez en Qufu, no puedo imaginar que no pudiera entrar a ver la tumba de Confucio.

—En cualquier caso si fue así, tuvo que ser un momento muy especial: ¡Li Tai Po junto a la tumba de Confucio!

Conductor de *riksha*: Por desgracia no sé mucho de eso. Sería mejor que fuera al templo de Confucio, si busca documentos, o que preguntara a una persona ilustrada.

Yo no he recibido una buena formación académica, lo que sé lo sé sólo por las leyendas. Sabe, en general los turistas que vienen aquí apenas están interesados en saber quién construyó qué edificio y cuándo lo hizo. Son las leyendas lo que les interesa.

—¿Puedo preguntarle si aprendió algo sobre Li Tai Po cuando iba al colegio?

Conductor de *riksha*: Poesías aprendimos un montón, pero no sé si entre ellas había poesías de Li Tai Po. Ahora sólo me acuerdo de que había poesías de Du Fu. Sabe, nuestros profesores solamente nos hacían aprender las poesías de memoria, las recitábamos en coro y no entendíamos ni una palabra.

—¿Puede ocurrir que en una situación difícil se recurra a una poesía? ¿Se puede llegar a una situación en la que se necesite una poesía?

Conductor de *riksha*: ¿Leer poesías? Me gustaría, pero no puedo. Las poesías son antiguas y no conozco los viejos signos.

Las últimas frases ya las dijo en el portón.

Salimos, allí esperaban otros conductores de *riksha*, buscamos al viejo, luego nos volvimos a sentar en los *rikshas* y volvimos al centro de la ciudad. Ya anochece, a ambos lados de la calle campesinos y comerciantes estaban sentados en cuclillas delante de sus casas y comercios con sus cuencos de arroz en la mano. Cuando llegamos ya estaba oscuro.

Una conversación sobre Confucio

Habitación 11 en el primer piso del hotel de Qufu. Ya estamos en la cama, pero ninguno de los dos puede dormir. Min mira fijamente el techo, yo los pliegues de

Ramón Zabalza:
La subida al Monte
Hua. Cada
nacionalidad tiene su
propio carácter.
(1998.)

la colcha. Estamos cansados, pero quizá por eso el sueño nos rehuye.

—Hay una poesía de Li Tai Po de la que se infiere que su actitud de rechazo hacia el confucianismo no significa una oposición a la persona de Confucio, sino que demuestra su ira contra los burócratas confucianos. ¿Te acuerdas? «Canción antes de mi muerte», se titula. Al final de la poesía escribe algo así como: «como ahora también Confucio está muerto, nadie puede comprenderme».

Min: Yo sólo pienso, Confucio es un hombre muy importante, figura importante en historia china, pero depende desde qué ángulo lo mires. Si decimos: político, entonces sólo necesitas una parte de Confucio o de sus obras. Y luego un literato, un erudito o un poeta sólo ve la otra parte de Confucio. Quiero decir, nadie «dura» de que Confucio es un gran sabio, un filósofo...

—Nadie duda, quieres decir...

Min: Sí, eso. Es pues un gran sabio, nadie dice que no lo es. Cualquiera que hoy en día está en contra de Confucio sabe que es un gran sabio, y está en contra de él porque miedo de él. Yo creo que todo eso fines políticos. Y mi opinión, que obras Confucio en realidad no sólo política. Se trata de una, de una cultura china, tradición china. Y él no sólo, que una sociedad china, como digo, cómo se consigue una sociedad china, sino también ha descubierto para cultura china una razón...

—Muestra la causa...

Min: Sí, sí, eso. Y yo creo, Li Tai Po es un poeta con alma libre. O si ha dicho que es un taoísta o no, era un hombre libre. Nunca gustó mezclarse en política. Y nunca amó, como diré, dirigentes sociedad...

—¿La élite?

Min: Sí, sí, eso. Y si desde este punto de vista, a Li Tai Po claro, no gusta él, creo que eso es un punto de vista para confucianos. Pero como poeta, digamos, ha estimado mucho Kung-Fu-Tse, porque él mismo gran sabio. Quiero decir, todos le toman así. En historia china casi todos los emperadores, empezaron ahí que cuando al trono... eh... eh... ¿Cómo se dice? Trono...

—Cuando subían al trono...

Min: Sí, sí, eso, cuando subían al trono, antes a menudo dispuestos contra Confucio, porque tenían que encontrar algún truco contra emperador anterior. Pero Confucio siempre protege al emperador que existe.

—Quieres decir que cuando alguien quiere alcanzar el trono imperial y se vuelve contra el anterior emperador...

Min: Sí, sí, eso...

—...entonces también está contra Confucio. Pero cuando está en el trono, también él, el nuevo emperador, vuelve necesariamente al confucianismo...

Min: Sí, porque siempre fue así. En la China feudal todo emperador, igual que hoy también, cuando comprende grandeza de Confucio o puede aprovechar, entonces puede conservar poder.

—Por tanto un emperador chino, entonces o ahora, sólo puede conservar el poder si defiende ideas confucianas. ¿Por qué sólo el confucianismo es capaz de mantener la sociedad? Esto es muy difícil de comprender. ¿Por qué iba a fracasar otra filosofía social? ¿Confirma vuestra historia la suposición de que siempre ha habido conflictos graves cuando hubo un alejamiento del confucianismo?

CUANDO BAJAMOS
DEL TREN EN
XI'AN SENTIMOS
QUE HABÍAMOS
ESCAPADO
DEL INFIERNO
Y ARRIBADO AL
MUNDO.

Min: Sí, así fue, porque Confucio también funda un orden tan rígido, una jerarquía en la sociedad. Hay un ejemplo muy bueno: Confucio ha dicho, el emperador es el emperador, el funcionario es funcionario, el padre es padre, el hijo es hijo. Por tanto relaciones no pueden al revés. Si emperador ordena, dice a funcionario, tiene que morir, entonces naturalmente funcionario tiene que aceptar y morir. Si padre ordena, dice a hijo tiene que morir, el hijo tiene que morir. Esto pensamiento básico de Confucio. Porque si existe una relación así, entonces se puede mantener sociedad. Entonces mucho miedo si hijo se opone al padre. Lo mismo si funcionario o pueblo, no deben oponerse a emperador. Todos aceptan este pensamiento de Confucio, entonces emperador puede gobernar fácilmente a pueblo. Y esto también fue razón cuando Sun Yatsen, cuando comenzó revolución china, entonces él también se opuso mucho a Confucio. Mao es igual. O durante la revolución Taiping. Así que hay muchos ejemplos en historia china. Esto fue siempre así porque aquél que va a por el poder no tiene derecho a oponerse a emperador. Ahora igual. Presidente chino actual, Jiang Zeming, ves, está ahora en el trono, entonces viene a Qufu y dice, todo tiene que renovarse en la ciudad, nuevo museo para Confucio tiene que construirse y da muchísimo dinero.

—Ya sé a dónde quieres llegar, a lo que hemos visto en el cementerio de Confucio, al otro lado de Qufu, que han hecho una hortera increíble con la vida de Confucio. Han pintado su vida con mucho bombo en colores chillones sobre gigantescas vidrieras, desde su nacimiento hasta su muerte. Luego lo han montado en un siniestro laberinto de corredores, iluminando las vidrieras desde atrás. Han actuado de forma despiadada a la hora de elegir el estilo. Y el mecenas de todo eso es Jiang Zeming.

Min: Igual que hoy también, también en época antigua, siempre han sabido qué efecto con Kung-Fu-Tse. Quien se opone a Confucio tiene una meta concreta, pero sabe muy bien, lo grande que Confucio.

—¿Quieres decir, por tanto que para conseguir el poder hay que oponerse a Confucio, pero volver a él para mantenerlo?

Min: Sí, sí, eso, es un círculo, un, como diría, círculo infinito. Y luego se ve en toda historia china. Así fue. No es de extrañar también para mí que Li Tai Po apreció Confucio. Es como un gran erudito, un sabio. Pero si luego muchos pensamientos confucianos no gustan a Li Tai Po, creo que también se puede explicar. Esto no significa que no estima Confucio. No se puede decir que Li Tai Po se opuso a Kung-Fu-Tse, sólo no gustó ese orden. Todo depende del alma libre de Li Tai Po. Como poeta Li Tai Po siempre supo que Confucio gran espíritu.

—Pero en este caso tenemos que hacer una diferencia entre Confucio y el confucianismo, aunque pudiera pensarse que Confucio y el confucianismo son una sola cosa. Pero entonces también tenemos que aclarar la diferencia y lo haremos así: En Confucio la frase *el hijo tiene que honrar al padre* puede significar algo completamente diferente que la norma de la posterior época imperial *el hijo tiene que honrar al padre*. Porque en Confucio lo importante no es que se deba obligar al hijo a honrar al padre, sino que el hijo sienta esa devoción hacia el padre ¿verdad? Porque así podríamos decir que por el contrario el emperador en realidad obliga al hijo a honrar a su padre incondicionalmente y al funcionario, a honrar al emperador. ¿Podríamos decir que está escrito en Confucio que el estado legítimo es aquél en el que el hijo honra a su padre y el ilegítimo aquél en el que se obliga al hijo a honrar a su padre? Esto significaría una diferencia muy grande entre la filosofía y su función social.

Min: No podemos decir eso. Hay una frase en Confucio: «El hijo tiene que obedecer incondicionalmente las órdenes del padre y el funcionario las del emperador, aunque esas órdenes tengan como consecuencia la muerte». También entonces tiene que obedecer, no sólo por dentro, sino también por fuera, es decir todos. Sin pensar tiene que obedecer, sólo así



La malvada ciudad a orillas del Luo

sociedad puede mantener paz. Eso es pensamiento básico de Confucio.

—Ahora intento comprender dónde está la diferencia, si por un lado habla de esto Confucio y por el otro el emperador. Cuando Confucio habla de ello, significa: «esta bien que el hijo sepa por sí mismo que tiene que morir si el padre así lo desea». Cuando el emperador dice que está bien que el hijo deba morir si el padre así lo ordena, ya no es lo mismo. En este caso el emperador consigue esta obediencia mediante la fuerza. Pero aparentemente se trata de lo mismo. Ambos dicen lo mismo.

Min: Pero hay premisa para eso. Confucio dice algo así porque pone premisa. Porque el emperador hijo del cielo, sin faltas, por eso deber aceptar sin pensar lo que dice. Sólo en la sociedad correcta, no así siempre.

—¿Que el emperador es el hijo del cielo?

Min: Sí.

—¿Entonces tú no eres confuciano?

Min: No lo soy.

—Porque entonces no podrías decir algo así. Si fueras confuciano sabrías que lo correcto es no preguntar nunca si este emperador es también un buen emperador, es decir, si es el hijo del cielo.

Min: Sí, sí, exacto.

—Como confuciano tendrías que aceptar que aquél que es emperador es también el hijo del cielo.

Min: Sí, sí, y yo creo, Confucio a menudo ha engañado pueblo, puede decirse. Porque ha dicho, si ahora ya en el trono, entonces hijo del cielo. Pero eso no era correcto. Porque todo emperador que llega al trono, antes no era hijo del cielo. Sólo cuando llega dice que es hijo del cielo. Pero antes era, digamos, estafador.

Textos: Confucio a los literatos en Beijing

—Ya entiendo lo que quieres decir, aunque siempre creí que se trataba del sentido de un rito que no se comprende con la mente de la vida cotidiana. Deduje de los textos de Confucio que a partir del momento en que uno es coronado emperador en el Imperio chino, es el hijo del cielo y no se deja al criterio de las personas el juzgar quién puede ser emperador y quién no. A partir del ritual de coronación, para el emperador de China ya no rigen las leyes humanas. A partir de entonces ya no es un ser humano. Leí en Confucio que ciertas cuestiones básicas no son cosa de los seres humanos. Un chino no puede juzgar al emperador, porque eso llevaría al absurdo de que un ser humano juzgue al hijo del cielo. Si dependiera de la opinión de los seres humanos si éste o aquél es digno del título *hijo del cielo*, entonces uno diría sí y el otro no, es decir, que juzgarían algo trascendental con su mente cotidiana.

Min: No había problema si el hijo del cielo era un buen emperador. Principio confuciano entonces, como diría, funciona bien. Pero si emperador malo, entonces confucianismo ayuda al malo. La concepción política de confucianismo tampoco es pensamiento totalmente justo.

—Más aún, desde el punto de vista humano no sólo no es totalmente justa, sino extremadamente injusta. La cuestión es aquí cómo vamos a considerarla, como una simple ideología política o como un sistema filosófico unificado que explica todo el cosmos y que tiene consecuencias para el funcionamiento de la sociedad humana. La sociedad humana, es decir, la sociedad china, representa pues una derivación de un cosmos sagrado del que quedan excluidos los criterios de la justicia humana.

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



Min: Para Confucio sólo era importante emperador, emperador por encima de todos los seres humanos. Confucio sólo se ocupó de emperador.

—Pero cuando sirve al emperador, ¿no está sirviendo al único modo de que se mantenga la unidad del imperio?

Min: Sí, sí, exacto. Eso seguro se puede decir, que no le guíaba justicia humana. Se ha apartado de esto a propósito, conscientemente, y ha quitado a las personas la decisión, cómo se dice, de las manos.

—Pero Confucio dice al mismo tiempo que también el emperador debe seguir los principios confucianos.

Min: Sí, sí, el emperador también tiene que ser bueno, amar al pueblo. Esto es también parte de enseñanza Confucio, pero esto sólo pocos emperadores han seguido.

—Muchas cosas ya me quedan claras, pero aún tengo una pregunta: ¿cómo debo imaginarme la relación de Li Tai Po con el confucianismo? ¿Podríamos decir que Li Tai Po no fue un confuciano?

Min: Creo que Li Tai Po mismo no era político. Situación política, situación social, le han influenciado muy poco. Un hombre libre, disfrutó su propia vida, expresó sus propios sentimientos, el amor a la naturaleza, así, como un artista libre. No interesó política. Para él, confucianismo estaba muy lejos. No creo yo que Li Tai Po se haya opuesto a propósito al confucianismo o algo así. Las ideas de Confucio muy distintas fueron de las suyas. No era anticonfucianista, sino no se ocupó de confucianismo.

—Sí, allí donde hace filosofía, siempre prueba ser un taoísta. Pero hay algo interesante en la filosofía

social de Lao Zi y Confucio, una similitud porque Confucio dice que lo correcto es que cada uno sea idéntico a lo que es pero Lao Zi dice que lo correcto es que cada uno permanezca en su sitio. Esto es sin duda algo parecido ¿verdad?

Min: Así es, pero hay cosa distinta importante. Lao Zi ha dado casi siempre consejos a monarca, de cómo debe amar pueblo. Pero Confucio al contrario. El casi siempre ha dado consejos a pueblo cómo tiene que recibir emperador. En el espíritu de Lao Zi hay un proverbio que dice: «el agua puede mantener un barco pero también puede volcarlo», es decir, si emperador ama pueblo, pueblo también le amará.

—Min, no es casualidad que durante los últimos milenios el Estado chino se haya basado en los principios confucianos y no en los taoístas ¿verdad?

Min: No, eso es probablemente ninguna casualidad y hay otra diferencia así. Lao Zi dice que da a un ser humano, a un ser humano así individual, todo el mundo. Confucio dice, si eres pobre y pequeño tienes que quedarte pobre y pequeño y tu hijo también será pobre y pequeño. Lao Zi dice, no importa que tú eres pobre y pequeño, tu mundo individual es muy grande. Estos dos son muy diferentes.

—Después de todo eso, ¿por qué los chinos no contraponen el confucianismo y el taoísmo?

Min: ¡A veces sí contraponen! Pero en realidad no el taoísmo sino la filosofía *fa* contraponen al confucianismo. La filosofía *fa* que vosotros en Europa llamáis mohismo, es la filosofía de la rebelión, eso ocurre cuando hay que oponerse al confucianismo.

—¿Nuestro terrible favorito, Qin Shihuangdi Ti?

Min: Sí, sí, exacto. Qin Shihuangdi también o Mao. Para él una mano es *fa* la otra *chu*.

—¿Tienes sueño?

Min: Mucho sueño. No puedo mantener abiertos mis ojos.

—Entonces durmamos. Buenas noches.

Min: Buenas noches.

—¿Mañana Luoyang?

Min: Mañana Luoyang.

La malvada ciudad a orillas del Luo

El tren nocturno que habíamos tomado hacia las seis de la tarde en Yangchu llegó a las cuatro y media a la en tiempos famosa y próspera capital oriental, Luoyang, situada junto al río Luo, que desemboca en el Río Amarillo más o menos a mitad de su camino al mar. Jamás se apeó allí un forastero tan poco conocedor del lugar a donde había llegado como nosotros.

Delante de la estación y en la plaza se nos brindó un espectáculo diabólico: a las cuatro y media, al alba, varios cientos de personas intentaban ganar unos cuantos *yuanes*, cada uno como podía. Ancianas que ofrecen mapas de escasa calidad, otros que pregonan a los recién llegados un alojamiento o sus taxis. Un escándalo atroz. Para asustarse. Cuando nos mezclamos con ellos, nos sentimos como si hubiéramos caído a un río lleno de pirañas.

Ya hemos visto muchos pobres, pero estos rostros no están marcados por la pobreza: se diría que casi resplandecen de fealdad, depravación, agresividad y falta de escrúpulos. Más tarde recorreremos la ciudad de arriba a abajo, no es verdad que no se conserve apenas nada del antiguo esplendor en Luoyang, porque lo cierto es que no se conserva nada en absoluto. Durante mucho tiempo no quise creerlo, pero al anochecer dejé de buscar. Por todas partes sólo espantosa miseria. La espantosa miseria de muchos millones de personas. Por la noche ya lo veía claro: el único lugar seguro era la habitación del hotel. ¿Es ésta la ciudad donde Li Tai Po pasó unas semanas tan felices? ¿Cómo ha podido desaparecer una cultura así, sin dejar rastro alguno?

A la mañana siguiente tomamos un taxi que debía llevarnos al templo budista del Caballo Blanco, 20 km

más al este. El taxi lo conducía una mujer joven, sus rasgos eran duros, masculinos, decididos.

Taxista: ¿Les engañan a los turistas en Beijing?

—No mucho

Taxista: Aquí tienen que tener ustedes especial cuidado. Les engañarán muchísimo.

—¿Cómo van a engañarme si no voy a comprar nada?

Taxista: Delante del Templo del Caballo Blanco hay un caballo blanco de plástico. Uno se puede hacer allí una foto montado en el caballo. Si el turista no acuerda el precio por adelantado, le clavan 100 *yuanes* en vez de diez. También hay que tener cuidado en el templo de Longmen. Allí van los campesinos incultos y les hacen fotos sin carrete. Prometen enviarte la foto, pagas, les das tu dirección pero ellos ni siquiera tienen película en la cámara. Os recomiendo que estéis muy atentos...

—Agradezco el consejo, pero dígame ¿qué ha sido de la ciudad?

Taxista: ¿De la ciudad antigua?

—Sí de la ciudad antigua. ¿Se conserva algo?

Taxista: Que yo sepa, nada. *Se ríe*. Donde habéis subido hay una iglesia renovada.

—¿Cuál es la razón de esta destrucción tan completa?

Taxista: Durante la revolución Mao hizo que la guardia roja lo quemara todo. No tocaron las viviendas, sólo los antiguos monumentos.

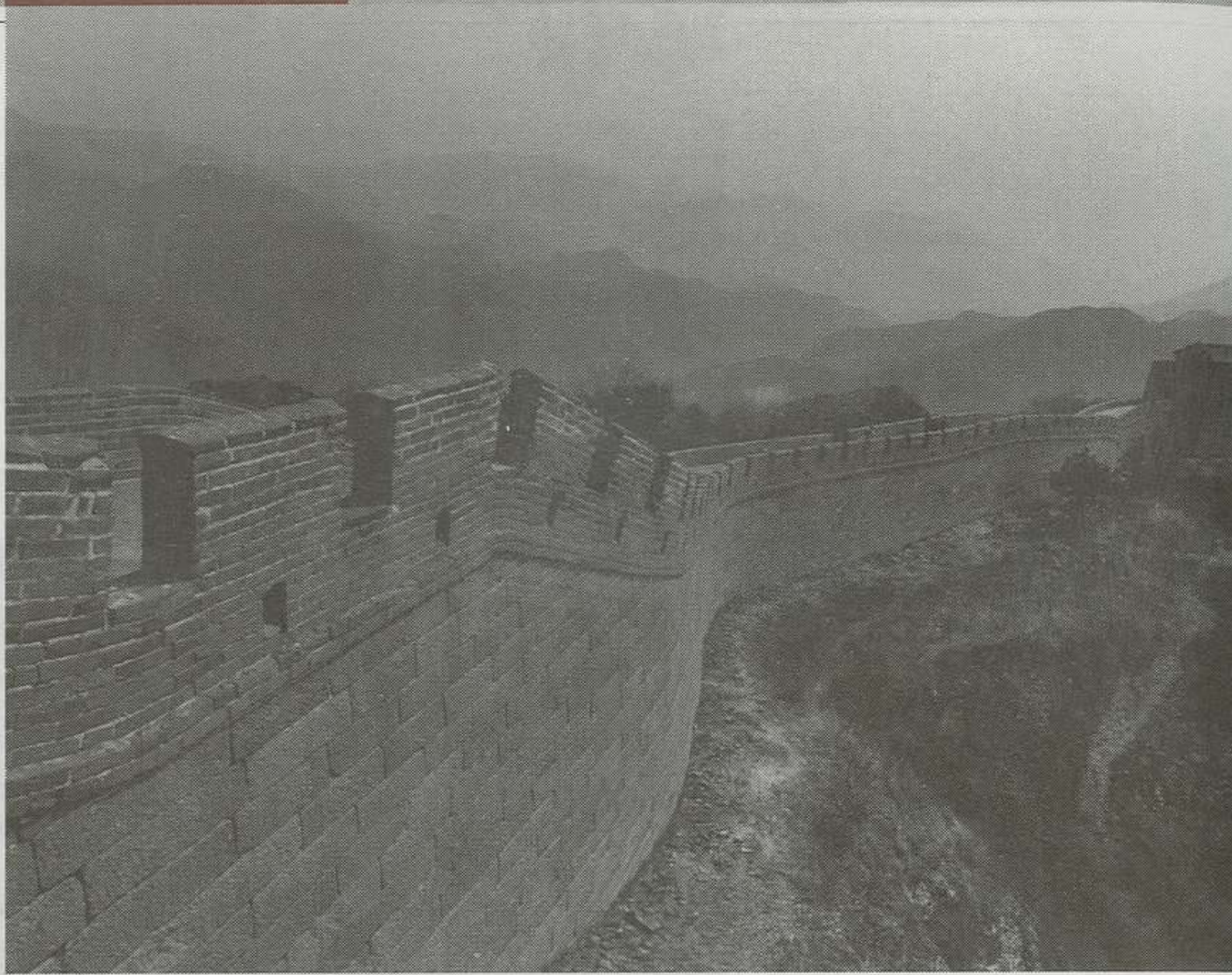
—¿Y dónde han quedado las antiguas viviendas?

Taxista: Bueno, la mayoría se han derrumbado. Las que no se derrumbaron se tiraron cuando se ensancharon las calles.

—¿Pero la gente aún se acuerda del antiguo Luoyang?

SEGÚN LAS
DESCRIPCIONES,
LI TAI PO TENÍA
UN FÍSICO
ATRACTIVO: ERA
ALTO, ELEGANTE
Y GENIAL.

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



Taxista: Se lo digo con toda sinceridad: ya no hay nadie que pudiera acordarse. Además yo no soy de aquí. Mi familia vino aquí desde Shangai cuando tenía tres años.

—Me parece que ya casi hemos llegado. ¿Cuánto es el viaje con consejos incluidos?

Taxista: ¿Crees que ha valido los 30 *yuanes*?

Un hostelero en Luoyang

Una casa de té en el centro. Después de la cena invité al dueño a mi mesa. Un hombre de mediana edad, alto, tripudo, satisfecho. Me midió sombríamente, después se sentó.

—Sabe, esta es mi última noche en Luoyang. He visto los grandes monumentos fuera de Luoyang pero quería ver Luoyang, la antigua Luoyang.

Hostelero: De eso ya no queda nada.

—Sí, eso ya lo sé pero dígame ¿cómo era la antigua Luoyang? ¿No ha conocido a nadie que se acordara de algo?

Hostelero: No conozco a nadie así. Cuando se renovó la ciudad, se tiró todo. Pero sé una cosa. Sé dónde está el único vestigio de la ciudad antigua. Un pedazo de muralla de época Tang. Si quiere, le enseño la muralla. Y entonces habrá visto todo lo que hay de la antigua Luoyang. *Ríe.*

Caminamos en dirección a la Calle Este. Pronto llegamos a una estrecha calleja. A ambos lados, hordas de gente de pie o en cuclillas en las puertas abiertas. Es como en el infierno. Dante debió sentir algo parecido. El hostelero nos guía y yo hago un nuevo intento.

—Pero recordará su infancia. ¿Cómo era Luoyang entonces?

Hostelero: ¿Mi infancia? *Calla hasta la siguiente esquina, por lo menos.* Por lo que recuerdo, entonces ya no existía la muralla. Los viejos sólo contaban que durante la guerra la gente en Luoyang era increíblemente pobre. ¿Sabe lo que significa Luoyang?

En cierto punto de la callejuela llegamos al vestigio de la muralla. Sólo puede contemplarse con consternación y arrobamiento. Esto es lo que ha quedado de Luoyang. El hostelero continua como si contase una historia divertida.

Hostelero: ¿Lo sabe? Porque muy pocos saben que Luoyang tiene dos significados. Sólo se suele conocer el primero: *ciudad en la orilla del río Luo.* Pero existe también otro significado, porque Luoyang significa *ocaso.*

No oigo las últimas palabras que Min me traduce, así que pregunto:

—¿Qué dice?

Min: Dice: o-ca-so.

La Conexión Xi'an

Volvimos a huir en un tren nocturno del lugar de perdición donde la maldición y la miseria habían engendrado una ciudad de unos seis millones de habitantes: de Luoyang, como por milagro, es decir, vivos y sólo desvalijados hasta cierto punto. Cuando nos bajamos en Xi'an nos sentimos como si hubiéramos escapado del infierno y arribado al mundo.

SI ES CIERTO QUE
LI TAI PO TENÍA
UN CARÁCTER
LIBRE, ¿CÓMO
PUDO SOMETERSE
A LAS REGLAS DE
LA CORTE?

Li Xing: Me alegro muchísimo de encontrarme en Xi'an con un escritor húngaro. Soy el vicepresidente de la asociación de escritores de la provincia Shaanxi. Mis amigos y compañeros son todos escritores. Yo trabajo como crítico, escribo críticas de relatos y novelas. De mí se habla como de un amigo de los escritores, no como su enemigo. Y eso es verdad, porque interpreto las obras en mi corazón. Y soy justo. Por eso los escritores no me rechazan, me tienen cariño. Espero que tú tampoco me rechaces. Estamos aquí sentados hablando de Li Tai Po y espero que llegues a apreciarme. *Alza su vaso, brindamos. Ante nosotros hay una botella de aguardiente de Confucio de Qufu.*

—En Xi'an he dado grandes paseos. He intentado imaginarme Chang'an, como se llamaba Xi'an en tiempos. Como sabemos, aquí Li Tai Po pasó un año y medio. Pero me cuesta imaginarme esta ciudad, a la que Li Tai Po llegó a mediados del siglo VIII.

Li Xing: Hoy en día el plano de la ciudad ocupa el tamaño de esta mesa y vivimos aquí siete millones de personas. En época de Li Tai Po la ciudad comprendía un área veinte veces mayor que hoy. ¡Veinte veces mayor que esta mesa! No sabemos cuántas personas vivían entonces allí. Una cosa es segura: como centro de la Ruta de la Seda era en aquellos tiempos la ciudad más grande del mundo. Constaba de una cantidad ingente de *fans*, de barrios en los que vivían los ricos. Aquí al norte, *señala mi vaso de aguardiente sobre la mesa*, se levantaba el palacio imperial. Además, como sabes, había en la ciudad innumerables barrios y calles comerciales. Sabemos que las calles de época Tang eran iguales a las de ahora...

—Así que en ángulo recto, *también yo dibujo líneas en el aire por encima de los vasos de aguardiente.*

Li Xing: Sí, sí, todo era en ángulo recto. Según la forma de construcción tradicional china, es decir, orientado de Norte a Sur. En una poesía de Li Tai Po hay dos frases, de las que se deduce que él vivió en un *fan* acomodado, y además que fue testigo del derroche con que vivían los ricos. Estas dos frases son así, *las recita con énfasis.*

Min, a Li Xing y a mí al mismo tiempo: No soy capaz de traducir eso.

Li Xing: Esta bien, no importa.

—Lo importante es que no haya vivido en el palacio imperial.

Li Xing: Claro que no, sólo era un funcionario.

—¿Los poetas, músicos o bailarines siempre vivían fuera?

Li Xing: Li Tai Po era miembro de la academia Hanlin. En lenguaje actual sería un secretario. Un secretario de alto grado. En calidad de secretario ayudaba a gestionar los asuntos internos del emperador. Según la obra sobre Yang Güifei, probablemente estaría encargado de los asuntos exteriores. Su vivienda tuvo que estar cerca del palacio imperial. Si hubiera estado lejos, difícilmente podría haber ido a trabajar al palacio. *Risa estruendosa y prolongada.* En pocas palabras: la corte imperial tenía prohibido que los externos vivieran en palacio.

—El emperador, ¿apreciaba a Li Tai Po?

Li Xing: ¿Tang Xuangzong?

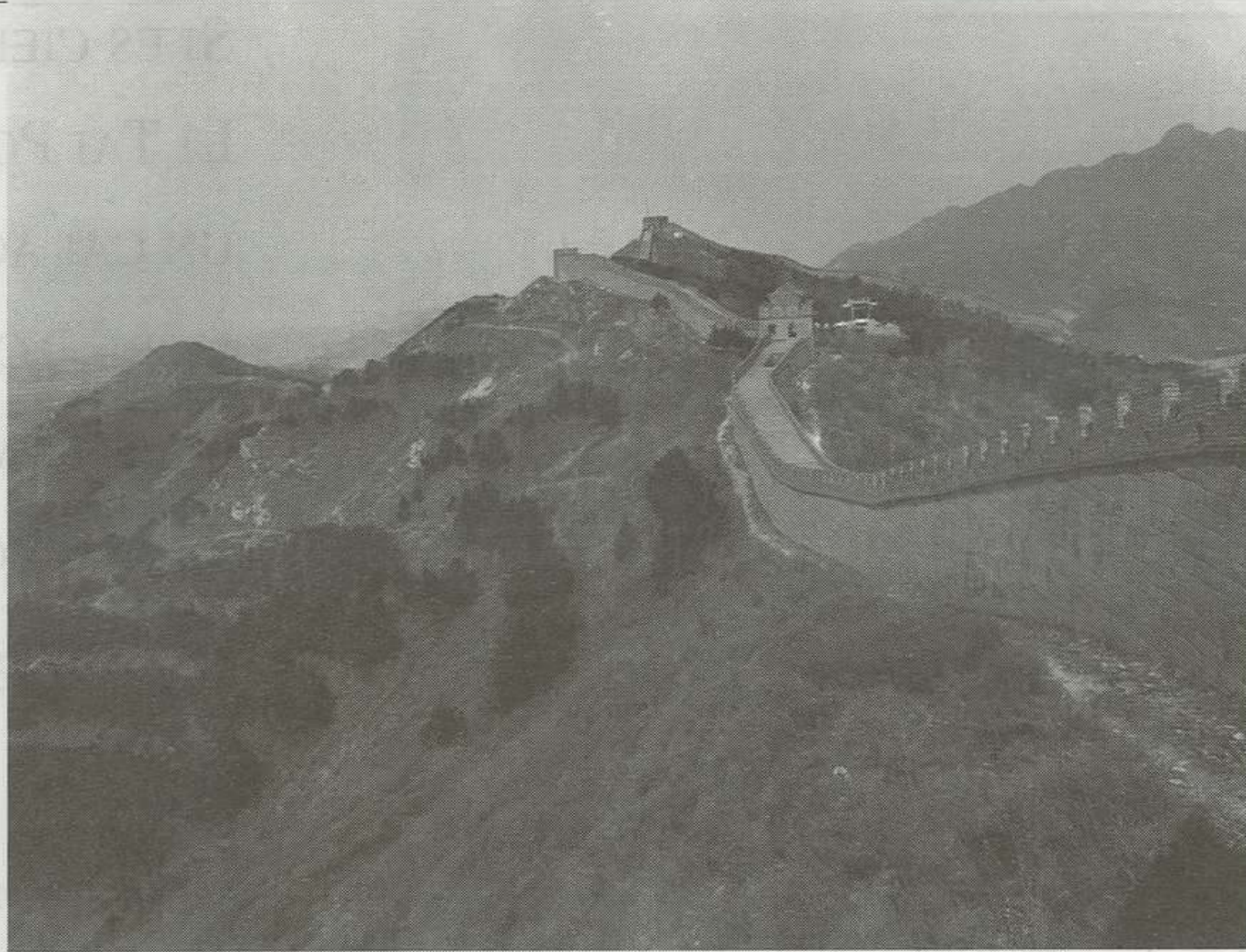
—Sí.

Li Xing: Tuvo que apreciarle. Li Tai Po era increíblemente famoso y su personalidad también producía un fuerte efecto en las personas. Tang Xuangzong ya había oído hablar de él hacía tiempo. Además Li Tai Po y Tang Xuangzong tenían el mismo apellido, se llamaban los dos Li y eso significa antepasados comunes. Ya sólo por eso el emperador tenía que apreciar a Li Tai Po. Y además sabemos que Li Tai Po tenía un físico muy atractivo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué aspecto tenía?

Li Xing: Bueno, yo tampoco puedo hacer otra cosa que imaginármelo. Cuando te vi, mi primer pensamiento fue: ese es uno como Li Tai Po. *Se ríe.* Sólo que sus ojos con toda seguridad no eran azules, como los tuyos. En serio, de las descripciones deducimos que era alto, elegante y genial. Ya en su primer encuentro, el emperador creyó encontrarse con un viejo amigo.

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



—Tenemos un plano muy malo de la ciudad. ¿Puedes enseñarnos dónde estaban las murallas de época Tang, por favor? Sólo aproximadamente. Esto es un plano antiguo de Chang'an.

Li Xing, *reflexiona largo tiempo*: No lo sé bien.

—Sólo a grandes rasgos.

Li Xing *comienza a hablar sobre diferentes calles con su acompañante en un dialecto shaanxi incomprendible para Min, pero también el acompañante está evidentemente desconcertado*. En fin... ¿Ahora dónde estamos? Veamos... Calle Yiefang... La antigua estaba más al norte... Aquí había un templo, el de Han Yuan, pero...

Señalo un punto del plano. Ahora estamos aquí.

Li Xing: Eso no es seguro. El Han Yuan no se ha conservado, pero sus ruinas sí... Aquí estaba ¿ves? Lo hemos encontrado.. Y aquí había un palacio Xingqinq... Esto era el jardín del emperador.

—¿Pero dónde habrán estado las murallas?

Li Xing: Eso sí que no lo sé... La ciudad era veinte veces mayor y yo la he visto una sola vez, en el plano de unas investigaciones. De lo que sí me acuerdo, es de que me parecía mucho más regular que la ciudad actual. También los barrios me parecían mucho más regulares, parecían haber sido cuadrados regulares. Y tienes que saber que la época Tang es considerada la época de apogeo del budismo en China, en aquel tiempo se erigían gigantescos templos budistas. Estaban aquí, en la calle Chengning... *Se pasa la mano por la frente y se recuesta en el sillón*. Pero no sé dónde habrá vivido Li Tai Po. Probablemente cerca del palacio Xingping. Tang Xuanzong pasó a menudo allí sus

noches. Yang Güifei vivía en Huaqing Chi, fuera, en el monte Li, donde ya habéis estado. Así que vivían cerca el uno del otro.

—¿Y dónde estaba el famoso puente, el puente sobre el río Pa?

Li Xing: ¿El puente sobre el Pa? Aquí, *señala un punto en el plano*, delante de Banpo... Aquí está el río Chan y allí está el Pa... Los antiguos habitantes de Chang'an siempre acompañaban hasta allí a sus amigos que se iban al Este.

—Volvamos a aquella ciudad increíblemente grande, a la capital de la Ruta de la Seda, a aquella metrópolis absoluta, volvamos a la persona de Li Tai Po. Llegó a Chang'an como famoso poeta. Fue aceptado entre los miembros de la academia Hanlin sin pasar examen alguno, por tanto estaba en la cercanía del emperador, ¿pero cómo debemos imaginarnos un poeta en la corte de Chang'an, cuál era su papel, qué peso, que importancia tenía en la corte?

Li Xing: Esta pregunta toca la esencia de la cultura china. En China siempre existió un *estamento shi* que correspondería a los intelectuales de hoy en día. Este estamento era la cuna del funcionariado. Casi todos los funcionarios procedían de este *estamento shi*. Por tanto, ves que si quiero contestar a esta pregunta, debo empezar desde muy atrás. En la sociedad china los *shi* y el gobernante estaban a un tiempo muy unidos y distanciados. Los *shi* eran el estamento con opiniones propias. Los *shi* eran los intelectuales. Una parte de esa inteligencia se convirtió una y otra vez en partícipe del poder, pero con ello ese sector perdió su autoridad interior, su escala de valores y su independencia. De manera que

LA POESÍA DE
LI TAI PO,
¿TIENE HOY
SIGNIFICADO
EN CHINA O ES
UNA TRADICIÓN
VENERABLE
PERO MUERTA?

estos *shi* eran considerados una reserva inagotable para el funcionariado. El otro sector de los *shi*, aquellos que no querían el poder o no podían conseguirlo, no sentían simpatía por estos poderosos. Ellos, los marginados, se mantenían fieles a sus valores interiores.

El confucianismo siempre influyó en los intelectuales. Los *shi* siempre procuraron hacer realidad sus propias visiones en política, pero al mismo tiempo mantenían una distancia hacia ella, pues, utilizando una expresión actual, la política es una cosa sucia. Quien posee personalidad o seguridad en sí mismo, no soporta la suciedad de la política. La clase dominante siempre se aprovechó de los *shi* y los despreció al mismo tiempo. Pero los *shi* se esforzaban por conservar su independencia, integridad y su respeto a los derechos individuales. En otras palabras: eso era su *shu*, su humanidad. En mi opinión, Li Tai Po es un típico *shi* chino. Un intelectual chino de hoy en día. Porque Li Tai Po es un poeta contemporáneo. Soy de la opinión de que los poemas de Li Tai Po son sorprendentemente modernos. No resultan anticuados en absoluto.

—A mí Li Tai Po también me resulta muy simpático. No podría concebir su personalidad sin su carácter libre. Por ello me resulta difícil imaginármelo en la cercanía del emperador. Si allí todo está fijado, es obligatorio, ritual. ¿Cómo es que Li Tai Po fue capaz de someterse a las reglas cortesanas?

Li Xing: Con sus estudios, los *shi* además de conseguir independencia y cultura, también pretendían entrar en el funcionariado. Este es el destino de los intelectuales chinos. Toda la vida de Li Tai Po estaba orientada a ese ingreso. En general es cierto que los *shi* estaban dispuestos a ocultar a cambio en parte sus valores interiores. Por supuesto que Li Tai Po era un intelectual que seguramente no soportaba las oscuras maquinaciones y las malas costumbres de esa época. Esto lo prueba el hecho de que Li Tai Po sólo soportara permanecer durante un año y medio en Chang'an. Por culpa de sus convicciones, toda la vida de Li Tai Po estaba condenada al fracaso. En la sociedad feudal, la carrera más brillante es convertirse en un alto funcionario. Una de las razones de que Li Tai Po llegara a ser un poeta tan grande, es precisamente aquel fracaso de suspender esas oposiciones.

—¿Cuál fue exactamente el motivo de que tuviera que abandonar Chang'an? ¿Tuvo algo que ver en ello la famosa concubina Yang Güifei, la terrible amante del emperador?

Li Xing, con expresión de seriedad: Los datos que tenemos hasta ahora, dicen que los parientes de Yang Güifei calumniaron a Li Tai Po ante el emperador. Dijeron muchas cosas malas de él. La familia Yang y también la familia Shi.

—¿Por qué odiaban a Li Tai Po?

Li Xing: No conozco el motivo. Sólo reflexiono sobre ello. En primer lugar: Li Tai Po se encumbró demasiado y con ello se convirtió en un peligro para la familia Yang. Segundo: Li Tai Po y el emperador tenían antepasados comunes y los Yang temían que como pariente, Li Tai Po tuviera una posición demasiado íntima respecto al emperador. Tercero: Li Tai Po odiaba profundamente a la familia Yang, sobre todo a Yang Güifei. El esquema mental de un intelectual chino sólo conoce un papel para la esposa de un hombre, aquel que está prescrito para ella por la moral confuciana, y éste es idéntico a la sumisión total. Yang Güifei fue demasiado lejos en consideración de que sólo era una concubina. Tenía ambiciones políticas. Interventía en la vida del imperio. Por ello Li Tai Po la odiaba abiertamente.

Min: En general se piensa que la relación entre Yang Güifei y Li Tai Po no sólo era buena, sino incluso de amantes.

Li Xing: Eso lo explicaré en seguida. Entre Li Tai Po y Yang Güifei no podía haber una relación amorosa. La primera razón: Yang Güifei era la concubina del emperador...

Min: No obstante muchas leyendas dicen que hubo algo entre ellos...

Li Xing: No. Imposible.



El acompañante de Li Xing, *habla ahora por primera y última vez, con mucha pasión*. Compañero Li Xing, hoy en día alguna gente cree eso.

Li Xing, *con mucha firmeza*: ¡Eso no podía ocurrir! Porque la segunda razón es que Li Tai Po era un confuciano tradicional. *Silencio prolongado*. Li Tai Po abrazó el confucianismo. La forma de pensar de Li Tai Po era tradicional. Muchas de sus poesías lo demuestran. En su caso no podemos hablar de crítica social. Nunca condenó al emperador, nunca le atacó, nunca se puso en su contra. Por el contrario, siempre mostró su reverencia por el emperador. Hay una poesía de Li Tai Po que lo demuestra: *An neng cui mei zhie yao shi quan gui/ shi vi bo neng kai xin yan*.

Tengo que decir que éste es el dilema esencial de la inteligencia tradicional china. La jerarquía de la conciencia y el comportamiento. En esta famosa poesía es cierto que Li Tai Po estigmatizaba el poder y a los ricos, pero no al emperador. *Exclama*. ¡Pero no al emperador! ¡No al emperador, sino a los súbditos! Cuando dice que no quiere inclinarse ante el rico y el poderoso, no se refiere al emperador. Aunque el intelectual chino sea desterrado de las esferas del poder, no se inclina. Eso siempre fue así y también es así ahora. Después de que le alejaran, Li Tai Po tampoco se comportó de otra manera. Es típico.

—Contemplemos los rasgos de la personalidad de Tang Xuanzong. Entonces era el hijo del cielo, hoy es un importante emperador. ¿Qué clase de persona era Tang Xuanzong?

Li Xing: Desde el punto de vista actual en sus primeros años, es decir antes de cumplir los 54, era un

emperador bueno, justo y capaz. Pero después sus pensamientos se volvieron confusos y cometió errores. *Baja un poco la voz*. «Cuando un gobernante vence a todos sus enemigos y ha alcanzado la cima absoluta de su poder, se queda infinitamente solo». Esta es la soledad del poder.

—¿Qué personalidad tenía Tang Xuanzong?

Li Xing: La relación entre Tang Xuanzong y Yang Güifei no era sólo de naturaleza erótica. Yang Güifei era una figura extraordinaria. Una mujer con talentos realmente notables. Era la mayor belleza de su tiempo pero también una importante instrumentista, bailarina, cantante y compositora. Literalmente embrujó a quienes estaban a su alrededor.

Cuando en China un hombre llega a una posición de mucho poder, se le aísla de los demás. Si un emperador alcanza un poder ilimitado, se vuelve introvertido, infinitamente introvertido. En una posición así es casi imposible mantener una relación íntima con uno de sus súbditos. En este caso sucedió lo imposible. Así se comprende que Yang Güifei tuviera una importancia eminente en la vida diaria y en el mundo sentimental de Tang Xuanzong. Pero esto sólo pudo ocurrir, porque la misma Yang Güifei era una mujer extraordinariamente inteligente y dotada. Dejemos a un lado las leyendas. Al llegar a cierta edad, Tang Xuanzong tuvo diferencias con algunos de sus ministros. Como consecuencia de estas diferencias, estalló la revuelta de *An-Lushan*. Una de las consecuencias directas de la revuelta de *An-Lushan* fue el asesinato de Yang Güifei. Otra consecuencia inmediata de la sublevación, fue que Tang Xuanzong tuviera que renunciar al trono en favor de su

DE NO PARTICIPAR
EN LA VIDA DEL
IMPERIO FUE
LA MAYOR
DECEPCIÓN DE
LI TAI PO, SU
MAYOR DOLOR.

hijo. Lo que hizo en sus últimos años, perjudicó considerablemente a China. La última época de la relación del emperador con Yang Güifei resultó fatal desde el punto de vista del imperio.

—Xing, quisiera volver a la vida cotidiana en Chang'an. ¿Como era la vida diaria de Li Tai Po? ¿Es que llegaba un correo y le ordenaba presentarse en palacio? ¿Le decía Tang Xuanzong «ven, Li Tai Po, y leeme unas poesías»? ¿Y es verdad que el gran Tang Xuanzong puso música a algunos de sus poemas? ¿Ha quedado algo de ellos?

Li Xing: Empecemos por el principio. Hoy en día un dirigente se sienta con su mujer en la primera fila del teatro, en el centro. Los demás lo hacen inmediatamente detrás de ellos. Pero en época Tang no era así. Entre el emperador y las personas había que mantener siempre una gran distancia. En el centro el emperador y la gente muy lejos de él, al fondo y a los lados.

En lo que respecta a Tang Xuanzong, es seguro que también componía. En aquella época había escrito una pieza muy conocida, *Li kui nian*. También Yang Güifei componía. Por tanto puedo imaginar que, inspirado por aquellos geniales poemas de Li Tai Po, Tang Xuanzong pusiera música a alguno que otro.

—¿No estás cansado?

Li Xing: Qué va, me es un placer contestar a tus preguntas. Pregunta sin miedo.

—El lector occidental ya tiene ciertas nociones de la posición de Li Tai Po respecto al taoísmo. Pero aún no conoce su relación con el confucianismo y el budismo.

Li Xing: En la profundidad del alma de Li Tai Po se esconde un confuciano. El confucianismo, es decir el *shu*, era la cultura oficial. Después de fracasar como político, se volvió hacia el mundo de la naturaleza e intentó encontrar allí su equilibrio. Pero eso no significa que fuera un taoísta. Yo creo que Li Tai Po es el típico intelectual, es decir, un confuciano.

—¿No fue educado en su juventud como monje taoísta?

Li Xing: Sí, eso es verdad. Siendo niño aún, le acogió un monje taoísta. A esto se debe que desarrollara una admiración inquebrantable por la naturaleza. Los taoístas siempre vivían en los parajes más bellos de la naturaleza. Para mí es lógico que después de su caída,

Li Tai Po visitara uno tras otro todos los lugares naturales de fama y belleza.

—La belleza de la naturaleza, ¿sólo cobró importancia para él después de su caída?

Li Xing: Hasta los 25 años, Li Tai Po vivió en diferentes lugares. Con 25 se despidió de Sechuán y no regresó jamás. También durante los 25 primeros años de su vida fue un ardiente adorador de la naturaleza, pero sólo se volvió realmente importante para él después de su caída. No hay montaña importante que no hubiera visitado después de aquello.

—¿Dónde nació?

Li Xing: En el actual Kirgistán. En la ciudad de Sui Yi. Pero poco después de su nacimiento toda la familia se trasladó a Sechuán.

—¿Qué nacionalidad tenía? ¿Era un Han?

Li Xing: Sí, sí. Mejor dicho, su estirpe es la familia Li de la dinastía Tang. Por cierto, que mi familia también es una familia Li...

—¿De veras? Eso es un gran honor...

Li Xing: Para ser exactos, la familia Li pertenecía a la estirpe de los Chang de la actual provincia de Gansu. Estaban bastante cercanos a los Han. Más tarde los Chang se fundieron totalmente con los Han. Por tanto, en realidad Li Tai Po es de la estirpe de los Chang. Los Chang han desaparecido desde hace más de ochocientos años.

—Ahora quisiera hacerte una pregunta respecto a la importancia de Li Tai Po como poeta. Quiero saber sobre todo qué es lo que le ha encumbrado por encima de todo los demás dentro de la poesía china. ¿Tú que crees? ¿Qué elementos nuevos introdujo en la época Tang?

Li Xing: Es el mayor poeta desde Qu Yuan. Entre Qu Yuan y él hay más de mil años. Li Tai Po desarrolló lo

LOS POEMAS DE
LI TAI PO SON
INMORTALES,
PUES NO SÓLO
NOS HA DEJADO
SU OBRA, SINO
TAMBIÉN
SU ALMA.

esencial de la poesía de Qu Yuan. Concretamente el romanticismo. Eso es lo que tienen en común él y Qu Yuan. Dentro de eso Li Tai Po renovó las formas ya existentes pero también creó algunas nuevas. Escribió *qufeng* (canciones de estilo *qu*) y *qiyan* (poemas de siete palabras). Escribió *cis* que sólo se harían realmente populares gracias a los poetas *sung*, quinientos años después (*qufung*: poema de cuatro versos, poema más libre).

—Ya sabes que para mí Li Tai Po es un poeta sorprendentemente moderno. La cuestión es si otras personas en China también lo conciben así. ¿Qué significado tiene hoy Li Tai Po? ¿Es una tradición muerta y venerable?

Li Xing: Los poemas de Li Tai Po se mantienen vivos hasta el día de hoy. Sus poesías son inmortales. La razón es que Li Tai Po no sólo nos ha dejado sus poemas, sino también su alma.

Y no sólo el alma del artista, sino su propio alma humana. Li Tai Po no sólo representa una de las cumbres de la poesía china, sino también la cumbre de la calidad humana de la inteligencia china. Li Tai Po está muy arraigado en ella, nosotros también hemos pasado una época extremadamente difícil como en su tiempo, una época que no nos ha dejado la posibilidad de conservar nuestra personalidad. Ahora ha llegado el momento de despertar esta personalidad. Siento a Li Tai Po muy cercano. Cuando me enteré de que venías y de lo que te interesaba, lo leí de nuevo. Me quedé estupefacto porque tenía la sensación de estar conversando con un poeta que viviese hoy en día... *Sus ojos están llenos de lágrimas.*

—Xing, permíteme una última pregunta. Trasladémonos a Chang'an en el año 744. Anochece y tú eres un conocido intelectual local. ¿Qué harías después de conversar conmigo, que sería, digamos, un poeta extranjero? ¿A dónde irías desde aquí, desde la taberna? ¿Cómo pasarías esta velada?

Li Xing: Si estuviéramos en época Tang, lo que más me gustaría es ir a beber vino y ver un espectáculo de bailarinas bellísimas. Cuando hiciera buen tiempo me gustaría ir a las montañas alrededor de la ciudad. Y hablaría de poesía. ¡Vino, bailarinas y poesía!

—¿Pero dónde estaríamos? ¿A dónde nos lleva la imaginación?

Li Xing: Al barrio *Yuefang*, naturalmente. Era el famoso barrio de los músicos. Una vez allí la elección sería sencilla porque allí había muchos sitios que me hubieran gustado. La vida en Chang'an era muy abierta, muy libre, muy alegre y aquí vivía gran número de extranjeros.

—Bien, comprendo. Así que en algún lugar del barrio *Yuefang*. Estás ahí sentado escuchando música, viendo a las bailarinas y bebiendo vino, y entonces digamos que entra el mismísimo Li Tai Po. ¿Qué pasaría? Creo que eso no hubiera sido algo inconcebible.

Li Xing: Si hubiera entrado Li Tai Po todos en el local se hubieran sentido tremendamente felices. Era conocido y adorado en todas partes. Creo que lo primero que hubiera hecho habría sido coger un vaso de vino y saludar a la gente.

—Si se hubiera sentado a tu mesa, ¿de qué hubieras hablado con él?

Li Xing: De una sólo cosa y de nada más. Le hubiera aconsejado abandonar la corte imperial, no le pegaba, dejar la política y vivir su propia vida. «Vive», le hubiera dicho, «tu propia vida, escribe tus poemas. Entonces no sufrirás».

Bueno, se acabó el juego. La realidad tuvo un final mucho más lúgubre. Li Tai Po, el confuciano convencido, llegó a Chang'an lleno de energía, pensaba poder dar consejos al emperador y participar así en la vida del imperio. El que no le permitieran hacerlo fue la mayor decepción de Li Tai Po, su mayor dolor. Se volvió hacia la naturaleza, abandonó Chang'an para no volver jamás. Se sumergió en la naturaleza para mitigar su dolor. Pero eso no tiene nada que ver con Lao Zi ni Zhuangzi. Li Tai Po era un *shi* que luchó toda su vida. El taoísta no se interesa por la sociedad. Li Tai Po siempre se interesó por ella.

—¿Es que el confuciano lucha?

Li Xing: Un confuciano no puede romper el marco establecido. Li Tai Po, el confuciano, tampoco podía

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



pero sufría por ello. ¿Por qué? Porque no era *chaotuo*, no era libre. Leo que Li Tai Po bebe, embelesado por la luna y cuando lo leo, le veo ante mis ojos y me dan ganas de llorar. ¿Por qué? Porque le veo, bebiendo embelesado por la luna sin ser libre. Veo un alma atormentada. Li Tai Po sufrió muchísimo.

En los «hutongs» de Beijing

El profesor Wang tiene sesenta y tantos, es un hombre alto y gravemente enfermo. Lleva unas grandes gafas de sol negras. Su mujer, la señora Huang, es algunos años más joven, una mujer atildada, cuidada, extraordinariamente resuelta. Nos reciben en su amplia vivienda, decorada al estilo tradicional. En principio habíamos quedado en hablar durante una hora, pero gracias a su hospitalidad, les abandonamos después de ocho. Nos recibieron inmediatamente después de nuestra llegada con un té de jazmín especial. Alrededor, libros hasta el techo.

—Permítame que en lugar de hacer una larga presentación le cuente que mi querido amigo Min y yo hemos realizado un largo viaje. No podemos decir que hayamos recorrido China, y usted sabe por qué lo digo, pero podemos asegurar que hemos visto las antiguas capitales junto al Río Amarillo, nos hemos dado una vuelta por Sechuán y hemos navegado a lo largo del Yangtsé, que por tanto con este viaje hemos tocado la China clásica. Era al menos nuestra intención tocar China para poder seguir las huellas de mi querido poeta.

He interrogado a muchas personas acerca de Li Tai Po y de la importancia de la poesía china clásica hoy en

día y finalmente aún me queda una insistente pregunta que también le quisiera hacer a usted. ¿Qué relación había entre Li Tai Po y las corrientes de pensamiento filosófico-religiosas tradicionales?

Wang: Sobre todo tiene usted que tener clara la diferencia entre el confucianismo y el taoísmo. El confucianismo sirve para mantener gracias el orden en el Estado, es decir, determina la relación entre las personas. El taoísmo fija la vida del ser humano individual. Los intelectuales chinos viven conforme a esto.

—¿Cómo era en el caso de Li Tai Po?

Wang: Quiero adelantar una cosa para mayor comprensión. Si hablamos de intelectuales chinos, la cuestión no puede contemplarse separada del confucianismo. Eso en primer lugar. Además: Todo intelectual chino es en el fondo un confuciano; como decimos: Confucio es el primer maestro. Eso en segundo lugar. En tercer lugar, la corriente intelectual más poderosa en la China actual es el neoconfucianismo. Naturalmente esto no significa una copia automática del antiguo, sino un confucianismo renovado. No obstante es muy importante saber que la inteligencia china no es únicamente confuciana. El confucianismo y el taoísmo se complementan.

Huang, *interrumpe en lengua alemana*: Como dice Goethe, «dos almas en un sólo pecho».

Wang, *toma de nuevo la palabra*: ¿Por qué es así? A causa de que si el intelectual consigue llegar a mandarín, será confuciano. ¿Qué hace si no lo consigue? ¡No puede cometer suicidio! Tiene que encontrar su lugar de alguna manera, tiene que alcanzar su equilibrio intelectual de alguna forma. Y para ello necesita el taoísmo. Y desde este punto de vista, el taoísmo es especialmente

LA CORRIENTE
INTELECTUAL
MÁS PODEROSA
EN LA CHINA
ACTUAL ES EL
NEOCONFUCIANISMO
FILOSÓFICO
Y POLÍTICO.

inequívoco. Entra en la vida de un intelectual chino cuando éste ha llegado a una situación en la que no existe ni un «posible» ni un «imposible», es decir, cuando algo es imposible pero es igual de imposible que no sea posible. Este caso ocurre en la práctica cuando no consigue ser mandarín. Entonces intenta escapar a la aporía. Es igual: aunque viviera cien años es como si viviera uno sólo. En resumen: el confucianismo es el medio para poner orden en el mundo; el taoísmo por el contrario, lo es para poner orden en nosotros mismos.

Y finalmente es importante destacar que no se trata tan sólo del confucianismo y del taoísmo, sino también del budismo y de la *fa*, la filosofía de la ley. Tenemos que ocuparnos de manera tan exhaustiva de todo esto, porque tenemos que comprender que no se puede simplificar la cultura tradicional. La cultura tradicional es un sistema sumamente complejo. Y otra cosa: es un error pensar que el taoísmo sea pasivo desde un principio. Hay en él un elemento sumamente activo. Déjeme que le de un ejemplo. El concepto del taoísmo que hace referencia a la vida es la blandura. Y según el taoísmo, lo más blando es el agua. Eso significa que la blandura es la mayor fuerza que existe. Todo esto hay que entenderlo bien. Desde el punto de vista histórico, debemos al taoísmo la literatura y las artes. Pero la máxima espiritual de nuestro presente, se la debemos al confucianismo en proceso de renovación. Ahora tenemos que ocuparnos con algo más de detalle del confucianismo. Lo primero que tenemos que sugerir es que un intelectual vive siempre dentro del espíritu de la dualidad y a la vez de la unidad que existe entre el confucianismo y el taoísmo. La segunda cosa que tenemos que dejar clara: por supuesto, el eje es el confucianismo. La tercera, que tenemos que diferenciar entre el confucianismo antiguo y el nuevo. El confucianismo primigenio procede de la época Chou, el actual, por el contrario, es un

confucianismo moderno. Este último sólo se remonta a tres o cuatro generaciones, está representado por filósofos como Xiong Shili, Ma Yi-fu, Liang Shumin, Qian Mu, Zhang Xunli, Liu Shuxian de Hongkong, Mou Zongsan, Xu Fuguan, Han Junyi. Estos están ya todos muertos pero vamos a enumerar también algunos vivos, como por ejemplo Yu Yingshi y Du Weiming en América.

Los que he enumerado aquí están todos convencidos de que el confucianismo debe permanecer o resucitar en China. Son de la opinión, de que el confucianismo puede adaptarse a la vida moderna. Hay tres razones para esto: primero, que con ayuda del confucianismo el ser humano puede definirse a sí mismo. Segundo, que el confucianismo puede clarificar y regular las relaciones entre las personas y tercero, que con su ayuda el ser humano puede determinar su relación con la naturaleza. El contenido político del nuevo confucianismo puede dividirse en dos partes: una ayuda en la construcción de las relaciones internacionales del país, la otra en la regulación de la relación entre el centro y las provincias.

Y ahora podemos pasar a la pregunta principal que a usted le interesa. En general se dice que de los tres grandes poetas, Du Fu representa el confucianismo, Li Tai Po el taoísmo y Wang Wei el budismo. Pero esta asunción simplifica las cosas demasiado. En realidad las tres formas de pensamiento están representadas en los tres.

En lo que respecta a Li Tai Po, puedo decir lo siguiente. Según la opinión china, Li Tai Po es nuestro mayor poeta romántico junto con Qu Yuan. Al leerle nos encontramos con una modernidad sorprendente. Se dice que quien quiera comprender a Du Fu no debe leerle antes de los cuarenta y quien quiera comprender a Li Tai Po no debe hacerlo después de los veinte. Y hay algo de verdad en ello, pues la esencia, la materia, la naturaleza de la lírica de Li Tai Po es la libertad. Li Tai Po es nuestro mayor poeta trágico.

—¿En qué sentido lo dice?

Wang: En general se dice que no hubiera ocurrido nada si Li Tai Po hubiera conseguido llegar a mandarín. ¿Cómo empezó todo? El emperador le recibió, le abrió posibilidades. Pero Li Tai Po pasó por encima de ellas y permaneció fiel a sus convicciones. Es decir, a la libertad. Prefirió renunciar a sus posibilidades y no hacerse mandarín antes que contribuir a la realización de opi-

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



niones políticas con las que no estaba de acuerdo. Li Tai Po es una personalidad de magnitud mundial moderna.

—¿Le puedo preguntar si realmente considera tan extraordinaria la importancia de Li Tai Po en la China actual?

Wang: Li Tai Po siempre tuvo un papel importantísimo en la historia intelectual china. Esto es válido hasta nuestros días. Los modernos de la primera mitad de nuestro siglo, Kou Monio o Wen Yiduo, aún le consideraban su mayor maestro. Esto era posible, porque los poetas chinos siempre han sabido que debían seguir la tradición y Li Tai Po es indiscutiblemente la parte más importante de esta tradición.

Pero hoy en día —y es lo que usted evidentemente me está preguntando— hoy en día la situación es extremadamente trágica. Hay que decirlo: los poetas actuales son unos incultos. No conocen ni a Li Tai Po ni a Du Fu ni el «Sueño de la cámara roja». Esto me entristece profundamente. Wang Meng dijo que los literatos debían cultivarse. Pero desgraciadamente no vamos en esta dirección. La vida literaria actual está caracterizada en su mayor parte por escritores y poetas sin talento ni formación. Defienden dos opiniones equivocadas: en primer lugar rechazan la tradición y en segundo, quieren aprenderlo todo en un día. La mejor forma de describirle la situación, la triste situación, es diciéndole que hoy en día un escritor es más bien un vendedor. Y ni siquiera trafica consigo mismo, trapi-cha con cosas que otros han desechado.

Huang, *interrumpe en alemán*: Mis alumnos siguen ciegamente el ejemplo de la literatura occidental y quieren convertirse así en escritores. Su falta de formación y su odio hacia la tradición son precisamente por eso tan

tristes, porque nadie ha tenido una influencia tan intensa sobre la reflexión de los chinos acerca de sí mismos como Li Tai Po. Y entonces, ¿no conocerle a él? En Occidente la situación es distinta en el sentido de que allí no es el poeta quien influye directamente en el lector, sino sólo lo que ha escrito. En China la persona del poeta, su manera de vivir, ha sido un modelo de identificación directo durante siglos, milenios. Aquí un intelectual chino siempre se compara con las personalidades de Qu Yuan y Li Tai Po. En el día del suicidio de Qu Yuan se le conmemora desde hace más de dos mil años con grandes ceremonias. La personalidad del poeta chino también tuvo su influencia en el movimiento estudiantil del 89. No hay ruptura. Es el mismo fuego. Y la razón es que en la manera de pensar china en la cúspide de la escala de valores no está lo bello, sino lo bueno. Dentro de esta tradición, ininterrumpida hasta Mao, ahora, después de Mao, la posmodernidad está causando una gran perturbación. Se trata de una confusión espiritual. Nos vemos enfrentados con la apropiación ciega de paradigmas literarios occidentales. Y esto significa la bancarrota total, porque surge una literatura subalterna y al mismo tiempo se hundirán aquella moral y ética que durante milenios eran la fuente que alimentaba la literatura, la poesía.

—Cuando la escucho no puedo decidir qué se deriva de sus palabras. Con qué tenemos que contar ¿con el total hundimiento de la tradición o con alguna clase de renovación? Antes de que me conteste quiero relatarle un momento espantoso y amargado que he vivido.

Fue en algún momento después de nuestra visita al monasterio de Shaolin, al templo rupestre de Longmen y al sepulcro de Shi Huangdi. Entonces pensé en una hora

QUIEN QUIERA
COMPRENDER A
LI TAI PO DEBE
LEERLO ANTES DE
LOS VEINTE, PUES
LA ESENCIA DE
SU LÍRICA ES
LA LIBERTAD.

tenebrosa, en mi cama de la habitación del hotel: puede ser que el maoísmo haya destruido completamente la cultura pero entonces, en época de la Revolución Cultural, se sabía exactamente qué cultura era la que se destruía. Pero hoy somos testigos de un proceso quizá aún más peligroso y degradante, a saber: cómo la incipiente actitud capitalista, llena de codicia, se planta ante esta cultura, no la comprende, la vende a bajo precio, cambia su esencia. Quiero contarle que ya no existe el monasterio de Shaolin, lo que ha quedado en su lugar es un negocio de pacotilla, agresivo y sucio, turismo, trucos baratos de ilusionista.

Huang, *me interrumpe entusiasmada*: Si pudiera apuntarme eso en alemán, lo haría imprimir en seguida aquí en China.

Wang: En el fondo estos son los hechos. Pero yo soy más bien de la opinión de que las destrucciones durante la Revolución Cultural causaron mayor daño. La China actual está emprendiendo, como dice usted, el camino del capitalismo, otros lo llaman el periodo de la acumulación. Es cierto que aún cubre su rostro una máscara pseudomarxista, pero este país ya no tiene nada que ver con el marxismo. Pero aún no se ha resuelto el problema de cómo debemos decidir nuestra relación con la tradición. ¿Pero por qué digo que este problema aún no está resuelto? Porque muchos intelectuales en China preparan un renacimiento del confucianismo. Hay que reconocer que la política cultural ya es más o menos abierta. Hay instituciones teológicas, budistas y otras. Entre sus actividades está también la edición de libros y a un nivel muy alto. Por tanto, hay avances. Pero el Gobierno sólo quiere ocuparse de cuestiones pragmáticas durante los siguientes diez años. Sólo hacen hincapié en la necesidad de un bienestar material. Lo espiritual no tiene importancia. La fe en el marxismo ya no existe. Pero tampoco existe hasta ahora una idea central que pueda ocupar su

puesto. Por ello no hay otra solución que un renacimiento del confucianismo. A esto hoy en día sólo se opone de hecho una cosa: que sus representantes tendrían que volver de ultramar. Por todo esto juzgo el futuro de forma pesimista. Pero al mismo tiempo profetizo la inevitable vuelta del confucianismo en este futuro tenebroso.

Son cerca de las once de la noche. Hemos tomado una cena espléndida que la señora Huang ha hecho aparecer en un momento por arte de magia y durante la cual sólo he sido informado acerca de la enfermedad del señor Wang por su mujer en el sentido de que «ocurrió durante la Revolución Cultural y desde entonces vive con dolores constantes y muy fuertes». El señor Wang fuma constantemente. En cuanto ha acabado un cigarrillo, ya se enciende el siguiente. Pero el humo le causa dolor en los ojos, por ello a veces sostiene el cigarrillo a gran distancia. Así también se despide, nos acompaña a través del patio al hutong (callejón).

La última noche en Beijing

En un bar muy popular de la calle Wangfujing escuchamos al grupo de Wei-min, el hermano menor de Min. Wei-min no es sólo uno de los primeros baterías estrella del *rock and roll* en China, sino también el orgullo de toda la familia. Está esta noche reunida al completo, le escuchan con entusiasmo. Está Sunping, la bellísima compañera sentimental de Wei-min, mi amigo Min y también la madre de los niños está allí sentada, la frágil madre-doctora de sesenta y tres años, que seguirá siendo el más hermoso regalo de mi época en Beijing, nunca olvidaré su delicadeza, su consideración, su caminar, flotando por encima del suelo y las manifestaciones de su amor por sus hijos.

Mientras escuchamos el programa y al grupo de Wei-min, esperamos a la otra celebridad de la familia Yu, Xie Changnian, el hermano menor de la mamá, un importante físico de la investigación espacial china. Y pronto, sólo con un poco de retraso, entra como un torbellino el señor Xie en compañía de su esposa, su hija y los amigos de ésta. Después de unas rápidas presentaciones toman asiento en la mesa y observan el escenario con el aire inocente de un niño, naturalmente sobre todo a Wei-min,

Ramón Zabalza:
Sin título. (1998.)



que está tocando con la batería *Hey Jude* de los Beatles. La esposa del señor Xie es guapa, de aspecto vivaz y conservador, después de unos minutos ya no es capaz de ocultar su perplejidad: Para ella esta música, el volumen, el *retorcerse* de los músicos y el público que se divierte, todo esto, es a todas luces el mayor escándalo, pero que hay que ver una vez en la vida. El señor Xie es exactamente lo contrario de su esposa, adora a Wei-min, escucha *Hey Jude* con alegre aprecio y pregunta de vez en cuando a mamá por el significado del texto. Una persona por tanto, que acepta sin ira y sin prejuicios lo que aparece aquí por primera vez en su vida ante sus ojos.

En el descanso se sienta en frente de mí. Una expresión extremadamente amable y abierta, alegría, ojos que brillan divertidos.

Xie: Perdone usted el retraso. Fue mi culpa, sólo mía. Pero es que no podía marcharme antes de la central. ¡Hoy a las seis hemos lanzado el décimo!

—Lo siento, pero no le entiendo.

Min, *me explica*: Ya sabes que mi tío es uno de los directores de central espacial china y ahora te está contando que conseguido, China lanzado, como se dice, ha lanzado el décimo satélite al espacio.

Xie: El primero lo pusimos en camino en 1986. ¡Esta tarde a las 18 horas hemos lanzado el décimo! ¡Y todo ha ido bien!

—¿Y viene usted directamente de allí?

Xie: Directamente de la central. Tenía que estar presente durante el lanzamiento. Pero todo estaba completamente en orden. Ni el más mínimo error.

—Le felicito de todo corazón. Tiene que ser una sensación magnífica.

Xie: Sí, se lo digo sinceramente, estoy enormemente feliz.

La mujer de Xie, *interrumpe*: Está muy contento.

—Eso se ve. Su marido está radiante; ya de lejos se ve que le ha ocurrido algo bueno.

Xie: Le pido perdón, pero de verdad que estoy muy contento. ¡Estoy tan contento de que todo haya ido tan bien! Sabe, la gente lo hace todo en los últimos meses y luego es muchísimo trabajo, un trabajo increíble, y después llega este día en que todo se decide y antes estamos realmente nerviosos.

La mujer de Xie, *interrumpe*: Changnian lleva tres días sin dormir.

Xie: Bueno, eso ahora no tiene importancia. Lo importante es que todo está perfecto. Pero ahora hablemos de usted. He oído hablar a mi sobrino tanto de usted y del hermoso proyecto con el que vino aquí, que quería conocer la vida de Li Tai Po; y también he oído mucho de su gran viaje. ¿Dónde ha estado con Min?

—Comenzamos el viaje con un ascenso al Taishan.

Xie: Eso debió ser un principio muy bonito. Los chinos adoran el Taishan.

—Sí. Yo también me enamoré del monte. Después hemos visitado la tumba de Confucio en Qufu, el templo de Confucio y la finca de la familia. Después fuimos a Luoyang, a Xi'an, allí vimos las cuevas rupestres de Longmen y el templo de Shaolin, estuve en la maravillosa biblioteca de Xi'an donde se puede leer toda la literatura china antigua en estelas de piedra en vez de libros, estuve en la tumba de Qin Shi Huangdi, después seguimos hacia el Sur, a Sechuan, maravilloso Chengdu, magnífico Chongqing, después navegué por

EMPRENDÍ ESTE
LARGO Y PENOSO
VIAJE, SÓLO
PORQUE QUERÍA
VER LAS
ESTRELLAS BAJO
LAS QUE VIVIÓ
LI TAI PO.

el Yangtse, entre otras cosas a través de las Sanxia (Tres Gargantas)... por Yueyang...

Xie: Un bonito viaje, muy bonito. ¿Y qué es lo que le interesaba, qué era exactamente el objeto de su investigación?

—Admiro mucho a Li Tai Po. Quería ocuparme de él en este viaje, quería hablar de él con chinos en los trenes, en las calles, en las universidades, en los bares de los barcos, es decir, quería viajar a lo largo de la frontera de aquella China clásica por la que él, Li Tai Po había viajado en su día. Pero le confieso una cosa. En realidad todo este viaje con sus preparativos durante meses y con todas sus penalidades sólo servía a un propósito: quería ver aquí la bóveda de estrellas bajo la que vivió Li Tai Po. Sabe, mucha gente me ha ayudado para que este viaje se hiciera realidad, no les podía decir que sólo vengo aquí porque quiero ver el cielo estrellado. Pero a usted puedo confesárselo, fue sólo la bóveda de estrellas. Estas estrellas, esta luna, eran muy importantes para Li Tai Po. También para mí se volvieron importantísimas. Y ahora me alegra mucho poder conversar con alguien, cuya profesión es también el cielo estrellado.

Xie, *se ríe de todo corazón de la broma*: Sólo soy un minúsculo trabajador del cielo estrellado. *Levanta el vaso*. ¡Me alegro mucho de que haya estado aquí!

Yo también levanto mi vaso, brindamos: También yo me alegro de haber podido estar aquí.

Beijing, aeropuerto, 12 de junio de 1998

Una última mirada a la mamá que agita la mano en el gran vestíbulo, a Wei-min y a Min, después, tarjeta de embarque en mano, cruzo el corredor que probable-

mente nos separará para siempre. Control de pasaportes, colas, pasillo de seguridad, avance lento, entonces por fin aquella cola interminablemente larga queda detrás de mí y me encuentro ante una joven funcionaria de aduanas impertérrita, que me mira con severidad.

Aduanera: ¿Dónde está su equipaje? (*Where are your baggages?*)

—Esto es.

Aduanera: ¿No tiene más? (*There aren't any more?*)

—No. Esto es todo mi equipaje.

Aduanera: ¿Conoce las normas? (*Do you know the regulations?*)

—Sí.

Aduanera: Entonces haga el favor de abrirlo. (*Then open it, please!*)

—Muy bien.

Aduanera, *no toca nada de la maleta, sólo mira*: De acuerdo. Puede cerrarlo. ¿Pero sabe que no puede pasar nada por la frontera? (*It's all right, you can close it. But it is clear that you can't take anything across the border?*)

—Sí, ya lo sé. Todo lo que sé se queda aquí.

Aduanera: ¿Qué ha dicho? (*What did you say?*)

—Nada, sólo que me sería imposible pasar nada por la frontera...

Aduanera, *confusa, sin entender*: De acuerdo. Hemos acabado. (*All right. We are finished.*)

—Gracias. Adiós.

Aduanera, *me sigue mucho tiempo con la mirada, como si quisiera llamarme para hacerme volver, pero cuando me vuelvo por un momento, veo que sonrío y me dice*: ¡Buen viaje, señor! (*Good trip, sir!*)

Me acomodo en el avión que va a Zúrich. Tengo en mente no hacer más que dormir y dormir en el largo viaje a casa. Desde la pista vecina sale a la de despegue el avión a Frankfurt, que parte diez minutos antes que nosotros. Pasa junto a nosotros, miro sus ventanas. En una de ellas, como un relámpago, el rostro de mi padre. Consternado, me suelto el cinturón de seguridad y aprieto mi cara directamente contra mi ventana. Pero la máquina ya ha pasado, no vuelvo a verla nunca más. «Dios mío», pienso dejándome caer de nuevo en mi asiento, «a partir de ahora él se quedará conmigo».

—Sólo la bóveda estrellada ha llegado a su: fin. □



LETRA 62 INTERNACIONAL

LA EDAD DE LA INOCENCIA
Sergio Ramírez

REALIDADES AJENAS (3)
Abdelwahab Meddeb

PUBLICAR EN ESPAÑA
Jesús Ferrero, Ana Gavín, Julián León,
José Antonio Marina, Mario Muchnik,
Miguel Munárriz, José Andrés Rojo

Victoria Camps • E. Subirats • Robert Darnton
Christopher Domínguez • Mariano Antolín Rato
Fanny Rubio • Miguel Rubio • F. Hernández Cava
Miguel Angel Molinero • Carlos Alvarez-Ude
Amelia Valcárcel • M^a Angeles Escrivá
Juan Octavio Prenz • Daniel Samoilovich

LETRA 61 INTERNACIONAL

MEMORIA DE LOS 60
Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno

REALIDADES AJENAS (1 y 2)
Jan Stage, James Hamilton-Paterson,
Daniel Schwartz

MUJERES DE CINE
Lluís Alvarez

Rafael Argullol • Sami Naïr • Javier Alfaya
Manuel Rico • María Escribano • Rosa Pereda
Enrique Vila-Matas • Ramón S. Lizarralde
Mario Merlino

AV Monografías	La Caña	Er, Revista de Filosofía	Leer en primavera, verano, otoño, invierno	Reales Sitios
Ábaco	CD Compact	Éxodo	Letra Internacional	Reseña
Academia	El Ciervo	Experimenta	Leviatán	Revista de Libros
ADE-Teatro	Cinevideo 20	FotoVideo	Litoral	Revista de Occidente
Afers Internacionals	Clarín	Gaia	Matador	Revista Atlántica de Poesía
África América Latina	Claves de Razón Práctica	Goldberg	Melómano	Ritmo
Ajoblanco	CLIJ	Grial	Nickel Odeon	Scherzo
Álbum	Con eñe	Guadalimar	Nueva Revista	El Siglo que viene
Archigula	El Croquis	Guaraguao	Ópera Actual	Síntesis
Archipiélago	Cuadernos de la Academia	Hélice, Revista de Poesía	La Página	Sistema
Archivos de la Fílmoteca	Cuadernos de Alzate	Historia, Antropología y Fuentes Orales	Papeles de la FIM	Temas para el Debate
Arquitectura Viva	Cuadernos Hispanoamericanos	Historia Social	El Paseante	A Trabe de Ouro
Arte y parte	Cuadernos de Jazz	Ínsula	Política Exterior	Turia
Astrágalo	Cuadernos del Lazarillo	Intramuros	Por la Danza	Utopías/Nuestra Bandera
Atlántica Internacional	Debats	Jakin	Primer Acto	Veintiuno
L'Avenç	Delibros	Lápiz	Quaderns d'Arquitectura	El Viejo Topo
La Balsa de la Medusa	Dirigido	Lateral	Quimera	Visual
Bitzoc	Ecología Política	Leer, el magazine literario	Raíces	Voice
				Zona Abierta

La cultura pasa por aquí



Asociación de
Revistas Culturales
de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infor.net

Iguanas y dinosaurios

América Latina como utopía del atraso

Juan Villoro

A los cuatro años me encontré ante una disyuntiva que decidió mi vida. En el Colegio Alemán de la ciudad de México fui sometido a una prueba que no recuerdo pero que provocó que yo quedara en el Grupo A, es decir, en el de los alemanes. Durante nueve años sólo llevé una materia en español: Lengua Nacional. En las clases de matemáticas había que resolver problemas de este tipo: «La abuela de Udo tiene en el sótano de su casa cinco frascos de manzanas que cultivó en su huerta. Con ellos piensa hacer *apfelstrudel*. Si para cada pastel se requiere una manzana y media y en cada frasco hay quince, ¿cuántos puede hacer la abuela de Udo?». Además de las imposibles matemáticas, me desvelaban otros enigmas: en México las casas no tienen sótano y las abuelas no cultivan manzanas ni preparan *apfelstrudel*. La escuela logró que el conocimiento me pareciera una insuperable forma de la dificultad. Como mi primer idioma leído y escrito fue el alemán, saber algo significaba saberlo *en extranjero*. Esta educación extravagante tuvo dos resultados: nada me gusta tanto como el español y detesto cualquier idea reductora de la identidad nacional.

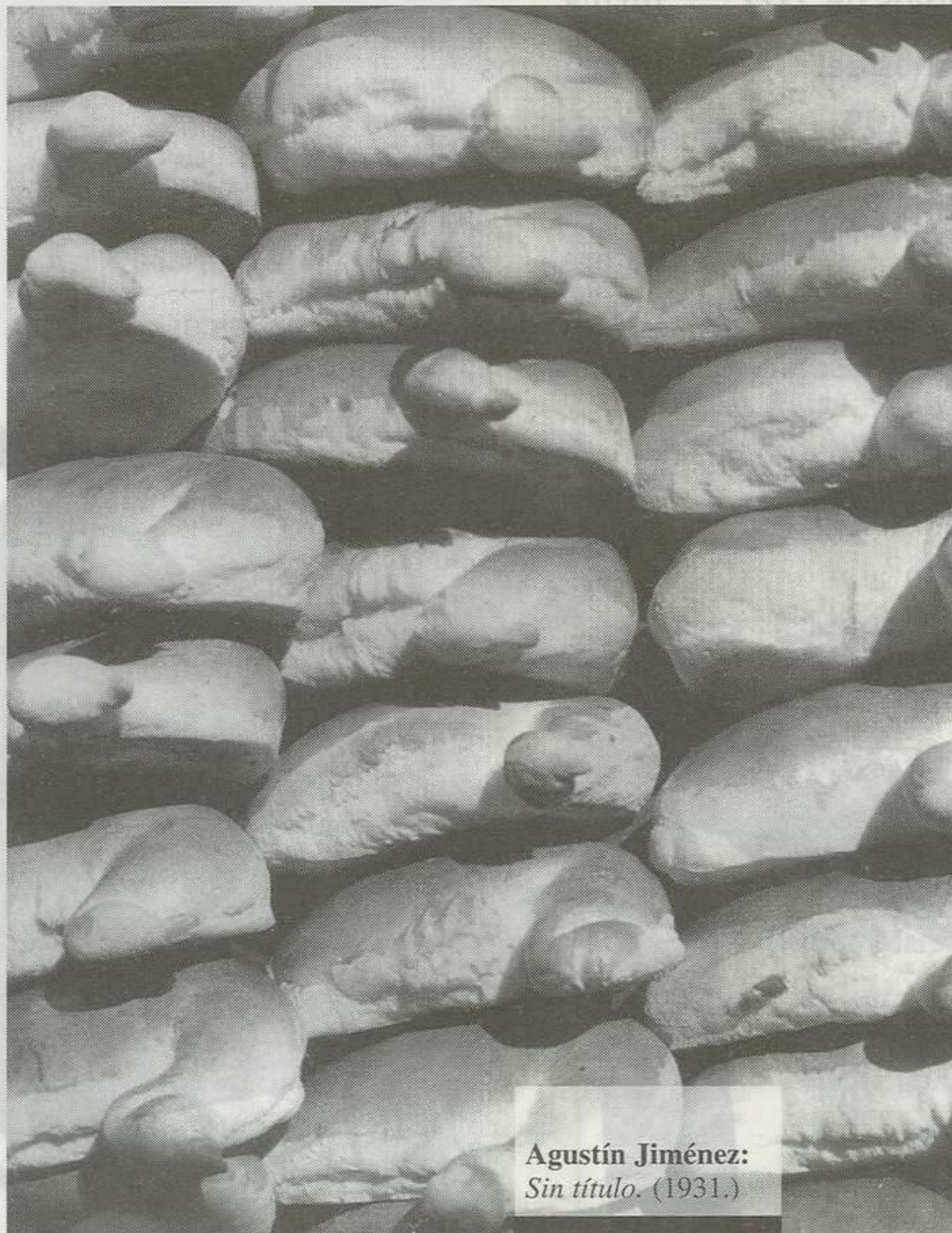
El origen de mis padecimientos escolares se debió a una disposición del Colegio, acaso inducida por nuestra Secretaría de Educación Pública: evitar

el racismo y la segregación en los salones. Debuté en las aulas del saber en 1960, cuando la Segunda Guerra Mundial todavía alimentaba las principales películas de acción. El Colegio Alemán había sido cerrado durante la

caciones fueron toleradas por los maestros porque, a fin de cuentas, yo representaba a la sufrida raza vernácula que desconocía, no sólo el arte de transformar los sentimientos de *apfelstrudel*, sino las declinaciones del dativo y las

frases con verbo al final. En ciertos días, los maestros me consultaban como si fuese un oráculo de las tradiciones populares: ¿tu abuela se frota marihuana en las piernas?, ¿es cierto que ustedes se ríen en los velorios?, ¿alguno de tus tíos saca su pistola en las fiestas y lanza tiros de alegría?, ¿por qué las sirvientas se van sin avisar, los policías piden limosna y los plomeros aciertan en el día pero no en el mes en que fueron llamados a una casa inundada? La vida tumultuosa, incomprensible y mexicana que rodeaba al Colegio llegaba en estas preguntas a los delegados folklóricos de cada salón. Con el tiempo, los temas aumentaron de complejidad: a los once años

me sentí en la obligación no sólo de explicar sino de defender los sacrificios humanos de los aztecas. Puesto que yo representaba la otredad, nada podía beneficiarme tanto como las rarezas. Mientras más picaran nuestros chiles, mejor sonarían mis informes. Los maestros gozaban con las truculencias de su país de adopción; su demanda de exotismo me hizo describir una patria exagerada, donde mis primos desayunaban tequila con pólvora, mis tías se



Agustín Jiménez:
Sin título. (1931.)

contienda por su filiación nacional-socialista, y se hablaba de un mítico sótano en el que se guardaban archivos del Tercer Reich. Como tantas escuelas bilingües, la nuestra siempre había tenido un grupo foráneo. Después de la guerra, el miedo al pangermanismo y el deseo de guardar las apariencias provocaron que en cada aula alemana hubiera dos o tres mexicanos capaces de garantizar la mezcla de culturas. Durante nueve años, mis malas califi-

encajaban espinas de agave para castigar sus malos pensamientos y sangraban por la casa, como si posaran para Frida Kahlo, mi abuelo era fusilado en la Revolución y por todo legado dejaba el ojo de vidrio con el que yo jugaba a las canicas.

«*Ach so!*», exclamaba el profesor al enterarse de que no había hecho la tarea porque pasé el día de muertos dedicado a comer una inmensa calavera de azúcar que llevaba mi nombre. Lo estrafalario siempre convencía.

Los años en los que cumplí con las expectativas de la escuela me convirtieron en un autor del realismo mágico. Sin embargo, cuando empecé a escribir relatos no pensé que tuviera obligación de ser típicamente mexicano. De nueva cuenta, fue la mirada europea lo que me recordó la existencia de los patriotismos literarios.

Los encuentros internacionales suponen por lo general una comedia de malentendidos lingüísticos. Como participante en un Congreso celebrado en Alemania, conocía a uno de esos innumerables Helmut que creen que América Latina es una oportunidad de ser gozosamente irresponsable. Lo primero que supimos de él fue que se había liberado de la condena europea de ser puntual. Nos hizo esperar una hora en el aeropuerto, a punto de desmayarnos por el *jet-lag*. En los siguientes cuatro días, Helmut nos convidó a deshoras a un tequila japonés que venía en una botella en forma de pirámide y nos forzó a cantar *Cielito lindo* al final de cada reunión. De sobra está decir que hicimos el ridículo. A todas partes llegamos tarde, pero fuimos presentados por Helmut con un descaro desafiante, como si Europa nos debiera la invención del chocolate. Nuestro anfitrión estaba harto de los agravios sufridos por América Latina, esa selva insolada donde la cabeza sólo se soporta gracias

a las aspirinas que vienen de Alemania. Cuando le dijimos que teníamos la vaga impresión de haber sido demasiado informales, nos vio con estudiado gesto guevarista y recordó que no teníamos por qué rendirle cuentas al racionalismo colonial. El público esperaba magia de nosotros. Con la mejor intención del mundo, Helmut convirtió nuestra estancia en un infierno en el que nos comportamos como los desmedidos personajes que yo inventaba en el Colegio Alemán.

El exotismo existe para satisfacer la mirada ajena. Uno de los resultados más graves y más sutiles del eurocen-



trismo es que, en busca de lo «auténtico», privilegia lo pintoresco. No estamos ante los personajes de Kipling o Conrad donde lo blanco o lo occidental supera a lo aborígen, sino ante algo más complejo. En aras del respeto a la diversidad, algunos discursos postcoloniales europeos incurren en un curioso fundamentalismo del folklore. Las novelas, las películas, los grabados y las instalaciones del Tercer Mundo se convierten en meros vehículos de identidad nacional. En esta perspectiva, los relatos de la otredad son significativos en tanto documentos y las tramas son archivos de la nación; un argentino atrapado en un elevador o un boliviano deprimido en un Kentucky Fried Chicken sólo merecen tener historia sí, de manera directa o simbólica, se relacionan con

el rico arsenal de «lo latinoamericano», es decir, con las prenociones de diseño europeo.

La «retórica de la culpa», como la llama Edward Said, ha provocado un peculiar viraje del eurocentrismo donde el respeto a lo otro pasa por nuevas y más complejas distorsiones. Viernes no se somete a Robinson sino que le vende chaquiras y le enseña a meditar como un chamán. El aborígen no es un ser inferior, sino distinto. Sin embargo, debe ser distinto en forma unívoca, como custodio y garante de la alteridad. No se espera que Viernes haga sumas y restas más precisas que las de Robinson, sino

que lo adoctrine con saberes trascendentes, desconocidos, seductoramente prelógicos. El mito de Viernes sufre así una inversión antropológica: su superioridad se funda en la rareza.

Atraídos por lo singular, numerosos espíritus bienpensantes desdeñan la ruta ilustrada de Alexander von Humboldt y se niegan a tocar con la razón territorio que prefieren incomprendible. En nombre de la diversidad, América La-

tina es vista como un vivero del color local. En cambio, en Latinoamérica importa poco que un dibujante sueco refleje su condición escandinava en cada trazo. Desde un principio, estamos acostumbrados al arte que viaja y se mezcla: la geografía de nuestra imaginación supone por lo menos dos orillas: la cultura del origen y las muchas cosas venidas de lejos.

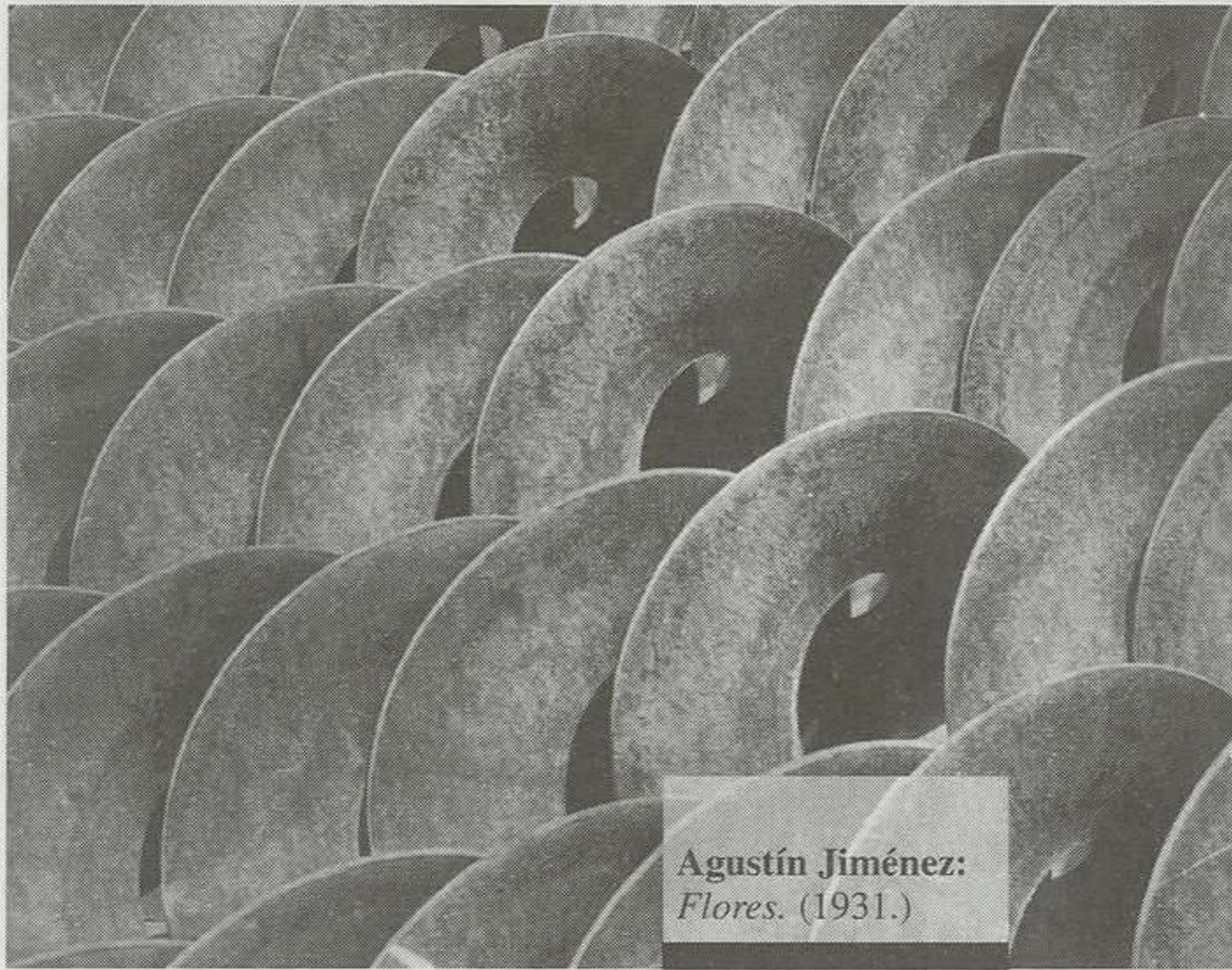
Durante tres años trabajé en Berlín oriental como agregado cultural de mi país y en una ocasión recibí el encargo de organizar una muestra de serigrafías de Sebastián, un mexicano que se ha servido de la herencia de Josef Albers y la escuela Bauhaus. El director de la galería contempló los cuadros constructivistas con enorme escepticismo: «Me gustan, ¿pero qué tienen de mexicanos?», preguntó. En un

arranque de desesperación, dije que los triángulos aludían al arco de las pirámides mayas; los rectángulos, a las grecas aztecas, y los colores, a las direcciones del cielo de la cosmogonía prehispánica. El curador cambió de opinión: Sebastián era un genio.

A la manera del tequila o del coñac, el artista latinoamericano debe garantizar su denominación de origen. Cuando la ensayista argentina Beatriz Sarlo participó como Jurado en un encuentro internacional de cine y vídeo, advirtió que sus colegas europeos se interesaban poco en las cualidades estéticas de las películas y en cambio se concentraban en la fuerza con que reflejaban temas típicos de sus sociedades, es decir, en su nivel de representatividad cultural (ver *Letra Internacional* n°57).

Pero no sólo el eurocentrismo es responsable del arte exotista que sale de América Latina. Ante la demanda de un arte con legítimo pedigrí latino, ciertos artistas procuran ser propositivamente autóctonos. Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier no concibieron estrategia alguna para encandilar a la crítica extranjera; sus obras son el resultado natural de sus apuestas literarias. *Cien años de soledad* y *Los pasos perdidos* representan momentos culminantes del idioma y poderosas reinvencciones de la realidad. Nada sería tan mezquino como regatearles méritos. Sin embargo, es innegable que a la sombra de estas celdas de fábula han florecido «plumas *tutti-fruti*» —para usar la expresión de Cabrera Infante— que desean repetir una fórmula de éxito, iluminar por números el desorbitado paisaje americano. La situación se presta para una farsa de las autenticidades cruzadas. En mi novela *Materia dispuesta* una compañía mexicana de teatro es invitada a una gira europea. Antes de la partida, el promotor hace una recomendación:

para tener éxito en ultramar, deben lucir *más mexicanos*. Los actores caen en un vértigo de la identidad: ¿cómo pueden disfrazarse de sí mismos? El director contrata a unos percusionistas caribeños, que nada tienen de mexicanos, pero que en Europa parecerán salvajemente oriundos, y los actores se someten a sesiones de bronceado para ser dignos representantes de la «raza de bronce». En un travestismo cultural, los actores de la novela integran una nueva tribu, de los pieles infrarrojas, pigmentadas para no decepcionar a los extranjeros. Estamos ante la más absurda *autenticidad artificial*.



Agustín Jiménez:
Flores. (1931.)

Cada público tiene derecho a sus pasiones y nada sería tan arbitrario como proponer una tiranía del buen gusto. En un mundo que ha inventado formas de satisfacción que van de los cantos gregorianos a los calzones comestibles, no resulta particularmente escabroso que los factores europeos pidan de América Latina generales que vivan 168 años, jaguares con ojos de jade o ninfas que levitan en los manglares. Lo grave es que la visión de conjunto de América Latina se someta a estas prenociones: el realismo mágico como explicación de un mundo que no conoce otra lógica.

EL IMPERIO DEL TIEMPO

El contacto con América Latina no significa una amenaza directa para la

ciudadela europea. Los peligros migratorios están en otras partes: los rusos que en el invierno de su descontento pueden esquiar de Moscú a Berlín, los árabes en busca de refugio y empleo, los chinos prósperos deseosos de conocer París y reservar medio millón de habitaciones. América Latina queda más lejos y llega en los cambiantes y coloridos envases de sus granos de café y sus discos de salsa.

Esta misma lejanía hace que en el campo cultural satisfaga una curiosa necesidad del imaginario europeo: la utopía del atraso. Nada más sugerente en un mundo globalizado que una reserva- ción donde se preservan costumbres remotas. Si los norteamericanos viajan a hoteles que les permiten sentir que Chichén Itzá es como Houston, pero con pirámides, los europeos suelen ser sibaritas de la autenticidad. Curiosamente, este apetito por lo original puede llevar a un hedonismo arqueológico, donde la miseria y la injusticia se convierten en formas del pintoresquismo. La selva común de las iguanas es

vista como el fascinante hábitat de los dinosaurios, un Parque Jurásico que permite excursionar al pasado.

Tanto en las guías de viaje que recomiendan no beber el agua de nuestras tuberías como en las superproducciones de Hollywood donde «el mexicano» es alguien de bigote ejemplar que se ríe mucho cuando mata a su mejor amigo, México semeja un parque de atracciones fuera del tiempo, un hirviente *melting pot*, ya olvidado por las naciones que sólo conocen las etnias y las razas por los anuncios de Benetton.

Uno de los negocios más seguros del momento sería la construcción de una Disneylandia del regazo latino donde los visitantes conocieran dictadores, guerrilleros, narcotraficantes, militantes del único partido que lleva 70 años en el poder, mujeres que se infartan al hacer

el amor y resucitan con el aroma del sándalo, toreros que comen vidrio, niños que duermen en alcantarillas, adivinas que entran en trance para descubrir las cuentas suizas del presidente.

Estamos ante un colonialismo de nuevo cuño, que no depende del dominio del espacio sino del tiempo. En la visión de América Latina como parque temático, el pasado no es un componente histórico sino una determinación del presente. Anclados, fijos en su identidad, nuestros países surten de antiguallas a un mundo que se reserva para sí los usos de la modernidad y del futuro.

Conviene insistir en que la exigencia de una cultura que despida la turbadora fragancia de la guayaba, no se basa en el egoísmo europeo sino en su necesidad de incluir una barbarie controlada en su imaginación. En *El salvaje ante el espejo*, el antropólogo Roger Bartra estudia la necesidad que la Europa medieval tuvo de inventar un homúnculo cubierto de pelos y dominado por bajos instintos, para refrendar, por riguroso contraste, la superioridad del hombre civilizado. De acuerdo con Bartra, el descubrimiento de América tuvo un efecto disolvente en esta tradición. Ante los «salvajes reales», no se requería de una figura de leyenda que amarrara doncellas de los árboles. El europeo podía medirse contra los incas o los olmecas.

Con todos los matices del caso, es en esta línea donde se inscribe la sobrevaloración cultural del atraso latinoamericano. Un ejemplo de laboratorio al respecto es el levantamiento zapatista en Chiapas. Desde enero de 1994, la comunidad internacional contribuyó en forma decisiva a evitar un derramamiento de sangre. Además, la insólita cobertura de la prensa sirvió como un espejo para que los zapatistas se vieran a sí mismos de otro modo. La inmensa mayoría de los mexicanos entendió las causas pero no el método de una guerrilla que, en su primera fase, anunció que llegaría a la capital y derrocaría al gobierno. Sin duda alguna, el giro más significativo fue que, a partir del reconocimiento de esta realidad, el EZLN renunció a la vio-

lencia y se lanzó a una hábil lucha de comunicados que el escritor Gabriel Zaid ha calificado como una guerra posmoderna que se dirime en un teatro de representaciones. A cinco años del alzamiento, Chiapas se ha convertido en la principal meta del turismo político mundial, pues ofrece condiciones de viaje más seguras que Kosovo y refrenda mitos latinoamericanos. Un poeta enmascarado lidera a los rebeldes y lanza proclamas anteriores y posteriores al ideario socialista: su nueva versión del *Popol-Vuh*, libro sagrado de los mayas, puede consultarse en Internet.

Vista de fuera, la contienda es maravillosamente virtual; sin embargo, ahí se juega el destino de comunidades que viven en el oprobio. La ayuda y la cobertura europeas han sido esenciales para impedir que toda la región sea el escenario de una masacre como la de Acteal, ocurrida en diciembre de 1997. De cualquier forma, no es menos cierto que Chiapas se ha convertido en meta de italianos que desean ser tzotziles por unas horas y alemanes que no tolerarían una situación equivalente en la Selva Negra. Los pasamontañas regresan en sus maletas en calidad de *souvenirs* de la inconformidad. Para quienes sólo buscan una aventura personal, una forma de gastar su seguro de desempleo o una sensación de incertidumbre desconocida en los países donde no se retrasan los trenes, lo peor que podría pasar es que Chiapas dejara de ser un parque de atracciones del pasado. «Ayuden a que no seamos posibles, ayúdenos a desaparecer», ha dicho de manera ejemplar el subcomandante Marcos.

La singularidad del caso chiapaneco ha tenido el efecto secundario de que ya casi no se hable de los demás indios de América Latina. Tan sólo en México hay 56 culturas indígenas con intereses y proyectos muy disímiles. La focalización de Chiapas como «caso excepcional» y destino de moda de la mala conciencia europea, diluye la complejidad de la historia latinoamericana e impide el conocimiento de

otras zonas que no cuentan con el favor de los reflectores.

VIENDO LLOVER EN MCONDO

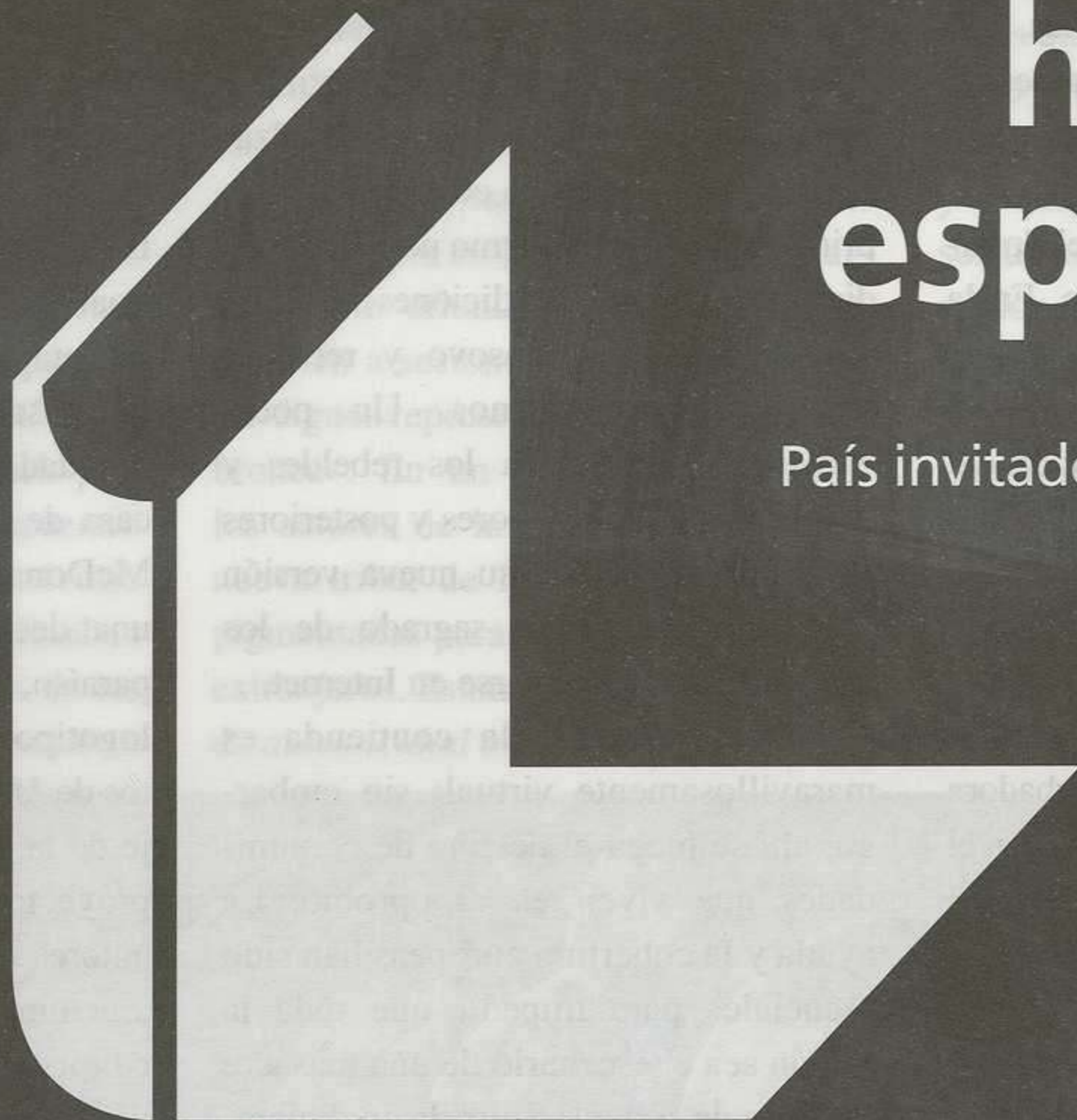
En 1996, un puñado de escritores latinoamericanos nacidos en los años sesenta publicó la antología *McOndo*, que desde su título alude a la sincrética realidad latinoamericana (frente a la casa de Aureliano Buendía ya hay un McDonald's). También la portada es una declaración de principios: en el paraíso, la serpiente tienta a Eva con el logotipo de Apple Macintosh. Los relatos de *McOndo* proponen un desmontaje de la mitografía latinoamericana. El proyecto surgió cuando tres de los autores (un chileno, un mexicano y un argentino) fueron rechazados por un editor norteamericano con el pretexto de que no cumplían con la ración esperada de realismo mágico. En el prólogo, Alberto Fuguet y Sergio Gómez se refieren a los nuevos paisajes latinoamericanos: «Los árboles de la selva no nos dejaban ver los rascacielos».

La actitud de los *mcondistas* en modo alguno supone un repudio de conjunto a los temas rurales. Es evidente que Alvaro Mutis, Mario Vargas Llosa, José Balza y Juan José Saer siguen reinventando con fortuna los parajes más apartados del continente. La apuesta de los nuevos narradores se limita a refrendar la libertad de la escritura y su derecho a no ser típica ni forzosamente representativa de territorialidad alguna. Todo autor singular exige un nuevo tipo de lectura y se aparta de criterios nacionales.

Durante nueve años salí de aprietos en el Colegio Alemán haciendo que las iguanas vulgares parecieran dinosaurios de feria. Mi infancia fue un país exótico por partida doble. Estaba preocupado por el *apfelstrudel* que sólo comía en la imaginación y por el folklore que debía garantizar en clase. No fue una enseñanza modelo, pero me dejó la certeza de que la única patria verdadera es la que uno asume sin posar para la mirada ajena. □

El futuro habla español

País invitado: ARGENTINA



Liber

FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO

6 - 9 Octubre 1999

Patrocinan:

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
INSTITUTO ESPAÑOL DE COMERCIO EXTERIOR (ICEX)
COMUNIDAD DE MADRID
Consejería de Educación y Cultura
CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS
REPROGRÁFICOS (CEDRO)
GREMIO DE EDITORES DE MADRID

Promueve



FEDERACIÓN
DE GREMIOS
DE EDITORES
DE ESPAÑA

Organiza



IFEMA
Feria de
Madrid

Parque Ferial Juan Carlos I
28042 Madrid
Apartado de Correos 67.067
28080 Madrid
Tel: 91 722 51 76 / 50 00
Fax: 91 722 58 04
www.liber.ifema.es
e-mail: liber@ifema.es

IBERIA
Transportista Oficial

Dos por uno: vida bilingüe

José Kozer

PLANTEAMIENTO

Una lata de crema de afeitar que dice en español «para pieles normales», en portugués «para peles normais» y luego en griego «para epidermis canónicas».

Esto último es impresionante. Lo es para todo el mundo menos para un griego.

Eso es precisamente lo que le pasa a quien ha vivido alejado de su idioma natural toda una vida. Alejado de la vida diaria del idioma, éste *impresiona* a cada rato, de una forma novedosa, en ocasiones lancinante; palabras en realidad corrientes, normales como la propia piel a la hora de afeitarse, cobran una luminosidad, tienen unos ecos y reverberaciones que sólo puedo definir como prístinas en un sentido primero y paradisíaco: carecen de tedio, son asombrosas, de repente poseen el brillo de las cosas recién estrenadas; palabras mondas y lirondas que saltan a la vista con destello inaugural, tocadas por el aura y el aroma del objeto, del hecho o realidad

a que se refieren, como si poseyeran siempre un margen de resplandor.

Para mí, que he vivido treinta y siete años fuera de Cuba y que sólo he estado en contacto con mi idioma natural (es decir, con mi único idioma a nivel íntimo y, sobre todo, poético) a través de los libros, la enseñanza, los viajes de verano a España, la conversación con amigos (y enemigos) de los diversos países de habla castellana, y la conversación a diario con mi mujer española, cuyo acento sigue siendo castizo pero cuyo vocabulario, con el correr de los años, se volvió tan mestizo como el mío, reencontrarme con las palabras más comunes del idioma, y con las palabras del habla natural cubana, es a menudo una experiencia que sólo puedo categorizar como poética y aristada.

Hacia treinta años que no le oía decir a nadie «ése es un sinvergüenza»; «estropear» es un verbo que en casi cuarenta años de exilio apenas he escuchado utilizar con naturalidad una docena de veces. Escandalera, le hizo un pase, camina como Chenchela

gambá, murió como Chacumbele, quedó por tentúa, es un bicho (expresión que recomiendo usar en Puerto Rico con cautela o perversión), ir con tiento, ponerle el cascabel al gato, en torno a, no me marées, soltarse el pelo, echarle un palo, echar un pie, desgredada, desocupado, o perdido en el llano son frases, vocablos, de pronto para mí selváticos, indóciles, inestables; son palabras o expresiones que acaban de nacer, están sin tocar, rezuman la frescura de lo inocente. Poseen un fondo último que considero irre recuperable, con un historial vaciado, y de cuyo vacío reverso salta ese vocablo, o salta esa frase, renovados, recuperados y por así decir, absueltos de un yugo impuesto por el uso y el abuso.

Vocablos, frases hechas que se han alborotado: están frescos, desajados, huelen a nuevo. La palabra más normal, inopinadamente, es un dechado y no un cliché; su epidermis, como la del majá o la víbora, participa de la

David Hilliard:

Su problema con la pluralidad. (1998.)



renovación. Esa renovación tiene un curioso funcionamiento. Al vivir toda una vida, como quien dice, en Nueva York, y al estar toda una vida inmerso en el inglés, la palabra inglesa *complexion* que parece rebuscada pero en inglés es corriente y televisiva, forma parte integral de mi vida cotidiana. La oigo, la veo, la leo por todas partes: *boy, she has such a nice complexion; Lord, he has a terrible complexion; if you care about your complexion, try Preparation H* o lo que sea. Sin embargo, *cutis* es una palabra que apenas oigo; no la veo, no la leo, está ahí latente durante años: y cuando de repente la oigo o la veo, cobra resonancia y visibilidad inusitadas: es casi una palabra virgen, primordial, bárbara y silvestre, oriunda en un sentido ulterior y primario. De pronto cobro conciencia de la palabra *cutis*, soy su descubridor, seré su revelador, la acuñaré y moroso la amaré deleitándome en su sabor, su aroma, su lenta pronunciación, sus letras y más íntimos tonos sonoros, microscópicos, de diapasón ligeramente cacofónico. *Cutis*: un *staccato*. *Cutis*, una palabra que al mirarla tiene para mí algo de lascivo (¿será porque escrita me recuerda a *cunt*, coño en inglés?). *Cutis*, *Qtip*, *cut it*, *cute she is*; la misma sensación del primer párrafo del *Lolita* de Nabokov; *cutis*, una palabra que corta, acaricia; corta palabra acariciadora, casi inglesa, españolísima. Palabra rozagante,

palabra *cold cream*. Alusiva. Revienta, en libre asociación bilingüe, y de su vientre salen luces de bengala, girándulas, castillos de fuego. Se llena la noche de la palabra *cutis*, noche oscura del *cutis*.

Complexion siempre ha sido y será para mí una palabra chata, mate, sin chisporroteos: apoética, apopléjica. No es recuperable porque jamás la perdí. Por el contrario, *cutis* es una palabra apoteósica, poética (aunque luego revierte a su inanidad). Estuvo perdida hasta que un buen día, al oírla en medio de la calle saltó, se desembarazó de su falaz muerte por indiferencia, zafándose de su naturaleza muerta para surgir cual fruta viva, rijoso bocado, núbil caricia: un cacho iridiscente de fruta, una tajada comestible.

NUDO

Hace treinta años, cuando yo era pobre y documentado, trabajé un par de años de tarugo en la biblioteca de ciencias de NYU. Ahí robaban libros a mansalva, metiéndoselos en las amplias sisas de los abrigos de invierno o dentro de las maletas, maletines y mochilas de los estudiantes y profesores, quienes, dicho sea de paso, eran los que más robaban. Nuestro trabajo consistía en volver a colocar en sus estantes (los «estacs» que decíamos los «espics») los libros devueltos o que quedaban abandonados sobre las

lúgubres y anchas mesas de lectura del recinto inmenso y bañado por la luz fría del neón; además, un par de veces por semana se nos ponía a vigilar a la entrada de la sala de lectura a quienes salían, a fin de cerciorarnos de que no se llevaban ningún libro nuestro en sus honestas alforjas. La biblioteca, como es de suponer, era espacio sagrado donde reinaba un silencio letal. Se podía oír volar a una mosca, rascar una entepierna, forcejear un borborismo, rehuir un estornudo la nariz. Una tarde en que me tocó vigilar a la puerta de entrada y chequear las maletas, valijas, portafolios, macutos y demás fardos, costales y materiales cóncavos creados *ad hoc* para el hurto, tuve que pedirle a un estudiante, a quién aún recuerdo pelado a la malanga y trabado de cuerpo, que me mostrara un gran bolso de lona que llevaba en la mano. Se lo pedí, pues tal es mi naturaleza, con la mayor cortesía y buena disposición de ánimo (pese al mísero sueldo semanal que cobraba); se lo pedí cortésmente, con una sonrisa y leve inclinación de cabeza porque, además, así lo exigían los reglamentos. El estudiante se negó en rotundo a abrir el bolso. Con cortesía, pero con aplomo, y dándole a entender que de ahí no salía sin yo efectuar la necesaria revisión, volví a pedirle que abriera el bolso y me permitiera proceder a la inspección. Me miró de arriba a abajo, los ojos sanguinolentos, el



belfo caído, un principio de espuma asomándole ya a la comisura de los labios. Abrió las fauces del bolso (las suyas las trancó la rabia contendida), y sacó cuatro o cinco libros, por cierto y evidentemente suyos, de aquel foso del intelecto y la más avanzada ciencia; sin pensárselo ya dos veces los tiró sobre la mesa, al mismo tiempo que, célebre, agarraba uno de ellos, el más pesado, y me lo lanzaba con fuerza y tino al pecho. Golpeó, abrí de par en par la boca, y ahí ardió Troya.

Valiente no soy, cobarde tampoco: me le abalancé, varios compañeros de trabajo ya que estaban pendientes de lo que pudiera ocurrir se nos echaron encima, reteniéndonos, a fin de impedir la enojosa pelea que a ojos vistas lucía inevitable. Cogido por detrás (expresión que jamás usaría en la Argentina), impedido y forcejeado por librarme, le empecé a gritar a aquel energúmeno, y en medio de un silencio de séptimo sello, los peores vituperios de que puede hacer gala la lengua inglesa: *you motherfucker, son of a bitch, cock sucker, piece of shit, ass licker, I'm gonna break your fucking balls, you bastard*, etcétera. Todo ello, además, con mi acento cubano en inglés de 1964, que sonaría más o menos así: *yu moder fokker, sonofabí, cok soquer, pis of chit, asliker, an gona brei yur fokin bols*.

Al estudiante lo sacaron a empellones de la sala de lectura, le volvieron a

revisar el bolso, no llevaba nada que no fuera de su propiedad, lo largaron; y a mí, los amigos me tranquilizaron y mi jefa, que era reprimida, puritana y mosca muerta, me dio el resto de la tarde libre pidiéndome que volviera al día siguiente a trabajar, después de haberme hecho un buen despojo de boca. Llegué a mi apartamento, dispuesto a ducharme y hacer gárgaras a fondo; entré a aquel maravilloso *walk-up* de un quinto piso del Village, calle 4 y Sexta Avenida, cinco cuartos, cocina y cucarachas, baño y cucarachas, setenta y cinco verdes al mes, en el centro del mundo. Me duché, y luego me senté en la destartada butaca de la sala, poniéndome a revivir el incidente. Me escuché entonces decir aquellas barbaridades, en aquel silencio atroz de biblioteca, en un salón donde habría un ciento y la madre de individuos leyendo, y a medida que en mi cabeza se sucedía la ringla de prociencias a las que en mi furia había recurrido, me daba cuenta de que en las mismas circunstancias, y por igual enfogonado por la rabia, yo no hubiera podido gritar (increpar) empleando siquiera el uno por ciento de lo que ahí soltara, si todo aquello me hubiera sucedido en español. Traducía en mi cabeza buscando cercanas equivalencias en español a mis malas palabras en inglés, y al surgir en mi mente la palabra o expresión españolas, me sentía enrojecer; se me caía la cara de

vergüenza. Comprendía que me hubiera sido del todo imposible chillar algo tan fuerte como *you cock sucker* en su equivalente español. En parecidas circunstancias, y por muy grande que fuese mi rabia, yo no hubiera soltado siquiera un coñito en aquel lugar; no, de eso nada, imposible, *no way Jouzei*, yo no le hubiera gritado al tipo aquel, me cago en el coño de tu madre, hijo de puta, maricón, vete a la pinga, comemierda, madre que te parió. De eso nada; ni el etcétera, le hubiera gritado. En inglés lo había insultado sin pensármelo dos veces; en español, jamás. Ahí el del pelado a la malanga y el trabado era yo. En inglés, yo conocía esas palabras, las oía mil veces al día, sabía su significado, pero carecía de su emoción. Un *go fuck yourself* que yo soltaba con fuerza sonora y gesto correspondiente, era en mi interior español cosa hueca, sonoridad inane, vacío que no significaba.

DESENLACE

Después de haber vivido casi cuarenta años en inglés, cuando hago operaciones aritméticas las hago automáticamente en español; si pienso en mis padres y les hablo en la imaginación, lo hago en español; si me enfurezco y pierdo los estribos a fondo, la diatriba y el furor fluyen de mi boca en español; inmerso cuarenta años en el inglés y a punto de perder el español, enajenado del español y al borde de una pérdida mayor de fluidez en el manejo de mi idioma materno, mis exabruptos (vete al carajo, me cago en el coño de tu etcétera y demás lisuras del rojo acervo) brotan en español; *I love you* no toca fondo, te quiero va mucho más allá, te amo es zona casi prohibida, reservada a los grandes momentos del amor humano y del amor divino: *God, I love you*, lo entiendo, lo utilizo, no lo necesito para la hora de la muerte. En la cama, en los fogajes y los ajetreos de mayor intimidad, gimoteo, me deshago, recibo y entrego en español. □



La novela vertical

Soledad Puértolas



EL VIAJE VERTICAL

Enrique Vila-Matas

Anagrama

Barcelona, 1999

La lectura de *El viaje vertical*, de Enrique Vila-Matas, me ha llevado, entre otras cosas, a hacerme algunas consideraciones sobre la forma de la novela en general, sobre su posible verticalidad, horizontalidad o circularidad. He pensado, también, en la novela en espiral, la novela diagonal, la novela transversal, la novela tangencial, la novela sincrónica, la novela diacrónica, sin desear la posibilidad de la novela-masa o novela-bola, sin fisuras, monótona y apretada. He concluido, un poco a *grosso modo*, que el mayor número de las novelas que he leído tienden a una forma o estructura más o menos circular.

Está muy claro para mí que esta novela de Vila-Matas —no sé si todas las suyas, habría que estudiarlo con más detención— es una novela vertical. Y vertical hacia el Sur, como el propio viaje de Federico Mayol, el protagonista. Porque podría haber sido, pese a todo, pese al viaje vertical hacia el Sur de Federico Mayol, una novela vertical hacia el Norte, o simplemente hacia arriba, hacia un techo o unas estrellas. Pero el talante novelístico de Enrique Vila-Matas, al escoger a este hombre inesperadamente abandonado por su mujer, expulsado del hogar, a los ochenta años, ya me hizo sospechar, desde el principio, que el narrador, tras el que se parapeta el autor, seguiría la trayectoria de Mayol casi hasta el último momento y, a partir de allí, lo abandonaría a su suerte vertical, lo dejaría, en fin, en manos del autor, y ambos, férreamente unidos, volarían vertiginosamente hacia el Sur. Podría decir que se precipitarían hacia el Sur, pero prefiero decir que volarían. Es una decisión que pertenece al lector.

Pero quizá esté exagerando, quizá no presentí el abandono final del narrador, esa despedida final, que no es del todo tajante —no podría serlo— ni veloz, sino que se anuncia cuando el narrador pierde de vista a

Mayol durante unos días, y supongo que entonces comprende que finalmente Federico Mayol se le va a escapar y que al último abismo él no puede acompañarle. Para eso estamos nosotros, los lectores —y también Enrique Vila-Matas, que es el autor, pero que sobre todo, en este momento, es un lector más—, para preguntarnos con Federico Mayol «por qué no hemos de ser nosotros —hombres, dioses, mundo— sueños que alguien sueña, pensamientos que alguien piensa, situados siempre fuera de lo que existe, y se preguntó por qué no ha de ser ese alguien que sueña o piensa alguien que no sueña ni piensa, súbdito él mismo del abismo y de la ficción».

Creo que no, que me imaginaba que ese narrador que me intrigaba tanto y que nos iba haciendo el relato del viaje hacia el Sur de Mayol, y que va dejando caer opiniones y comentarios personales como con cuentas-gotas, hasta que en determinado momento empieza a intervenir mucho más y de pronto se da a conocer, no perdería de vista a Mayol, lo tendría siempre muy vigilado y los lectores conoceríamos ce por be el final de Mayol. Pero, claro, eso no podía ser, porque el narrador no puede hundirse en el abismo, ni siquiera el narrador de una novela vertical. El narrador, un novelista a la caza de un personaje para su novela, es siempre, ocurra o lo que ocurra, un poco circular. Para eso sale Mayol de Barcelona y llega a la isla de Madeira, pasando por Oporto y por Lisboa, para descubrir que la vida, como las novelas, tiene algo de circular. Es el azar, los encuentros imprevistos, fortuitos, los que trazan en ocasiones un dibujo cerrado, aunque los personajes se crucen entre sí sin mirarse a los ojos, como les ocurre más de una vez a Mayol y a su sobrino Pablo. Pero en la isla de Madeira aparece el narrador, el autor del dibujo. Y allí se da la lucha entre los dos, entre el narrador y Vila-Matas, decidido a

que el viaje vertical de Mayol siga su curso, porque ha puesto mucho empeño en él, porque quizá sabe que es la única forma de salvarle. Vila-Matas y el novelista que al fin ha encontrado a su personaje se disputan a Mayol, y es como si Vila-Matas le dijera al novelista, vale, haz tu novela con él, pero tienes que saber que sólo te lo presto, que el personaje es mío y que al final te lo quitaré y lo meteré en mi propia novela, en la que además también estás tú.

¿Que puede el lector decirle a Vila-Matas? Enhorabuena, lo has conseguido, has hecho una novela vertical hacia el Sur con un viaje vertical hacia el Sur, has roto el dibujo de la novela circular que el novelista de tu novela estaba empeñado en hacer y que quizá incluso a ti mismo te tentó un poco, pero has vencido, Vila-Matas, tu verticalidad abismal se ha impuesto.

Y lo cierto es que, mientras se imponía, hemos disfrutado de los momentos estelares de Mayol, nos hemos sentido muy satisfechos de su comportamiento, nos hemos ido convirtiendo en cómplices suyos. Hemos entrado, en fin, en el inicial desconcierto de Mayol y hemos seguido muy cerca los pasos que lo van convirtiendo en un rebelde de la vida, un rebelde con demasiada causa, porque un hombre que es abandonado por su mujer a los ochenta años tiene la oportunidad casi única de ser un rebelde con demasiada causa.

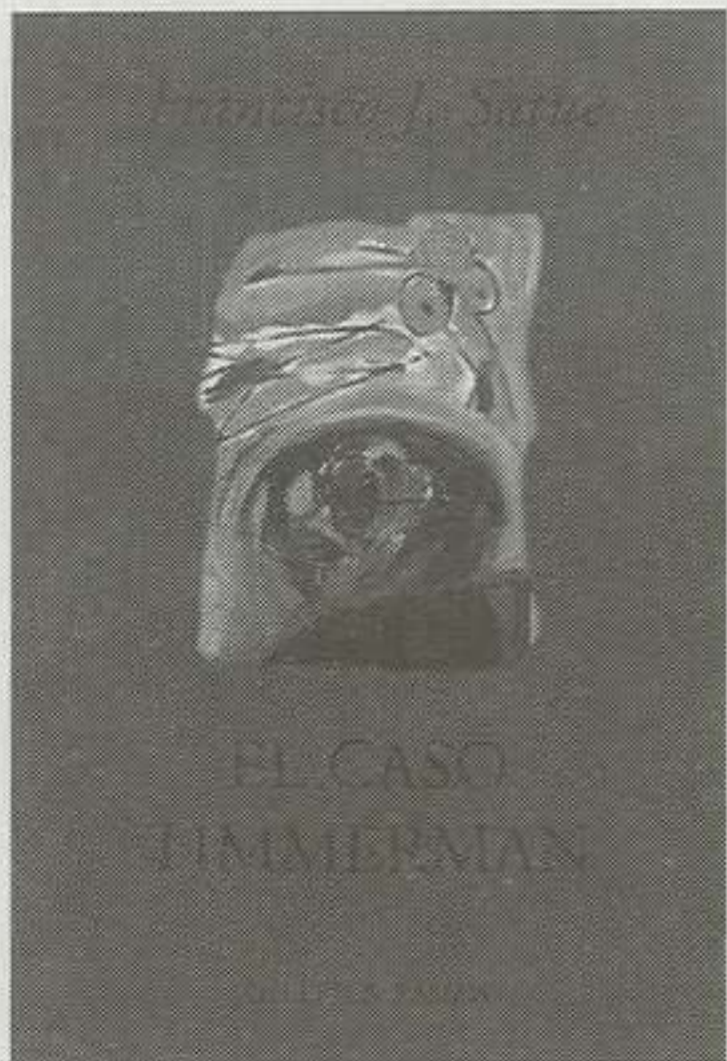
La vida es una causa excesiva, lo descubre Mayol, lo sabemos nosotros, los lectores, lo sabe Vila-Matas y ésa es también la gran oportunidad que la causa —o la carga— excesiva de la vida, le brinda a Vila-Matas: hacer el trasvase hacia la literatura, operación que Vila-Matas hace divinamente, si se me permite utilizar un adverbio tan

cargado de fuerza sobrenatural, porque he rechazado, antes de pensar en este «divinamente», el adverbio «mágicamente», que no se aviene a la clase de azar y de destino que envuelve a los personajes de Vila-Matas. El trasvase de las amargas vicisitudes de la vida, de los fracasos y abandonos, los odios y los olvidos, al terreno de la literatura lo hace Vila-Matas, insisto, divinamente. Extiende el tablero del juego sobre la mesa y traza ese dibujo que a veces parece un biombo que se va extendiendo, o una sucesión de mesas de diferente tamaño que pueden, si el dueño lo desea, reducirse a una, la que contiene a todas bajo el tablero. Casi se percibe la sonrisa cerrada del autor mientras va sacando las mesas, desplegando el biombo, haciendo que sus personajes se crucen sin saberlo, hace como que está escribiendo una novela circular cuando, finalmente, como el impecable jugador que es, escribe una novela vertical hacia el Sur, porque el viaje de Mayol, lo había anunciado desde el título, era un viaje vertical.

Sólo momentos antes de ponerme a escribir estas líneas, pensé en Julia, la mujer de Mayol, la mujer que decide, a los ochenta años, descubrir quién es, cosa que no puede hacer junto a Mayol, esta Julia que apenas aparece en la novela, y me pregunto cómo habrá sido su viaje, y no sé por qué, me la imagino asomada a una ventana que da al mar, contemplando un amanecer sin fin, un amanecer que quizá sea la otra cara de la moneda del abismo en el que se va hundiendo plácidamente Mayol, a las cinco de la madrugada, y quizá Mayol, medio sonámbulo, medio hundido, pasa por debajo de la ventana a la que Julia está asomada y ninguno de los dos mire hacia el otro. No sé si han caído los dos al mismo abismo, no lo sé. □

El instinto de biógrafo del novelista astuto

Adolfo García Ortega



EL CASO TIMMERMAN

Francisco J. Satué

Ollero & Ramos
Madrid, 1999

Francisco J. Satué (Madrid, 1961) es un nombre sólido en la narrativa española. Que sea un nombre con trayectoria y estilo propios no significa que esté en lo que se denomina la moda actual, y esa es su gran ventaja. Es indiscutible su presencia en la literatura de hoy, porque es ya un gran escritor. Posee una dimensión de novelista nato, profundo y dueño sin duda de una técnica y un mundo que se han sedimentado con los años. Y con las novelas. Algunas son ya míticas para muchos, entre los que me encuentro: *Desolación del héroe*, *La carne* o *Piel de centauro*. Satué, además, ha escrito otros muchos libros sobre rock y sobre estudios literarios, y es una firma habitual en revistas y periódicos, así como una voz de la radio.

Con *El caso Timmerman* da un paso adelante en su trayectoria y se sitúa en una obra de madurez, plena de recursos y seducciones. La historia es una fragmentación de hechos y de tiempos, por medio de cuya secuencia interrumpida van aflorando los trazos de unas vidas y de unos personajes en claroscuro. La novela gira en torno a un psicólogo, David Puig, a quien le encargan sacar de su laberinto a la joven y enigmática Jana Timmerman. Un laberinto contemporáneo, formado por drogas y dinero, por pasiones peligrosas y situaciones límite de niña rica inmadura, y por un misterio que desencadena la trama. Pero eso fascina a David Puig, que adopta una actitud protectora, a la vez que la joven va vaciando su vida y situándolo contra las cuerdas de sí mismo.

Ambos tendrán que luchar contra el destino inexorable que los alcanzará bajo la forma de un cruel asesino a sueldo. Las razones por las que ese hombre busca a Jana Timmerman son la clave de esta novela, en la que se producirá la mutación del psicólogo en detective, siguiendo los patrones clásicos del mejor cine negro, en el que, siempre, el detective tenía un alto componente de psicólogo. Por otra

parte, la novela tiene más ases: no sólo se limita a ofrecer una variante de una espléndida novela de intriga, sino que se convierte en una novela generacional. Un tiempo, la cultura y la sociedad de la España de los 70-80, aparece con visos de crítica y revisión por boca de una figura de contrapunto en la novela, el hermano de David Puig, Félix Puig, periodista, quien mediante una atractiva e ingeniosa correspondencia con su hermano va perfilando el troquel cultural de su hermano, con contradicciones e ideales, con frustraciones y pérdidas. Y añadido a esto, hay que considerar que *El caso Timmerman* es también una magistral novela psicológica, en el sentido dostoievskiano del término: una mente torturada, el *diktat* de una obsesión y la tortuosa atmósfera cerrada de sus propias vidas en la que viven los distintos personajes.

Personajes que son voces, pues uno de los hallazgos de la novela es su naturaleza polifónica, teatral, es decir, su composición capitular a base de voces que abren nuevos cauces para una narración de rompecabezas que va fraguando una tragedia clásica bajo apariencia de tensión contemporánea. En este sentido, desde la perspectiva de obra de corte clásico, *El caso Timmerman* es el relato de una huida, de una fuga moral, la de David, que se enfrenta a la inocencia lúdica e impertinente de Jana.

Hay en la vida de Jana un frenesí de niña pija de clase alta que contagia a la mortecina y autocompasiva vida de David. Es hijo de una época miserable, magníficamente retratada por Satué, de un tiempo en que se entreveran la política, la presión policial y el dolor del fracaso.

Hay en la trama una permanente reconstrucción de los personajes y sus voces, y este es el gran logro de Satué. Los seres que pueblan esta novela se van revelando a cada paso, en el sentido en que definió Christopher Isherwood «el retrato dinámico», esto es, «la

revelación gradual de un personaje» que se va haciendo, desenvolviéndose sobre un vacío, por encima de la acción misma, de las crisis o de los enfrentamientos. Eso permite a Satué, como ha hecho en otras de sus obras, describir situaciones de pasión, de violencia, de odio o de desprecio, sin que los personajes estén a merced de ellas.

Satué ha demostrado en sus novelas que es un maestro en una prosa perfecta para atmósferas de tinieblas, indecisiones, desencantos y esa mezcla de mal sabor de boca y rastro de sangre anunciada. Ello le hace heredero de una estructura novelesca de corte cinematográfico, en donde puede jugar con

mitos más o menos conocidos: el matón, el mundo gris del boxeo, la mujer inaccesible y deseada por el detective, las motos, los moteles de carretera, etcétera. Su habilidad para manejar identidades confusas y peripecias teatrales hace de Satué un gran novelista de climas y desdichas. Al final, con un gran componente nihilista, los seres imaginados por Satué dan otra vuelta de tuerca y la novela se convierte en «una novela sobre la novela», al ser toda ella la representación de una biografía. ¿Y no es esto lo que por excelencia son las novelas? Los escritores tienen todos ese «instinto de biógrafo» que Satué reclama para su obra. □

Lento oleaje

Clara Sánchez



LA SEÑORA BERG

Soledad Puértolas

Anagrama

Barcelona, 1999

Cuando el lector cierra *La señora Berg*, la última novela de Soledad Puértolas, parece que algo suyo se ha quedado entre sus páginas, atrapado en la extrañeza, el aroma, la lejanía y el misterio de la vecina de la adolescencia, diferente a todas las demás vecinas, perteneciente al mundo poco concreto de las visiones pasajeras, los sueños y la anticipación del mundo adulto atractivo y desconocido que nada tiene que ver con el de todos los días. ¿Quién no se ha asomado alguna vez al futuro a través de esos seres en los que ya nos estamos proyectando, que precisamente elegimos porque algo de nosotros vemos en ellos? De la misma forma, los encuentros casuales entre Mario, el narrador, y la distinguida y distinta Marta Berg le hacen levantar el vuelo, lanzarse a esa especie de leyenda que forman los recuerdos de una vida y los espacios, calles y casas, en que se desarrollaron. Porque en esto se convierte la mujer fascinante y admirada: en un recuerdo que va y viene como una sombra entre los acontecimientos, o mejor dicho, en una sensación, la indefinida sensación de lo agradable, de lo

que amaríamos, de lo que nos gustaría tocar, de lo que querríamos conocer y retener. Afán imposible porque su musa nunca llega a formar parte de los acontecimientos reales de Mario sino que se desliza entre ellos sin perder la magia de la que lamentablemente nos solemos resentir en los actos y contactos materiales.

Unas palabras con la madre de su amigo Pedro Berg en el cuarto de estar mientras ella cose; una esporádica cerveza en la cafetería Hollywood una tarde, una noche pasada en blanco en casa de una amiga de Marta Berg llamada Amalia; y años más tarde más confidencias en un local cualquiera ante dos whiskeys. «Todos mis encuentros con Marta Berg habían terminado dejándolo todo para luego, para otro momento, para nunca, para los sueños. Todos habían sido incompletos. Por eso parecían irreales, porque la realidad, buena o mala, justa o injusta, es siempre completa, es entera y palpable, mientras que los sueños jamás se pueden completar.» Entretanto se van desplegando con sencillez y naturalidad maestra, una sobre otra, las vidas de los per-

sonajes, sus comportamientos, los avatares que han pasado por la memoria, la conciencia y la personalidad de Mario y que seguramente han contribuido a formarla. Así se despliega su matrimonio con Claudia. Es implacable la penetración con que Soledad Puértolas indaga en las relaciones de pareja, esos contratos sentimentales a los que, quien más quien menos, llega con un buen bagaje de grietas secretas que guardan lo que ya se ha visto, se ha imaginado, se ha querido, alguna que otra frustración y esperanzas que puede que nunca se cumplan. Con asombro descubre, cuando Claudia lo abandona a él y a sus dos hijas, una de estas grietas de su mujer: su pasión por una persona del pasado. Y años más tarde, cuando ella ya comparte su vida con esa otra persona, descubre con estupor otra grieta más: la de la decepción y el vacío. También se despliega su hermana Teresa con su fuerza, su carácter y su prosperidad; sus padres con sus eternas peleas domésticas, los más frágiles en manos del tiempo inexorable, aunque como dice la señora Berg, «hay un momento en que el tiempo deja de tener importancia, como si no existiera del todo, o existiera de otra manera. Lo haces tuyo, lo ordenas a tu modo o lo desordenas, dejas que cada cosa ocupe en la memoria el lugar que quiera». Con esta reflexión nos da la clave de la espléndida forma en que está narrada esta novela como si todo fluyera en el tiempo, pero sin el tiempo, porque lo que se cuenta no está constreñido por el tiempo externo a la memoria, éste es el tiempo en que se piensa, en que se razona, en que se recuerda, en que se considera la propia vida. No son las fechas exactas las que distribuyen nuestra biografía vital y sentimental, sino los acontecimientos que nos fueron haciendo como ahora somos. Se nos sumerge en un efecto de lento oleaje, en que una ola se encuentra con otra, la sobrepasa y la recoge, la incorpora a su propio discurrir, de forma que la ansiedad de Amalia, que tiende a resolver recurriendo al sexo, no se queda detenida en el cuarto de al lado, sino que de alguna forma se incorpora al fluir de las vidas de la señora Berg y de Mario, quien quizá por eso es capaz de analizar el comportamiento de su mujer, Claudia, cuando ésta le deja por otro en estos términos: «Lo que a una joven le parece inaccesible, y la paraliza, y casi la hunde, no supone

un problema irresoluble para una mujer que ya ha descubierto que la vida no le ha dado lo que esperaba».

Y así, en ese envolvente ir hacia atrás y hacia delante, con maravillosa claridad literaria, como si todo hubiese salido de repente de la cabeza de la autora ya ordenado y escrito, se nos va mostrando un Mario que ha crecido, que ha dejado aparcada momentáneamente su visión de la señora Berg, que se ha casado, que ha tenido hijas y que a través de ellas logra acceder a la gran preocupación por los otros, que se ha divorciado, que ve envejecer a sus padres, que asiste a la enfermedad, que conoce el dolor, que revisa sus grietas secretas, que también fortuitamente conoce algunas de los demás, como es el caso de la mismísima Marta Berg, quien en los tiempos en que él la adoraba tuvo por amante a un afamado escritor y por quien conoce la increíble revelación de que aquella remota tarde en que se tomaron la cerveza en Hollywood ella acababa de salir de entre los brazos de su amante. O sea, que mientras él aparcaba el recuerdo de la señora Berg para vivir la actualidad, ella continuaba viviendo porque «las personas entran y salen de los pisos, andan por las calles, tienen uno y más mundos, las personas están por encima de los recuerdos que tenemos de ellas». Por eso no es de extrañar que todos en el fondo escondan una historia que los aleja y que todos resulten un poco lejanos. Y lo que no se sepa de ellos sea precisamente lo que los define. No hay nada más que pensar en el más ausente de todos los personajes, Markus Berg, precisamente el no estar nunca presente, el ser una referencia en boca de los demás y un rastro de vinos, embutidos y víveres en general en su hogar, es lo que le hace ser como es en la mente de todos.

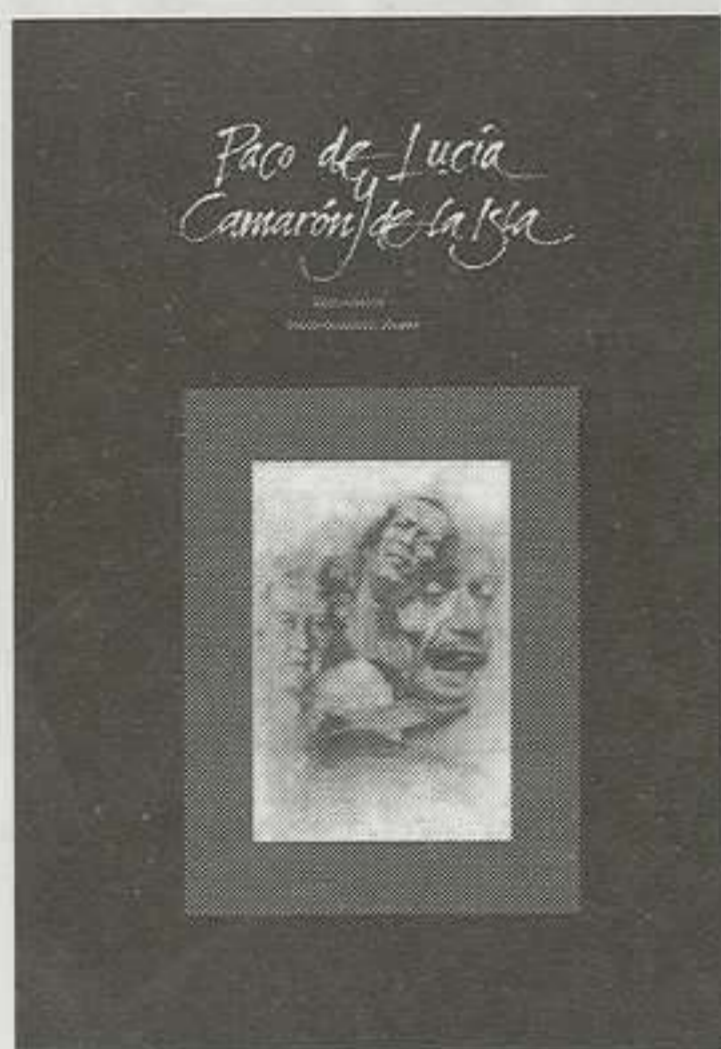
Sólo la experiencia y un gran conocimiento de la naturaleza humana pueden desarrollar un material literario de esta calidad, que nos sumerge en el conocimiento sin pretensiones de trascendencia ni de insondables oscuridades, nada más que dejándonos entrever algunas almas a través del alma de Mario, no pura ni ejemplar, simplemente humana, a veces melancólica, a veces des preocupada y egoísta, a veces culpable y siempre algo asombrada ante el acontecer de la vida. Sea como fuere, el lector nunca se

cansa de escucharle, en ocasiones con un nudo en la garganta como cuando habla de su madre y con una sonrisa, con un regocijante humor interno cuando su compañera Coral le describe el mundillo literario en que

se desenvuelve Julián Orozco, el escritor del momento, posible amante de una Marta Berg que ha contribuido a modelar el tiempo de que está hecho el mundo de esta seductora novela. □

Una joya para el flamenco

José Martínez Hernández



PACO DE LUCÍA Y CAMARÓN DE LA ISLA

Félix Grande

Caja Madrid

y Lunewerg Editores

Madrid, 1999

Los aficionados al flamenco estamos ya acostumbrados desde hace mucho tiempo a recibir regalos de Félix Grande. Libros suyos como *Memoria del flamenco* o *García Lorca y el flamenco* son ya parte imprescindible de nuestro tesoro colectivo, lujos literarios de nuestra común memoria. El último de sus regalos, de sus escritos dedicados al flamenco, nos ha llegado recientemente publicado con un cuidado exquisito y lleva por título *Paco de Lucía y Camarón de la Isla*. Es una obra excelente en todos los aspectos, tanto por su forma como por su contenido. No es, sin más, un libro, es una joya, un gozo para los sentidos, para el tacto, para la vista y también para el corazón. En sus páginas se desarrolla un diálogo entre la prosa poética, vibrante, profunda y magistral de Félix Grande y los dibujos magníficos y estremecedores de David González, *Zaafra*. Ese diálogo entre la imagen y la palabra gira en torno a dos nombres míticos, dos genios creadores del flamenco de este siglo: Paco de Lucía y Camarón de la Isla.

El libro, la joya, el gozo, está dividido en dos partes. La primera de ellas, dedicada a Paco de Lucía, lleva por título «Una guitarra quebrantada» y constituye el más hermoso homenaje que podría hacerse al genial guitarrista de Algeciras. Es un texto emotivo, conmovedor, jondo, que desarrolla de manera brillante una tesis incontestable en el mundo del flamenco: la íntima relación entre la vida y la música, entre la biografía y la

creación. En ese texto, en el que se aúnan el relato y la reflexión, Félix Grande nos introduce en el universo flamenco de Paco de Lucía, en el misterio de su incomparable creatividad, por la puerta más secreta y más directa, aquella que nos da la clave de sus raíces, de sus sentimientos, la que sólo puede abrirse con la llave mágica y singular de la memoria. Y es que el flamenco lleva implícita, Félix lo ha dicho y escrito muchas veces, una moral de la memoria, una ética que implica la fidelidad al propio origen, el reconocimiento de lo que somos a través de lo que hemos sido.

«Una guitarra quebrantada» es un recorrido por la memoria y por la música de Paco de Lucía, por su memoria hecha música, que se abre y se cierra con una evocación de su madre Lucía, la mujer que le dio la vida y el nombre artístico, el nombre por él elegido, su verdadero nombre. En ese recorrido, más psicológico que biográfico, en el que vida y música se superponen, nacen y crecen juntas, tienen un protagonismo especial aquellos acontecimientos esenciales que forjan el carácter de un hombre, en este caso de un hombre excepcional. Félix Grande nos desvela el universo musical de Paco de Lucía desde dentro, a través de sus orígenes, convirtiendo las anécdotas biográficas en categorías morales: la entereza y la dulzura de su madre Lucía, la severidad y el orgullo de su padre, Antonio Sánchez Pecino, la dura infancia de éste, su humilde guitarra pateada en una noche de juerga por un señorito necio y arro-

gante, la imagen imborrable de esa guitarra quebrantada en la mente de su hijo cuando se negó el 12 de octubre de 1989 a actuar en Sevilla con Plácido Domingo y Julio Iglesias («Mi nombre fue anunciado junto a los precios; sentí que se ofendía a mi cultura y dije que no tocaba»). Dignidad y respeto por uno mismo y por lo que representa se llama esa figura.

En este viaje interior hacia el alma de un músico incomparable nos habla Félix Grande de la infancia de Paco de Lucía, de la increíble fuerza de voluntad de un niño de ocho años que se ejercita horas y horas en la disciplina de la guitarra por ver la alegría y la esperanza dibujadas en el rostro severo de su padre. Nos habla de una música llena de cicatrices, alimentada por una permanente desazón creadora, por un vértigo en el que se suman a partes iguales la pena, la tristeza y la rabia («la música de Paco de Lucía es una conversación de la pena y la rabia»), nos describe con profundidad y brillantez una técnica prodigiosa que ha señalado ya para siempre un antes y un después de la guitarra flamenca. Una técnica, o mejor dicho, una furia expresiva que se alza como grito lleno de orgullo y dignidad contra el injusto menosprecio tantas veces sufrido por el flamenco.

Pena, tristeza, rabia y rebeldía, humildad, orgullo y dignidad, incontenible energía creadora que transforma la afrenta y el dolor en dádiva piadosa, que convierte la derrota en victoria. «Una guitarra quebrantada» es una iluminación, una hermosa metáfora del flamenco, la metáfora de una música nacida de la pobreza y la marginación, doliente y rabiosa, humilde y orgullosa, amasada con la nobleza de las fatigas y los sufrimientos, animada por la voluntad de ser contra todo lo que nos niega y humilla.

La segunda parte de la joya, del gozo, del libro, lleva por título «Aquella noche» y está dedicada a Camarón de la Isla, otro genio flamenco estrechamente vinculado, casi hermanado, con Paco de Lucía. Es la celebración de una de las voces más estremecedoras que ha dado la historia del flamenco: «La voz de Camarón de la Isla fue la voz del infortunio,

fue la voz del estrago y fue la voz de la fatality. Fue también la voz de la belleza musical y la voz del consuelo. Nietzsche escribió “Di tu palabra y rómpete”. Sólo los artistas de genio son capaces de obedecer ese terrible mandamiento».

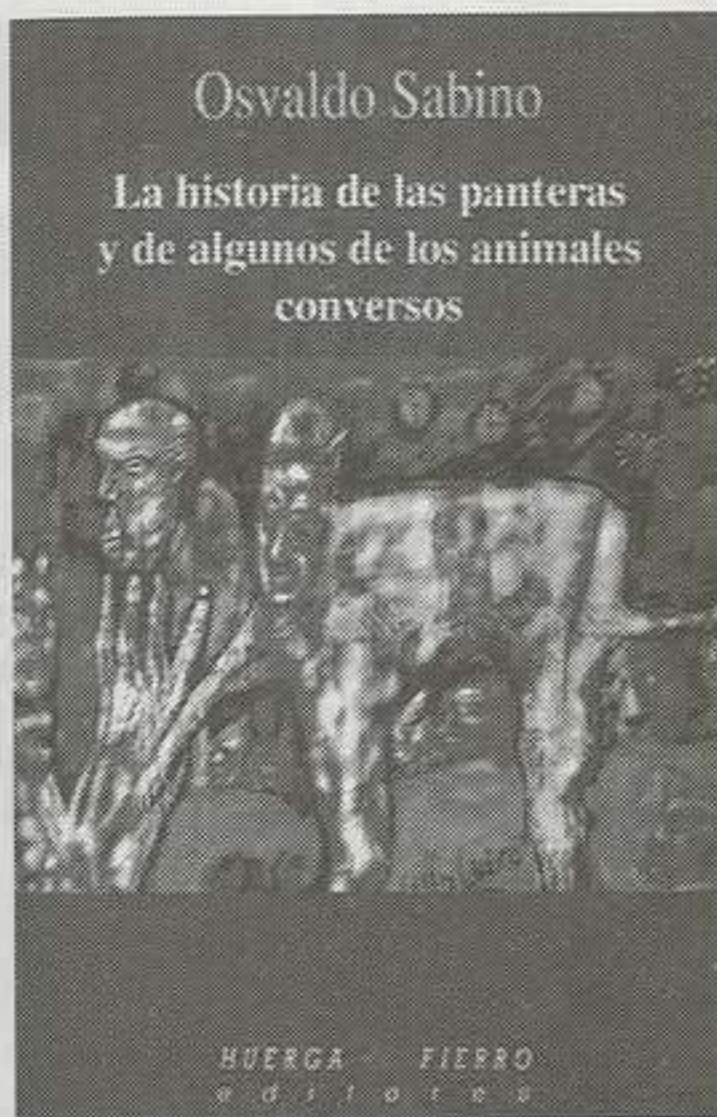
Se trata de un texto denso, intenso, rebosante de metáforas sabias y exactas como sentencias, en el que el cante de Camarón se nos revela como «un pentagrama absolutamente enlutado», como «un beso del artista en la boca de la desgracia», «una voz forjada en la fragua de la amargura», «un aullido de la filosofía» que nos provoca el más desconsolado consuelo. Camarón de la Isla fue, dice Félix, nuestro embajador en el territorio del dolor y de la desgracia, nuestro médico del alma y maestro de la desventura; su voz, cantase lo que cantase, era siempre de seguiriya, es decir, esencial y pura, terrible y maravillosa, inolvidable: «El grito de la seguiriya es uno de los asuntos más serios que han ocurrido en la historia de España, en la historia del arte y en la historia del hombre». El homenaje de Félix Grande a Camarón de la Isla se cierra con la evocación de una célebre reunión en la Venta Vargas en la que coincidieron Manolo Caracol y el propio Camarón, una noche en la que pelearon en el cante la voz más trágica y la voz más desamparada que se recuerdan.

Al final de la obra, con un breve epílogo titulado «Paco y José», Félix evoca la imagen de Paco de Lucía y de Camarón de la Isla en el estudio de grabación, hermanados por su genio y por su pasión hacia el flamenco: «No he visto nunca a dos artistas formar un nudo de música tan prieto. Nadie ni nada podrá deshacerlo.»

Paco de Lucía y Camarón de la Isla es otra cumbre de la literatura flamenca, otro monumento que Félix acaba de levantar con palabras para todos nosotros. Es, sin hipérbole, una joya para el flamenco, un regalo más que Félix Grande, con la muy acertada colaboración de David González, *Zaafra*, nos acaba de hacer. Mirarlo, tocarlo, leerlo, disfrutarlo con todos los sentidos, es el mejor testimonio de nuestra gratitud. □

La necesidad de narrar lo inefable

Paula Izquierdo



**LA HISTORIA
DE LAS PANTERAS
Y DE ALGUNOS
ANIMALES
CONVERSOS**
Osvaldo Sabino
Huerga & Fierro
Madrid, 1999

Tras la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, tras el holocausto judío de la segunda, en nuestro siglo han proliferado los libros testimoniales del horror. George Steiner llegó a decir que toda literatura, toda ficción, resultaba imposible en una civilización que ha conocido el espanto de las cámaras de gas. Primo Levi también se preguntaba cómo escribir después del holocausto.

El Grupo 47 fue el principal círculo intelectual de la Alemania de posguerra, y desde 1947 a 1967 mantuvo un total predominio en la cultura alemana. Su fundador, Hans Werner Richter, sólo tenía un deseo: construir una Alemania mejor por mediación de la literatura. Gracias al éxito de *El tambor de hojalata*, de Günter Grass, en 1958, este deseo de desnazificación de la cultura tuvo por fin su eco en la sociedad.

Pero la pregunta sigue sin resolver, quizá porque aquellos crímenes nazis, con haber sido tan inmensos, no acarrearón el fin de los monstruos. ¿Puede contarse el prodigioso horror que nuestra época recrea con increíble periodicidad? ¿Logra Osvaldo Sabino transmitir a los lectores su versión vivida del horror?

A esta última cuestión se puede contestar desde el principio con un sí: *La historia de las panteras y de algunos animales conversos* es, precisamente, una narración de lo inefable, de cómo el individuo puede verse arrebatado de la propia muerte, de la posesión de sí mismo, de su adscripción a todas las cosas del mundo y de la vida. La muerte, después de la tortura, simplemente pone de relieve una realidad: jamás el torturado llegó a existir.

Osvaldo Sabino vino al mundo en Buenos Aires en 1950, pero renació veintinueve años después, un 13 de junio, cuando consiguió huir de una fosa común, porque tuvo la suerte de que sus verdugos lo dieran por muerto. Atrás quedaron todos: «compañeros, amantes, hermanos, padres, madres, hijos, amigos, ca-

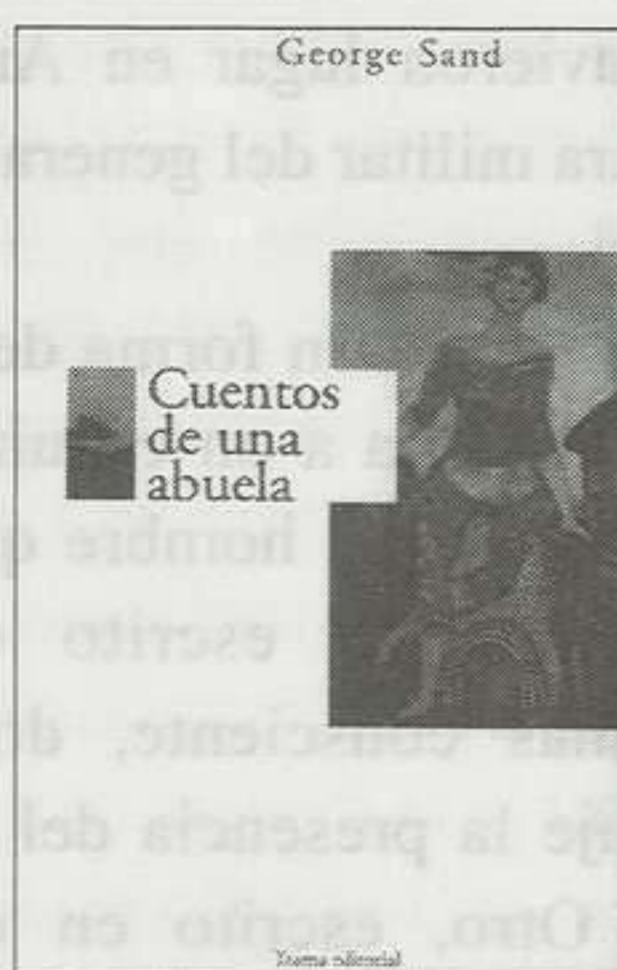
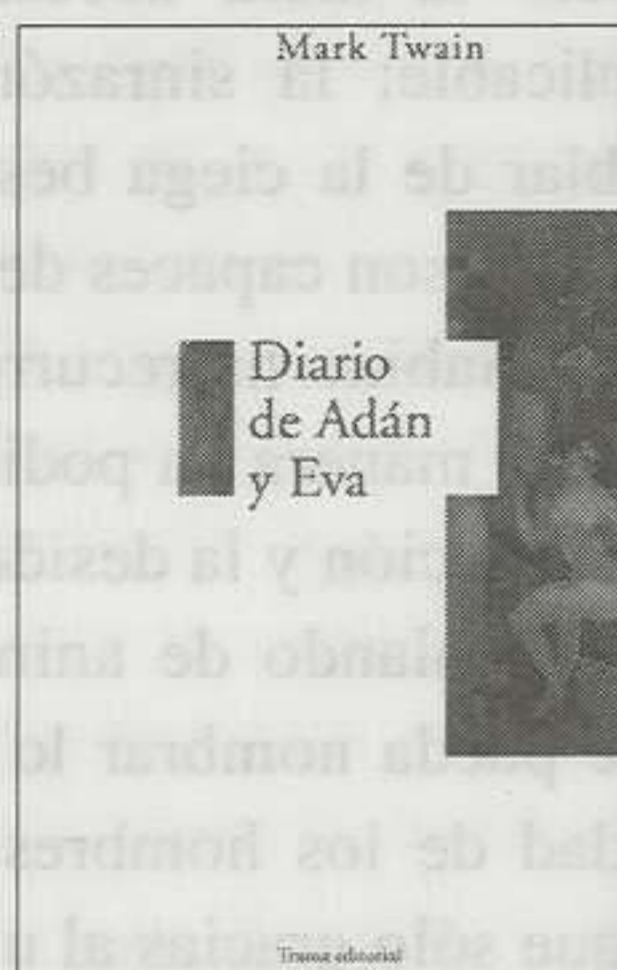
ras pasajeras que nunca sé por qué las recuerdo; marchaban como siempre, moviéndose con la lentitud del miedo irracional». Esta es una historia jamás contada, porque durante los primeros años en Estados Unidos, país al que fue a parar, sólo el silencio le ayudó a ir superando las trizas de su memoria. Pero el hombre, para seguir viviendo, ha de reconciliarse con su pasado, colocarlo en su sitio, para después volver la página. Y ésta es la virtud de la novela: no hay escarnio, no hay venganza, sino sólo la mera necesidad de explicar lo inexplicable; la sinrazón de la barbarie. Para hablar de la ciega bestialidad que los seres humanos son capaces de aplicar a su propia especie, Sabino ha recurrido a la alegoría. Sólo de esta manera ha podido contar el horror, la humillación y la desidentidad. Quizá, únicamente hablando de animales, y no de hombres, se pueda nombrar lo innombrable. La atrocidad de los hombres resulta tan espeluznante que sólo gracias al uso de la alegoría, donde los torturados son panteras y los torturadores animales conversos, se puede avanzar en la lectura y recorrer el infierno temblando. La novela no está situada ni temporal ni espacialmente, no hay nombres ni fechas, no existe ninguna referencia a los hechos tal y como ocurrieron. Y, sin embargo, no podemos abstraernos de la realidad sobre la que se ha construido el relato: los crímenes y estragos que tuvieron lugar en Argentina durante la dictadura militar del general Videla (1976-1986).

La novela está escrita en forma de monólogo: un periodista visita a un esquizofrénico. Sólo se oye la voz del hombre que contesta. Es un monólogo escrito en dos registros: uno, más consciente, donde se infiere del lenguaje la presencia del interlocutor-periodista. Otro, escrito en cursiva, donde la no presencia del interlocutor desarma el lenguaje, poetiza la prosa, eleva el tono, haciendo que en ciertos pasajes el texto

se trueque en alegoría. Osvaldo, para narrar esta historia, ha reproducido una forma de tortura (aunque indudablemente más liviana) aplicada al protagonista: la de verse obligado a contestar preguntas para las que no tiene respuestas. Qué ocurrió, dónde, quiénes fueron y sobre todo por qué. Por qué, y para qué. Aterradora pregunta para alguien que ha conocido las infinitas posibilidades de sufrimiento del cuerpo hasta desear morir, para alguien que ha perdido, no ya la fe en los otros, sino en sí mismo, para alguien a quien le destruyeron la posibilidad de pensar. Esta novela no es una confesión, ni siquiera un lamento, sino una huida hacia adelante.

Desde 1979 Osvaldo Sabino reside en Estados Unidos, donde enseña Escritura Creativa en el departamento de Inglés de la

Wayne State University, en Detroit, Michigan. Ha publicado textos de poesía, ensayos y relatos que han sido traducidos a numerosos idiomas. Este es el primer libro de ficción que se publica en España. Como el autor dice en una nota a los lectores: «*La historia de las panteras y de algunos animales conversos* intenta relatar los trozos de una memoria —quizá personal, probablemente colectiva— rescatada de un naufragio esquizofrénico o, mejor dicho, del naufragio al que fue empujada toda una generación». Y esto es, sin duda, lo que Osvaldo Sabino ha conseguido con este magnífico ejercicio literario: no podemos cerrar los ojos a la barbarie, no debemos hacerlo; siempre nos quedarán las palabras, como intermediarias de la experiencia. □

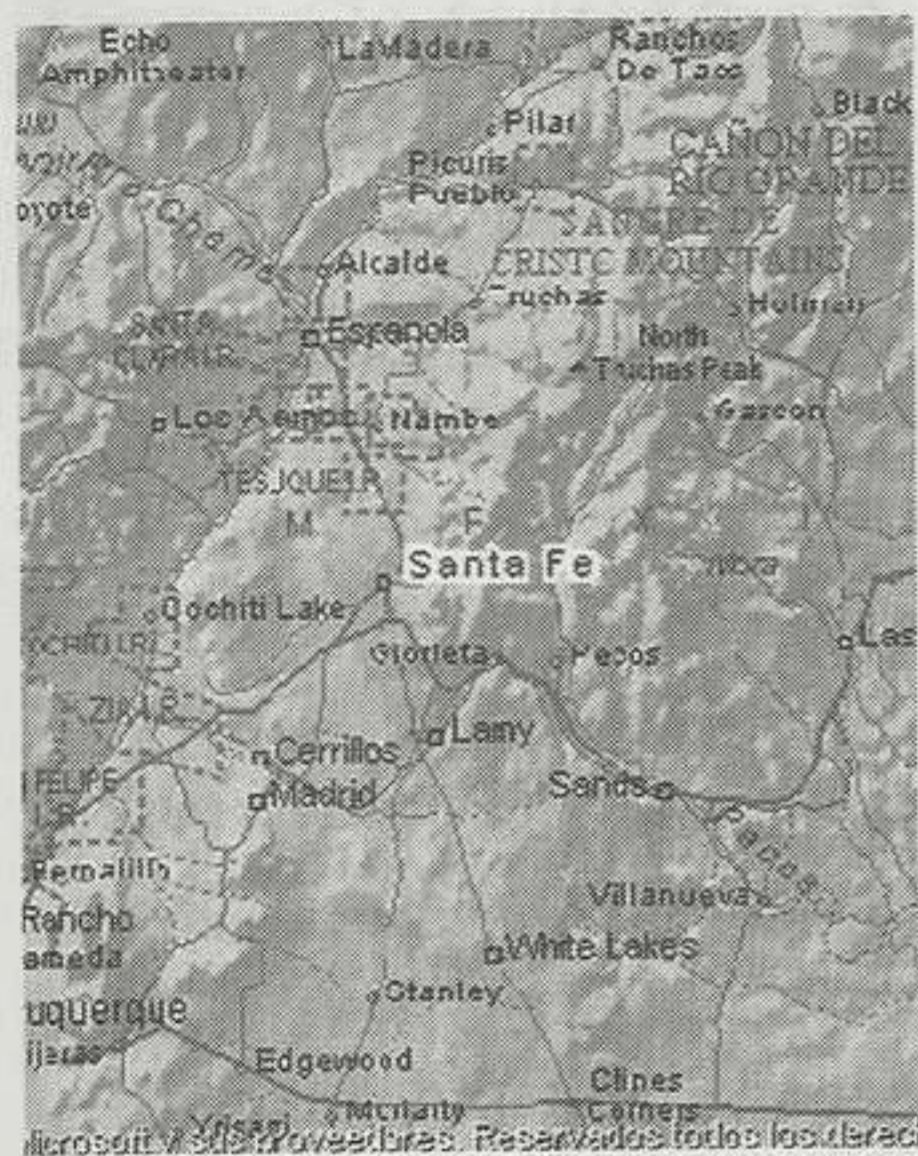


Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605
Tfno/Fax: 915 738 048
<http://www.infor.net.es/trama/>
28080 Madrid

Correspondencia

Santa Fé



Rosa Martínez

Un amigo americano me había vaticinado que sufriría un choque cultural al visitar Santa Fé de Nuevo México, donde sabía que me habían invitado a comisariar una bienal de arte contemporáneo. Pero no quiso ser más explícito. No me indicó si el choque sería de carácter estético o ideológico; si tendría que ver con la idea misma de hacer exposiciones del arte más innovador en un contexto tradicional o si guardaría relación con la fantasía preindustrial que ha inspirado arquitectónicamente el diseño de las mansiones de los múltiples millonarios que han emigrado allí en busca de una paz, una luz y un silencio que no encontraban en Los Angeles o en Nueva York. Tampoco me dijo si se refería a la mezcla de tensiones culturales entre las tres comunidades que conviven en el lugar:

los hispanos, los indios —o «americanos nativos», para usar el término políticamente correcto—, y los anglosajones. O quizá a la mezcla de todo ello.

A pesar de que ya he estado tres veces en Santa Fé, aún no he tenido ocasión de reencontrarme con este amigo para decirle que hay algo definitivamente extraño e inquietante en ese punto del planeta. Santa Fé aparece a veces como un pequeño y selecto parque temático, con sus casas de adobe, sus guindillas en las puertas y sus productos folklóricos. Otras veces uno siente que allí el cielo es más profundo de lo habitual y que el paisaje está dotado de una densidad metafísica que ha hecho que artistas de la talla de Bruce Nauman lo hayan elegido para vivir, que pintoras como Georgia O'Keefe lo señalaran como un lugar mágico y fantasmagórico, o que anónimos buscadores de un cierto oro espiritual hayan recalado en su silencio a la escucha de ocultas resonancias interiores. Allí emergen múltiples ángeles y demonios, lo que hace que curanderos y espiritistas de diversa filiación lo hayan convertido en un centro de meditación y actividades.

Tampoco es fácil escapar a las terribles connotaciones del cercano laboratorio de Los Alamos, donde confluyeron en 1943, rodeados del máximo secreto, Einstein, Robert Oppenheimer y otros científicos del proyecto Manhattan para

crear con urgencia las armas atómicas que Estados Unidos utilizó en la Segunda Guerra Mundial. Hoy Los Alamos es una extraña ciudad moderna en el arcaico contexto de Nuevo México. En el fondo de la mirada de los investigadores que explican su historia, se puede entrever un color opaco, una sombra de angustia aplastada, un cansancio que se intenta compensar con la idea de que las industrias atómicas pueden aún ser usadas de forma positiva.

Las tierras de Nuevo México parecen secas y vírgenes pero están llenas de heridas. No sólo las de los experimentos atómicos, sino las de los trazados para facilitar la expansión de las industrias automovilísticas, las de los desplazamientos y exclusiones ligados a la posesión de la tierra, o las de la sangre vertida por los varios conquistadores que las han atravesado. Como reconoce Charlene Teters, una activista y artista india, abrir la tierra, incluso para plantar semillas, es ya una intervención de poder, pero la idea de dibujar esas fronteras rectilíneas que dividen los estados es para su pueblo un concepto extraño, que separa familias, que desafía las conexiones espirituales con el lugar. Y, sin embargo, esas divisiones son hoy parte fundamental de las estrategias que configuran las formas de organización estatal y de ordenación social. Sustituyendo a la pasión por el

oro de los conquistadores españoles, los capitales de los blancos anglosajones han disparado desmesuradamente el valor de las tierras, haciendo capitular de su posesión a los descendientes de los hispanos que, aculturados, desprecian el apego de sus ancestros y las venden a los nuevos emigrantes de lujo mientras ellos mismos se alejan a las periferias en sus raquíticas *mobile homes*.

Es absolutamente cierto que en los más recónditos rincones del planeta uno puede encontrar un universo, e incluso mil universos. Hay que aprender a ver, saber escuchar, como dice Barry López en sus *Desert Notes*. Entonces, hasta en los supuestos silencios del desierto, se pueden descubrir el terror y las maravillas implícitos en los procesos de lucha por la vida. Las metáforas de erosión y sedimentación, de destrucción y preservación, se perfilan al visitar las arquitecturas de los indios Pueblo. La noción de espacio fluido se siente claramente en las amplias extensiones de un paisaje en el que la orientación y las conexiones se han establecido durante siglos más por conjuntos de relaciones (el viento que cambia la forma de los montículos, los ruidos, el olor de la tierra) que por esquemas de linealidad visual. El destino actual de los habitantes originarios de esas tierras también actúa sobre el corazón y lo encoge: vestidos con trajes tradicionales, los indios de las reservas se sientan día tras día en los

porches de la plaza principal de Santa Fé a vender joyas y artesanía para los turistas.

En este contexto, en el que se cruzan intereses económicos y tensiones étnicas e ideológicas, el arte sigue siendo un instrumento privilegiado para adentrarse en lo real. Nadie que visite Nuevo México debería dejar de pasar una noche en el *Campo de relámpagos* que Walter de María realizó entre 1974 y 1977. Este artista y su equipo estuvieron más de cinco años recorriendo zonas remotas de los Estados Unidos para encontrar el lugar ideal en el que emplazar esta obra única. Entonces el arte buscaba alejarse de los espacios institucionalizados, ampliar las fronteras que lo ahogaban y acceder a lugares remotos en los que poder ir más allá del fetichismo comercial por el objeto. La obra era la experiencia. El museo era el mundo. Hoy el *Lightening Field* es aún uno de los lugares más maravillosos del planeta. En él, las relaciones entre naturaleza y cultura se expresan de una forma sublime y condensada, pero no retórica. La geometría serial de los 400 mástiles metálicos clavados en el suelo puntúa de una forma delicada, y por momentos invisible, el arco de un paisaje en el que no aparecen otras huellas de intervención humana. Los mástiles actúan como polos que atraen la electricidad de las frecuentes tormentas secas y focalizan hacia ellos esas venas de luz cósmica que son los relámpagos, conectando el cielo con el suelo y creando imprevisibles flujos de luz y oscuridad. Sólo la pequeña cabaña en la que los visitantes podrán pasar la noche se convierte en útero protector contra los elementos y en un epicentro desde el que experimentar la espera y la ilusión del

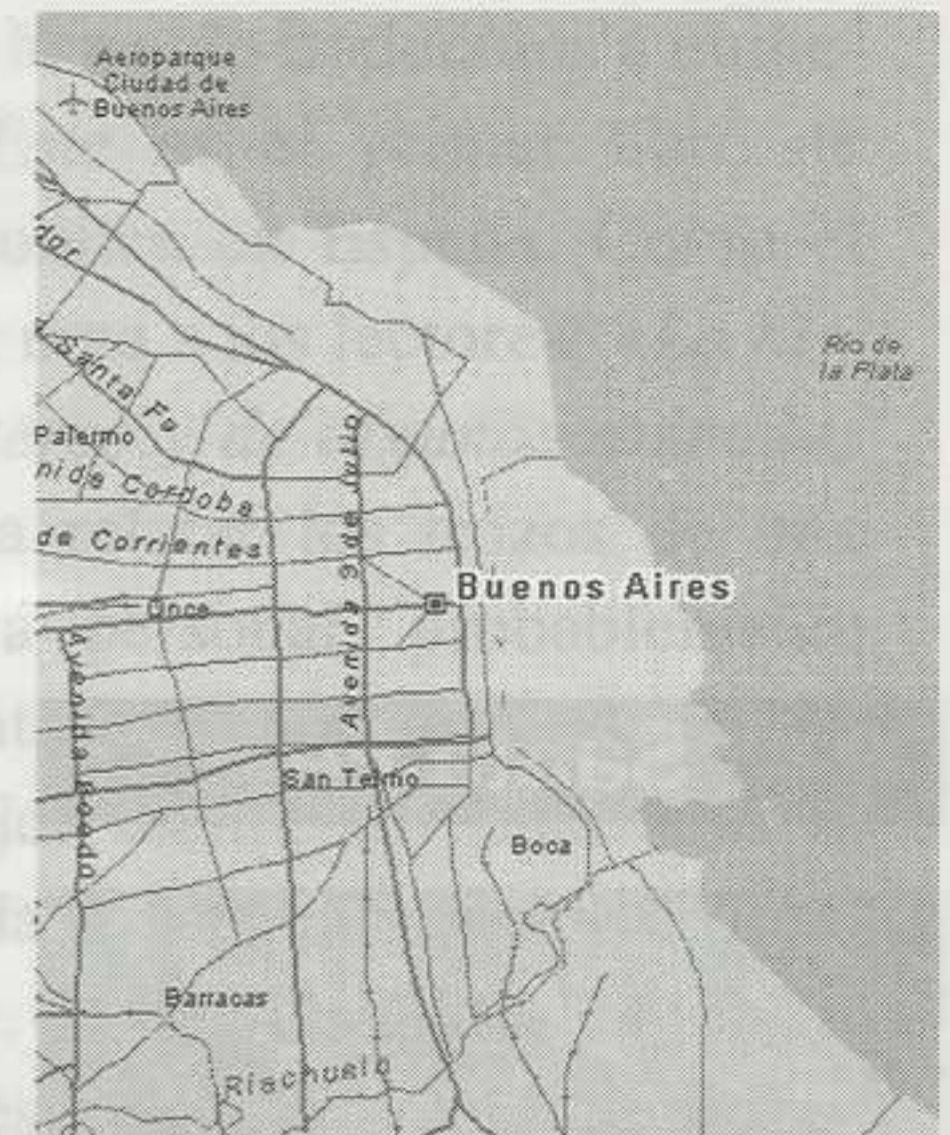
incierto espectáculo que generan la confluencia de fuerzas entre la inteligencia humana y la naturaleza.

Sin embargo, entre las múltiples extrañezas y maravillas de Nuevo México, a mi me afectó especialmente una —y esto es lo que quizá sorprendería a mi amigo americano—: la estrecha comitancia entre sus paisajes y los de la tierra de mi infancia. De alguna manera esa geografía me resultaba familiar: la sequedad, la pureza, el aire cortante... Yo nací en Soria y mis padres emigraron a Barcelona cuando yo tenía cinco años. Cada verano, en cuento acababa el colegio, me enviaban a un pequeño pueblo de la cuenca del río Ucero, entre, el Burgo de Osma y el cañón de Río Lobos, a pasar las vacaciones. La emoción y las memorias de mi infancia están estrechamente ligadas a los áridos paisajes sorianos y al brillo y a la limpidez del cielo de la meseta, y el paisaje de Nuevo México, con una escala mayor, me lo recordaba. Pero lo curioso es que el artista chino Cai Guo Qiang recordaba las lejanas mesetas del Tibet. Y la artista egipcia Ghada Amer aludía a los intentos de reforestación del desierto que une El Cairo con Alejandría. Alguien había oído que el mismo Walter de María estaba dispuesto a buscar un nuevo emplazamiento en Australia para su *Campo de relámpagos* si la creciente explotación del desierto de Nuevo México amenazara la preservación de su obra.

Hermanados por un relativismo creciente, pensábamos cómo se cargan los paisajes de resonancias y cómo las atmósferas viajan y pueden tomar formas similares en diferentes lugares. Hoy, más que nunca, el cielo de Chernobil puede caer sobre el

paraíso más protegido, porque sólo hay un cielo y las turbulencias desplazan incontroladamente los venenos. Hoy ya no existen lugares suficientemente remotos y los cementerios de basura nuclear de Nuevo México pueden extender el cáncer por las entrañas de la tierra. Hoy hay un lugar común que defender, como bien ha entendido GREENPEACE. Comentábamos todo esto en nuestro viaje de exploración por el desierto mientras sentíamos que, nosotros mismos, nómadas sin excesivo apego a un sólo lugar, temblábamos ante todos ellos mientras creábamos unas identidades flotantes que habrían hecho sonreír de esperanza al mismo Levi-Strauss. □

Buenos Aires



M.R. Barnatán

El 25 de septiembre de 1972 se suicidó, en su casa de la calle Montevideo, Alejandra Pizarnik. Era, sin duda, una de las grandes poetas argentinas, quizá la mejor de su generación, la de los nacidos alrededor del año 1936. Sobre su mesa alguien encontró unos versos solitarios y de serena desesperación, decían: «En el centro puntual de la maraña/Dios, la araña.» He pensado en estos días porteños en esos versos, he pensado que yo estaba ahora en ese «centro puntual de la maraña» y que de alguna manera sentía la amenaza diabólica de la implacable araña. Desde que llegué, mis amigos se desviven por transmitirme esa sensación de inseguridad que los canales de televisión propagan para desacreditar a la oposición al peronismo que gobierna en la ciudad de Buenos Aires. Los crímenes se suceden en la pantalla amarilla y la gente te recomienda prescindir de los taxis, no llevar reloj ni joyas por la calle y eso sí, tener en el bolsillo unos pesos por si te asaltan y tu pobreza no indigne al truhán hasta extremos asesinos.

Necesito apenas 24 horas de un día de abril para recuperar el

acento, reabsorber el vocabulario correcto y purgar toda mi duramente forjada españolidad, también las mismas 24 horas para desembarazarme del miedo que me inoculan los lugareños y salir a la calle, sin reloj pero también sin terror. La ciudad está más limpia, los parques cuidados, el sol parece desmentir a los agoreros, y me pongo a caminar sin piedad, cruzo la avenida 9 de julio y me interno en la espesura de mi Palermo natal. No pasa nada, me digo, no veo a la araña feroz. He venido para hablar de Borges en la Feria del Libro, que este año de su centenario le está dedicada. Tiene mucho de redundante hablar de Borges aquí, en la ciudad que lo exaltó ya al podio de los mitos: Gardel, Evita y Borges, son trinidad mitológica de Buenos Aires. Gardel no conoció a Evita y no supo seguramente de la existencia de Borges, el «hada buena» de los obreros supo en cambio quiénes eran sus dos compañeros, a Gardel lo veneraría y a Borges lo despreciaría según su lema «Alpargatas sí, libros no»; en cambio Borges rechazaba a los dos por lo mismo, por llorones y demagogos. Pero la mitología se encarga de cicatrizar heridas, ya nadie recuerda que los tres se querían o se odiaban, ni siquiera los ordena cronológicamente. Los tres son mitos de la ciudad, algo que los forasteros no pueden entender, algo que algún desdichado Pérez de Cartagena —torpe espadachín de cartón piedra— ignora.

Pero más allá de la iluminada Feria del Libro y del jolgorio casi veraniego del otoño en la explanada de la Recoleta, hay otros rostros de la ciudad que me esperan, en calles aún adoquinadas en las que el tiempo está detenido. Tras la copa con los

amigos que han venido a escucharme, el doctor Néstor Gubitosi y yo nos vamos solos a cenar a un bodegón de la avenida del Brasil, al borde mismo del renovado parque Lezama, foresta literaria donde las hay, cara a Borges y al más triste Sabato, el jardín de la otra Alejandra, la de *Sobre héroes y tumbas*. El doctor Néstor Gubitosi es un patafísico laureado de las más arcanas logias australes, un conocedor de la ciudad más secreta, mi Virgilio en el limbo porteño. Con él tomamos unos «majestuosos tallarines a la Alfredo di Roma», así reza el menú republicano, con un tinto espeso, reserva del 94 de Rincón Famoso, mientras esperamos la hora álgida en la que es recomendable llegar a la vecina Asociación Cultural Torcuato Tasso.

La conversación se enreda en evocaciones: juntos escribimos el 21 de septiembre de 1968 un soneto a la manera de Borges en una desaparecida confitería de la ciudad de La Plata, el Café Pérsico, que estaba en la esquina de Diagonal 80 y la calle 5, un poema que anda infiltrándose por antologías apócrifas. Después el *via crucis* de Silvina Ocampo, el de Estela Canto, la novia imposible de Borges, y la sombra de Nicolás Paredes, el que «tallaba» en Plaza Güemes en tiempos de Evaristo Carriego, y al que Borges cambió el nombre por el de Nicanor para que rimara mejor en una milonga.

En la Torcuato Tasso hay un bailongo. Tangos y *rock* duro en partes iguales. Los bailarines son profesionales, todos han estudiado con profesor, se nota a la legua, y también profesan las orquestas típicas y las bandas rockeras. La cerveza se expende en botellas de litro y el dudoso Ballantine que pedimos tiene el

aroma inconfundible del agua de colonia de la Franco-Inglesa que usaba mi abuelo. Pero el espectáculo es contradictoriamente fenomenal. Arcaico el escenario de galpón de pueblo, futurista la gigantesca pantalla de Internet que ocupa la parte superior de la barra, opuesta al teatrillo de las orquestas. Las parejas bailan en medio, despreocupadas del calendario, inmersas en el vértigo de la música pero precisas en la geometría de sus pasos exactos. Abundan los jóvenes, las bellas pelirrojas de tinte posmoderno, pero hay también algunos felices jubilados y un matón talludito de camisa azul eléctrica que pronto se gana el glorioso mote de *Paredes*. Ha fallado el Cuarteto Mayor, algo que los altoparlantes anuncian con gravedad, pero el público no se desanima y la noche prosigue dando paso a las «grabaciones selectas», momento en el que el doctor Néstor Gubitosi y yo decidimos al unísono abandonar la sala.

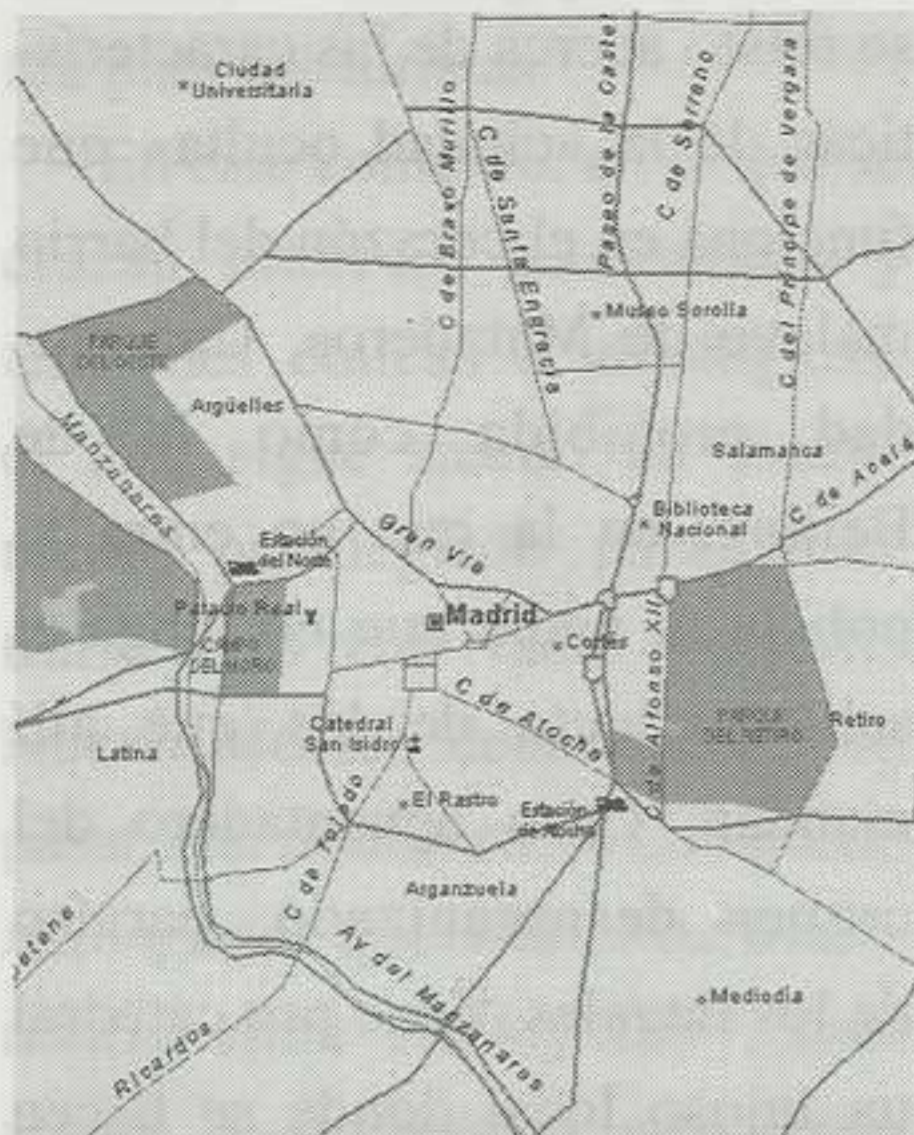
La madrugada refresca, el parque sigue iluminado, nos cruzamos con un patrullero de la policía que avanza lentamente por la calle Defensa. Antes de volver al hotel una última parada en un destartado establecimiento llamado el Café Británico, que aún tiene un apartado pomposamente bautizado como Salón Familias. Preferimos la proximidad olorosa del zinc, y un anciano nos sirve dos desvelados cafecitos. Esa obsesión tan borgiana por el oximorón. «Aquí empieza Sabato su novela», dice el doctor Néstor Gubitosi. A los argentinos les gusta empezar sus novelas en los cafés, Cortázar comienza *Los premios* en una confitería desaparecida que estaba en el bajo, La Fragata, digo yo, ya somnoliento. Pero el pata-

físico platense tiene fuelle para rato, y me despierta su minucioso relato acerca de las características de la «ciudad oculta» que funciona en el corazón del barrio malevo de Mataderos. Una ciudad prohibida como la de Beijing, en la que no entra la policía ni nadie que no tenga el salvoconducto de los que allí mandan. Gran aguantadero del crimen desorganizado, paraíso de los ilegales, tiene por catedral un lujoso local donde se hacen todo tipo de transacciones y en el que es posible beber mientras te informan de las cotizaciones de las fechorías. Bolsa neoliberal de la corrupción salvaje, bendecida por Tony Blair.

«Mirá —dice solemne el doctor— acá hay timbas en las que podés apostar 5.000 dólares a un sólo número, en la rula. Y hay otarios que se dejan 200.000 verdes en una noche y se van a casa tan tranquilos.» No puedo evitar una excursión a la filología y le cuento a mi amigo la diferencia que el idioma italiano hace entre «casino» —casa de lenocinio— y «casinó» —casa de juego—. Al día siguiente compruebo con horror que también hay argentinos que compran zapatos en cinco cuotas mensuales, sin intereses, y que el ácrata y arcaico corralón ya opinaba «Consumir consume». Un lustrabotas de la calle Florida, mucho más práctico, opta por ilustrar su cajón con un lema más realista: «Por dificultades económicas aceptaría herencia».

Los días, los bifes de chorizo, y los buenos habanos pasan volando, humo azul en la noche urbana, y la literatura, doctor, no es otra cosa que un sueño dirigido. □

Madrid



Rosa Pereda

La feria 99 del Retiro nos ha pillado alegres y confiados, en medio de una cabeza de volcán editorial, y con un cambio de registro en lo que a los comportamientos del público se refiere. Antes de nada, y porque sé que tú, pícaro lector, lo estás pensando, y porque sé también que hay que contar los puntos de partida del análisis, diré que este año me tocó estar en la jaulita de los firmantes, un fin de semana, con mi criatura, *La sombra del gudari*, esta novela que todavía me tiene algo desconcertada. Que firmé tirando a regular, pero más que nunca en mi vida, y que la experiencia fue emocionante: viejos amigos, gente venida del túnel del pasado, mujeres que leen a mujeres, jovencísimos que quieren conocer la historia nunca contada de este país, aunque sea, o porque es, en clave de ficción. De mi propia experiencia no hay más que contar: el resto se queda, debe quedarse, en el fondo de mi corazón.

Pero vayamos a lo que pasa, a lo que pasó en esas dos semanas largas en las que los libros fueron, por última vez en este siglo

convulso, los protagonistas del jardín de Madrid.

Una feria de tamaño desmesurado, inabarcable —nada qué ver con la que recorríamos diariamente hace no más diez años. Si no fuera por los guateques literarios —y muy especialmente por el de Miguel y Mari Paz Visor— o por las macrofiestas como la de Planeta en el Florida Park, se diría que este monstruo sólo tiene de la feria ideal, de la fiesta de la literatura editada, de la edición, el viejo material: el papel impreso, y ése, multiplicado por miles, por millones. El mundillo literario, que ha sido a veces una piña, un nido en el que se juntaban los negocios y los amores, los ligues y los proyectos, está naturalmente disperso por la elefantiasis del medio, aunque éste no sea el único ni, probablemente, el más importante de los motivos. A mi modo de ver, la dispersión de intereses. O mejor, la confusión de intereses. Porque en esto se está dando también lo que Carmen Rico-Godoy me contaba con humor y referido a las relaciones amorosas: nadie da lo que se espera de él, nadie recibe lo que espera del otro. Todos contra tí.

Un ejemplo significativo, sintomático, es el de la conducta del público con *Azul petróleo*, la novela de mi amigo Boris Izaguirre, con el que me tocó firmar una tarde de domingo en la caseta de la Casa del Libro. Tengo que decir que *Azul petróleo*, que amadriné —¿se dice amadriné?— en Madrid, es una historia dura, terrible, en la este-la de Sade y de Genet, literatura homosexual más violentamente desmitificadora que complaciente. No hubiera dicho yo que es literatura de masas. Cuando llegamos, ya había un centenar de

personas esperándole, arremolinadas en torno al mostrador del doble stand. Y cuando apareció, y hay que decir que tenía el guapo subido, el público bramó como lo hace con los cantantes de rock.

El público: no eran gays, aunque alguno habría, supongo. Más tarde, Boris me dijo que habían venido algunas parejas sáficas, pero no podían serlo todas esas chicas jóvenes, incluso alguna niña que dejó incómodo al escritor: «Que la lea tu madre antes, ¿de acuerdo? No la leas hasta que no la lea tu madre...» Eran chicas, y eran chicos, y parejas y matrimonios. Y señoras de evidente clase media baja —la clase social se nota enseguida en la ropa, en los peinados, en la manera de llevar las gafas. En los zapatos que no se podían ver en esa masa de gente. Estas señoras que mayoritariamente serían pasto electoral de la derecha —no hay que olvidar que en Madrid fue donde ganó la derecha las últimas elecciones generales: 800.000 votos de diferencia madrileña que se compensaron en el resto de España y que no podían venir de la «derecha sociológica», sociológicamente minoritaria— presumiblemente católicas, con esa catolicidad relajada y costumbrista de esta sociedad y esta generación educada en el nacionalcatolicismo y pasada por la verdadera, profunda laicidad, nueva en estos pagos, en fin: cualquier cosa, menos el aparente lector natural de *Azul petróleo*. ¿Qué harían estas señoras, estas parejas jóvenes y menos jóvenes, cuando se encontraran, nada más abrir la novela, en ese «cuarto oscuro» orgiástico y violento, asistiendo a la promiscuidad de sexos explícitos, a las descripciones de esas prácticas a ciegas y mercenarias

que estuvieron tan de moda en el mundo «pasadísimo» de los años inmediatamente anteriores al sida? ¿Qué harían ante la genitalidad sin paliativos, ante la prostitución masculina y femenina, ante la violencia como fruto de la insaciabilidad amorosa?

Yo sé que la novela de Boris no es pornografía. Yo sé que, detrás de esa desgarrada historia, hay muchas cosas, y entre ellas, una oblicua lección de moral, una efervescente y dolorida apuesta por la libertad, por la ruptura de los límites, por el acceso luciferino al mal, casi como vía catártica para tomar medidas a lo humano. Que hay una enorme y poética pulsión de muerte, y una dialéctica especular entre la erótica y la política. En fin, que en el fondo de su alma, Izaguirre es un moralista a lo Divino Marqués. Pero sé también, dicho sea sin paternalismo, que esa lectura necesita de unos códigos culturales adquiridos, de unas herramientas para descodificar e integrar esos niveles que no aparecen en una primera lectura, y que esos códigos imprimen carácter: se notan, se quiera o no, en la manera de acceder a los libros. Y son, lo siento, lo siento pero sería mentir no decirlo, asquerosamente minoritarios.

Lo comentábamos después, cenando en un restaurante madrileño. Boris estaba preocupado: y es que, me pareció deducir, él no le pide a su novela la popularidad y el dinero que ya le da su trabajo en televisión. No son dos Boris, no se me entienda mal, pero cada cosa en su sitio. Sobrado de talento, la frivolidad dandy a lo Cocteau es contradictoriamente coherente con la entrega sincera y profunda al quehacer literario, y dotado como está de una cultura vasta y cosmopolita, no se llama a enga-

ño sobre las características de este éxito de ventas.

Yo estoy tomando a mi amigo como síntoma, y puedo poner otro ejemplo más, otro escritor que en este momento encabeza también las listas de *best-sellers* y que también es bifronte, como Boris, como Jano: Angel Antonio Herrera, que más de una vez ha colaborado en estas páginas de LETRA INTERNACIONAL, y que, además de cronista de la (mala) vida nocturna y social, es un excelente poeta, un poeta de altísimo nivel, con un horizonte metafísico y una profundidad referencial y lingüística poco común. Lleva, en menos de un mes, veinte mil ejemplares de *Esto no es Hollywood*, un «quién es quién» mordaz e irónico del mundo del *paparaccismo*, de sus sujetos y sus objetos, ese mundo ansioso y sólo a veces rutilante del papel couché y «Tómbola». Pero éste no sería el ejemplo idóneo para el desfase a que me estoy refiriendo: sí lo es su último libro de poemas *Te debo el olvido*, que ha vendido como si de crónicas rosas se tratara, y si no ha vendido más es porque las colecciones de poesía, por su propia historia, por su propio natural, carecen de las estructuras necesarias para salir de su público cautivo. Y la poesía de Angel Antonio es críptica, oscura. Si todo el género es de minorías, y todos los poetas y sus lectores lo asumen como tal, y es más que probable que esta «exclusividad», que no es la de los cerrados círculos del dinero, de las grandes fortunas y sus aliados, sea uno de los factores de su supervivencia, la poesía de Angel Antonio pertenece a la más minoritaria de las minoritarias.

Es seguro que el abismo entre el deseo masivo y las espectati-

vas, y lo que de verdad se encuentran al comprar estos libros referidos, distintos en uno y en otro, se parecen en cambio mucho: los dos han encarnado un personaje massmediático, los dos han comunicado con las masas, los dos trascienden el nivel de sus colegas de una manera casi subliminal, esa manera que nunca lo es, que siempre se basa en la gestualidad, en la inteligencia, en la construcción, como una obra de arte, de la propia estética. Boris, exagerado y *outré*, homosexual y atlético; Angel Antonio, hétero duro, un aire *beat* agitanado y una mirada oscura y profunda, cierto aire arisco y distante de maneras sobrias y castellanitas. Absolutamente distintos entre sí, unidos sólo por el fenómeno, comparten en cambio el mismo público. Y comparten también, con las debidas excepciones, entre las que me encuentro, idéntico recelo por parte del mundillo al que este su segundo, su primero, su único yo, está dirigido....

Son los personajes sintomáticos perfectos para lo que decía al principio, citando a Carmen Rico —por cierto, también en la lista de los más vendidos con *Cortados, solos y con (mala) leche*: nadie tiene lo que espera, nadie da lo que debe. Porque, ¿qué esperan —qué esperamos— los escritores?

En primer lugar, la vanidad espera la notoriedad. Durante la campaña de promoción de mi novela he usado, a modo de autovacuna, una definición adaptada de autor: «Un autor es alguien por quien nunca se hace lo suficiente». Venía de artista, de plástico, que no sé si serán peores. Y era mi autoironía en las continuas reclamaciones a los reclamables: el departamento de comunicación de mi editorial.

Notoriedad, en este caso —que me trasciende muchísimo, créanme— es aceptación, prestigio, admiración: buena crítica, buen rol en esa cerrada cofradía del espíritu que es la literatura. Un sitito al sol.

Hace no tantos años en el mundo cultural de Occidente, y no digamos de España, había una raya perfecta que separaba la literatura de la no literatura. Nunca he despreciado a la segunda, y la he estudiado con la misma pasión casi que a la primera, pero creo que siempre he distinguido. Ahora esa raya ha desaparecido, y las causas son muchas: desde una crítica generalmente complaciente y poco iluminadora —y que conste que no puedo quejarme de cómo me han tratado mis colegas críticos— a la actitud de los propios escritores que, obviamente, ha cambiado.

Esta es la segunda razón: los escritores quieren —¡queremos!— vender. Porque vender significa en primer lugar, dinero: dinero, *perras*, *money*. Tiradas altas, promociones cuidadas y a ser posible con una gran inversión, adelantos millonarios. Ese dinero que a todos nos hace falta, si vivimos del teclado, y que algunos consiguen alcanzar sólo en las últimas décadas... Lo han conseguido escritores de calidad, en el pasado: con tiempo, por su propia conexión con el mundo, por su permanencia en las librerías. Ahora los libros duran pocas semanas en las mesas de novedades, que se repongan los primeros pedidos es una heroicidad, y hay que venderlos como quien vende pronta moda. No es ese proceso de penetración en el gusto que convierte en ejemplares los casos de *Cien años de soledad* de García Márquez, de *El Amante* de la Duras, o *Las memorias de Adriano* de la Yourcenar.

Así que, ¿cómo no estar desconcertados? Los recientes cataclismos en las cabezas de las editoriales creo yo que responden un poco a este ambiente. Y la frustración de todos —los superventas de público equivocado, los medioventas en comparación, los propios editores que tienen que presentar, antes que nada, cuentas de resultados—, a lo que Carmen Rico consideraba el marchamo de esta sociedad: no dar nunca a nadie lo que de verdad le vendría bien.

Esta feria ha sido espectacularmente significativa en ese sentido: en el sentido de espectáculo. Es obvio que hay excepciones, que ponen a prueba la hipótesis y que son, en realidad, residuos de tiempos pasados, pero lo cierto es que las listas de libros más vendidos, que al final son el criterio, con más mayúsculas que el de Balmes, responden fundamentalmente a esos personajes que se han hecho populares en los programas de gran audiencia. Aunque no sepan hacer la o con un canuto, o aunque, como en los casos analizados, escriban literatura. La venta, la superventa, va por otro lado. Y conste que, como decían los argentinos en la época la hiperinflación, tras decir que el país iba fatal: a mí me ha ido muy bien. □

COLABORADORES

CONSTANTINO BERTOLO
Editor y crítico literario

ERNEST GELLNER
Filósofo y antropólogo (1925-1995)

JOSE KOZER
Escritor cubano residente en Nueva York

LASZLO KRASZNAHORKAI
Escritor húngaro

ALBERTO MANGUEL
Escritor y crítico de la cultura. Reside en Canadá

ROSA MARTÍNEZ
Crítica de arte. Directora artística de la Tercera Bienal Internacional de Santa Fé

SALMAN RUSHDIE
Escritor

ESTHER TUSQUETS
Escritora. Directora de Lumen Editorial

JUAN VILLORO
Escritor y periodista mexicano

PEDRO A. VIVES
Investigador y experto en cooperación al desarrollo

RAMON ZABALZA
Fotógrafo

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Ernest Gellner, conferencia pronunciada en Heidelberg días antes de morir; Salman Rushdie, © Salman Rushdie 1997; portada sobre fotografía de Ramón Zabalza; «La subida al Monte Hua» © Ramón Zabalza; ilustraciones E. Gellner, Abraham Lacalle; © de las reproducciones autorizadas VEGAP, Madrid 1999.

DISTRIBUCION

ESPAÑA	Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS
PORTUGAL	Asirio & Albim - Rua Passos Manuel, 67 B - 1150 Lisboa Teléf.: 356 27 43 - Fax: 315 29 35
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65 Librería Gandhi - Avda. Corrientes, 1551 - Buenos Aires Teléf.: 383 54 50 - Fax: 383 49 30
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
MEXICO	Librería Gandhi - Miguel A. de Quevedo, 134 - 01050 México D.F. Teléf.: 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043
URUGUAY	Beltrame Regina Libros - Soriano, 120 - 11100 Montevideo Teléf.: 984215 - 915253 Librería Gandhi - Benito Blanco, 875 - Montevideo - Teléf.: 775870 - Fax: 480564
VENEZUELA	Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BELGRADO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.
Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:
LETTRE INTERNATIONAL
Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.
Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.

BUCAREST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.
Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.
Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.

PARIS:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Antonin J. Liehm.
Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.

ROMA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm
Redacción: Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.

SAN PETERSBURGO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Alexandre Ninov, Antonin J. Liehm
Redacción: Vsermirnoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo.

SCOPJE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Blagoia Risteski, Antonin J. Liehm
Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje

SOFIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Svetla Ivanova, Antonin J. Liehm.
Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.

VARSOVIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.
Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.

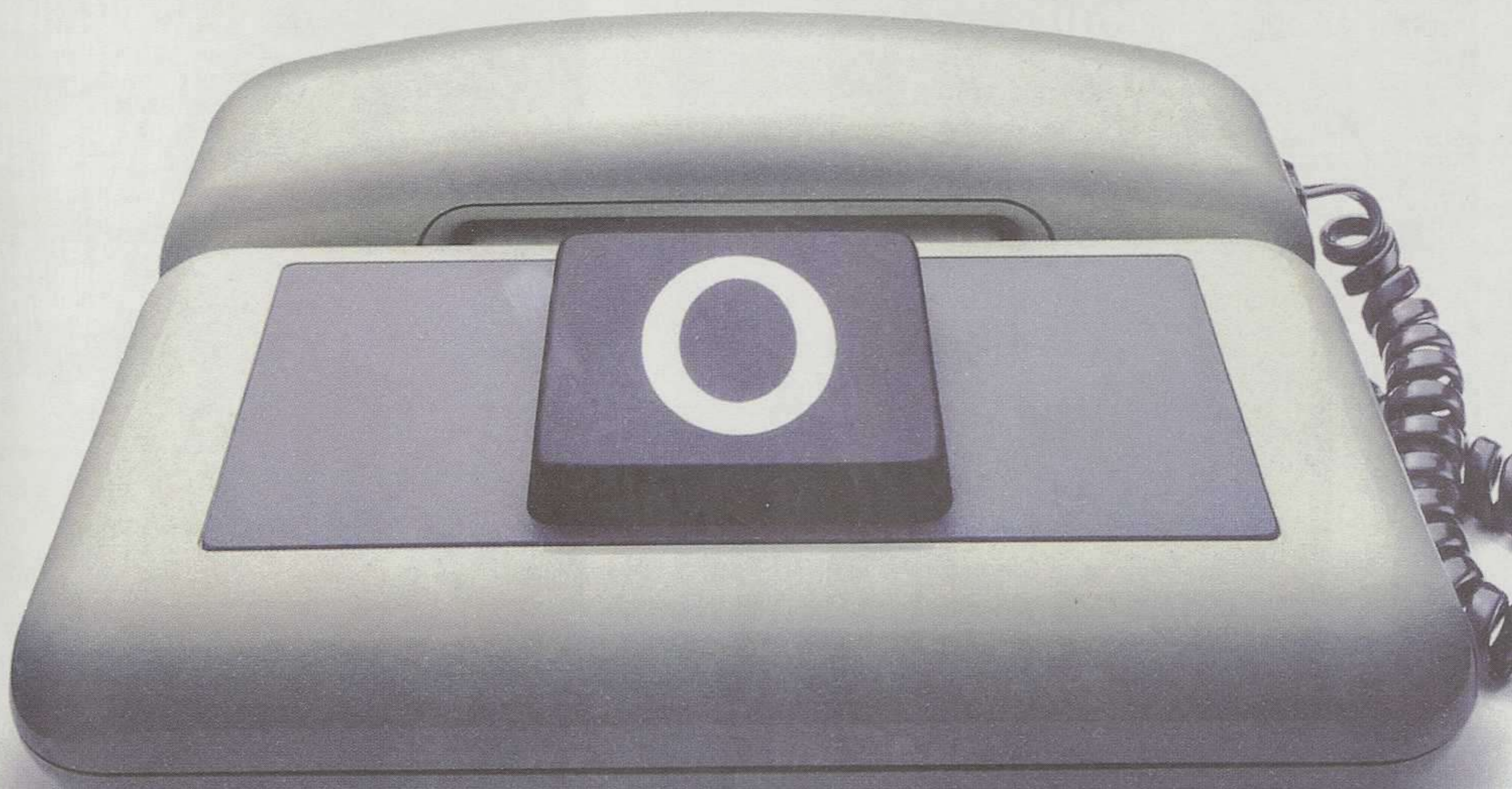
ZAGREB:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.
Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.

TRADUCTORES

JORGE ASPIZUA y VALERIANO ESTEBAN
Ernest Gellner

JULIA GARCIA LENBERG
Laszlo Krasznahorkai, Alberto Manguel

**Desde el 19 de junio, para
telefonar a Italia
es suficiente con poner el cero.**



¿Existe un número más simple que el cero?

A partir del 19 de junio, para telefonar a Italia, bastará añadir un simple cero al prefijo interurbano. Así, para telefonar por ejemplo a Milán, el +39 2 5555555, desde el 19 de junio se volverá en +39 025555555. Nada más fácil.



+39 0 25555555



El sistema telefónico italiano celebra así su ingreso en Europa, respetando las normas de la Comunidad sobre la liberalización del mercado de las telecomunicaciones.

Desde el 19 de junio, si Ud. telefona al país más bello del mundo, simplemente acuérdesese del cero.

TELECOM
ITALIA

www.telecomitalia.it/numerazione

telefono a tasta
con power



RIV. N°
38

SALE E
TABACCHI

SALE E TABACCHI
Im Rudi-Dutschke-Haus
Kochstraße 18 · 10969 Berlin
Tel. 030 - 252 11 55